BAJO SOSPECHA

EL PRECIO DEL PODER

SERIE
THRILLER
POLICIACO
LIBRO 2



PABLO POVEDA

Bajo Sospecha

El Precio Del Poder: Libro 2

Pablo Poveda

Copyright © 2024 por Nova Illice Media Pub



Corrección: Ana Vacarasu

ISBN:

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Han dicho de Pablo Poveda

«Me gustaron los personajes, la ambientación y la historia. Atrapante y llena de suspense hasta el final.»

«Una historia bien escrita, por alguien que realmente sabe cómo construir una novela policial.»

«Excelente trabajo de procedimiento, humor afilado, personajes singulares. Poveda está a la altura de muchos autores de best sellers.»

«Bien orquestado, con descripciones evocadoras. ¡Me encantó! No es una novela cruda, sino agradable de leer, con expectativas que se mantienen vivas.»

«La lectura me mantuvo en vilo hasta la última página del libro.»

«La trama del libro es verdaderamente original, con varios giros inesperados.»

1

Torres

La luz azulada del almacén cárnico zumbaba como un insecto atrapado, tiñendo los cadáveres colgantes con un tono de morgue barata. Olía a sangre seca y carne pasada. El tipo de hedor que se infiltra en los poros y se adhiere a los huesos.

Raúl «El Niño» Torres empujó la puerta trasera con la punta del pie y entró como si cada grieta le perteneciera. No era su casa, pero eso no importaba. La propiedad era una ilusión. En realidad, lo que contaba era quién tenía la última palabra, y esa la dictaba quien portaba el arma.

El vacío no era absoluto. Las cañerías suspiraban y la luz del techo vibraba sobre sus cabezas como un canto fúnebre. A unos metros, apoyado en la mesa de despiece, Dimitar devoraba un bocadillo de panceta. Había llegado antes de la hora, como quien no confía ni en su propia sombra. «No esperaba menos», pensó Torres.

El eslavo llevaba un abrigo militar raído y pantalones manchados de grasa. Masticaba con desgana, los ojos fijos en el pan, pero al ver a Torres, sonrió, aunque su mirada decía otra cosa. Tenía ese brillo sucio, la chispa eléctrica de un perro callejero acorralado.

—¿Qué haces aquí, Torres? ¿No había quedado con Emilio? —dijo con su acento espeso, tragando a medias.

«El Niño» no respondió. Conocía aquel matadero mejor que el salón de su madre. Tal vez el búlgaro tuviera razón. Tal vez el trato

era con Emilio. Pero «El Viejo» había hablado, y cuando ese hombre hablaba, los demás obedecían. Aquello no era un favor. Era una prueba. Un peldaño más en la escalera. Y Raúl estaba cansado de esperar.

Caminó despacio. El suelo era resbaladizo por el hielo derretido, traicionero como una sonrisa en el lugar equivocado. Las paredes estaban cubiertas de cuchillos perfectamente alineados.

—Emilio está ocupado —dijo, sin mirarlo—. Me ha mandado a mí.

Dimitar dejó el bocadillo. Ya no sonreía.

—¿Para qué?

—Para hablar contigo.

—Yo solo hablo con Emilio.

—Tú hablas con quien se te ordene.

El búlgaro se irguió levemente, como un oso que olfatea el peligro. Su abrigo se abría en el pecho, revelando una camiseta sudada. Torres se acercó, vestido con una chaqueta de cuero con las mangas arremangadas. En su cintura, la pistola descansaba bajo la tela. Discreta pero presente. Dimitar la vio y tragó saliva.

—¿Qué cojones quieres?

Torres sacó un paquete de tabaco, se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió.

—Dicen que no estás cumpliendo con tu parte —respondió—. Que haces tratos por tu cuenta. Que no entregaste lo del último contenedor. Eso no está bien, Demetrio.

Dimitar resopló con desprecio, pero su mandíbula se tensó.

—Eso son gilipolleces. He pagado lo mío. Siempre. ¿Por qué coño tengo que darte explicaciones?

—No quiero explicaciones.

—¿Entonces? ¿Otro porcentaje? Entre unos y otros hacéis que este negocio no sea rentable. No puedo subir más las comisiones. Esto no es Bulgaria, cabrón de mierda. Aquí no se imprime dinero en el sótano.

Torres alzó la vista. Sus ojos eran pozos oscuros, sin agua.

—No es lo que dice Eduardo.

—¿Eduardo? ¿Y quién es para decir nada?

—Eduardo Parres. La persona que decide si tú haces negocios aquí, pedazo de basura. ¿O es que no sabes con quién tratas? Tendrías que haberte largado en un puto Ryanair.

El zumbido de las neveras llenó el espacio. Dimitar movió los labios, quizá para decir algo, pero ya era tarde.

—¿Eh? Torres, espera… podemos arreglarlo. Yo tengo...

¡PUM!

Un solo disparo. Preciso. Limpio. La bala cruzó el aire y se metió en la frente del búlgaro, que cayó hacia atrás con un sonido hueco. Su cuerpo tropezó con un cubo de vísceras y lo volcó. Los órganos se esparcieron como lentejas sobre las baldosas, tiñendo de rojo un rincón que ya estaba harto de sangre. El olor a pólvora quemada llenó el ambiente.

Raúl permaneció inmóvil, con el arma aún en alto. Respiraba lentamente por la boca y soltaba el humo por la nariz. El disparo ya no lo dejaba vacío. Hacía tiempo que no quedaba nada que vaciar.

Se agachó, sacó un trapo del bolsillo y limpió el arma con cuidado, como si estuviera secando una copa antes de guardarla. Luego la escondió en la chaqueta, se puso de pie y, sin prisa, tomó el cadáver por las axilas. El búlgaro pesaba lo suyo, pero Raúl ya había arrastrado cosas peores. Todo era cuestión de maña.

Lo llevó hacia la cámara frigorífica. El cuerpo iba dejando un rastro de sangre. Las baldosas blancas se teñían detrás de él, el goteo dibujaba caminos que nadie seguiría.

La puerta de acero chirrió al abrirse. Dentro, la muerte colgaba de los ganchos. Terneras abiertas, costillares, piernas envueltas en plástico, todo tan organizado como una oficina postal. El aliento del frío lo golpeó en la cara, cortante como un reproche.

Raúl metió a Dimitar sin ceremonia. Lo acomodó junto a una ternera despanzurrada y lo dejó allí, como una pieza más del inventario. No era lo que «El Viejo» había pedido, pero era mejor. Más claro. Más contundente. En esta vida, los mensajes no se escriben con apretones de manos; se clavan en la carne.

Antes de cerrar, se detuvo.

Miró el cuerpo, observó la carne, el hilo de sangre que se congelaba sobre el suelo.

—Todos sois iguales. Fríos por fuera, pero por dentro... sangráis igual.

Cerró la puerta de un golpe seco. Detrás de él solo quedó el hielo, la muerte y el silencio.

Salió por donde había entrado, con el paso firme de quien ha tomado una decisión. Afuera, la ciudad seguía su curso. Nadie sabría lo que había ocurrido en ese almacén. Sin embargo, alguien, en algún despacho, alzaría el teléfono al día siguiente y comprendería el mensaje.

2

Serrano

Día 1.

La muerte no avisa, pero siempre deja rastro. En Elche, ese rastro acababa inevitablemente en la morgue de Altabix, donde los secretos de los vivos se revelaban en la carne fría de los muertos.

El desinfectante le golpeó cuando cruzó la puerta. No era el olor de la muerte —dulce y podrido a la vez—, sino algo peor: el olvido químico que intentaba borrarla. Como si alguien creyera que con suficiente lejía se podía limpiar la conciencia.

Javier Serrano se detuvo en el umbral. Ante él se extendía la sala de autopsias, caracterizada por su brutal asepsia: azulejos blancos que reflejaban las luces de quirófano, instrumentos metálicos ordenados y un cadáver cubierto con una sábana verde sobre la mesa de acero.

No le asustaban los muertos; había visto demasiados. Pero el ritual de la morgue lo afectaba de otra manera: el silencio opresivo, la frialdad institucional que convertía las tragedias en expedientes, y la forma en que reducían vidas a medidas y conclusiones taquigráficas.

El pasillo parecía estrecharse a su paso. La puerta se cerró tras él con un chasquido.

—No pensé que vendría tan pronto —dijo el forense sin levantar la vista de sus notas.

—¿Esperabas que dejara pudrirse el caso, como hacen arriba?

El doctor Cifuentes era un hombre flaco de sesenta años, con ese aire fatigado de quien ha abierto demasiados cuerpos y pocas botellas de buen vino. Se calzó los guantes de látex con parsimonia.

—Yo solo informo de cómo murieron, inspector. Usted decide si le importa.

No había reproche en sus palabras, solo el cansancio de quien conoce demasiado bien cómo funciona el sistema. Serrano se plantó junto a la mesa, sosteniendo el informe preliminar sin abrirlo. Prefería mirar primero. Las palabras vendrían después.

Cifuentes retiró la sábana de un tirón.

—Ludmila Kowalska.

Veinticinco años. Cabello rubio enmarañado, encrespado por la humedad del contenedor donde la encontraron. Piel translúcida como cera fundida, con ese matiz grisáceo que tienen los ahogados y los estrangulados. Los labios entreabiertos, como si aún intentara respirar o pronunciar un nombre. En la muñeca izquierda, una pulsera de plástico barato con su nombre mal escrito: *Ludmyla*. Un error de imprenta que nadie se había molestado en corregir.

Desde que recibió la llamada sobre el hallazgo en aquel callejón, la imagen lo perseguía. Una chica tirada entre bolsas de basura y cajas de cartón empapadas. Como si no valiera más que los desperdicios.

—Causa probable de la muerte —el forense señaló el cuello con un bolígrafo—: asfixia mecánica por estrangulamiento manual. Observe las equimosis irregulares. El surco es claro, compatible con presión ejercida directamente con las manos. Sin objeto intermediario.

Serrano sintió que algo se le enroscaba en la garganta. La precisión clínica del forense solo hacía la escena más cruda, más real.

—El informe toxicológico indica presencia de sustancias en su organismo —añadió Cifuentes, alzando un papel.

El inspector esperó. Siempre había sustancias.

—Niveles elevados de cocaína y benzodiacepinas en sangre. Pudo haber sido sedada antes del evento letal, o consumió voluntariamente. No podemos establecer la secuencia exacta sin contexto adicional.

—¿La drogaron antes de matarla?

—Las sustancias estaban presentes. Mi trabajo certifica eso. Determinar si el consumo fue voluntario o inducido requiere datos que yo no tengo. Esa es su investigación, inspector.

—Tiempo estimado desde la muerte…

—Entre setenta y dos y ciento veinte horas. El estado de descomposición es consistente, conforme con las condiciones ambientales desfavorables de donde fue encontrado: calor, humedad, exposición parcial...

De tres a cinco días. La estimación encajaba con la denuncia de desaparición que nadie había tomado en serio. Serrano recordó otros nombres que le pesaban en el pecho como medallas de plomo: la subinspectora Rivas, encontrada en su coche con un tiro en la sien y la verdad enterrada bajo toneladas de papeleo; Raquel Ortega, la informante que apareció muerta dos días antes de su declaración clave. Casos archivados. Justicia diferida hasta el olvido.

—¿Algo más relevante?

Cifuentes consultó sus notas con gesto neutro.

—Restos seminales recientes en la cavidad vaginal. Los análisis de ADN están en curso. La ausencia de lesiones genitales significativas o signos evidentes de forcejeo sugiere que las relaciones sexuales previas al deceso pudieron ser consensuadas o, al menos, sin resistencia física aparente.

El inspector apretó los dientes. En aquellas calles, la línea entre consentimiento y coacción era tan borrosa que ni siquiera existía. Una chica como Ludmila no tenía el privilegio de decir que no. No cuando dependía de alguien para la próxima dosis, el próximo techo, la próxima noche sin que le rompieran la cara.

—La escena del hallazgo —prosiguió el forense, señalando fotografías esparcidas sobre una mesa auxiliar— indica poco esfuerzo por ocultar el cuerpo. Ausencia de marcas de arrastre. Livores compatibles con deposición directa en el contenedor poco después de la muerte.

—¿El crimen ocurrió en otro sitio?

—Sin duda. El lugar donde apareció el cuerpo no presenta evidencia de ser el escenario primario. Pudo ser un traslado rápido

para deshacerse del cadáver. O para enviarlo a un lugar específico. Un mensaje, quizá.

Serrano soltó un gruñido.

—O simplemente no les importaba que lo encontráramos.

Cifuentes guardó silencio. Se quitó los guantes y los arrojó al contenedor de residuos biológicos. Sus ojos, cansados tras décadas de hacer hablar a los muertos, se cruzaron con los del inspector.

—Inspector, mi labor consiste en ofrecer datos objetivos sobre la muerte. Descubrir los motivos, los culpables... eso es territorio suyo. No envidio su trabajo.

Serrano volvió a mirar a Ludmila. Veinticinco años. Polaca. Prostituta. Muerta. En esa ciudad, ser las cuatro cosas a la vez era una sentencia de muerte que nadie se molestaba en dictar. Los jueces no la firmaban. Los fiscales no la perseguían. Y los policías como él llegaban demasiado tarde para impedirla.

No podía devolverle la vida. Pero podía hacer que alguien pagara por habérsela quitado.

Guardó el informe bajo el brazo, dio media vuelta y salió al pasillo. Encendió un cigarrillo antes de cruzar la puerta de salida —contra todas las normas—, pero le importó una mierda. Necesitaba quemar algo. Aunque fuera tabaco.

***

A la salida, se ajustó la chaqueta de cuero —esa armadura personal que le recordaba que no era un simple funcionario más— y caminó hacia el aparcamiento.

El Instituto de Medicina Legal se erguía a su espalda como una lápida gris en el barrio de Altabix. La morgue quedaba relegada a las afueras, lejos de las terrazas donde la gente fingía celebrar la vida con cañas y aceitunas.

Su BMW Serie 3 Compact del 99 descansaba bajo la sombra de un árbol. El coche estaba marcado por el tiempo: arañazos en las puertas, un faro con cinta adhesiva, asientos desgastados que olían a sudor y nicotina. Pero tenía carácter. Como él. Por eso lo había

comprado en aquella subasta de vehículos confiscados. Le gustaba la ironía: conducir el coche de un delincuente para perseguir a otros.

Apoyó los brazos sobre el capó caliente y repasó mentalmente el informe:

«Estrangulación manual. Cocaína en sangre. Restos de esperma. Muerte hace tres a cinco días».

«Menuda panda de hijos de puta».

Se detuvo en la descripción de las lesiones: forcejeo mínimo, sedación previa. La víctima no pudo —o no quiso— defenderse.

Sacó otro cigarrillo.

Ese maldito lugar enterraba a mujeres desprotegidas. Había escrito demasiados informes sobre chicas halladas en contenedores, descampados y acequias secas. Demasiadas vidas apagadas sin que a nadie le temblara el pulso.

—¿En qué coño me he metido?

Pero ya conocía la respuesta.

Aquel caso no debería estar en sus manos. Debería estar en la Operación Camarote, en la redada contra el tráfico de drogas que llevaba meses preparándose y que ahora estaba en pausa. Pero Vélez y la jefatura lo habían apartado. Para los de arriba, un cadáver como el de Ludmila no valía ni el papel de la denuncia.

Pensó en Sofía Bernabeu. En su mirada penetrante durante el funeral de su hermano Ignacio. En ese vestido negro que parecía susurrar «acércate y verás lo que pasa». La niña de papá jugando a ser mala y, en realidad, «más mala y astuta que los que la miraban por encima del hombro».

La mente lo traicionó por unos segundos y recordó aquella noche, cuando el deseo y la impotencia se habían confundido en la oscuridad de una habitación que ahora parecía pertenecer a un sueño febril.

En esa maldita ciudad, ni el sexo ni el poder podían tapar la podredumbre que palpitaba bajo la superficie.

En ese momento, el móvil vibró en su bolsillo.

Era Gutiérrez. Su antiguo compañero en Estupefacientes.

—¿Qué hay? —contestó sin ceremonias.

—Te esperan en comisaría. El jefe quiere que conozcas al nuevo subinspector.

Serrano cerró los ojos. Por supuesto, su sustituto: el hombre que ocuparía su escritorio, su puesto y continuaría su lucha contra el polvo blanco que inundaba las calles.

—¿Y a mí qué coño me importa mi sustituto?

—El comisario quiere que le des la bienvenida. Ya sabes cómo es esto. No seas carroza.

—Genial.

Colgó sin más cortesías. Guardó el informe de Ludmila en el asiento del copiloto y se subió al BMW. La puerta se cerró con un golpe seco que resonó en el aparcamiento vacío.

Giró la llave y el motor tosió antes de rugir. Los primeros acordes de «*Welcome to the Jungle*» estallaron por los altavoces. Guitarra distorsionada y la voz desgarrada de Axl Rose. Perfecto.

Metió primera y aceleró.

Las luces de Elche comenzaron a envolver su coche. Era una ciudad que, durante el día, ardía bajo el sol y, al caer la noche, se tornaba peligrosa. Allí, los Bernabeu y los Parres luchaban por el control, dejando cadáveres como su firma.

Aún no sabía cuán profundo tendría que cavar. Pero una cosa era evidente: ni la jefatura, ni los Bernabeu, ni los malditos Parres le impedirían seguir escarbando.

Alguien tenía que hablar por los muertos.

Y Serrano era el único sereno que escuchaba.

3

Sofía

Se respiraba un aire sagrado en el salón de la finca Bernabeu. La madera antigua, el coñac añejo y el tabaco de alta calidad habían sellado secretos a lo largo de décadas. Cada rincón era un lugar donde el poder, el crimen y la política se entrelazaban. La gran mesa de roble dominaba el espacio, mientras las lámparas bajas ofrecían una luz tenue que alargaba las sombras en las paredes de piedra.

El techo abovedado, sostenido por vigas de madera oscura, enmarcaba ventanales que daban al extenso campo de palmeras de Elche. El lugar no era solo una finca privada, sino el centro neurálgico de una familia que había logrado influir en la ciudad durante generaciones.

«Todo el mundo piensa que, siendo la hija del líder, la vida es sencilla. Pero nadie ve lo difícil que es tener que demostrar todos los días que te lo mereces por ti misma, no por tu apellido».

Sofía Bernabeu entró con calma, consciente de que tenía derecho a sentarse en la cabecera. Al abrir la puerta, la sala quedó callada, como si el aire mismo reconociera quién estaba al mando. Los hombres la miraban, esperando a ver qué dirección tomaría la conversación.

En una esquina, Fernando «El Gordo» Díaz se acomodaba como siempre. Grande, cara redonda, pelo peinado hacia atrás. Llevaba una camisa blanca con las mangas enrolladas, mostrando brazos

fuertes. El anillo de oro en su mano derecha brillaba, dejando claro que él era su principal respaldo.

Al otro lado, un poco alejado, estaba Ramón «Moncho» Salazar, con la piel tostada y la chaqueta de cuero marcada por las huellas de su vida. Su apellido delataba su origen, igual que el territorio que controlaba. Dentro de la comunidad gitana, «Moncho» era un hombre respetado. Las manos llenas de anillos comunicaban más que cualquier palabra: respeto, orgullo, tradición.

Justo delante de Sofía, con la mirada fija en la mesa, estaba Javier «El Gallego» Muñiz. Su apodo venía de las conexiones que había establecido con las familias gallegas que dominaban el norte. Delgado, rostro estrecho, barba de tres días. Giraba entre los dedos un puro apagado, manteniendo la compostura, como si no tuviera prisa por descubrir quién sería el siguiente en caer.

Sin titubear, Sofía avanzó y ordenó con voz firme:

—Servid el coñac.

Dos empleados se acercaron. El tintineo de los vasos rompió el sosiego. Poco después apareció un plato con los tradicionales dulces de la ciudad y una botella de mistela. Recordatorio de que, fuera de aquellas paredes, la vida seguía su curso, pero allí, la tradición era ley.

Sin esperar, «Moncho» Salazar le dedicó una mirada afilada y lanzó su golpe:

—Tu hermano lo habría manejado distinto.

La frase quedó colgada en el aire como el humo del puro. Sofía ni pestañeó.

—¿A qué te refieres, exactamente?

El hombre exhaló una bocanada lenta.

—Él no nos habría metido en esta guerra.

Sofía tomó un trago de coñac, dejando que el calor bajara por su garganta, y respondió sin vacilar:

—Esto no es una guerra. Ignacio está bajo tierra, y todos sabemos cómo suelen acabar estas cosas. Él fue quien nos metió en este problema. Pero el problema de uno es el de todos, ¿verdad? Así que pido que no volvamos a hablar de mi difunto hermano, a menos que sea necesario.

La sala quedó muda. Tras una pausa incómoda, «El Gallego» intervino, impaciente:

—Lo que tú digas, Sofía, pero la ciudad está patas arriba y nuestros hombres no pueden trabajar como antes. Los polis aprietan fuerte, hacen redadas día sí, día también, y tienen perros olfateando hasta debajo de las piedras.

Sofía posó el vaso sobre la mesa y contestó con la calma fría de quien sabe cómo son las cosas:

—Aquí nadie está por placer, señores. Estamos sentados a esta mesa por dinero.

«El Gordo» Díaz inclinó la cabeza y remató:

—Exacto. Nadie va a parar este tren.

Sofía miró detenidamente a los hombres curtidos que llevaban años de peleas y traiciones en sus espaldas. Sabía que un solo fallo podía significar el final. Girando el vaso en sus manos, lanzó un reto:

—Aquí nadie va a retroceder. Tenemos rutas, tenemos socios, y si alguien piensa que no soy capaz de llevar esto, es el momento de decirlo en voz alta o marcharse.

«Moncho» apretó los labios, «El Gallego» encendió finalmente su cigarro y «El Gordo» Díaz mostró una leve sonrisa de aprobación. Sofía sentenció con autoridad indiscutible:

—Ahora, cerrad esa puerta.

Los cerrojos sonaron, dejando fuera la calle y todos sus problemas. Justo cuando Sofía iba a continuar, sonó el timbre. Ella levantó la cabeza, claramente irritada. La puerta se abrió lentamente y en el umbral apareció Tomás Bernabeu. El anciano avanzó con tranquilidad, con una media sonrisa que mostraba saber algo que los demás no. Tenía el pelo canoso perfectamente arreglado, un traje impecable y la calma de quien ha pasado décadas observando las mismas guerras.

—Continuemos con la reunión.

Sofía sintió cómo se le helaba la sangre. Su padre no era solo un respaldo, sino un recordatorio constante de que siempre había ojos encima, esperando que tropezara. Tomás se sentó sin prisa y entrelazó las manos sobre la mesa de roble, como si aquella reunión fuera solo otro día en su largo historial de negocios.

Las miradas se cruzaron, entre respeto y nervios disimulados. «Moncho» cruzó los brazos en desafío, «El Gallego» continuó sin levantar la vista de su cigarro y «El Gordo» Díaz hizo un leve gesto de aprobación.

Tomás respiró hondo, sintiendo el ambiente cargado:

—Solo estoy aquí como observador. Todas las decisiones las tomará Sofía.

El mensaje era claro: ella llevaba el mando ahora. Sofía se tomó un segundo, puso las manos sobre la mesa y habló con voz firme:

—Sé que estas últimas semanas han sido difíciles, pero todavía estamos a tiempo de recuperar el control. No está todo perdido.

«Moncho» soltó una risa seca:

—¿No está todo perdido?

Sofía no dudó:

—No, no lo está.

«El Gallego», con voz ronca, contestó:

—Díselo a mis hombres. Las familias no se alimentan de esperanzas.

La líder clavó sus ojos en él, fría, sin alterarse:

—Recuperaremos las cargas, vuestra gente volverá a trabajar y el dinero regresará a las calles.

«Moncho» resopló con desdén, desafiante:

—¿Otro magrebí más? Parece que no aprendiste nada de la última vez.

Sofía apretó el vaso de coñac con fuerza controlada y respondió lentamente, dejando que cada palabra cayera como una sentencia:

—La próxima vez que me hables así, más te vale pensarlo dos veces.

La sala quedó en silencio incómodo. Antes de que aquello empeorara, «El Gordo» Díaz intervino con calma:

—Yo confío en Sofía. Ella ha logrado que esta familia no se fuera al carajo en cuestión de semanas. La situación es difícil para todos, pero juntos vamos a recuperar el control.

Sofía se recostó en su silla, dominando claramente la situación:

—A pesar del caos de las últimas semanas, aún podemos retomar las riendas.

Aquello golpeó con fuerza. «Moncho» chasqueó la lengua con amargura y «El Gallego» masculló:

—La gente está desesperada, Sofía. Quiero confiar en tu palabra, pero no sé cuánto tiempo aguantaremos con más promesas. Si esto sigue así, tendremos un motín.

«El Gordo» Díaz intervino, tranquilo pero firme:

—De eso ya nos encargaremos nosotros.

Sofía observó a cada hombre sentado a la mesa, consciente de que cada error podía costar caro. Sabía que ganarse la confianza de esos hombres llevaba años, pero perderla bastaba con un segundo. Ser la líder no era un privilegio, sino una carga: siempre rodeada de gente, pero más sola que nunca. Quien le juraba lealtad en ese momento podría estar afilando un cuchillo bajo la mesa para clavárselo al día siguiente por la espalda.

—Esta ciudad siempre ha sido una selva. Nosotros tenemos rutas, socios y poder, y nos aseguraremos de que siga así. No prometo que será fácil, porque vienen tiempos difíciles. Habrá redadas y problemas, pero si jugamos bien nuestras cartas, todo seguirá bajo control. Os doy mi palabra. La policía ladra mucho, no obstante, actúa poco. Ya lo tengo controlado. ¿Queda claro?

En ese lugar cerrado, entre chascarrillos y tensión, Sofía Bernabeu reclamó su lugar, demostrando que en esta partida ella era quien tomaba las decisiones. En una ciudad así, la única garantía era ser más fuerte, más inteligente e implacable que los demás.

4

Eduardo

El calor golpeaba el polígono industrial de Torrellano como una maldición. Entre naves metálicas cubiertas de polvo y hollín, el Bar Saladas se erguía con su fachada de piedra envejecida. Un toldo raído daba sombra a las mesas de la terraza, donde hombres de rostro curtido bebían cerveza en silencio. En el horizonte, una hilera de palmeras recordaba la cercanía del mar, esa ruta que prometía cargamentos y dinero.

Dentro, el aire viciado olía a encurtidos, café rancio y tabaco. Las paredes, adornadas con fotos desvaídas de un Elche de antaño, absorbían la luz amarillenta de los tubos fluorescentes. En una mesa del fondo, alejada del bullicio, Eduardo Parres observaba su vaso de vino, como si el futuro estuviera escrito en ese líquido oscuro.

Vestía una camisa beige con las mangas arremangadas, revelando piel curtida por años de sol y negocios turbios. Su bigote fino estaba recortado con precisión militar. Entre los dedos, giraba un palillo sin cesar.

Frente a él, Rubén «El Socio» Giménez mordía un bocadillo de atún, tomate y anchoas. Polo oscuro, gafas de sol en la frente, movimientos lentos y calculados. Sobre la mesa, restos de ensalada y un cenicero lleno de colillas eran testigos de una conversación que aún no había comenzado del todo.

Eduardo se puso el palillo entre los dientes.

—Tomás Bernabeu sigue respirando. Y eso es un problema.

Giménez dejó el bocadillo y tomó un sorbo de vino. Lo miró fijamente y contestó:

—No puedes joderlo. No a los Bernabeu.

Eduardo chasqueó la lengua.

—¿Por qué no?

—Porque si fallas, Tomás no te matará a ti, matará a tu familia. Así funciona esto. Lo sabes.

Eduardo sonrió sin humor. Agarró la servilleta, la arrugó y la tiró sobre la mesa.

—Por eso he contratado al «Zurdo».

«El Socio» cruzó los brazos, mitad aprobación, mitad resignación.

—Vivir en la sombra es un arte, Eduardo. Pero quedarse ahí para siempre es de idiotas.

—Exacto. Tarde o temprano hay que tumbar al amo que te da de comer. Y si fallas... sigues siendo su perro, pero ahora sabe que muerdes.

—Entonces hay que tener paciencia.

Eduardo se recostó en la silla. Sus ojos tenían esa mezcla de orgullo y rabia contenida que solo aparece en hombres que han esperado demasiado.

—¿Paciencia? No me jodas. Llevo esperando esto más de lo que debería.

El bar estaba ruidoso, pero el murmullo se tornó hipnótico. El tintineo de una cuchara contra un plato. El golpeteo de los ventiladores. Eduardo respiró hondo y miró a su alrededor, buscando algo. Una señal. Lo que fuera.

—A veces pienso que alguien arriba me tiene manía —dijo, sin levantar la vista del vaso—. Primero mi hijo… y ahora esto.

Giménez ladeó la cabeza.

—No eres el único que ha perdido algo.

—Puede ser. Pero yo todavía no he perdido.

Eduardo giró el vaso lentamente, observando cómo el vino se mecía dentro.

—Toda mi puta vida he seguido las reglas. Las mías, claro. Hago lo que hay que hacer, pago mis deudas, y cuando llega el momento de

ganar... ¡pum! Todo se va a la mierda en el último segundo.

Su socio cogió un trozo de pan y lo masticó sin prisa.

—Te ha ido bien, Eduardo.

—¿Bien? —Eduardo rio, pero sin ganas—. Acabo de sacar a mi hijo del hospital con tubos en la garganta. ¿Y por qué? Porque confié en Ignacio Bernabeu. Porque pensé que era un hombre de negocios.

Luego se echó hacia delante para asestar el siguiente golpe.

—Pero al menos ese mamarracho ya no está. Aunque yo siga pagando la cuenta.

Giménez se limpió los labios con la servilleta.

—Si supieras que Dios escucha, rezar sería la solución.

Eduardo bufó.

—Dios está demasiado ocupado tocándome los huevos.

El silencio se instaló entre ellos. Eduardo dejó el vaso sobre la mesa y clavó la mirada en su socio.

—¿Sabes qué he aprendido, Rubén? Que esta vida es injusta. Siempre lo ha sido. Y que la historia no la escriben los perdedores.

—Ahora te refieres a Tomás.

Eduardo alzó la mirada.

—Me refiero a todos los que se creen intocables.

Hizo una pausa y respiró despacio.

—Si Tomás Bernabeu acaba como su hijo, Sofía no aguanta ni dos telediarios. Es fuerte, sí... pero no es como su viejo. No ha peleado desde abajo. No ha tragado mierda, como nosotros.

«El Socio» dirigió la vista a la terraza, donde el sol caía sobre el horizonte polvoriento.

—¿Y estás seguro de que ese pistolero puede hacerlo?

Eduardo sonrió de lado, con ironía.

—Si no pudiera, no estaríamos aquí esperando.

Se recostó en la silla y giró el vaso una última vez. Llevaba toda la vida esperando este momento. Primero su hijo. Luego Ignacio Bernabeu. Ahora, Tomás.

—Escucha, hay una cosa que tengo clara: en este negocio, la paciencia no te hace rico. Te hace viejo.

Un motor rugió a lo lejos.

Eduardo no levantó la vista. Sonrió apenas.

—Puntual. *M'agrada, xe.*

Afuera, un coche negro apareció en la carretera polvorienta, levantando una estela de polvo tras sus ruedas. Los cristales tintados ocultaban al conductor. El motor se apagó. La puerta se abrió.

Primero tocó el suelo una bota de cuero negra, gastada y cubierta de polvo. Luego bajó un hombre de estatura media, vestido con chaqueta oscura y vaqueros del mismo tono. En su mejilla izquierda, una cicatriz fina como un hilo de plata se dibujaba bajo la luz del sol.

El hombre cerró la puerta sin hacer ruido y se quedó quieto, observando el bar con la calma de quien ha llegado a demasiados sitios como este.

Eduardo esbozó una sonrisa fría.

—Ahí lo tienes. «El Zurdo».

El viento levantó una nube de polvo. Los matojos secos se movieron alrededor de la terraza. Giménez se tensó apenas, pero no dijo nada.

El negocio estaba en marcha. Todo se movía como debía, cada pieza en su lugar, siguiendo un plan que solo Eduardo Parres conocía al dedillo.

Y si algo salía mal, bueno... para eso estaban los hombres como el que iba a contratar.

5

Torres

Torres empujó la puerta del Bar Hermanos Belmonte, haciendo sonar la campanilla que anunciaba su llegada.

La radio emitía noticias locales que pasaban desapercibidas. Detrás de la barra, uno de los hermanos Belmonte, el mayor, Paco, limpiaba vasos con un paño desgastado mientras miraba el televisor sin sonido.

Torres se acercó a la barra, fatigado por la falta de sueño. Caminaba con la seguridad que da una pistola debajo de la chaqueta.

—Buenos días —saludó, apoyando los codos en la barra.

Paco le devolvió el saludo con un gesto breve de la barbilla. Conocía a Torres. Todos en ese bar conocían a Torres. Y todos sabían para quién trabajaba.

—¿Lo de siempre, niño?

—Café con leche y media tostada con tomate, jamón y aceite. Y pon jamón del bueno.

El camarero se giró hacia la máquina. Torres miró alrededor con esa atención periférica que había aprendido a cultivar. Los viejos de atrás seguían con su dominó, ajenos a todo.

Paco dejó el café frente a él junto con el pan en un platillo desportillado. Luego, sin decir palabra, deslizó un sobre blanco por la barra.

Torres lo sopesó un segundo, calculando mentalmente la cantidad, luego se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta vaquera, sin abrirlo. Sabía cuánto había. Eduardo Parres nunca se quedaba corto con los que cumplían.

—De parte del jefe, que muy bien —murmuró el camarero, volviendo a sus vasos—. Esa gente necesita que le den un escarmiento.

Torres asintió mientras tomaba un sorbo de su café. Estaba caliente, demasiado caliente. Sin embargo, no hizo ninguna mueca.

Lo del búlgaro, Dimitar. El imbécil había jugado a dos bandas y había pagado las consecuencias. Torres no sentía nada al respecto: ni remordimiento, ni satisfacción. Solo tenía la fría certeza de que había hecho su trabajo y que lo había hecho bien. Para él no había diferencia entre nacionalidades, a la hora de derramar sangre.

Y ahora estaba cobrando por ello.

No era mucho dinero —nunca era suficiente—, pero representaba un avance. Otro peldaño escalado. Otro trabajo que demostraba que «El Niño» no era solo un músculo barato y que, tal vez, no era tan niño como creían, sino una persona en la que se podía confiar para asuntos delicados. Gracias a su tenacidad y a los libros de autoayuda que leía en sus ratos libres, había aprendido a tener un objetivo en el futuro, una ambición, un deseo, y estaba decidido a alcanzarlo.

Paco se inclinó sobre la barra, bajando la voz, aunque no había nadie cerca.

—Por cierto, chaval. Hay otro encargo, si te interesa.

Torres levantó la vista del café.

—Tú dirás.

—Los ucranianos de Crevillente. Al jefe no le cae muy bien el tal Miroslav, dice que no es de fiar. Como parece que el mensaje del búlgaro ha calado hondo, están más relajados ahora, según me dicen, claro... El jefe quiere que vayas a verlos.

—Llevan las cuentas al día.

—Nada agresivo, ya sabes. Solo... recordarles las reglas del juego.

Torres dio otro sorbo, pensando. El jefe quería que renegociara las comisiones porque sentía que podía sacarle más. Por desgracia, los ucranianos eran otro cantar. No eran como Dimitar, un idiota solitario

con más ambición que cerebro. Los de Crevillente se movían en grupo, tenían estructura, contactos. Y Miroslav, su líder, no era un tipo que se dejara amedrentar fácilmente, y menos ahora que, con la guerra, había reunido a unos cuantos de sus compatriotas en la provincia.

Sin embargo, también era cierto que el asesinato del búlgaro había generado respeto. La gente comentaba sobre esto. Y cuando la gente habla, las cosas cambian. El miedo es una herramienta útil, siempre que se sepa dosificar.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Cuando quieras. Pero el jefe prefiere que sea pronto. Aprovechar que todavía están digiriendo las noticias.

Torres asintió despacio, dándole vueltas. Un trabajo más. Otro paso hacia arriba. Si lo hacía bien —y lo haría bien—, Eduardo Parres seguiría confiando en él. Y cuando Parres confiaba en alguien, las puertas se abrían y el dinero iba solo.

Algún día, no muy lejano, dejaría de ser «El Niño». Tendría su propio territorio, sus propios hombres, su propio respeto, y adiós a los trabajos de matón como ese. Ya no sería el chaval que hacía los trabajos sucios. Sería alguien a quien otros temían. Alguien cuyo nombre se pronunciaría con el mismo respeto que ahora se susurraba el de Parres o el de los Bernabeu.

Esa era la meta.

—Lo haré —dijo—. Pero dame un día o dos. Quiero que se relajen un poco más antes de aparecer.

Paco asintió.

—Sensato. Te aviso.

La campanilla sonó de nuevo. Torres giró la cabeza instintivamente —siempre lo hacía cuando se abría la puerta— y vio entrar a Matías «El Gato» Rojas, un madrileño de Aluche por adopción. Era un hombre ambicioso y sin escrúpulos, de esos que no dudan en soltar un puñetazo o apretar el gatillo si la situación se complica. «El Gato» tenía una mano ligera; a veces eso te salvaba la vida, otras veces te llevaba directo a la ruina. Esa mañana llevaba vaqueros oscuros y una cazadora de cuero que parecía robada de un maniquí. Se movía con la arrogante confianza de quien cree que el mundo le debe algo.

—Coño, Torres —saludó, plantándose en la barra a su lado—. Justo el tío al que buscaba.

—Rojas.

«El Gato» pidió una cerveza y un pincho de tortilla. Cuando Paco se lo sirvió, le dio un mordisco descomunal y habló con la boca llena:

—Buen trabajo, tronco. Hoy invitas tú, ¿no?

Torres no respondió. No le agradaba que se hablara de esas cosas de manera tan superficial, como si fueran chistes de bar, ante cualquier persona. Pero Rojas siempre había sido un hablador. Uno de esos tipos que sentían la necesidad de llenar el silencio con palabras, aunque no tuvieran nada relevante que decir.

—Escucha, el colega Miroslav está cagado y anda preguntando quién liquidó al búlgaro.

—Que pregunte lo que quiera. Nosotros no sabemos nada.

Rojas soltó una carcajada breve.

—Eso mismo digo yo. Que pregunte. Total, nadie va a hablar.

Torres terminó su café y empujó la taza vacía hacia el borde de la barra. Se giró en el taburete para mirarlo directamente.

—Me han encargado que le haga una visita. ¿Quieres venir?

—¿En serio? —«El Gato» se animó visiblemente—. Coño, claro que sí, tronco. Me apetece un poco de acción.

—No te emociones. Es solo una visita de cortesía.

—Ya, ya. Cortesía. —Rojas sonrió con malicia—. ¿Sabes si la hija del ucraniano sigue de cajera?

Torres lo miró sin mostrar ninguna expresión. A veces, Rojas le recordaba a un perro demasiado ansioso por complacer, saltando sin pensar. Era útil, sí, pero también impredecible y peligroso como un Pitbull, si no se le controlaba.

—Escucha, déjate de hostias, ¿quieres? —dijo Torres, manteniendo la voz baja y controlada—. Si vienes, que sea con la boca cerrada y los ojos abiertos. Nada de gilipolleces, ni bromitas de las tuyas. Y mucho menos de provocaciones. Entramos, hablamos, cobramos y salimos. ¿Entendido?

«El Gato» levantó las manos en gesto de rendición.

—Tranqui, jefe. Lo que tú digas.

«Jefe».

La palabra le cayó bien a Torres, aunque no lo mostrara. Era la primera vez que alguien lo llamaba así. Y, aunque viniera de un bocazas como Rojas, tenía un significado. Era un reconocimiento. Un avance.

Pidieron otro par de cervezas y se quedaron en la barra, hablando en voz baja sobre el encargo. Torres exponía el plan ya visualizado: llegar al almacén de Crevillente, cuando los ucranianos estuvieran trabajando. Nada de armas a la vista. Nada de amenazas directas. Solo presencia.

—A mí ese tío no me da buena espina —admitió Torres después de un rato—. Los ucranianos no son como el búlgaro y Miroslav es un hijo de puta, de cuidado. No hay más que ver cómo trata a los que tiene currando. Lo peor de todo es que se ha reforzado. Tiene más gente, más recursos. Si nos precipitamos, podemos acabar con las pelotas en un bote de pepinillos en vinagre.

—¿Entonces? —preguntó Rojas.

—De momento, nada de subir la cuota. Recaudamos lo nuestro y dejamos que se calmen las aguas.

—Pero, desde arriba, te van a perjudicar.

—De eso me encargo yo... Por ahora, que Miroslav piense que lo del búlgaro fue un asunto puntual y que nadie va a ir a por ellos. Y entonces, cuando bajen la guardia...

—Volvemos —completó «El Gato», sonriendo.

—Exacto. Ya pensaré en algo.

Era la estrategia correcta. Torres lo sabía. Pero también sabía que Eduardo Parres no era un hombre paciente. Si tardaba demasiado en cobrar, pagaría él.

La ambición le devoraba las entrañas como un animal hambriento. Deseaba más. Siempre más. Un nombre que resonara. Un territorio propio. Respeto. Temor. Poder.

Estaban terminando las cervezas cuando la puerta se abrió de nuevo. Esta vez, el sonido de la campanilla pareció más fuerte.

—Coño... —susurró «El Gato».

El inspector Javier Serrano entró en el bar con el aire cansado de quien acaba de terminar un turno de guardia. Llevaba una chaqueta

de cuero desgastada, tenía barba de dos días y sus ojos reflejaban la experiencia de haber visto demasiado. Se detuvo un momento en el umbral, observando el local, y sus ojos se fijaron en Torres.

El inspector lo reconoció al instante. Y Torres también lo reconoció a él.

Serrano. El madero que había estado a punto de arruinarle la vida en varias ocasiones durante su trabajo en Narcóticos y que casi lo lleva a la cárcel por lo de esa mujer. Un tipo que no sabía cuándo parar de investigar, que seguía pistas como un perro de caza obsesionado. Un hombre insistente que había ganado la reputación de ser incorruptible, lo que lo hacía aún más peligroso.

Pero ahora ya no estaba en Narcóticos. Lo habían apartado. Degradado. Y eso lo convertía en un paria.

Lo cual no significaba que fuera inofensivo.

A diferencia de ellos, Torres creía que los policías eran rencorosos y que no comprendían los negocios.

Dejó la cerveza en la barra con un golpe seco. Rojas se tensó a su lado, palpando instintivamente la chaqueta donde guardaba la navaja.

—Relájate —murmuró Torres sin mirarlo—. No hagas ninguna gilipollez.

Serrano avanzó hacia la barra, saludó a Paco con un gesto de la cabeza y pidió un café, a pesar de que no era bien recibido allí dentro. No era la primera vez que se lo advertían.

Torres sacó un billete de veinte euros y lo dejó sobre la barra. Más de lo que costaba lo que había consumido. Le gustaba dejar propina. Le gustaba que la gente lo recordara como generoso, no como un tacaño.

—Nos vamos —dijo en voz baja a Rojas—. Cóbrate también lo del inspector.

Serrano hizo un gesto de rechazo con la mano.

—No con ese dinero.

—Está limpio, Serrano.

—No, gracias.

Se levantaron del taburete y se encaminaron hacia la puerta. Al pasar junto a Serrano, Torres se detuvo un segundo. Solo un

segundo. Lo suficiente para clavar la mirada en el perfil del inspector y soltar, con voz cargada de sorna:

—Se te echa de menos dando por saco. Ya me he enterado de las buenas noticias.

Serrano giró la cabeza despacio. Sus ojos se encontraron. Había algo en aquella mirada —cansancio, rabia, quizá pena— que Torres no supo interpretar del todo.

El inspector no respondió. Simplemente mantuvo la mirada fija en él durante unos segundos, como si estuviera evaluando algo. Luego, sin decir una palabra, regresó a su café.

Torres salió del bar con «El Gato» pisándole los talones. La luz del sol lo cegó momentáneamente cuando cruzaron la puerta. La calle estaba tranquila. Coches aparcados en doble fila. Una mujer mayor arrastrando un carrito de la compra. El ritmo normal de un barrio obrero a media mañana.

—¿Por qué le has dicho eso? —preguntó Rojas mientras caminaban hacia el Seat Tarraco aparcado a media manzana.

—Porque podía —respondió Torres.

Y porque quería que Serrano lo recordara. Deseaba que ese inspector caído en desgracia supiera que Raúl «El Niño» Torres continuaba ascendiendo, mientras él caía en una ciénaga. Quería que experimentara la sensación de ser desplazado, apartado y olvidado.

Subieron al coche. Torres encendió el motor y la radio se activó con una canción de Los Enemigos. Se incorporó al tráfico con tranquilidad, sin prisa.

El siguiente encargo lo esperaba en Crevillente y después vendría otro, y otro más.

Cada uno lo acercaba más a donde quería estar.

Y eso, en su mundo, era lo más peligroso de todo.

6

Paredes

El rugido de la Yamaha negra rasgó el silencio del polígono industrial de Carrús. Eran casi las doce del mediodía. Calles vacías, naves con rótulos descoloridos, un calor que convertía el sudor en película pegajosa sobre la piel. Cuando el estruendo de la moto resonaba entre las naves abandonadas, las miradas se volvían: algunas con curiosidad, otras con miedo.

Luis «El Cuervo» Paredes bajó de la motocicleta con la parsimonia de quien sabe que no necesita apresurarse. No era hombre de lealtades ni de juramentos. Creía en una sola cosa: si pagabas bien, él conducía. Y nunca le temblaban las manos.

Su melena negra caía salvaje sobre los hombros. La barba rala acentuaba una mandíbula tallada en piedra. Alto y de hombros anchos, se ajustó la chaqueta de cuero y sacudió el polvo de las botas. Miró la calle desierta. En Elche, la tranquilidad era apenas un paréntesis antes de que todo volviera a estallar.

Caminó hacia el bar de moteros. Ese lugar donde la cerveza era barata, las guitarras distorsionadas sonaban por altavoces rotos, y nadie hacía preguntas que no estuviera dispuesto a responder con los nudillos.

El letrero de neón parpadeaba sobre la fachada de ladrillo. Rojo y azul, como el pulso irregular de un corazón enfermo. «CON RUEDAS», en una cursiva desgastada por los años.

«El Cuervo» empujó la puerta. El aire lo golpeó como un puñetazo: tabaco negro, cuero viejo empapado en sudor, cerveza derramada. Olores que se pegaban a la ropa y a la memoria.

Motörhead bramaba desde los altavoces —*Ace of Spades*, siempre *Ace of Spades*— mientras las bolas de billar chocaban sobre el fieltro raído. El bar hervía de moteros. Chaquetas desgastadas con parches que contaban historias de las que nadie preguntaba. Tatuajes descoloridos. Miradas duras como el asfalto en agosto.

Lo extraño no era la ausencia de policías; lo extraño hubiera sido ver uno allí y que saliera con los dientes en su sitio.

Nadie se giró para darle la bienvenida. Un leve cabeceo aquí y allá bastaba. «El Cuervo» llevaba años en ese ecosistema. Su reputación no necesitaba palabras.

Cruzó el local con paso firme y se dirigió a la barra. El camarero —un chaval con camiseta de Iron Maiden y delantal sucio— se acercó y señaló con la barbilla hacia la puerta metálica del fondo.

—Te esperan en la trastienda.

«El Cuervo» asintió y avanzó hacia donde la música se apagaba, dejando solo el eco de los negocios serios.

La trastienda olía a cerveza rancia, metal oxidado y testosterona contenida. Alrededor de una mesa improvisada se reunían media docena de moteros. Entre barriles apilados y calendarios con mujeres desnudas que nadie miraba ya, el aire se podía cortar con un cuchillo.

En el centro, con los brazos cruzados sobre un pecho de toro y la mandíbula tensa como cable de acero, estaba Johnny Puertas. Jefe de la Hermandad de Moteros que controlaba el sur de Elche y la Vega Baja como un señor feudal controla sus tierras. Sus ojos se clavaron en «El Cuervo».

—Llegas tarde, Cuervo.

La voz de Johnny era grava rodando por un tubo de metal. Una voz de hombre que no está acostumbrado a que le lleven la contraria.

«El Cuervo» se apoyó contra uno de los barriles, con aire despreocupado.

—La próxima vez, manda la invitación con más antelación.

Johnny entrecerró los ojos, decidiendo si aquello era un desafío o simple arrogancia. Gruñó por lo bajo.

—Siéntate.

«El Cuervo» negó con la cabeza.

—Estoy bien así.

Johnny resopló. Chasqueó la lengua.

—Haz lo que te salga de los cojones.

El resto de los moteros permanecía sin hablar, atentos como perros de pelea esperando la señal. Johnny se irguió en el centro de la sala, pasando la mirada por todos los presentes.

—Escuchad bien, cabrones. Esto no es una jodida tertulia. La ciudad se está pudriendo y nos la están quitando delante de nuestras putas narices.

Los moteros asentían, mascullaban entre dientes. Johnny se movía entre ellos con la seguridad de quien ha dado órdenes toda su vida.

—Los moros están metiendo mierda desde el norte de África. Cada día más yonquis, más atracos, más gentuza por las calles. Se lo están llevando crudo y nos joden el negocio. Esta mañana he pasado por la plaza del Mercado y daba asco ver tanto desgraciado tirado en el suelo.

Un motero de barba espesa y nudillos tatuados gruñó desde su esquina.

—Se están forrando. Cada venta es más poder. ¿Y los maderos qué?

Johnny se giró hacia un chaval joven con una ceja partida. Uriel. Nuevo en la Hermandad, pero con fuego en las venas.

—Dime, Uriel. ¿Cuántos yonquis has visto hoy en tu barrio?

El joven bajó la mirada, no por cobardía, sino por rabia.

—Demasiados. Cada esquina tiene uno. Mi hermana pequeña vio a uno meándose en el portal de casa. Tenía los pantalones por los tobillos y ni siquiera sabía dónde estaba.

Johnny sonrió de lado. No era alegría, sino satisfacción. Estaban cabreados. Justo donde los quería. Se inclinó sobre uno de los barriles, dejando que su voz llenara la trastienda.

—¿Y la policía? ¿Dónde están cuando los necesitas? —Hizo una pausa—. Mirando para otro lado. O peor, viniendo a por nosotros

mientras dejan que los moros campen a sus anchas. Serrano era el único hijo de perra en Narcóticos que les daba guerra de verdad. Y ya lo han apartado, encerrado en un despacho llenando papeles.

Dejó que las palabras calaran. Las mandíbulas se tensaban, los puños se cerraban.

—Si dejamos que esto siga, acabaremos muertos o pudriéndonos en el talego. No voy a permitir que mi bar acabe siendo una puta tetería. Y si la policía no tiene cojones para arreglarlo... —levantó la voz hasta que retumbó— ¡lo haremos nosotros!

En el fondo, «El Cuervo» sonrió apenas. Una curva mínima en la comisura de los labios.

«Esto va a ponerse interesante».

Un murmullo de aprobación recorrió la trastienda. No entusiasmo, sino odio contenido. Esa tensión que convierte a los hombres en bestias. Johnny barrió la sala con la mirada.

—El que no entienda lo que hay que hacer, que se largue ahora. Puede levantarse y olvidar que estuvo aquí. Porque cuando esto empiece —concluyó saboreando las palabras—, van a caer hostias como panes. Y no habrá marcha atrás.

Nadie se movió. Nadie habló.

Johnny asintió despacio.

—Bien. Entonces todos sabemos dónde estamos.

Fuera, el sol caía sobre Elche tiñendo de rojo las calles. En el bar de moteros, entre cerveza que sabía a metal y caras marcadas por demasiadas peleas, se cocinaba una guerra. La Hermandad estaba lista para defender lo suyo. Y en esa ciudad, las reglas eran simples: sobrevivir o caer.

«El Cuervo» comprendió perfectamente lo que se avecinaba. Ya no importaban las palabras bonitas sobre hermandad, ni el respeto. Solo contaba quién seguiría en pie cuando el humo se despejaría.

En Elche, la camaradería era un lujo escaso. La lealtad y la violencia caminaban de la mano, como amantes condenados. Quien no lo entendiera, lo aprendería a golpes.

Johnny se incorporó lentamente, memorizando rostros. Calculando quién aguantaría y quién se quebraría.

—El juego ya está en marcha. Y en esta partida no hay empates. Los que se rajen acabarán en la cuneta.

«El Cuervo» se apartó del barril y salió de la trastienda con paso firme. Cruzó el bar sin mirar a nadie. Empujó la puerta y el calor de la calle lo golpeó.

Se encendió un cigarro. Exhaló el humo lentamente, viendo cómo se deshacía en el aire cargado. Sonrió de lado, esa sonrisa de lobo que conoce el olor de la sangre antes de que se derrame.

En unas horas, cuando cayera la noche, las calles dictarían sentencia.

En un juego sin reglas, solo había dos opciones: mandar o ser el polvo que pisan los que mandan.

Y «El Cuervo» no tenía ninguna intención de convertirse en polvo. Al menos, no todavía.

Dio una última calada al cigarro, luego lo aplastó con la bota, dejando una marca negra sobre el cemento.

Alguien no iba a ver el amanecer.

7

Serrano

El BMW negro de Serrano se movió entre el tráfico de Elche y se detuvo frente a la comisaría. El motor rugió antes de apagarse. Serrano se pasó una mano por la cara, sintiendo el calor en la piel, la barba áspera y el cansancio en los huesos.

A través del parabrisas, la misma rutina de siempre: agentes con prisa, un detenido reclamando sus derechos, novatos aferrados a sus cafés y un periodista tomando notas sin levantar la vista. Todo continuaba con esa monotonía que hacía que los días se sintieran iguales.

Abrió la guantera y sacó el informe de Ludmila Kowalska. Lo sostuvo entre los dedos antes de mascullar:

—Esto no es lo mío.

Suspiró, cerró los ojos un instante y salió del coche.

Dentro de la comisaría, el estruendo lo envolvió: teléfonos, gritos y pasos sobre el linóleo. La ciudad parecía desmoronarse y él era el único que se daba cuenta.

Y lo peor era que sabía que aún no había tocado fondo.

En la sala común, el subinspector Álvaro Gutiérrez pasaba las páginas de un expediente mientras sorbía un café frío. Con las mangas remangadas y la expresión tensa, alzó la vista.

—El jefe quiere verte.

—Buenos días, ante todo. Y no hace falta que lo repitas como un loro.

—Buenos días. Ya me has oído.

Serrano se dirigió al despacho del comisario. Había aprendido que moverse rápido en la policía conducía a lugares indeseados, y últimamente lo empujaban con más fuerza de la que podía soportar.

Al cruzar la puerta del área de reuniones, vio a Rubén Alcázar sentado, impecable en su uniforme. Camisa planchada, cabello recortado. El retrato perfecto del «policía de manual»: inmutable y ordenado.

—Inspector Serrano... —saludó Alcázar con un leve asentimiento, sin apartar la vista del expediente que tenía delante.

Sin sentarse, Serrano se apoyó contra la pared y le lanzó una mirada cargada de desprecio.

—¿Y este?

Detrás de él, Gutiérrez apareció y cerró la puerta con un golpe seco. Con tono neutro, anunció:

—El subinspector Alcázar. Se encargará de la nueva investigación contra el narcotráfico.

Serrano arqueó una ceja.

—Mi sustituto... un subinspector. Cojonudo.

—Sí, si no te hubieran barrido.

—Sigues siendo igual de inepto y encantador. Te doy una semana.

—Y tú, igual de problemático y acabado.

—¿Eso es todo lo que tienes para mí?

Gutiérrez le dedicó una mirada severa, un «no empieces».

—El jefe quiere que te centres en el caso Kowalska.

Serrano soltó una risa seca.

—Homicidios, ¿eh?

—Es por tu bien.

—Claro. En Alicante, fuera de su vista. Otra prostituta en un contenedor, otro número en la lista, otro policía útil apartado de su función. Vélez debe de estar encantado.

Alcázar intervino, esta vez con tono imperativo:

—¡Se acabó, Serrano! Acéptalo de una vez. La has cagado y tu trabajo en Narcóticos ha terminado.

Serrano lo miró con desdén, como si la idea de ser sustituido le pareciera una broma de mal gusto.

—Sigo dándote una semana. Después, vendrás a llorar.

Alcázar esbozó una leve sonrisa.

—Espero que no te importe que use tu escritorio.

El ambiente se tensionó. Gutiérrez se pasó una mano por la cara y, con voz apagada, ordenó:

—¡Ya está! Dejad el puto numerito —dijo y se dirigió a Serrano—. Esto no es una sugerencia. Corta el rollo, Javier.

Serrano cruzó los brazos, sin apartar la vista de Alcázar.

—No lograste hacerte un hueco aquí y te fuiste a buscar suerte fuera...

—Te recuerdo que pertenezco a la UDYCO —respondió Alcázar, con la calma de quien ha recorrido largos caminos sin perder la compostura—. Si vas a tocarme las pelotas, hazlo con fundamento. Tengo los huevos pelados.

Serrano ladeó la cabeza.

—Sí, tienes el culo cuadrado de haberte pasado horas en una silla.

—Gutiérrez, le voy a soltar un puñetazo como siga así.

—Vaya, si es un gallo de corral.

—Ignóralo, es mejor así —dijo Gutiérrez—. Todo lo de la Operación Camarote está en los archivos. Puedes revisarlo cuando te dé la gana.

Alcázar sonrió de lado.

—No quiero lo que está en los archivos. Quiero lo que guardasteis para vosotros.

Serrano calibró las implicaciones sin hablar. El otro lo miró directamente a él.

—Te han mandado con prisa, ¿eh?

—Solo quiero soluciones, no problemas —replicó Alcázar—. Agradecemos tu esfuerzo, pero te quedó grande el asunto. Ahora, deja paso y colabora para que terminemos lo que no pudiste. Estamos en el mismo bando, ¿no?

Le hubiese gustado partirle la cara, pero no tenía ni ganas, ni necesidad de perder el trabajo.

—Mira, no me han dado tiempo de archivar mis cosas. Tengo el maletero lleno de informes de Narcóticos que no sé dónde poner. Si los quieres, ahí están... pero no los cargaré hasta aquí.

Alcázar se reclinó en su silla, dejando que el silencio se extendiera. Entrecruzó los dedos sobre la mesa.

—¿Has acabado con el drama?

—Guti, el que le va a dar una hostia, soy yo.

—Relájate, hombre, que es tu primer día fuera de la unidad.

—¿Quieres que te ayude o no?

—Prefiero que me hagas un resumen.

Serrano apretó la mandíbula, sonrió cínicamente e inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Sabes qué? Me caes bien porque eres un arrogante, de esos que llegan limpios y creen que pueden revolver mierda sin mancharse... Sinceramente, siento pena por las causas perdidas.

—Cuando desatasque las tuberías, espero que sepas nadar y que tengas un buen flotador a mano.

—Créeme. Te llevarás una sorpresa.

Los ojos de Alcázar no se movieron un milímetro. Serrano palmeó el hombro de Gutiérrez y comentó, casi divertido:

—Voy a tomar aire, antes de encariñarme con este patán.

Salió sin esperar respuesta y fue al aparcamiento, donde encendió un cigarrillo. El humo se mezcló con el calor vespertino, disipando momentáneamente su frustración.

—Maldito gilipollas.

No quería este caso, ni seguir el rastro de otra chica muerta sin nombre, mientras los mismos de siempre movían droga en la ciudad. Cerró los ojos y exhaló con amargura.

—Inspector.

Giró levemente la cabeza. Un agente se le acercaba con paso firme.

—Han llamado y han preguntado por usted.

Serrano frunció el ceño.

—¿Quién?

El agente se encogió de hombros.

—Una mujer.

—¿No te ha dicho cómo se llama?

—Agulló... La inspectora Agulló.

—¿Por qué no me llama al móvil? —preguntó y sacó un teléfono con la pantalla partida y con varias llamadas perdidas de una centralita.

—En fin, que le devuelva la llamada.

Serrano guardó el móvil en el bolsillo y, antes de encaminarse hacia su coche, su mirada se detuvo en el tablón de corcho junto a la salida. Fotografías en blanco y negro, algunas más viejas que otras, con nombres y alias escritos con rotulador permanente. Busca y captura. Los rostros de siempre: pequeños camellos, ladrones de poca monta, algún estafador conocido. Pero uno llamó su atención. Un tipo de rasgos afilados, mirada fría, treintañero.

Debajo del rostro, escrito con letra irregular: *John Saavedra-Cliff, alias «El Zurdo». Hispano-holandés. Sicario. Peligrosidad alta.*

—¿Y este quién es? —preguntó al agente que seguía a su lado.

El otro se acercó, entornó los ojos y se encogió de hombros.

—Un matón a sueldo. Lo busca la Europol. Hay rumores de que anda por la provincia... Lleva años en busca, pero es un fantasma.

Serrano observó el rostro en la foto unos segundos más, memorizándolo. Algo en aquella mirada vacía le produjo un escalofrío. Tipos como ese no dejaban cabos sueltos. Ni testigos.

—Interesante —murmuró, antes de apartarse del tablón y caminar hacia su BMW—. Espero que no se quede mucho tiempo por aquí.

8

Eduardo

Cuando «El Zurdo» entró en el Bar Saladas, el murmullo se apagó como vela bajo el viento. No era un tipo que inspirara miedo inmediato, ya que carecía de la corpulencia de un matón y de la arrogancia de un capo, más bien, parecía un turista, pero algo en su quietud glacial helaba el ambiente. Caminaba con esa economía de movimientos que tienen los depredadores: sin prisa, sin vacilación, sabiendo que cada gesto cuenta.

Los pocos clientes que había a esa hora —trabajadores del polígono, un camionero solitario, gente de los Parres— apartaron la mirada.

En el rincón menos iluminado del local, Eduardo Parres observaba la escena con la mirada calculadora de quien ha pasado décadas midiendo a los hombres. Su mesa, alejada del bullicio de la barra, era un refugio estratégico: espalda contra la pared, vista completa del local, dos salidas a menos de diez pasos.

Vestía con la sobriedad de quien ya no necesita demostrar nada: camisa beige de lino, mangas arremangadas que revelaban antebrazos curtidos por el sol y marcados por cicatrices antiguas, un bigote fino perfectamente recortado. Entre los dedos manchados de nicotina giraba un palillo, mientras su mirada viajaba del vaso de vino tinto a la puerta, como si en el líquido oscuro pudiera leer el futuro.

Frente a él, Rubén «El Socio» Giménez terminaba una cerveza que ya había perdido el frío. Llevaba un polo oscuro y llevaba las gafas de sol en la frente.

Sobre la mesa descansaban los restos de un almuerzo sencillo: ensalada marchita, pan sin tocar, la botella de vino medio vacía y un cenicero de cristal desbordado de colillas. El cenicero era de los buenos, de los que ya no se fabricaban, con el logotipo del bar grabado en el fondo.

El desconocido avanzó con pasos medidos, entre las mesas vacías. No miraba a los lados. No necesitaba hacerlo. Ya había memorizado cada detalle del local antes de cruzar el umbral: las salidas, los espejos, los ángulos muertos, las personas. Sabía que todos lo observaban y eso le daba igual.

Eduardo apartó el mondadientes de la boca y lo dejó sobre el plato con un gesto preciso.

—Dicen que eres el mejor.

No era una pregunta. Era una afirmación que exigía ser confirmada o desmentida.

«El Zurdo» no respondió. Se quedó de pie frente a la mesa, con las manos colgando a los lados del cuerpo de forma natural. No amenazante, pero tampoco relajada.

Eduardo aguantó callado unos segundos más. Era un truco viejo: quien habla primero, pierde.

—Este trabajo exige que no dejes ningún cabo suelto —continuó al fin, con voz ronca de demasiados cigarrillos—. Ni uno solo. Supongo que lo sabes.

«El Socio» encendió otro Ducados, sin apartar los ojos del sicario.

—No me gustan los que se creen demasiado buenos —añadió Eduardo—. Tampoco tolero la arrogancia. Los tipos seguros de sí mismos cometen errores. Y los errores en este negocio no se corrigen.

El sicario escuchaba con una calma que rozaba la indiferencia. Era como hablarle a una estatua que, de alguna manera, te está escuchando.

—Entonces no me contrates.

Eduardo frunció el ceño. Pocas veces se topaba con alguien capaz de devolverle el golpe sin titubear, sin calcular las consecuencias. En aquellos ojos fríos y resueltos encontró algo que hacía años no veía: una certeza inamovible. No era valentía —la valentía implica miedo superado—. Era algo más peligroso. Ausencia total de duda.

—Este trabajo te puede costar la vida, muchacho —dijo, probándolo una vez más.

«El Zurdo» ni siquiera parpadeó.

—¿Acaso crees que no lo sé? Soy de carne y hueso. Todo trabajo puede costar la vida.

Hasta el camarero detrás de la barra dejó de limpiar vasos. El Socio exhaló una larga bocanada de humo y miró a Eduardo con una ceja arqueada, como diciéndole: *«Este tipo es de los buenos»*.

Eduardo asintió para sí mismo. Había tomado una decisión.

—Léelo.

Giménez deslizó un sobre americano por la mesa. No lo empujó con fuerza. Lo dejó a medio camino, para que el sicario tuviera que inclinarse a recogerlo. Un gesto pequeño, una prueba mínima de disposición y sumisión.

«El Zurdo» tomó el sobre con firmeza y lo abrió. Dentro encontró una sola hoja: una fotografía, una dirección, rutinas y puntos vulnerables. Todo lo que un profesional necesita. Sus ojos recorrieron el documento con la rapidez de alguien acostumbrado a procesar información vital en segundos. Se detuvo en un nombre.

«Tomás Bernabeu».

Su expresión no cambió.

Eduardo asintió lentamente y le dio una palmada discreta en el hombro a Rubén Giménez, quien respondió con una media sonrisa cómplice.

—¿Ves, Socio? Un tipo *amb collons* de verdad. Ya no quedan muchos así.

«El Zurdo» inclinó levemente la cabeza y se sorbió la nariz. Parres continuó:

—Ahora que lo sabes, permíteme darte un poco de contexto. No sé a qué te dedicaste antes… y la verdad es que no me importa. Aun así, en este caso no se trata de un ajuste de cuentas entre

delincuentes de poca monta. Ese hombre tiene ojos en todas partes: policías, jueces, políticos. Su hijo intentó secuestrarlo y acabó muerto en el intento, mientras que él sigue aquí. La mitad de Elche le debe favores y la otra mitad le tiene miedo.

—Entiendo que por eso me habéis llamado.

Eduardo se pasó la lengua por los dientes y exhaló despacio.

—No dispones de mucho tiempo, aunque las prisas no son buenas —declaró—. Necesitas saber contra qué te enfrentas. Tú no preguntas, yo no pregunto. Así funciona este negocio. Pero si vas a meterte en la boca del lobo, al menos sabrás que tiene colmillos.

El silencio del sicario se hizo presente en el local como una cuarta presencia. El camarero se había retirado discretamente a la cocina. Las dos prostitutas pagaron y salieron. El camionero dormitaba sobre la barra con la cabeza entre los brazos.

Finalmente, con voz serena y baja, «El Zurdo» habló:

—Si quieres que sea eficaz, también tienes que ser claro conmigo.

Eduardo chasqueó la lengua contra el paladar. Dejó que las patas delanteras de la silla volvieran al suelo con un golpe seco. Se inclinó sobre la mesa hasta que sus rostros quedaron separados por menos de medio metro.

—Escucha bien, porque solo lo diré una vez —susurró con voz cortante—. Ese tipo está rodeado de leales que matarían por él sin pensarlo. Tiene recursos, contactos, una red de protección que ha tardado cuarenta años en construir. Si lo haces mal, si dejas un solo cabo suelto, se te vendrán encima como una jauría. Y no hablo de una paliza en un callejón. Hablo de que te harán desaparecer de forma tan completa que ni tu puta madre sabrá dónde buscarte. Ni en tus peores pesadillas te haces una idea de lo que son capaces.

Se detuvo, como si buscara la forma correcta de decirlo.

—Eliminarlo sin dejar rastro. Sin testigos, sin pruebas, y sin que nadie, y cuando digo nadie, me refiero incluso a tu reflejo en el espejo, pueda señalarte. No quiero cabos sueltos. ¿Está claro?

—Entonces no se trata solo de matarlo —«El Zurdo» habló con la misma calma de quien lee instrucciones de un manual—. Se trata de que nadie sepa que lo mataron.

Eduardo se enderezó en su asiento. Su mirada se volvió cortante como cristal roto.

—Exacto, lo vas pillando a la primera. Este asunto no puede tocarnos ni de refilón. La policía está con las orejas afinadas, y hay demasiados cabrones esperando a que demos un paso en falso, para aplastarnos. Esto tiene que parecer cualquier cosa, menos lo que es.

—Que parezca un accidente.

Eduardo sonrió con frialdad. Era una sonrisa sin alegría, puro cálculo.

—Qué cachondo eres... Mira, que parezca lo que sea. Un infarto. Una caída. Un atropello y fuga. Lo que tu imaginación alcance. Mientras no parezca un asesinato por encargo, me vale. ¿Entiendes la diferencia?

«El Zurdo» permaneció inmóvil como una esfinge. Luego, con un murmullo casi inaudible que hizo que Eduardo aguzara el oído, dijo:

—Sigues sin decirme por qué. Y no me vengas con filosofía barata.

Eduardo esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—La razón es simple: derramar una vida para evitar la pérdida de cientos.

—Si tú lo dices.

El sicario no sonó convencido.

Eduardo lo observó mientras sus pensamientos giraban en su cabeza. Matar a Tomás Bernabeu no era solo una jugada estratégica. Era la única forma de cortar la cabeza de la serpiente, de debilitar a Sofía Bernabeu y desmantelar el imperio que los Bernabeu habían construido sobre cadáveres y traiciones. Su reino pendía de un hilo invisible, y él, Eduardo Parres, el hombre que todos habían subestimado, planeaba ser quien empuñara las tijeras.

Pero había algo más. Algo personal. Una deuda de sangre que exigía pago.

Con un leve gesto de la barbilla, Eduardo le hizo una seña a Rubén Giménez, quien sacó un sobre grueso del bolsillo interior de su chaqueta y lo dejó sobre la mesa.

—¡Dale la cifra! —ordenó Eduardo—. Y que haga su trabajo.

«El Socio» deslizó el sobre hacia el sicario y este lo tomó, lo abrió rápidamente con el pulgar, contó el dinero mentalmente y asintió.

Luego, lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—No te preocupes por nada —dijo con una voz más seca que la tierra en verano—. Tendrás noticias mías pronto.

Se dio la vuelta para marcharse. Eduardo lo observó caminar hacia la puerta.

Antes de que cruzara el umbral, Eduardo soltó la pregunta que había guardado desde el principio:

—Oye... una cosa más. Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—Dicen que conocer a un zurdo en cualquier día, excepto el martes, trae mala suerte.

Eduardo frunció el ceño, suspendido entre la sorpresa y la diversión.

—Menudo tío más raro...

Rubén Giménez encendió otro cigarro y, con tono deliberadamente despreocupado, preguntó al aire:

—¿Qué día es hoy?

Eduardo no respondió. Miró su reloj de pulsera, un Certina antiguo que había pertenecido a su padre. Martes. Era martes.

«El Zurdo» salió sin mirar atrás. La puerta se cerró con un chasquido metálico que resonó en el local vacío.

—Solo espero que ese cabrón sepa lo que hace —murmuró Eduardo, más para sí mismo que para el Socio—, y que lo haga bien.

Fuera, el motor de un coche arrancó.

Eduardo se quedó mirando el vino en su copa. El líquido oscuro le devolvió su propio reflejo deformado.

«El Zurdo» ya había comenzado su trabajo. La precisión y frialdad eran su sello distintivo, y Eduardo, con cada palabra medida en aquella conversación, sentía que el plan que cambiaría el equilibrio de poder estaba finalmente en marcha.

Pero entonces lo sintió. Ese vértigo en el estómago, esa certeza incómoda que siempre llegaba tarde, cuando ya no había vuelta atrás.

El tiempo.

Su aliado y su enemigo eterno.

Ya lo había sido antes. Por apresurarse, por no calcular bien, había terminado con su propio hijo postrado en una cama, conectado a

máquinas, respirando a través de tubos. Un error de ego. Un acto de rabia que le había costado más caro que cualquier deuda.

Y ahora, ¿estaba repitiendo el mismo error? ¿Estaba dejando que la impaciencia guiara su mano?

El peso de las decisiones futuras le enfrió la sangre como hielo en las venas.

Mientras el silencio del bar vacío marcaba el compás de su destino, Eduardo Parres comprendió algo con claridad cristalina: la lealtad se compra.

Y la traición se paga al contado.

Solo esperaba no haber vendido demasiado barato su alma .

Porque cuando se mata a un rey, no hay vuelta atrás.

9

Sofía

El salón quedó vacío tras la marcha de los hombres. Las pisadas se apagaron en el pasillo, dejando solo el eco de murmullos y una tensión que se pegaba a las columnas de piedra, como sudor frío.

Las cortinas de terciopelo granate estaban corridas, manteniendo la sombra. Afuera, el sol de julio machacaba los campos de palmeras; dentro, la penumbra aliviaba el calor, pero no el aire viciado. Sofía sintió el peso de los reproches y críticas, como si le hubieran vaciado los bolsillos ante esos hombres que antes la miraban con respeto y ahora la medían con desconfianza.

Entonces escuchó la voz a sus espaldas:

—¿Eso es todo lo que tienes que ofrecer?

Se giró despacio. Su padre estaba junto a la puerta, apoyado en el bastón que le dieron tras su convalecencia. La luz tenue acentuaba las nuevas arrugas de su rostro, que no estaban antes del secuestro. Los moratones desaparecían lentamente. Su ropa era impecable —traje de lino beige, camisa blanca—, pero sus ojos mostraban algo peor que la ira: decepción.

Sofía se enderezó, tragándose la rabia que le quemaba la garganta.

—No pensé que quisieras hablar.

Tomás bufó, pasando la mano por su cabello canoso.

—Ha sido una reunión penosa. Puro palabreo para ocultar el desastre. —Dio un paso hacia ella. El bastón golpeaba el suelo—. ¿En qué ruina has convertido a los Bernabeu?

La pregunta la atravesó como una puñalada que desgarra. Pensó en la noche en que lo dieron por muerto, en las llamadas a Marruecos y las negociaciones. Recordó a Ignacio, desmoronándose en las sombras hasta no poder volver atrás.

Se acercó a la mesa de roble macizo, buscando algo sólido a lo que aferrarse.

—No he convertido nada en ruina. —Su voz salió medida, fría—. He mantenido en pie lo que se hundía cuando tú no estabas.

Tomás avanzó, arrastrando ligeramente la pierna derecha.

—Cuando me secuestraron, la familia tenía acuerdos sólidos. Santa Pola, Marruecos, proveedores que pagaban a tiempo y callaban mejor. —Se detuvo frente a ella—. Ahora veo hombres paralizados, rutas intervenidas, clientes que nos miran como si fuéramos un caballo con la pata rota. ¿Eso es lo que llamas «mantener en pie»?

Sofía sintió cómo se le cerraba la garganta, pero no permitió que su voz se quebrara.

—¿Y por qué te secuestraron?

Los ojos de Tomás se afilaron como navajas.

—Si lo supiera, ya habrían rodado cabezas. Créeme, ese día llegará.

Sofía soltó una risa seca, sin humor.

—Lamentablemente, ya me encargué de ello por ti.

—No hables de lo que no entiendes.

—¿Qué no entiendo? —Sofía alzó la voz por primera vez—. Los hombres a los que llamas paralizados salvaron el negocio en tu ausencia. ¿De verdad crees que tu desaparición no generó desconcierto? ¿Que no hubo pánico?

Tomás apretó la mandíbula hasta que los músculos de su rostro se marcaron.

—Esperaba encontrar a la familia unida a mi regreso. No esto.

—Si es que regresabas...

El aire se electrificó. Tomás entrecerró los ojos, estudiándola como si acabara de ver a una extraña ocupando el cuerpo de su hija.

—¿Cómo has dicho? —Su voz bajó una octava—. Insolente. No te reconozco.

Sofía sostuvo su mirada sin pestañear.

—La familia ya estaba en guerra interna antes de que te fueras, papá. Ignacio daba señales de estar fuera de control mucho antes de que tú... —Dudó un segundo, buscando las palabras—. Incluso tengo mis sospechas sobre si realmente quería que volvieras.

El rostro de Tomás se endureció como cemento fresco.

—Vigila esa boca. —Dio un paso hacia ella, amenazante—. No te atrevas a usar a Ignacio como excusa para tus fracasos.

—No es una excusa. —Sofía no retrocedió—. Es la verdad. Y lo sabes.

Los ojos de su padre brillaron con algo oscuro.

—Tenías la obligación de mantener a la familia en orden. En cambio, has perdido influencia, territorio, hombres, la reputación que nos distinguía. —Se acercó otro paso, invadiendo su espacio—. Es evidente que te ha tocado a ti porque a tu hermano lo cruzó la mala suerte. Y eso, hija mía, es irremediable.

El comentario la golpeó donde más dolía. Sofía tragó saliva, sintiéndose por un instante como la adolescente de diecisiete años que temblaba cuando su padre alzaba la voz.

—La gente dice que los Bernabeu ya no mandamos en esta ciudad.

—La gente habla de más. —Sofía recuperó la compostura—. Si nos subestiman, es porque no conocen mi posición. Todavía.

Tomás soltó una risa seca, amarga.

—Lo único que veo es a mi hija en una mansión medio vacía, rodeada de traidores que solo te adulan por conveniencia. O por miedo. Y el miedo, hija, se evapora más rápido que el agua en agosto.

Sofía alzó el mentón con un gesto de desafío que le había visto hacer a él mil veces.

—Cuando te daban por muerto, moví cielo y tierra para sacarte de ese pozo. Esos traidores de los que hablas son tus hombres de confianza, y a los que me gané cuando no estuviste. ¿No crees que

merezco un poco de agradecimiento? ¿Un maldito «gracias», al menos?

Tomás parpadeó, pero su expresión siguió siendo de piedra.

—¿Agradecimiento...? —Repitió la palabra como si fuera obscena —. ¿Quieres una medalla por hacer lo que debías?

—Tu ausencia dio fuerzas a los Parres. —La voz de Sofía se volvió tensa, quebradiza—. No podíamos mantener todas las rutas abiertas sin ti. Hice lo que pude para evitar el hundimiento, para que Eduardo Parres no nos atacara cuando estábamos débiles.

—¿Como qué? —Tomás dio otro paso, acorralándola contra la mesa—. ¿Negociar con ellos? ¿Hacerte la amiga?

Su voz destilaba desprecio.

—Eres débil. Así te vieron y así te verán. Caíste en su trampa como una ingenua. ¿Es que no lo ves? Te usaron, te manejaron, y ahora estamos peor que antes.

—Antes pensaba que me parecía a ti. —Se tomó un respiro antes de seguir—. Pero ya veo que no. Tú nunca habrías hecho lo necesario.

El silencio se instaló entre ellos como un animal herido.

Tomás, con fastidio, murmuró:

—Dime una cosa. ¿Qué crees que opinaría Ignacio de todo esto?

El nombre de su hermano la atravesó como una bala. Vio su rostro, los ojos desorbitados aquella última noche, los gritos, la locura. El peso de la pistola en su mano. Apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

—Estoy harta. —Las palabras salieron como un gruñido—. No quiero hablar más de él. Ignacio no era el santo que dices, papá. Y tú tampoco lo fuiste cuando asumiste las riendas de esta familia. Todos tenemos las manos sucias.

—¿Qué insinúas?

Sofía no retrocedió. Por primera vez en su vida, no retrocedió.

—Todos cargamos con culpas. Tú no eres la excepción, y yo tampoco.

La tensión se volvió física, palpable, como un cable a punto de reventar.

Tomás respiró hondo, conteniéndose. Cuando habló, su voz era más baja pero no menos peligrosa.

—No he venido a rendir cuentas, ni a discutir mi pasado, ni el tuyo, del que deberías avergonzarte. He venido a recordarte que, si este negocio no se encamina pronto, seremos presa de los Parres, de la policía o de esos que se hacen llamar aliados. Si no impones orden, te aplastarán. Y cuando caes en este negocio, hija, no hay segundas oportunidades.

—No me digas qué debo hacer. Te respeto como padre y como líder. Pero las reglas han cambiado. El mundo ha cambiado. Y tú has estado fuera.

Los ojos de Tomás se oscurecieron hasta volverse carbón.

—Lo que debiste hacer era mantener a Ignacio vivo. Juntos, sostener el negocio. Esa era tu única obligación.

La rabia subió por la garganta de Sofía como bilis.

—¿Vas a seguir hablando de él? ¿De verdad? —Su voz tembló por primera vez—. ¿Quieres que te cuente cómo fue? ¿Quieres los detalles?

Tomás cerró los ojos un instante, como si le doliera.

Cuando los abrió, ella seguía esperando una respuesta.

—Sigue siendo mi hijo. Y siempre lo será.

Sofía sintió las lágrimas quemándole los ojos, pero las contuvo. No lloraría delante de él. No le daría esa satisfacción.

Su padre se sentía traicionado no solo por ella, sino por la vida misma, que lo había arrancado del trono y le había mostrado que no era invencible.

—Quizás no son los hombres los que han cambiado. —Sofía habló con voz pausada, eligiendo cada palabra—. Quizás eres tú. Necesitas tiempo, papá. Entiende que estuviste fuera y que la situación ya no es la misma. Ha pasado todo muy rápido y el mundo siguió girando sin ti.

Tomás negó con la cabeza, despacio.

Sin añadir palabra, se dio media vuelta y caminó hacia la puerta, apoyándose en el bastón.

Sofía lo observó alejarse. Por primera vez, lo vio realmente envejecido.

Justo antes de cruzar el umbral, él giró la cabeza. Su perfil se recortaba contra la luz del pasillo.

—Más te vale tener razón. —Su voz era un susurro cargado de amenaza—. Más te vale... por tu bien y por el de todos nosotros. Porque si no, hija mía, no habrá apellido ni sangre que te salve.

—¿Sí, papá?

El bastón golpeó el suelo una última vez.

La puerta se cerró despacio, con un chasquido suave que sonó como una sentencia.

Sofía se quedó inmóvil en el centro del salón. La luz de la tarde se filtraba entre las cortinas, tiñendo de oro viejo los muebles. El nudo en la garganta se apretó hasta doler.

Quiso gritar. Quiso gritarle que ella no eligió nada de esto, que hizo lo necesario para evitar el colapso, que perdió a su hermano y pagó el precio más alto.

Pero no lo hizo.

Porque su padre nunca escuchaba. Nunca había escuchado.

Se acercó a la ventana. Las palmeras se mecían con el viento cálido, indiferentes a la guerra silenciosa de la casa. La imagen le devolvió un instante de calma engañosa, esa tranquilidad que precede a las tormentas.

Suspiró y se pasó la mano por la nuca, sintiendo la tensión acumulada en cada músculo.

No podía permitirse flaquear. No ahora.

Pensó en la negociación con Omar El Harraq. La amenaza constante de los Parres. La vigilancia policial que se estrechaba como un nudo corredizo.

Su padre no ofrecía soluciones. Solo exigía perfección, mientras él mismo se había convertido en un fantasma de lo que fue.

Y ahora, además, convertía a Ignacio en un mártir. En una losa que ella cargaría para siempre.

Unos minutos después, escuchó pasos suaves en la puerta. Se giró, con los músculos tensos, esperando ver a Tomás de regreso para otra ronda.

Pero era una de las empleadas. Una mujer que inclinó la cabeza con timidez, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¿Desea algo, señora?

Sofía alzó la mano en un gesto cansado.

—No. Déjame sola un rato.

La empleada asintió y salió, cerrando la puerta con cuidado, como si temiera que el ruido desencadenara algo peor.

Sofía miró de nuevo al exterior. Con cada minuto que su padre no comprendía su posición, su autoridad se erosionaba más. Los hombres empezarían a hablar. A dudar. Y en ese negocio, la duda era más peligrosa que una bala.

Al menos, Fernando no le daría la espalda, pensó.

Se acercó a la mesa, tomó el vaso de coñac que alguien había dejado a medio acabar. Lo llevó a los labios. El licor le quemó la garganta, pero también disipó parte del estrés acumulado.

El futuro era incierto. El presente, hostil, se dijo.

Con la mente ya enfocada en la reunión con Omar y en asegurarse de que «El Gordo» Díaz cumpliera sus órdenes sin cuestionarlas, se dirigió a la puerta.

El peso del apellido Bernabeu se había vuelto una losa.

Y, aunque su padre no lo aceptara, ella era la única que podía reconstruir la familia.

Era la única que podía marcar un nuevo rumbo.

Con su padre o sin él.

Por desgracia, algo en su interior, en ese lugar donde aún quedaba un rescoldo de la niña que admiraba a Tomás Bernabeu, sabía que esa ruptura tendría un precio.

Y que ese precio, tarde o temprano, alguien lo pagaría en sangre.

10

Paredes

La reunión finalizó cuando Johnny terminó de hablar. El mitin para los cachorros había terminado. Ahora venían los negocios de verdad.

La venta de hachís adulterado había caído en picado. El mercado estaba mutando: estupefacientes sintéticos, drogas de diseño que movían pasta gorda en la costa. Pero el dinero escaseaba. Había que mantener a la Hermandad y los Bernabeu, desde que Sofía estaba al mando, no daban tantos encargos como antes. Los cheques se habían vuelto delgados, las llamadas esporádicas.

A falta de dinero, todos sabían lo que significaba: una limpieza por su cuenta. Recuperar el control. Un golpe que incendiara las calles y destripara a la competencia antes de que creciera demasiado.

Johnny se enderezó, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su mirada barrió la trastienda como un foco recorriendo un patio de prisión. Se detuvo en «El Cuervo», tanteando su lealtad con un gesto firme de la barbilla.

—Esto no es un juego. —Su voz era grava rodando por un tubo de metal—. La pasta escasea, hay demanda en el mercado y, si no movemos ficha, nos estarán arrinconando en nuestro propio territorio. Nuestro… puto… territorio.

Los moteros asintieron sin decir palabra. Algunos apretaban los puños, otros se pasaban la lengua por los labios, como animales que

huelen sangre en el aire. Johnny se movía entre ellos **con la seguridad del predicador que conoce su púlpito.**

—Si no actuamos, esos cabrones nos van a devorar. —Se detuvo, permitiendo que lo dicho pesara en el aire—. Quiero que quede claro: aquí nadie se rinde. El que se quiera rajar, que lo diga ahora y se largue con las dos piernas intactas.

Nadie se movió.

Se giró hacia un motero alto, tatuado hasta el cuello, con una cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda como un rayo viejo.

—Kike, tú y Lobo vigilad las rutas de esos camellos. Quiero saber dónde mueven la mercancía gorda. Dónde la guardan, cuándo la mueven, quién la escolta. Todo. —Sacó un cigarro, lo encendió, exhaló el humo—. Cuando tengamos localizada una carga importante, entramos.

Kike asintió sin titubear**.**

—Lo que tú digas, Johnny.

—Los demás, ya sabéis qué hacer. —Johnny paseó entre ellos como un general inspeccionando tropas—. Si vamos a limpiar la ciudad, que parezca un ajuste de cuentas entre ellos. No somos la puta niñera de nadie. Y nos interesa que la policía siga viéndonos como una banda de ultras, en lugar de una organización. Que nos consideren ruido de fondo, no amenaza real.

Un hombre delgado, con cicatrices en los antebrazos y **la mirada de quien ha pasado tiempo en el talego**, se inclinó hacia delante. Su voz sonó rasposa:

—¿Y la pasta? ¿Cómo financiamos una guerra sin fondos?

Johnny esbozó una sonrisa siniestra. Era esa sonrisa que no llegaba a los ojos, que prometía violencia envuelta en papel de regalo.

—La pasta... Al César, lo que es del César. Primero, vendemos lo robado. Con ese dinero, invertimos en infraestructura para desarrollar nuestro propio producto. —Dio una calada larga—. La policía no podrá seguir el rastro. Y cuando tengamos suficiente, montamos nuestra propia red. Nada de intermediarios. Nada de lameculos pidiendo permiso.

Uno de los moteros más jóvenes, con una sonrisa torcida y ojos brillantes, soltó un silbido.

—Eres un puto genio, Johnny.

Johnny no respondió al halago. Siguió, con la voz cada vez más baja, más peligrosa.

—Tengo localizado a un químico irlandés en Arenales del Sol. Cocina metanfetamina para los marroquíes. Buena mierda, limpia. Está escondido, protección las veinticuatro horas. —Vaciló antes de continuar—. Pero eso solo significa que vale la pena joder a quien haga falta para llegar a él.

Otro motero, con el cuello lleno de tatuajes tribales, sonrió mostrando un diente de oro.

—¿Desde cuándo es eso un problema?

Johnny asintió, satisfecho con la respuesta.

—Eso mismo pienso yo. Con sacar la mitad de lo que tiene, nos dará dinero rápido para comprar armamento y sobornar a quien haga falta. Incluso a ese borracho que se cree Walter White.

Desde su esquina, «El Cuervo» levantó una ceja. Meterse en la droga sintética era cruzar una línea de la que no había vuelta atrás. Y Johnny lo sabía perfectamente.

—El plan es sencillo. —Johnny apagó el cigarro con la bota—. Utilizamos una vivienda en Arenales del Sol que pertenece a la exmujer del irlandés. Aparentemente está vacía, abandonada. Cuando lo saqueemos, montaremos nuestro laboratorio ahí mismo. Así podremos establecer nuestra red, sin depender de esos vendedores de hachís cortado con polvo de ladrillo.

Al escuchar aquello, «El Cuervo» sintió un nudo apretándose en el estómago. La acción solo traería más violencia. Más cuerpos. Más sirenas en la noche.

—¿No volverán con ganas de revancha? —preguntó, manteniendo la voz neutral.

Johnny lo miró fijamente. Pero «El Cuervo» no apartó la vista.

—Por supuesto que volverán. Y cuando lo hagan, estaremos listos. O estarán muertos. Una de dos.

Escupió al suelo y prosiguió, alzando la voz hasta que retumbó entre las vigas de la trastienda:

—¡Esto es una guerra, muchachos! ¡Y las guerras son producto del dinero, un jodido negocio! Quien tiene pasta, tiene armas. Quien tiene armas, tiene territorio. Quien tiene territorio, tiene poder. Simple.

Los moteros gruñeron en aprobación. La testosterona llenaba el ambiente como gasolina esperando la chispa. Johnny dejó que el momento se cocinara, saboreándolo.

Luego se volvió hacia «El Cuervo», con una expresión que cambió sutilmente. Algo más personal. Más íntimo.

—Quería hablar contigo, Cuervo.

—¿Es por lo de antes?

Johnny negó con la cabeza y se acercó, apoyando una mano pesada en su hombro. La presión no era casual. Era una marca de territorio.

—No. Es algo más... personal. Hay un hijo de puta del Este. Un ucraniano llamado Miroslav, que me debe dinero desde hace meses. Bastante dinero.

Paredes notó cómo se le tensaba la columna.

—¿Cuánto?

—Suficiente para que no pueda dormir tranquilo. —Johnny sonrió sin humor—. Tiene un almacén de alimentación en Crevillente. No paga ni da la cara. Se esconde detrás de sus hombres, como una puta rata asustada. Pero sé que tiene el dinero.

Nada más se movió. Ni un gesto, ni una palabra.

—Quiero visitarlo. Mostrarle las consecuencias de su actitud. De manera educativa. A estos del Este, hay que explicarles que el Mediterráneo es otra cosa, que aquí no brindamos con aguardiente de patata.

Paredes tragó saliva. Sabía perfectamente que no se trataba solo de recuperar dinero. Johnny no hacía visitas educativas. Johnny daba lecciones ejemplares.

—Te necesito conmigo. —La mano de Johnny apretó un poco más —. Precaución, ya sabes. Sin dar la nota. Tú sabes cuándo quitarte el sombrero de motero y parecer un tipo normal.

«El Cuervo» mantuvo la expresión firme, aunque por dentro sentía cómo el nudo del estómago se apretaba más.

—Está bien, jefe. Dime dónde y cuándo.

—Mañana, al caer la tarde. —Johnny le dio una palmada en el hombro, más fuerte de lo necesario—. Nos veremos en el desguace y saldremos juntos. Tranquilo, discreto. Como dos tipos que van a tomar una birra.

Un apretón de manos selló el acuerdo. Sobraban las palabras. Siempre sobraban.

«El Cuervo» no pudo sacudirse la sensación de que, después de esa noche, nada volvería a ser igual. Como cuando cruzas una frontera y sabes que el país al que llegas no te dejará salir con las mismas huellas dactilares.

Los moteros intercambiaron miradas de complicidad. Nadie habló, pero todos lo sabían: la situación se iba a poner muy fea, muy rápido.

Johnny regresó al centro de la trastienda. Observó la sala con detenimiento, evaluando los rostros y memorizando quién había mantenido su mirada y quién la había desviado.

—Esto no se detendrá aquí, hermanos. —Su voz era un trueno contenido—. La ciudad es nuestra y no la soltaremos. Preparad armas, afilad contactos, engrasad lo que haga falta. Porque cuando Serrano o quien sea actúe, responderemos. Y responderemos de la manera que esta ciudad entenderá.

El ambiente estalló en murmullos y gruñidos de aprobación. La adrenalina flotaba en el aire como humo tóxico. Algunos se golpeaban los nudillos contra las palmas, otros bebían cerveza a grandes tragos para calmar los nervios que fingían no tener.

«El Cuervo» se mantuvo callado, cubriéndose con su coraza habitual. La noche ya prometía problemas. El día siguiente, aún más.

Al salir de la trastienda, el bar los envolvió con música atronadora de AC/DC y risas que sonaban demasiado fuertes. Paredes se puso la chupa de cuero, sintiendo el peso familiar sobre los hombros. Saludó con un gesto de cabeza a unos moteros que bebían en la barra y se dirigió a la salida.

Afuera, su Yamaha lo esperaba bajo una farola parpadeante. Ruidosa y fiel como un perro callejero.

Se detuvo un instante antes de montar. Alzó la vista al cielo.

La noche era cerrada, sin estrellas. Nubes bajas y espesas.

Un mal presagio. Uno de esos que nunca falla.

Se ajustó el casco, con las manos todavía temblando ligeramente por la adrenalina contenida. El motor rugió al primer giro de llave, despertando con hambre. Aceleró, dejando atrás el bar, perdiéndose en la carretera solitaria que atravesaba Elche como una vena negra.

No necesitaba darle muchas vueltas. Conducir lo liberaba. Siempre lo había hecho.

Johnny lo reclamaba y la Hermandad era lo único que le quedaba. Lo único que lo mantenía atado a algo parecido a una familia.

Nadie había hablado de dinero específico, pero Johnny era un tipo legal. A su manera, en su código torcido. Pagaría cuando tuviera el dinero. Eso es lo que «El Cuervo» se decía a sí mismo, aunque una parte más profunda, más cínica, ya no estaba tan segura.

Apretó los puños contra el manillar, sintiendo el asfalto firme bajo las ruedas, la velocidad aumentando. El viento le golpeaba el casco con violencia, intentando arrancárselo.

Para muchos, aquello era un descenso directo al infierno. Una pendiente resbaladiza sin frenos ni marcha atrás.

Para él, era solo otra noche más en las calles de la ciudad que lo había visto crecer. Una ciudad donde la ley la imponían quienes tenían agallas y el acero suficiente para sostenerla cuando las cosas se ponían calientes.

Y si la ciudad ardía, que al menos ardiera con ellos dentro.

Porque cuando ya no tienes nada que perder, la única pregunta que queda es: ¿cuánto daño puedes hacer antes de caer?

11

Serrano

La angustia en los ojos de esa chica lo perseguía. Le recordaba a otras mujeres que no pudo salvar, a todas las veces que tuvo que ver a sus verdugos paseándose en libertad, sonrientes, inmunes.

Igual que minutos antes.

Ludmila Kowalska, se repitió. Otro nombre en la lista interminable.

Movió la cucharilla del café en la barra del Hermanos Belmonte, trazando círculos que no iban a ninguna parte. El siguiente paso era obvio: hablar con el círculo de Ludmila. Las chicas que compartían su calle, su miedo, su abandono. Alguien más tuvo que ver algo. Siempre había alguien más.

El problema era la realidad: para hacer cualquier avance, necesitaba una orden judicial. Y ya sabía lo que eso implicaba: más papeleo, más obstáculos y más burocracia inútil. Ninguna ayuda.

Con Vélez apartándolo del juego, estaba solo. Obligado a moverse entre dos aguas: la frialdad asfixiante del sistema y la crudeza implacable de la calle.

—Tirar de la manta... —murmuró, mirando los documentos esparcidos sobre el zinc manchado—. Pero, ¿por dónde? La clave está en esos restos seminales, en el ADN. Cuando lo tenga, me dirá quién estuvo con ella antes del final.

Hasta entonces, solo quedaba esperar.

Y a Serrano esperar se le daba fatal.

—Joder, tiene que haber algo... Las cámaras de vigilancia de las zonas cercanas. Alguna imagen. Un coche sospechoso, alguien merodeando antes de trasladar el cadáver. Y hay que identificar el escenario primario. ¿Dónde la mataron realmente? ¿El local de alterne? ¿Los contenedores?

El camarero alzó la vista.

—¿Estás hablando solo, Serrano?

—¿Me prestas un bolígrafo?

Sin esperar respuesta, agarró una servilleta del servilletero y trazó un esquema. Líneas. Nombres. Conexiones.

Después, lo inevitable: las solicitudes judiciales. Autorizaciones para intervenir comunicaciones. Registros domiciliarios en zonas clave. Y presión. Mucha presión para que el juzgado acelerara los análisis del ADN.

Esa pista podía ser la clave para encerrar a uno de esos hijos de puta.

Su mente voló al informe de la autopsia. El folio blanco. Las letras negras. El vacío de un cuerpo sin nombre, sin justicia.

No estaba dispuesto a permitirlo.

Raquel Ortega habría sido de gran ayuda, pero ya era tarde para eso, porque la habían matado. Debía pasar página y seguir adelante.

Quedaba lo más complicado: la coordinación interna. El comisario Vélez, el nuevo subinspector y la Brigada de Estupefacientes.

Gutiérrez no sería un obstáculo. O eso creía. Pero para convencerlo, tenía que atar cabos y encontrar la excusa perfecta. Si la implicación de drogas en el caso no pareciera simple coincidencia, si jugaba bien sus cartas, resolvería el asesinato de Ludmila. Y con suerte, destaparía algo más grande.

Sonrió de lado.

«¿Cómo eres tan brillante, Javier?»

No podía olvidarse de la Brigada de Crimen Organizado. Si alguien podía detectar patrones o conexiones con redes de trata, eran ellos.

Las piezas estaban sobre la mesa. Ahora solo tenía que moverlas.

—Cóbrate —dijo, sacando un billete y dejándolo sobre la barra de zinc.

—Está pagado.

—No acepto sobornos.

Se levantó y echó a andar hacia la puerta, cuando el móvil vibró en el bolsillo interior de su chaqueta.

Era Agulló.

Una punzada en el estómago. No quería esa llamada, pero contestó.

—Inspector, ¿por qué no devuelve la llamada?

—Si es tan urgente, sabía que llamaría.

—Tenemos movimiento en Alicante —dijo ella, rápida, con ese tono seco y decidido que tanto lo irritaba—. Puede haber novedades en el caso de Ludmila Kowalska. Tiene que ayudarnos.

—¿Algo útil? —respondió sin ganas—. Ya sabe que no me gusta el turismo innecesario.

—Documentos que vinculan a gente importante. Gente a la que quizá conozca.

—¿Cómo de importante?

—Importante para usted. Venga mañana y lo revisaremos en persona. Esto es serio, Serrano. No nos caliente. No está el horno para bollos.

Él suspiró, frotándose la sien.

—Está bien, si me lo pide así, Agulló...

Colgó sin más.

Guardó el móvil y se pasó una mano por la cara. Regresó a la comisaría, aparcó y subió las escaleras del primer piso. Sin pensarlo mucho, entró en el departamento de Estupefacientes y caminó hasta su antiguo escritorio.

Alcázar seguía ahí, con su postura de siempre. Como si tuviera un palo metido por el culo.

—Gutiérrez está reunido —soltó sin apartar la vista de la pantalla.

—Vengo en son de paz, Alcázar —dijo Serrano, echando un vistazo a su mesa—. ¿Algo nuevo o sigues jugando al solitario?

El otro negó con la cabeza. Optó por el silencio.

—Dile que me llame cuando pueda. Es urgente.

—Vuelve más tarde. No soy su secretaria.

Serrano bufó, se largó y tomó la vieja circunvalación.

Destino: La Marina.

El lugar donde habían encontrado el cuerpo de Ludmila.

***

Llegó cuando el sol comenzaba a hundirse. Una curva solitaria con contenedores abandonados junto a una farola apagada.

Aparcó al borde del camino y bajó del coche. La grava crujió bajo sus pies. El aire olía a basura, humedad y mar, porque la playa quedaba a unos cuantos metros.

Observó los contenedores en silencio, permitiendo que su mente reconstruyera la escena.

Forenses trabajando bajo focos. Destellos de las cámaras. La cinta amarilla delimitando el perímetro.

«Y los hijos de puta que la habían tirado ahí, como si fuera un desperdicio más».

Se le tensó la mandíbula.

La escena no le aportó nada nuevo. Sintió que el viaje había sido en vano. Suspiró, regresó al coche y se dejó caer en el asiento, agotado. A continuación, cansado del mal día que había tenido, sacó un cigarro, lo encendió y se miró en el retrovisor.

«Mañana. Los papeles de Agulló».

Miró una última vez el lugar hundiéndose en la oscuridad. A través del cristal, vio cómo el viento sacudía las palmeras a lo lejos.

«La Palmera».

El burdel de carretera.

No quedaba lejos.

Podía ser la pista que necesitaba. El hilo del que tirar... u otra carretera hacia ninguna parte.

Dio una última calada, apagó la colilla en el cenicero del coche y pisó el acelerador, recordando la promesa que le había hecho a Raquel: si continuaba tirando del hilo, alguien terminaría muerto.

Tal vez ese alguien fuera él.

O tal vez, con suerte, sería uno de ellos.

12

Paredes

El rugido de la Yamaha negra rompía el sosiego del atardecer, mientras Luis «El Cuervo» Paredes cruzaba el Pont Ronda Sud. El motor bramaba bajo un cielo anaranjado, donde los últimos destellos del sol se reflejaban en el asfalto como manchas de sangre vieja.

Apretaba el manillar con fuerza. Johnny Puertas lo esperaba en el desguace, y cuando Johnny decía «ven», uno iba sin preguntar.

La carretera se extendía como una cinta gris entre el tráfico escaso. Sentía la adrenalina subir por la nuca, fusionándose con la vibración del motor. Era el único momento en que se sentía libre —olvidando los negocios turbios, la policía, las tensiones en la Hermandad—, pero esa sensación se desvanecía demasiado rápido.

Johnny le había hablado claro la noche anterior:

—Tenemos un laboratorio que vigilar en Arenales del Sol. Quiero que te asegures de que todo funcione sin problemas.

Un laboratorio de tusi o de meta, daba igual. La Hermandad ya no era lo que fue. Atrás quedaban los días de seguridad en discotecas y cobro de peajes en clubes. Ahora la droga marcaba el camino, y Johnny lo había decidido sin consultar a nadie.

«El Cuervo» sentía una punzada en el pecho cada vez que pensaba en ello. No le gustaba el rumbo que tomaban las cosas, pero en la Hermandad no siempre se podía disentir. Y necesitaban pasta.

El viento le azotaba el rostro cuando salió del Pont Ronda Sud y tomó la curva hacia Algorós. Conocía de memoria esa carretera. La había recorrido en carreras ilegales, huidas nocturnas, entregas que no admitían retrasos. Pero algo en el aire se sentía diferente. Un presentimiento de mierda.

Dio un giro brusco y tomó el desvío de tierra que conducía al desguace. La gravilla suelta hizo que la rueda delantera derrapara, pero estabilizó la moto con la facilidad de quien conoce el terreno y sus traiciones.

El desguace emergió tras el recodo: un edificio en ruinas, un letrero oxidado colgando de un clavo, montañas de metal retorcido. Apagó el motor y la Yamaha quedó sumida en una calma falsa que se le clavó en las tripas.

Se quitó el casco, encendió un cigarro y repasó la tarea por enésima vez: vigilar el laboratorio, evitar que la policía se acercara y, si alguien se ponía tonto, avisarle a Johnny.

—Esto no me gusta un carajo —murmuró, escupiendo una brizna de tabaco.

Pero lo haría. En la Hermandad, la lealtad no se discutía. Se vivía o se moría con ella.

Apagó el cigarro con la bota y cruzó los brazos, esperando. La noche caía rápido, oscureciendo las montañas de chatarra hasta convertirlas en siluetas amenazantes. Su impaciencia crecía con cada minuto. Sacó otro cigarro y lo encendió, dándole una calada profunda.

Los escalones metálicos del contenedor que hacía de oficina crujieron. Johnny Puertas apareció en la puerta, chaqueta de cuero sobre camisa negra, el mentón apretado y mirada de perro viejo. Bajó los últimos peldaños, dueño de la situación, con esa media sonrisa que nunca era del todo amistosa.

—¿Llevas mucho esperando, Cuervo?

Le preguntó en tono casual, como si fuera su vecino hablando del tiempo.

Paredes se encogió de hombros, soltando el humo del cigarro, con aire de aburrimiento.

—Lo que me ha dado tiempo a fumar un par de pitillos.

Johnny arqueó las cejas, sacó un paquete de tabaco del bolsillo interior de la chaqueta, se llevó un cigarro a los labios y lo encendió con un encendedor plateado que brilló un instante en la penumbra.

—Hoy dejas la moto aquí.

Lo dijo sin más preámbulos, señalando con la barbilla la furgoneta blanca aparcada a un lado del desguace.

—Nos vamos en esa.

Paredes giró la cabeza hacia el vehículo. Cristales tintados, sin distintivos, aspecto anodino. Demasiado limpia para ser de ellos. No hacía falta preguntar de dónde había salido.

—¿Vamos a hablar o a repartir hostias?

Su pregunta fue directa. Nunca había sido hombre de sutilezas.

Johnny sonrió con sorna.

—Eso depende de lo colaborador que esté el cabrón. La idea es solo recordarle que no se juega con nuestro dinero.

Paredes miró la furgoneta, luego su mirada se clavó de nuevo en Johnny, estudiándole el rostro en busca de señales. Las encontró todas.

—¿Y para qué necesito dejar la moto?

—Placas limpias. Sin huellas. Sin rastros. Prefiero que, esta vez, nadie nos reconozca, si las cosas se complican.

Eso ya le decía al Cuervo todo lo que necesitaba saber: no era un simple «aviso». Si las cosas se complicaban, nadie debía relacionarlos con el ucraniano. Ni siquiera un testigo con buena memoria.

—Ya.

Johnny tiró el cigarro medio fumado y abrió la puerta trasera de la furgoneta. Entre cajas vacías y herramientas oxidadas encontró una bolsa de deporte negra. Al abrirla con un movimiento seco, apareció lo esperado: pasamontañas, guantes de látex y una pistola con el cargador al lado, brillando bajo la luz mortecina del atardecer.

—¿Desde cuándo se dan avisos con esto? —preguntó «El Cuervo», levantando el arma apenas unos centímetros, sopesándola en la mano.

—Desde que Miroslav es un capullo con guardaespaldas y memoria corta.

«El Cuervo» suspiró hondo, guardó la pistola en el pantalón contra la columna y el pasamontañas en el bolsillo interior de la chaqueta. Subió al copiloto sin decir nada más. A veces las palabras sobraban.

Johnny hizo lo mismo del lado del conductor, encendió el motor y puso primera.

Mientras la furgoneta se alejaba del desguace levantando una nube de polvo, Paredes miró por el retrovisor lateral su Yamaha, abandonada entre los esqueletos de metal. Se pasó la lengua por los dientes y miró a Johnny de reojo.

—Nada de muertes innecesarias.

Johnny no apartó los ojos de la carretera.

—Solo un aviso.

«El Cuervo» echó otro vistazo a la guantera. Un aviso. Por supuesto. Como todas las veces anteriores que habían empezado siendo «solo un aviso».

La Hermandad había cambiado. Esa era la única verdad a la que podía aferrarse sin temor a equivocarse.

El motor rugió cuando Johnny aceleró en la carretera vacía, y la furgoneta se tragó la noche que caía sobre Elche como una lápida. «El Cuervo» encajó el silencio como un puñetazo en las costillas.

Sabía exactamente lo que venía.

13

Sofía

Sofía Bernabeu sabía que los jueces, como todo el mundo, tenían un precio; solo había que encontrar la moneda correcta.

El restaurante Picola estaba lleno, pero no abarrotado. El murmullo de las conversaciones se mezclaba con el tintinear de copas y cubiertos, mientras la tenue iluminación de las lámparas de pared bañaba las mesas vestidas con manteles blancos. Sofía Bernabeu había elegido aquel lugar por una única razón: la discreción. No era un bar de carretera ni la opulencia de los locales de moda del centro de Alicante; era un término medio donde la gente importante discutía temas que no debían llegar a oídos ajenos.

Sofía llegó puntual, vestida con un traje de chaqueta color marfil que capturaba la cálida luz del salón. Llevaba las gafas de sol guardadas en el bolso y su expresión era serena y medida. No podía permitirse el lujo de llegar tarde ni de mostrar nerviosismo, aunque internamente sabía que aquella cena era un campo de minas.

Frente a ella, en una mesa para dos junto al ventanal, esperaba Isabel Domínguez, juez de instrucción conocida por su rectitud y discreción. Una mujer que había aprendido a transitar la delgada línea entre la ley y la conveniencia sin perder el equilibrio. Tenía una copa de vino servida y los documentos de su agenda guardados en un sobre de cuero que descansaba contra la pared.

Saludó a Sofía al verla acercarse, con una leve sonrisa que no suavizaba su mirada severa:

—Señora Bernabeu....

—Isabel… ¡Gracias por venir!

Sofía tomó asiento con elegancia y cruzó las piernas bajo la mesa. No era momento de cortesías largas. Lo que estaba en juego no admitía demora.

Pidio una copa de vino tinto, aunque apenas la tocó. Isabel bebió un sorbo pausado, marcando el ritmo de lo que vendría.

—Supongo que no me ha citado para hablar de negocios inmobiliarios.

Lo dijo con la calma de quien escucha excusas y verdades a medias todos los días.

—Por supuesto que no.

Sofía mantuvo el contacto visual, firme.

—He venido a hablar de algo más delicado.

El camarero llegó con una cesta de pan caliente y una botella de agua. Sofía esperó a que se alejara, contó hasta tres y continuó.

—Imagino que ya lo sabe. La redada en el puerto de Santa Pola, el tiroteo, la muerte del subinspector. Todo el mundo habla de ello.

Isabel asintió, contenida.

—Lo sé. Y también sé que en circunstancias así, cualquiera puede caer arrastrado por la corriente.

—Precisamente por eso estamos aquí. Los Bernabeu no podemos permitirnos errores. Necesito estar segura de que usted comprende las implicaciones.

La jueza dejó la copa en la mesa sin apartar la mirada.

—Diga lo que tenga que decir.

Sofía escogió las palabras con el cuidado de quien desarma una bomba.

—Ese inspector, Serrano... es persistente.

La jueza respiró hondo, un suspiro casi imperceptible.

—¿Y qué espera que haga yo?

Sofía sonrió levemente, apenas una curva en los labios.

—Nada fuera de lo común. Solo frenar el ritmo. Un par de autorizaciones que se demoren, un informe que tarde un poco más

en validarse, una orden que se revise con detalle. No necesito que detenga la maquinaria, Isabel. Solo que le ponga freno. La comisaría de Alicante está fuera de mis... influencias.

Se hizo un silencio espeso entre ambas. Sofía aprovechó para estudiar a la mujer sentada frente a ella: una jueza en su madurez, con la piel ligeramente curtida por años de decisiones difíciles y los ojos firmes de quien ha visto demasiado. No era ingenua. No se dejaba impresionar fácilmente.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

Lo preguntó sin adornos, directo al hueso.

Sofía giró levemente la copa en la mesa, observando cómo el vino tinto se mecía contra el cristal.

—Porque de lo contrario, la ciudad se llenará de titulares y cadáveres. Y todos sabemos que cuando el barro salpica, no distingue de togas ni de trajes de chaqueta.

La jueza arqueó una ceja.

—Eso suena más a amenaza que a advertencia.

Sofía se encogió de hombros con un gesto estudiado de aparente inocencia.

—Llámelo como quiera. Yo prefiero verlo como un acuerdo entre mujeres que saben hasta dónde conviene tensar una cuerda.

El camarero regresó para tomar nota. Isabel pidió pescado a la plancha con verduras; Sofía optó por solomillo con salsa de trufa. No era hambre lo que la impulsaba, sino un deseo de mostrar control. Pedía carne con la firmeza de quien está dispuesta a morder si es necesario.

Cuando el camarero se marchó, la conversación retomó su cauce como si nada hubiera interrumpido la tensión que flotaba en el aire.

—Usted habla de frenar.

Isabel dejó la copa en la mesa con cuidado deliberado.

—Pero sabe perfectamente que la policía está esperando mi firma para entrar en un laboratorio en Arenales. Si no lo autorizo, todo el peso recaerá sobre mí.

Sofía apoyó los codos en la mesa y entrelazó las manos. Era la primera vez que escuchaba sobre aquello. Se preguntó por qué coño

Díaz no le había contado nada. Pero no dejó que la sorpresa se reflejara en su rostro.

—No le estoy pidiendo que bloquee nada. Solo que espere. A veces, el tiempo resuelve más que un ejército de fiscales.

—¿Y mientras tanto qué? ¿Qué hacen ustedes con ese tiempo?

Sofía respiró hondo. El aire olía a pan caliente y vino, pero bajo ese aroma había un tufo de verdades no dichas.

—Lo que sea necesario para estabilizar la situación. Si Serrano sigue tirando de la cuerda, acabará involucrando a personas que usted y yo sabemos que no deberían aparecer en ningún sumario.

Dejó que sus palabras se hundieran, lentas, como plomo en el agua.

—Ignacio ya no está, y la familia aún tiene heridas que sangran. Pero si este inspector continúa indagando, podría encontrar huesos que nadie quiere desenterrar.

La jueza sostuvo la mirada sin pestañear.

—Habla de Ignacio.

—Eso lo ha dicho usted.

La respuesta de Sofía fue rápida, automática.

—Yo no necesito nombrarlo.

Isabel levantó su copa y la giró en el aire, como si al hacerlo pudiera aclarar sus pensamientos o encontrar una salida que no comprometiera su integridad.

—No sé qué pretende con esta cena.

Lo dijo por fin, bajando la copa sin beber.

—Pero si lo que quiere es que le sirva de escudo, debería ofrecer algo más que advertencias.

Sofía inclinó la cabeza y el cuerpo, invadiendo sutilmente el espacio entre ambas. La luz cálida del restaurante resaltaba los rasgos afilados de su rostro.

—Lo que ofrezco es calma. Si Serrano sigue adelante, tendrá que firmar más papeles y autorizar más registros, y todo eso quedará vinculado a su juzgado. Podría convertirse en un lío del que tardará años en salir. —Hizo una pausa, midiendo el impacto—. Pero si decide que algunas cosas pueden esperar, habrá paz para todos. Y créame, Isabel: la paz, a veces, también es poder.

La jueza tomó un sorbo de vino, pensativa. No respondió de inmediato. Estaba evaluando más la utilidad de mantener el contacto con Sofía que el riesgo que implicaba.

—Usted habla como su padre.

Dejó la copa en la mesa con un golpe seco pero controlado.

—Firme, directa... peligrosa. He oído rumores de que ha vuelto a las andadas.

Sofía contuvo una sonrisa amarga. Siempre volvían a su padre. Como si ella no fuera capaz de construir su propio legado.

—Mi padre ya no está en condiciones de llevar las riendas. Ahora me toca a mí. Y no voy a permitir que Serrano, ni ningún otro, decida el destino de mi familia.

El vacío volvió a instalarse en la mesa, roto apenas por el murmullo de las conversaciones cercanas y el tintineo distante de una copa al romperse en la cocina. Fuera, la noche empezaba a devorar la calma del día.

La jueza apartó la copa con gesto lento y se inclinó hacia Sofía, bajando la voz hasta convertirla en un susurro áspero.

—Lo pensaré. Pero si esto sale mal, no espere que sea la única en pagar la caída.

Sofía sostuvo su mirada, firme, sin un atisbo de duda.

—Nadie caerá, Isabel. No mientras sepamos cuándo dejar de empujar.

Las dos mujeres levantaron sus copas en un brindis que no sonó a celebración, sino a un pacto tácito sellado con vino tinto y mentiras necesarias. El cristal apenas se rozó, produciendo un sonido seco y carente de calidez.

El solomillo y el pescado llegaron a la mesa minutos después, pero para entonces lo importante ya se había servido. Comieron sin conversar, cada una masticando sus propias decisiones, conscientes de que acababan de cruzar una línea roja.

Cuando Sofía salió del restaurante, media hora después, el aire fresco de la noche le golpeó el rostro como una bofetada. A pesar de la oscuridad, se colocó las gafas de sol y caminó con paso firme hacia su coche.

Tenía que hablar con Díaz. Y tenía que hacerlo ya.

14

Paredes

Toda guerra empieza con un ‘no’ pronunciado en el sitio equivocado.

Para la Hermandad, cuando un cliente debía dinero y no quería pagar, solo había dos formas de que terminara: con sangre o con plomo.

La grava crujió bajo los neumáticos. Luis «El Cuervo» apretó el volante hasta que los nudillos se le quedaron blancos. El pasamontañas enrollado al cuello olía a sudor viejo y le rozaba la garganta como un recordatorio de lo que vendría.

—¿Nervioso, colega? —soltó Johnny.

Paredes esbozó una sonrisa seca.

—Nunca.

Johnny curvó los labios en una mueca gélida.

—Perfecto. No quiero nenazas.

Sin responder, «El Cuervo» giró a la derecha, adentrándose en una calle flanqueada por naves industriales con rótulos descoloridos. A esas horas, no quedaba ni Dios por allí.

La furgoneta se detuvo en un aparcamiento cubierto de grava. Frente a ellos, una nave con un letrero oxidado: «Productos de Exportación Eslavos». Las luces intermitentes proyectaban sombras alargadas sobre el hormigón agrietado.

—Parece que han ahorrado en seguridad —murmuró «El Cuervo» al apagar el motor.

Johnny sacó la pistola de la guantera y se la tendió.

—Por si acaso.

«El Cuervo» la tomó sin entusiasmo. No le gustaba la idea de usarla, pero en ese mundo las cosas podían torcerse en un suspiro.

Salieron sin hablar. El aire olía a químico rancio. Johnny golpeó tres veces en la puerta metálica y el sonido resonó en la quietud.

Un instante después, la puerta chirrió. Apareció un tipo corpulento, con ojeras profundas y mirada vacía. No dijo nada.

—Dile a Miroslav que quiero hablar —ordenó Johnny.

El gigantón echó un vistazo rápido antes de desaparecer en el interior. Johnny se giró levemente hacia «El Cuervo».

—Alerta.

Entraron tras el guardia. La penumbra de la nave los envolvió como la boca de un animal hambriento. El aire estaba cargado de un hedor químico que se pegaba a la garganta. Las luces eran tenues, proyectando sombras irregulares sobre paredes de hormigón cuarteadas por el tiempo.

Montones de cajas apiladas formaban pasillos angostos. Las etiquetas en eslavo apenas se distinguían bajo la mugre: «Caramelos», «Conservas», «Licor». Puro camuflaje para un negocio más sucio. Johnny avanzó sin inmutarse.

Al fondo, junto a una puerta metálica desgastada, seis hombres murmuraban en su idioma. Sus voces roncas sonaban como un rezo. Las gruesas chaquetas ocultaban armas y sus ojos fríos reflejaban movimientos calculados. Eran perros de presa aguardando una orden.

—Quiero hablar con el encargado —dijo Johnny.

Desde la penumbra, una voz profunda rompió la quietud.

—¿Otra vez tú, Johnny? ¿Qué coño haces aquí?

Miroslav emergió de las sombras con la tranquilidad de quien se siente dueño del lugar. Alto, de mandíbula cuadrada y piel curtida por el frío del este, vestía una chaqueta de cuero desgastada y botas sucias. Su mirada se clavó en Johnny con la frialdad de quien ya ha hecho los cálculos.

—Hemos venido a hablar —dijo Johnny—. Quiero que saldes tu cuenta.

Miroslav soltó un bufido irónico y se cruzó de brazos.

—Menuda cara que tienes. ¿Por qué no pasas a mi despacho y lo hablamos con calma?

El filo en su voz se enroscaba en el aire como un lazo invisible.

—Cuervo, quédate aquí. Échale un ojo al ambiente.

«El Cuervo» se quedó junto a la entrada, con la espalda contra la pared, sin apartar la vista de los seis ucranianos que lo observaban con tensión. Las manos le pesaban cerca del arma. No la desenfundó. No todavía.

Johnny se sentó con tranquilidad, con las piernas abiertas, como si el lugar fuera suyo. Miroslav, de pie y con los brazos cruzados, exhibía desprecio.

—No me jodas, Johnny. La poli está metiendo las narices en todas partes. Si empiezo a mover más material ahora, me jodo yo solo.

Johnny dejó escapar una risa seca.

—No me sirve de excusa. Vendiste producto. Me debes mi parte.

Miroslav chasqueó la lengua.

—Escucha, amigo...

—No me llames amigo —lo cortó Johnny.

Miroslav bajó la vista un instante.

—Si meto más mierda en la calle, la poli me cruje.

Johnny golpeó la mesa con la palma abierta. El cenicero de metal tembló.

—Me importa una mierda la poli. Si has vendido, has ganado. Y si has ganado, yo cobro.

Desde fuera, «El Cuervo» vio cómo los matones se tensaban. Uno de ellos, un gigantón con un tatuaje en el cuello, apretó la mandíbula.

El murmullo en la oficina subió de tono.

—No te equivoques, Johnny. Si no he pagado, es porque no he querido. No porque no pueda.

Johnny sonrió con frialdad.

—Mira qué huevos tienes. Te crees el más listo de la mesa. Pero dime, Miroslav... ¿Saben tus jefes que te has estado quedando con parte del «tusi» en lugar de soltarlo?

El ucraniano parpadeó. Un tic nervioso le sacudió la mejilla.

—No sé de qué hablas.

—Sí que sabes. Y ellos también lo sabrán en cuanto les llegue el soplo.

Johnny sacó un papel arrugado del bolsillo y lo dejó sobre la mesa. Números y apodos.

Miroslav se quedó callado. Solo se oía el zumbido lejano de un transformador.

Entonces, un manotazo envió el cenicero al suelo.

—¡No me amenaces en mi puta casa! —rugió Miroslav.

Johnny se puso en pie despacio, sin apartar la vista de él.

—Te doy veinticuatro horas. Pagas y nadie se entera. No pagas, y sabrán que el contable es un ladrón.

Los ojos del ucraniano centelleaban de rabia.

—Tendrás tus treinta horas. Pero si traes a tus perros aquí, morirás recordándome.

La puerta de la oficina se abrió de golpe. Johnny salió con una caja de cerveza Obolon bajo el brazo, el ceño fruncido y los ojos ardiendo de rabia contenida.

—No vengas a llorar cuando te pidan cuentas.

Miroslav se quedó en el umbral, cruzado de brazos, mascullando en su idioma.

—*Proklyata ispanska svynya.*

«El Cuervo» no entendía una palabra de ucraniano, pero el veneno del tono bastaba.

—Vamos, Cuervo. Nos largamos —dijo Johnny sin mirar atrás.

«El Cuervo» retrocedió sin apartar la vista de los matones. Ninguno atacó.

Subieron a la furgoneta. Johnny dejó la caja de cerveza en el asiento trasero con un golpe seco.

—Ese cabrón nos esperaba. No sé a quién quería sorprender, pero le ha salido mal.

El otro encendió un cigarro y miró por el retrovisor. Ni luces, ni movimiento.

—¿Crees que pagará?

Johnny bufó.

—Si me la juega, le reventaré la cabeza. Y no iremos solo tú y yo. Iremos todos. Y la liamos tan gorda que no tendrán dónde esconderse.

Una vez alejados de la nave, la furgoneta recorría las desiertas calles del polígono, con el motor zumbando en la madrugada. En el asiento trasero, la caja de cerveza se asemejaba a un trofeo absurdo tras una reunión de sabor amargo.

«El Cuervo» miró de reojo a Johnny. Su jefe estaba tenso, con la mandíbula apretada, la mirada clavada en la carretera, como si pudiera ver más allá de la oscuridad.

—¿Saldrá bien lo del irlandés? Me da que le has metido un órdago con lo del «tusi».

—No nos queda otra. La 'meta' no funciona, la poli vigila, los moros están jodiéndolo todo... Si no sacamos algo nuevo, nos quedamos sin un duro.

«El Cuervo» asintió.

—Miroslav no parece muy dispuesto a colaborar. Se cree el rey del mambo.

Johnny soltó una carcajada áspera.

—Que se crea lo que quiera. Vamos a ver si su orgullo paga nuestras deudas.

Aceleró, ganando velocidad en la vía muerta del polígono. «El Cuervo» lo observó de reojo. Johnny estaba al límite, como un animal herido que gruñe al menor contacto.

—Si la siguiente visita no es amistosa, ya sabes lo que toca.

Johnny no desvió la mirada de la carretera.

—Exacto. Y no iremos con una simple pistola de aviso.

«El Cuervo» sintió un escalofrío. Sabía que Johnny hablaba en serio.

Salieron del polígono y tomaron la autopista. Ni un alma en la carretera. La ciudad dormía, ajena a los negocios turbios que se cocían en su periferia.

—¿Y ahora a dónde?

—Volvemos al bar. Dejamos la furgoneta en el desguace y te largas con tu moto. Mañana veremos qué se cuece. Mientras tanto, hay que mantener a raya al eslavo.

«El Cuervo» apretó los labios. «Mantener a raya» sonaba a pólvora quemada.

Ninguno comentó nada. Johnny mantenía la vista fija al frente, planificando su siguiente movimiento. «El Cuervo», por su parte, reflexionaba sobre el futuro inmediato: el «tusi», la presión policial, los ucranianos que no soltaban el dinero, la Hermandad en una situación delicada.

Las luces de la autopista proyectaban sombras en sus rostros. En el fondo, ambos comprendían que esta historia apenas comenzaba.

La furgoneta se perdió en la noche, dejando atrás el polígono industrial y un polvorín a punto de estallar.

15

Serrano

Hay lugares donde se va a morir un poco, y la cervecería Jackson era uno de ellos. Sus paredes sostenían el peso de la memoria: fotos en blanco y negro de bandas olvidadas, carteles amarillentos de conciertos muertos. Bajo la luz tenue de las lámparas colgantes, la barra exhibía manchas incrustadas que ningún trapo alcanzaría jamás. Cada mancha, una historia; cada historia, un fantasma.

Javier Serrano, demacrado y con tres días de barba, se apoyaba en la barra, con una pinta tibia entre las manos. La espuma ya se había rendido hacía rato.

La puerta se abrió. Una corriente fría entró junto con Álvaro Gutiérrez. Chaqueta de cuero, pelo desordenado, expresión cansada. Al cruzar miradas, hizo un gesto al camarero pidiendo una caña.

—¿Todo bien, Guti?

—Lo que se puede. —Gutiérrez bebió rápido—. Me contaron que hablaste con los de Alicante.

Serrano no dijo nada. En la policía, los rumores corrían más rápido que los delincuentes.

—¿Podemos hablar tranquilos?

Terminó la cerveza de un trago y señaló una mesa junto a una máquina de dardos sin usar. Gutiérrez lo siguió.

Al sentarse, Serrano sintió un escalofrío. Allí había compartido tragos con Natalia Rivas la noche antes de su muerte. Aún recordaba

su risa franca. Primero Rivas, luego Raquel Ortega, ahora Ludmila. Demasiadas mujeres en peligro. Siempre demasiado tarde.

—Deberías pasar página, Javier. Lo de Rivas no fue tu culpa.

Serrano apretó la mandíbula. No dijo nada. Gutiérrez no entendía que la culpa no era algo que se pudiera archivar en un cajón, como un expediente cerrado. La culpa era como una deuda impagable: los intereses crecían cada noche, cada vez que cerraba los ojos y veía el rostro de Natalia Rivas. En este oficio, pensó, los muertos no te dejan en paz. Te cobran su parte todos los días.

A unos metros, un par de clientes lanzaba dardos sin entusiasmo. Una pareja susurraba en un rincón. El camarero pasó cerca sin ofrecerles otra ronda. Sabía reconocer una conversación seria cuando la veía.

Gutiérrez giraba el vaso sobre la mesa con paciencia forzada.

—¿Qué quieres de mí, Javier? Suéltalo ya.

—¿Quieres saber por qué Vélez me trasladó a Homicidios? ¿O qué busco con Rojo y Agulló en Alicante? —Hizo una pausa—. Probablemente ambas cosas.

Gutiérrez miró el reloj.

—No tengo toda la noche.

—Me quitaron de Narcóticos. Ahora cuento cadáveres.

Gutiérrez frunció el ceño.

—Si el comisario quisiera joderte, bastaría con suspenderte. ¿Por qué crees que te mantiene dentro?

—Porque quiere tenerme a mano. Vélez no me vigila porque sea peligroso. Me vigila porque sabe que tengo razón.

—¿Qué sabes para que Vélez ande así?

Serrano bajó la voz.

—Creo que Ludmila Kowalska estaba metida con los Bernabeu.

Gutiérrez tensó la mandíbula.

—¿Tienes pruebas?

—Estrangularon a esa chica no por lo que hizo, sino por lo que podía contar. Ludmila era solo una polaca que cometió el error de confiar en la gente equivocada.

Gutiérrez bebió despacio, procesando.

—¿Y tú qué pintas en eso?

—Me propusieron un intercambio. Ahora trabajo con Homicidios.

—Javier, hay batallas que no se pueden ganar, y tú estás luchando en todas a la vez.

Serrano dio un golpe seco sobre la mesa.

—La diferencia entre un buen poli y uno corrupto es que el corrupto duerme mejor.

—Te estás cerrando puertas tú solo.

El silencio que siguió fue insoportable. Serrano sabía que Gutiérrez tenía razón, pero había algo que su compañero no entendía: en la policía, como en la mafia, la lealtad era una moneda de dos caras. La diferencia era que en la mafia al menos sabías quién te iba a traicionar. Aquí, los que juraron proteger y servir eran los primeros en venderte cuando las cosas se ponían feas. No había código de honor, solo supervivencia. La Jackson se vaciaba poco a poco. Serrano bajó aún más la voz.

—Es cuestión de no ser un jodido espectador... ¿Cómo va la Operación Camarote?

Gutiérrez se removió en la silla.

—Se cerró cuando te sacaron de Narcóticos. Vélez la enterró.

El golpe de Serrano sobre la mesa hizo temblar los vasos.

—¿Enterrar qué? ¡No conseguimos nada!

—Relájate, ¿quieres?

—No me jodas ahora, tío.

El subinspector negó con la cabeza.

—Mira, Javier, no te puedo contar nada. Tú estás en Homicidios y yo en Narcóticos. Si se filtra cualquier cosa, sabrán que fui yo.

—¿Seguís con los teléfonos pinchados?

—Te he dicho que no te puedo contar nada.

—Eso es que sí.

—Son astutos. No hablan de negocios por teléfono. Necesitamos pruebas de que son una organización criminal, o el juez retirará la orden de las escuchas.

—¿Qué juez? ¿Domínguez?

—Pasa de página, tío.

—No, no puedo pasar.

—Me preocupas, ¿vale?

Gutiérrez apartó la mirada. El aire se espesó. Un par de borrachos reían en la mesa contigua, ajenos al abismo que se abría entre los dos hombres.

Gutiérrez se puso en pie, ajustándose la chaqueta.

—Me largo. Déjalo estar y descansa. Tanto odio… te va a consumir.

Serrano no respondió. Solo lo miró.

—¿Por qué te importa tanto?

El subinspector tragó saliva.

—Es por tu bien. No puedes salvar a todo el mundo, Javier. Date una vuelta, llama a alguien, echa un polvo. Yo qué sé...

—¿Esa es tu solución?

—Te estás quedando como un sonajero. ¡Mírate!

—Parece mentira que trabajemos en el mismo lugar.

—A veces, lo mejor que puedes hacer, es salvarte a ti mismo.

—¿Por mi bien o por el tuyo?

Gutiérrez desvió la mirada. Ese gesto bastó. Serrano lo entendió todo en ese instante. La traición nunca llega de golpe, como un tiro en la nuca. Llega despacio, disfrazada de consejos bienintencionados, de advertencias de amigo. Te dice que es por tu bien mientras te clava el cuchillo. Y lo peor no era que Gutiérrez lo hubiera vendido. Lo peor era que probablemente se había convencido a sí mismo de que lo hacía por las razones correctas. Así funcionaba: todos eran el héroe de su propia historia, incluso los traidores.

—¡Responde, joder!

El otro exhaló despacio.

—Estás borracho.

Serrano apretó los puños.

—Vete a la mierda.

—Déjalo estar.

Gutiérrez lo miró un segundo más de la cuenta, como quien mira un accidente de coche. Luego giró sobre sus talones y empujó la puerta.

Serrano observó su reflejo en el vaso vacío.

El frío se quedó. Y la certeza también.

16

Sofía

«El poder nunca es tan glamuroso como lo imaginan quienes jamás han tenido que pelear por él».

Sofía Bernabeu lo sabía bien. Desde su despacho en la empresa de planchas de goma del polígono de Carrús, contemplaba el paisaje industrial: fábricas envejecidas, gasolineras de mala muerte, almacenes dispersos como piezas rotas de un puzle gris. Justo enfrente, el «Con Ruedas», el bar de moteros de la familia. Aquella vista solo le recordaba lo mundano del imperio que había heredado.

Aún resonaban las palabras de su padre. La última reunión en la finca Bernabeu había dejado una herida. Entre reproches y silencios, sintió el peso de la herencia y la amenaza de perder el control. Cerró los correos, se quitó las gafas y se recostó en la silla.

—Mierda... me estoy convirtiendo en mi padre.

El divorcio le revolvía el estómago. Su marido había pedido más tiempo, pero la separación la hacía sentir vulnerable. Solo importaban sus hijos y la familia, más allá de la sangre. Inspiró hondo y recordó a Ignacio. Esos días de inocencia en la infancia. Pero la nostalgia se desvaneció. Ignacio había intentado matarla.

Apretó los labios. Nadie tenía derecho a arrebatarte a un hermano. Agarró el portarretrato familiar y lo guardó en un cajón, enterrando parte de su dolor.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Fernando «El Gordo» Díaz entró con su presencia serena y cargada de autoridad. Sofía lo observó desde su silla.

—¿Qué haces aquí, Fernando?

—¿Tienes un minuto? Hay algo que debes saber.

Díaz se sentó frente al escritorio.

—Tu padre me ha llamado. No está de buen humor.

Un escalofrío recorrió la espalda de Sofía. Mantuvo la mirada.

—Ahora mando yo, Fernando. Mi padre ya no tiene voz, aunque le moleste y se haya levantado con el pie izquierdo. Al irse, asumí todo. Esto no funcionará bajo sus órdenes solo porque antes estaba al mando.

Díaz esbozó una sonrisa tensa.

—Tu padre desapareció por culpa de Ignacio. Ese problema ya está resuelto.

—No, no lo está.

—¿Le echas de menos? Me refiero a Ignacio.

Sofía se encogió de hombros, atrapada entre el deber y la nostalgia.

—Como toda hermana.

La incomodidad se instaló entre ambos. Hablar de Ignacio era como hurgar viejas cicatrices. No con Díaz, ni con nadie. Pero no permitiría que ese asunto la hiciera titubear.

—Fernando, eres mi hombre de confianza. Más que mi propio padre. Has visto cómo he manejado todo esto. ¿Por qué me cuestionas?

Díaz mantuvo su expresión helada.

—No dudo, pero te lo menciono por una razón. Serrano ya no está en Narcóticos. La policía espera la orden de un juez para desmantelar un laboratorio en los Arenales del Sol.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Sofía, aunque sabía la respuesta gracias a la jueza.

—Podrías hacerle un favor a Omar, el proveedor. Evitar que la policía lo atrape en un operativo sorpresa.

—¿A Omar?

—Piénsalo bien.

Sofía asintió lentamente.

—Lo tendré en cuenta cuando hable con él.

Díaz se levantó, sacudiéndose la chaqueta. Sofía lo detuvo antes de que llegara a la puerta.

—¿Por qué has mencionado a Serrano?

El hombre esbozó una sonrisa burlona.

—Porque lo han puesto a investigar por la muerte de una de las chicas del burdel de «La Viuda» Pérez. No querrás que eso manche a la familia Bernabeu... ni empañe tu reputación.

Sofía sostuvo su mirada.

—Ya me he encargado de él.

Díaz asintió.

—Bien. Solo recuerda, Sofía: en este juego todos pagamos un precio. Y tú, a tu manera, ya has demostrado que nadie puede derribarte. El respeto lo es todo en este sector.

La puerta se cerró. Sofía quedó sola, mirando el vacío de su despacho. En la pantalla apagada del ordenador, su reflejo se confundía con el paisaje industrial. Por un instante, se permitió sentir la soledad y la presión de decisiones que afectarían a su familia biológica y a la que ella misma había construido.

Recordó las palabras de su padre, las lecciones aprendidas a la fuerza. Enderezó la espalda y fijó la mirada en la ventana. El precio del poder era alto, pero estaba dispuesta a pagarlo.

Volvió a centrarse en los correos. Nada, ni siquiera la sombra de su padre, le arrebataría el control.

Se levantó, recogió su abrigo y salió del despacho, envolviéndose en el ruido del polígono industrial. Con el rostro sereno y el alma endurecida, se preparó para lo que viniera.

—A mi manera —murmuró, cerrando la puerta tras de sí.

17

Serrano

Serrano había aprendido hace tiempo que en su oficio no se resuelven crímenes, sino que se decide qué cadáver merece ser vengado y cuál es mejor olvidar.

El edificio de la Comisaría Provincial de Alicante se erguía en la avenida como una caja de cristal y acero, reflejando el cielo gris del mediodía. Serrano aparcó el coche frente a la entrada y permaneció unos segundos con las manos en el volante, observando su propio reflejo en el parabrisas. Tenía ojeras marcadas, barba de dos días y el rostro pálido de quien ha dormido poco y bebido demasiado. Se pasó una mano por la cara, encendió un cigarro y lo apuró hasta la mitad antes de entrar. La resaca le latía detrás de los ojos como un martillo constante.

Dentro, el aire olía a ambientador y café barato. Demasiada luz, demasiada tranquilidad. Policías jóvenes cruzaban pasillos con carpetas bajo el brazo y paso marcial. Serrano pensó que no recordaba la última vez que vio una comisaría tan limpia. En Elche las cosas eran distintas.

Se identificó en la recepción y subió por el ascensor, escuchando el ruido del motor. Cuando las puertas se abrieron, una mujer lo esperaba al fondo del pasillo: la inspectora Marta Agulló, con camiseta negra ajustada, vaqueros ceñidos, el cabello recogido en un moño preciso y los ojos de alguien que no perdía tiempo en

cortesías. Era atractiva, del tipo que hace que los hombres se tropiecen con sus propias palabras, pero había algo en su mirada que advertía que no toleraba gilipolleces. Serrano pensó que era exactamente la clase de mujer que terminaba complicándolo todo.

—Inspector Serrano… —dijo ella, sin preámbulos—. Pase.

Lo condujo a una amplia sala de reuniones con una mesa ovalada y una pared cubierta de pizarras. En ellas, fotografías de escenas del crimen, líneas rojas uniendo rostros, notas escritas apresuradamente. En una esquina, Vicente Rojo esperaba junto a la ventana abierta. Era un hombre fuerte, de hombros anchos y rostro curtido que transmitía autoridad, sin esfuerzo. Serrano lo reconoció al instante; había oído hablar de él. Decían que era un chulo con mala hostia, que utilizaba métodos poco ortodoxos y que iba a lo suyo. «De los que no vacilan a la hora de soltar una hostia». Pensó que era tal como lo había imaginado.

—Para empezar —dijo Rojo, sin girarse—, dejémonos de formalismos.

Serrano dejó caer su carpeta sobre la mesa.

—¿Qué pasa, no tenéis recepcionista? Pensé que Alicante tenía más clase.

Rojo exhaló con calma.

—Te hemos llamado porque tenemos novedades en el caso Ludmila Kowalska. Movimiento en Alicante.

—¿Movimiento? —Serrano arqueó una ceja—. Pensé que eso ya era cosa vuestra.

—Lo es —intervino Agulló—. Pero el jefe de la UDYCO quiere que colabores.

Serrano soltó una carcajada breve y amarga.

—Sí, lo sé. Pero lo mío es tirar puertas abajo, no poner flores en las lápidas de los cadáveres.

—Y, sin embargo, el cadáver apareció en tu territorio. ¿Vamos a volver a hablar de eso?

Serrano se quedó callado. Se pasó la mano por la nuca, intentando disimular el temblor leve que la resaca le provocaba.

Pensó en lo fácil que era para los que mandaban redistribuir la culpa. Los que estaban arriba nunca se manchaban las manos, solo

señalaban con el dedo y decían: «Tú. Ahora te toca a ti». Y uno terminaba aceptando porque la alternativa era peor: quedarse fuera, mirando cómo otros resolvían lo que uno había empezado.

En el fondo, todos necesitaban sentirse necesarios, incluso cuando sabían que los estaban usando.

—Bueno. Ya que estamos, contadme qué demonios queréis de mí.

Rojo caminó hasta la mesa.

—Queremos lo que guardasteis en Narcóticos. Lo que no está en los archivos.

Serrano lo observó.

—¿Quién os ha dicho que guardamos algo? Todo se fue al carajo.

Rojo no respondió. Abrió una carpeta y extendió varias fotografías sobre la mesa. Eran imágenes del cadáver de Ludmila Kowalska: los brazos marcados por ligaduras, el rostro amoratado, la piel fría y azulada. Serrano las miró unos segundos, antes de apartar la vista.

Agulló se inclinó sobre la mesa para señalar un detalle en una de las imágenes. Su perfume, que tenía un toque cítrico y era discreto, llegó hasta él. Serrano retrocedió medio paso, como si las fotos le quemaran. Pero no eran las fotos.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Perfectamente —mintió.

—Asfixia mecánica por estrangulamiento manual —dijo Agulló—. Altos niveles de cocaína y benzodiacepinas. El forense cree que la sedaron antes de matarla.

Serrano asintió con lentitud.

—Lo vi en el informe preliminar. No murió en el contenedor donde la encontraron. Alguien la trasladó.

Rojo dio un paso más cerca.

—¿Y tú qué crees?

Serrano levantó la mirada.

—Creo que Ludmila estaba metida en algo más grande.

—Era una prostituta —dijo Rojo.

—Pero no una cualquiera. Tenía conexión con un club de alterne cerca de La Marina, en la costa. La Palmera. Está relacionado con los Bernabeu. No tengo pruebas evidentes, pero sé que ellos gestionan ese local.

El nombre flotó en el aire como una chispa. Agulló intercambió una mirada con Rojo.

—Ignacio Bernabeu, Fernando Díaz, Héctor Jiménez, Emilio Sánchez… —enumeró Agulló—. Todos los nombres que aparecen en las escuchas de tu antigua unidad. Queremos saber qué sabéis de ellos.

Serrano bufó, cruzándose de brazos.

—Los conozco. Ignacio era un niñato con complejo de jefe. Díaz es un matón de manual, y «El Toro» Jiménez… ese sí daba miedo. De Sánchez no tengo mucho más que rumores.

Rojo lo observaba con la paciencia de un interrogador experimentado.

—Eso está muy bien para un informe de prensa. Pero queremos detalles. Conexiones. Movimientos.

—¿Por qué no le preguntáis a Vélez? Él es quien manda.

Rojo lo miró sin pestañear.

—Porque a Vélez no le interesa resolver esto. Solo taparlo.

La frase cayó con peso sobre la mesa. Agulló continuó, implacable:

—Mira, Serrano… No se trata solo de un homicidio. Creemos que hay una red de trata operando entre Alicante y Elche. Chicas traídas con promesas falsas, que acaban en clubes controlados por las familias. Empezamos por el Homicidio y dejamos que la UDYCO se encargue del resto, ¿lo pillas?

Serrano bajó la mirada hacia las fotos. La imagen del cuerpo de Ludmila le devolvió el rostro de Raquel Ortega, y una punzada le recorrió el estómago. Dos mujeres muertas, dos vidas que no importaban a nadie, excepto a quienes las habían usado. Esa era la verdad que nadie quería admitir: en ese barro, las fulanas y los chivatos eran combustible desechable. Morían porque sabían demasiado o porque ya no servían. Y la policía llegaba siempre tarde, no para salvarlos, sino para contar los cadáveres y fingir indignación.

—Raquel también sabía cosas —murmuró—. Y mirad cómo acabó.

Rojo chasqueó la lengua.

—Si hay alguien que puede seguir el hilo, eres tú. Nadie conoce como tú ese lodazal.

—No os voy a negar que esto me huele mal. Pero si creéis que tengo una varita mágica para arreglar vuestra mierda en Alicante, os equivocáis. Ya tengo bastante con la mía.

El inspector Rojo soltó una carcajada seca.

—No buscamos milagros. Buscamos a alguien que no tenga miedo de ensuciarse las manos. Cuanto antes empieces a mentalizarte de que trabajas con nosotros, mejor para todos.

Serrano levantó la vista, irritado.

—Ya tuve suficiente barro en Narcóticos. Me largaron justo cuando estábamos a punto de cerrar una red.

Agulló se mantuvo serena.

—Te sacaron porque estabas en el punto de mira, Serrano. Vélez sabía que, si seguías, alguien iba a caer… y no precisamente un camello.

Él la observó durante unos segundos, intentando descifrar hasta dónde llegaba su conocimiento.

—Y vosotros venís a «salvarme», ¿es eso?

—Nosotros tenemos que resolver el asesinato de esta chica —replicó la inspectora—. Si colaboras con el caso, compartimos lo que sabemos sobre la Operación Camarote.

Serrano arqueó una ceja.

—No me fastidies. Creí que ese circo se había cerrado.

Rojo intervino, bajando el tono.

—Nada se cierra del todo. Y si la muerte de Ludmila Kowalska tiene relación con esa operación, significa que alguien dentro del Cuerpo está jugando a dos bandas.

Serrano se recostó en la silla, mirando el techo como si buscara una señal en el blanco de las luces. Luego exhaló despacio.

Siempre llegaba a esto: el momento en que uno dejaba de luchar contra la corriente y se dejaba arrastrar. No por convicción, sino por cansancio. Porque pelear contra el sistema era como boxear contra tu propia sombra. Al final, todos terminaban aceptando el trato, diciéndose a sí mismos que era por un bien mayor, cuando en realidad solo querían seguir en el juego. Y Serrano seguía queriendo jugar, aunque ya no recordara las reglas.

—Está bien. Supongamos que os ayudo. ¿Por dónde queréis empezar?

Agulló deslizó una carpeta hacia él. Dentro había informes sobre movimientos bancarios, llamadas cruzadas y fotografías tomadas con teleobjetivo. En una aparecía Sofía Bernabeu saliendo de un restaurante, escoltada por «El Gordo» Díaz.

—Por ellos. Los Bernabeu. Las familias están nerviosas, se mueven demasiado rápido. La muerte de Ludmila no fue casualidad y tú dices que La Palmera está bajo su control, ¿no?

—Así es.

—Entonces, si alguien rompió las reglas, fue para enviar un mensaje.

Serrano cerró la carpeta.

—O cometió una cagada. Los mensajes entre esta gente se envían con sangre o con plomo.

Rojo endureció la mandíbula.

—Entonces deja de dar rodeos y cuéntanos todo desde el principio.

En el silencio breve que intervino entre ellos, Serrano miró a Agulló, luego a Rojo, y comprendió que no tenía alternativa.

—Está bien. Pero voy a necesitar un buen rato para hablar de ellos —dijo, levantándose—. Si queréis una primera toma de contacto, acompañadme.

—¿Adónde? —preguntó Agulló—. Estamos bien aquí.

Serrano se ajustó la chaqueta y sonrió con ironía.

—A donde empieza toda la basura. A Elche.

Salió de la sala sin mirar atrás. Rojo y Agulló se quedaron unos segundos sin hablar, procesando lo que acababa de pasar.

—Será hijo de puta —murmuró Rojo, pero no sin cierta admiración.

Agulló recogió sus papeles con movimientos precisos, mecánicos.

—¿Vamos o qué? —dijo, aunque no era realmente una pregunta.

—A Elche. Claro. Como si no tuviéramos suficiente mierda aquí.

—Él conoce el terreno —replicó ella, ya caminando hacia la puerta —. Y si quieres resolver esto, vas a tener que tragarte tu orgullo.

—No es orgullo. Es sentido común.

—Pues hoy te toca dejar el sentido común en Alicante.

Lo siguieron hasta el pasillo. Desde la distancia vieron a Serrano encender otro cigarro antes de cruzar las puertas automáticas. La luz del mediodía le dio en la cara y, por un instante, pareció que el inspector volvía a respirar.

Agulló lo observó a través del cristal, estudiándolo como se estudia una pieza clave en un tablero mal montado.

—¿Confías en él? —preguntó Rojo, apareciendo a su lado.

—No confío en nadie —respondió ella, sin apartar la vista—. Pero él sabe cosas que nosotros no sabemos. Y eso, ahora mismo, vale más que la confianza.

Rojo asintió despacio.

—Espero que sepas lo que haces.

—Yo también.

Salieron juntos hacia el aparcamiento. El cielo seguía gris, amenazando lluvia que nunca llegaba. Serrano ya estaba en su BMW, con el motor encendido y el cigarro colgando de los labios.

Cuando arrancó, Rojo y Agulló subieron al Ford Focus. Ella al volante.

—¿Lista para Elche? —preguntó él, abrochándose el cinturón.

Agulló arrancó el motor y miró por el retrovisor cómo Serrano salía del aparcamiento.

—Lista para lo que sea que nos espere ahí —dijo, pisando el acelerador.

Siguieron la estela del BMW por la avenida, adentrándose en el tráfico del mediodía.

Serrano no miró atrás ni una sola vez. En sus ojos no había alivio, solo la certeza de que regresaba a la oscuridad de la que nunca había escapado. Y esta vez, no iba solo.

18

Torres

Torres entendía la violencia como otros entienden los números: una herramienta necesaria, que solo los idiotas usaban sin medida.

El polígono de Crevillente se desplegaba ante ellos como un laberinto de naves industriales, gasolineras y almacenes a medio caer. La luz del atardecer golpeaba las fachadas gastadas mientras el eco de motores resonaba entre los edificios vacíos.

Raúl «El Niño» Torres fruncía el ceño mientras barría cada rincón con la mirada. Desde aquel accidente con el hijo de Parres, que le abrió las puertas, había escalado posiciones. Ahora tenía negocios a su nombre y recibiría una jugosa comisión si todo salía bien.

Esa tarde, el trabajo era simple: pasar por un almacén de importación del Este y recoger lo que les correspondía. A su lado, Matías «El Gato» Rojas conducía concentrado.

El Seat Tarraco avanzaba despacio por las calles polvorientas. El calor apretaba con fuerza. El interior olía a cuero recalentado mezclado con la colonia barata de «El Gato».

Torres pensaba en Raquel, aquella meretriz a la que había intentado echar un cable. Recordaba su rostro crispado, su desesperación.

¿Se estaba acercando demasiado? Un escalofrío le recorrió la espalda. Temía acabar como ella, tirado en una cuneta, olvidado por todos. Pero en Raquel había visto algo más que locura. Vio la rabia

de quien no tiene nada que perder. Y a veces, esa rabia era el último salvavidas antes de hundirse.

—Vamos, Gato, que ya estamos cerca —murmuró Torres.

El Tarraco se detuvo frente a una nave industrial en evidente decadencia. Chapa gastada, cristales sucios. Allí no se invertía en apariencia. Torres abrió la puerta y entró, con «El Gato» siguiéndolo de cerca.

Dentro, el aire era espeso. Olor a aceite viejo, metal oxidado y el murmullo de conversaciones en idiomas extranjeros. Avanzaron por el vestíbulo sin hacer ruido, con la confianza de quienes saben que su presencia basta.

Al final del pasillo, una oficina destartalada los esperaba. Las paredes estaban desconchadas y un viejo ordenador parpadeaba. Detrás del escritorio, Miroslav los observaba inmóvil, con la expresión de un carnicero evaluando dos reses antes del degüello.

—Buenos días, Torres —saludó con su acento marcado, extendiéndole un sobre ajado.

Torres avanzó y estrechó su mano sin sonrisas. «El Gato» se quedó en la entrada, atento.

—Aquí tienes lo que te corresponde —dijo Miroslav, empujando el sobre—. Nos gusta hacer negocios con la gente de Parres. No solo con la comida... también con las armas.

Torres tomó el sobre sin apartar la vista.

—La colaboración nos beneficia a todos.

Miroslav lo miró, ladeando la cabeza.

—¿Cerveza o vodka?

Torres respondió sin dudar.

—Vodka.

El ucraniano sonrió.

—Lo sabía... Solo la mierda brinda con cerveza.

Sacó dos chupitos de una botella sin etiqueta y los deslizó sobre la mesa. Torres alzó su copa y bebió de un trago. El licor ardió, pero no hizo gesto alguno. Miroslav hizo lo mismo y luego, con tono bajo, dejó caer:

—*Ne piymaly, ne zlodií.*

Torres entrecerró los ojos.

—¿A qué viene eso?

Miroslav esbozó una leve sonrisa.

—Las paredes de este negocio oyen más de lo que parece. Por cierto... Se comenta que en los Arenales del Sol hay un laboratorio donde fabrican Tusi. ¿Es cosa vuestra? ¿Por qué no me han dicho nada? Podría interesarme para invertir...

Torres apoyó el vaso en la mesa.

—¿Tusi?

Miroslav giró la muñeca, haciendo bailar el vodka antes de dar un sorbo.

—Sí. Parece que el hachís ya no es suficiente en esta ciudad... Pero, por tu cara, veo que es la primera noticia que tienes.

Torres resopló.

—Ya sabes que no nos interesa negociar con esa basura.

El ucraniano soltó una risa breve, sin alegría.

—¡Oh, claro! Porque la familia Parres es una santa. Nunca han vendido mierda, nunca han cobrado de la droga.

Torres entrecerró los ojos.

—Nosotros controlamos lo que entra. No vendemos directamente. No queremos que se vuelva incontrolable.

Miroslav lo miró con fingida sorpresa.

—¡Qué responsabilidad la vuestra! Proteger la ciudad, decidir qué veneno es aceptable y cuál no. Admirable.

La mandíbula de Torres se tensó.

—Déjate de rollos. ¿A quién pertenece el laboratorio?

El ucraniano chasqueó la lengua.

—Lo sabía... Esto cambia las cosas. No te lo puedo asegurar, pero si por ahí dicen que el laboratorio es vuestro y tú me desmientes eso... He de suponer que pertenece al mismo que controla la costa.

Torres sintió una punzada de incomodidad.

—¿Por qué alguien mentiría así?

Miroslav se encogió de hombros.

—Eso mismo me pregunto yo.

Se quedaron callados por un momento. Solo se oía el zumbido de una mosca pegajosa y el murmullo lejano de unos obreros descargando cajas.

—En cualquier caso, amigo... —continuó Miroslav—. Dicen que el juez ya ha firmado órdenes para que lo desmantelen. O nos damos prisa, o habremos perdido el tiempo.

El rostro de Torres se endureció aún más. Su instinto le decía a quién pertenecía ese laboratorio: Omar El Harraq, el proveedor de los Bernabeu, el hombre que tenía las llaves del litoral. La noticia le sentaba como una patada en los huevos.

Confirmaba que algo se estaba moviendo. Y alguien estaba usando la redada para señalar a los Parres.

—¿Es un truco de los tuyos? —preguntó Torres, clavándole la mirada.

Miroslav soltó una breve carcajada.

—*Ne piymaly, ne zlodií.*

Torres inclinó la cabeza.

—Deja de decir eso. No hablo tu idioma, pero tú sí que hablas el mío.

—Si no te han atrapado, no eres un ladrón... —Miroslav apoyó los antebrazos sobre la mesa—. Sé que te debo dinero y ahora no puedo pagarte, pero hasta donde sé, esa información podría compensarte, ¿no crees?

Torres tamborileó los dedos sobre la madera. Esa información podía ser una advertencia sincera o una trampa bien armada. Si la policía iba a por el laboratorio y alguien había metido a los Parres en la ecuación, significaba que estaban moviendo piezas contra ellos.

Guardó el sobre en el bolsillo, con calma.

—Te lo agradeceré, Miroslav, cuando tenga lo que me pertenece.

El otro sonrió con desgana y apagó su cigarro en un cenicero de latón.

—Ahora me debes un favor.

—No, amigo. Eres tú quien me debe dinero hasta que pagues. Y créeme, no soy un hombre paciente.

Los ojos de Miroslav se entornaron.

—Siempre tan correcto, Torres… Nunca aceptarás un chiste.

Torres se levantó, se ajustó la chaqueta y salió de la nave.

Aflojó la mandíbula mientras caminaba hacia el coche. «El Gato» se acercó sin decir palabra. Subieron al Tarraco y Torres arrancó el

motor.

El silencio se estiró hasta que «El Gato» lo cortó.

—¿Le vas a creer?

Torres no respondió enseguida. Mantenía la vista en la carretera.

—¿Desde cuándo me cuestionas?

—No lo estoy haciendo, colega.

Si daban un paso en falso, podían quedar atrapados en una jugada hecha para hundirlos.

Torres inspiró hondo.

—Llévame de vuelta a la ciudad. Iremos a almorzar y después nos prepararemos... —ordenó sin apartar los ojos del camino—. Cuando se ponga el sol, iremos a los Arenales del Sol. Quiero ver qué cojones se mueve en ese laboratorio. No me fío ni un pelo, del ucraniano.

«El Gato» asintió y metió primera. El Tarraco se deslizó por la carretera mientras el sol se extinguía en el horizonte.

Torres permanecía callado, repasando cada detalle de la conversación que había tenido. Si la policía iba a por el laboratorio, significaba que alguien había hecho su jugada. Y si alguien había movido ficha, los Parres podían ser los siguientes en caer.

El Tarraco se detuvo en una calle mal iluminada. Las farolas titilaban con un zumbido eléctrico. «El Gato» maniobraba con soltura, pero Torres seguía observando la noche.

—Aquí es donde se define todo —murmuró, sacando el móvil y observando el mapa en la pantalla—. Esta noche los sorprenderemos en el laboratorio y les pegaremos un buen palo. Si nos adelantamos, podemos apretar a Omar antes de que la policía haga lo suyo.

El motor vibró suavemente.

—Mantente alerta, Gato. Una sola jugada mal hecha y nos mandan al otro barrio.

El madrileño asintió, con una chispa de ambición en la mirada.

Torres sabía que la traición no anunciaba su llegada. En su mundo, esperar era perder.

De repente, «El Gato» rompió la calma, sin apartar la vista de la carretera.

—Por cierto, ¿te lo ha dicho Parres, o lo has averiguado tú?

Torres giró la cabeza, desconcertado.
—¿El qué?
«El Gato» tardó un segundo en responder.
—Que nos estaban usando.

19

Paredes

El coche avanzaba despacio por la carretera vacía que bordeaba la costa. A esa hora, el cielo de Arenales del Sol tenía un tono gris violáceo, el tipo de luz que precede al peligro o a la tormenta. «El Cuervo» iba al volante con el ceño fruncido y un cigarro apagado entre los labios. En el asiento del copiloto, Kike se removía nervioso, con las manos sudadas y los ojos saltando de un lado a otro del paisaje.

«El Cuervo» lo ignoraba. Conducía con calma, midiendo cada curva. Sabía que un exceso de velocidad en esa carretera podía llamar la atención de la Guardia Civil, y lo último que necesitaba era levantar sospechas.

—¿Seguro que no deberíamos haber venido con la moto? —preguntó Kike.

—Una Yamaha en un barrio residencial a las once de la noche… —«El Cuervo» ni siquiera lo miró—. Cojonudo, si quieres que todo el mundo sepa que hay dos tipos haciendo algo que no deben. ¿Tú eres tonto?

Kike soltó una risa nerviosa y se encogió en su asiento.

La vivienda estaba en la parte alta de la urbanización, una de esas casas blancas con persianas de aluminio y patio delantero, igual a todas las demás. Aparcaron la furgoneta en una calle lateral, justo detrás de una hilera de palmeras agitadas por el viento. Desde

fuera, parecía una casa de veraneo, una más entre muchas. Nadie sospecharía que dentro se cocinaba droga.

«El Cuervo» bajó del vehículo y aspiró el aire húmedo que venía del mar. Olía a sal y a gasolina. El sonido lejano de las olas se mezclaba con el zumbido de los transformadores eléctricos. Por un momento, pensó en lo irónico que resultaba todo aquello: aquel era un lugar en el que, en otro tiempo, habría traído a una mujer, no a un chaval tembloroso con un arma escondida bajo la chaqueta.

—¿Qué, Cuervo? ¿Entramos?

—¡Primero, observa! —Le señaló hacia la casa—. Mira el entorno, escucha los ruidos, huele el aire. Si algo se siente fuera de lugar, es porque lo está.

El chico asintió, conteniendo la respiración. A su lado, Paredes miró hacia la terraza, donde las luces estaban encendidas. El irlandés debía estar trabajando, o eso esperaba.

Al abrir la puerta, un olor químico y pegajoso les impactó de lleno. Amoníaco, disolvente y un matiz metálico en el aire. En la cocina, los fogones estaban cubiertos de tubos de vidrio, balanzas digitales y frascos con etiquetas manuscritas.

—Huele a dinero. —Kike intentó aligerar el ambiente—. Jodido *Breaking Bad*.

—Huele a cárcel —le corrigió «El Cuervo»—. Anda, echemos un vistazo.

Revisaron el salón. Había bolsas selladas al vacío con polvo blanco y cristales azulados sobre la mesa. El irlandés había hecho su trabajo. Lo difícil sería mantenerlo a salvo.

—Estamos aquí para evitar que Miroslav envíe a sus hombres a robar la carga —le advirtió «El Cuervo» bajando la voz—. No te duermas.

Kike tragó saliva y asintió. Se colocaron junto a la ventana del comedor, con las luces apagadas, vigilando la calle vacía. La noche caía lentamente sobre Arenales del Sol, y la calma parecía artificial, casi insultante.

La calma que lo llenaba todo era tan profunda que intimidaba. A lo lejos, se oía el rumor del mar y el golpeteo ocasional de una

contraventana mal cerrada. Arenales parecía dormida, pero Paredes sabía que las noches tranquilas eran las más traicioneras.

Kike se movía inquieto, incapaz de permanecer en un solo lugar. Recorrió la habitación con la mirada, deteniéndose en los utensilios del laboratorio. Un vaso medidor con restos de líquido rosado, una bandeja metálica cubierta de polvo blanco y un ventilador de pie, que giraba de manera intermitente, esparciendo el olor químico por toda la casa.

—¿Tú confías en ese irlandés?

Paredes no respondió al instante.

—No importa si confío en él. Lo que importa es que la mercancía de Johnny esté segura. —Hizo una pausa—. El puto ucraniano se ha puesto gallito en su casa. ¿Quién cojones se cree que es? Me cago en sus muertos... Con esta gente nunca puedes negociar.

—De aquí podemos sacar una buena tajada, Cuervo. Y nadie tiene por qué enterarse.

—¿Estás sordo? Hemos venido a vigilar. —«El Cuervo» clavó los ojos en él—. Si ves una sombra que no te gusta, especialmente si parece uno de los perros de Miroslav, no preguntas. Disparas.

Kike se quedó mirándolo, como si intentara descifrar si hablaba en serio.

—¿De verdad crees que ese cretino se atrevería a tocar algo que es de Johnny?

—Miroslav es un hijo de puta ambicioso. Si cree que puede salirse con la suya, lo intentará. Y nosotros estamos aquí para recordarle que no puede.

El chico asintió, tragando saliva. Paredes sabía que tenía miedo, pero no lo culpaba. En realidad, a él tampoco le gustaba aquello. Vigiló la calle a través de la rendija de la persiana. Las farolas iluminaban débilmente los coches aparcados, y un gato cruzó la calzada y se perdió entre los setos.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos?

—Hasta que Johnny diga lo contrario. Hazte a la idea.

—¿Y si viene la poli?

—Entonces improvisamos.

«El Cuervo» le dedicó una mirada dura.

—Mírame, Kike. Si esto sale mal, no hay héroes. Solo supervivientes. ¿Entendido?

El chico asintió otra vez, casi sin voz.

Paredes suspiró. Le daba pena el chaval, pero sabía que todos habían pasado por ese punto alguna vez. La primera noche en la que uno entendía que en ese mundo no existían los finales felices.

Afuera, el viento sopló con más fuerza. Un portazo sonó en la planta de arriba. Ambos se sobresaltaron, apuntando instintivamente sus armas hacia el techo.

—Tranqui. —Paredes forzó la voz a sonar serena—. Debe de ser otro gato moviéndose.

Subieron a comprobarlo. No encontraron a nadie. Solo una taza de café a medio beber y una radio encendida en una frecuencia estática. El irlandés se había marchado hacía rato.

«El Cuervo» lo entendió enseguida. La calma que los rodeaba era un engaño.

De vuelta en el salón, «El Cuervo» apagó la radio. La estática se desvaneció, revelando el sonido del mar que entraba por las rendijas. Un ruido lejano y persistente, como si marcara el ritmo de algo que se acercaba.

Kike se quedó mirando por la ventana, con los dedos blancos de tanto apretar la pistola.

—Todo en orden.

Paredes no respondió. Se dirigió a la mesa donde descansaban las bolsas selladas. Eran gruesas y pesadas, con un brillo apenas perceptible bajo el foco de la lámpara. Cada una de ellas valía más de lo que él había visto en toda su vida. Johnny tenía razón: si querían mantener a flote la hermandad, necesitaban ese dinero.

Pero ese tipo de dinero siempre exigía un precio.

Encendió un cigarrillo.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotros y esos árabes o los ucranianos?

Kike negó, aunque intuía que no era una pregunta real.

—Ellos creen que esto va de poder. De territorios. —Soltó el humo despacio—. Pero lo nuestro va de orgullo. De mantener el control y el orden en nuestra casa.

—¿Y tú crees que eso todavía se puede?

«El Cuervo» miró hacia el techo, siguiendo el rastro del humo. Pensó en su padre, en cómo le había enseñado que en este mundo hay dos tipos de hombres: los que entienden que todo es un negocio, y los que confunden el negocio con la guerra. Los primeros sobreviven. Los segundos terminan muertos o en prisión, creyendo hasta el final que peleaban por algo que importaba.

—No lo sé. Pero mientras respiremos, tenemos que hacerlo creer.

La verdad, que no compartió con el chico, era más simple y amarga: todos ellos —Johnny, Miroslav, el irlandés, incluso él mismo — eran solo piezas en un tablero que ninguno controlaba realmente. El dinero fluía, las drogas se movían y los hombres caían. Siempre había sido así. La única pregunta era cuánto tiempo más formarían parte del juego, antes de convertirse en estadísticas.

El reloj de la cocina marcaba las doce y media. Afuera, el viento se había calmado y la temperatura había caído. Paredes revisó su arma, más por rutina que por necesidad. La colocó sobre la mesa, junto a una linterna pequeña.

—Ve al patio trasero y revisa las rejas.

Kike obedeció sin discutir. Lo vio alejarse, cruzar el pasillo y empujar la puerta que daba al jardín. Los goznes chirriaron. Un instante después, lo perdió de vista.

Paredes aprovechó para asomarse de nuevo a la ventana. Todo seguía igual. Las luces de las farolas, el reflejo del mar al fondo, ni un alma en la calle. Sin embargo, algo había cambiado. Lo sintió, como un escalofrío subiendo por la nuca.

—¿Kike?

Apretó los dientes. Caminó hacia la puerta del patio, con el arma en alto.

—¿Enrique? Me cago en tus muertos...

Nada.

Empujó la puerta con cuidado. El aire frío le golpeó la cara. Miró a un lado y a otro. No había nadie, solo las sombras alargadas del muro y el murmullo lejano del mar.

Entonces lo oyó. Un golpe seco, procedente del callejón lateral. Corrió en esa dirección, apuntando con la pistola. La linterna

temblaba en su mano.

Encontró al chico agachado junto a la valla, mirando hacia la carretera.

—¿Qué coño haces?

—¿Qué coño voy a hacer? Vigilar.

—Pues responde, hostias.

—Creía haber visto algo... —Kike no se giró—. Un coche. Parado al final de la calle.

«El Cuervo» levantó la mirada. A lo lejos, entre la bruma, se veía un vehículo oscuro con los faros apagados.

—Vuelve dentro. No es nada.

Kike corrió hacia la casa mientras Paredes observaba el coche inmóvil. Dio una última calada al cigarro, lo arrojó al suelo y murmuró:

—Acercaos, si tenéis cojones.

Entró, cerró con llave y apagó las luces. Sabía que no dormirían esa noche.

20

Serrano

Serrano sabía que aquella reunión terminaría con alguien muerto o en la cárcel, probablemente él.

Llegó antes que sus invitados. Sacó un café *espresso* de la máquina y lo bebió de un trago, mientras observaba la pizarra de corcho frente a él, cubierta de fotografías, notas sueltas y croquis del polígono de Carrús. Había desempolvado aquellos recuerdos para mostrárselos a los otros dos. Las caras de Ludmila Kowalska y Raquel Ortega parecían mirarlo desde allí, como si compartieran un mismo destino. Afuera, la lluvia caía fina, convirtiendo los charcos del aparcamiento en espejos deformes.

Rojo y Agulló entraron en la sala con paso decidido. Él con su porte de veterano curtido, ella con una carpeta gruesa bajo el brazo. El ilicitano sabía que la reunión no era una simple actualización.

—Tenías razón —dijo Agulló echando un vistazo a la sala—. Aquí se respira... diferente. Olvidaba lo que era volver a esta comisaría.

Dejó caer la carpeta sobre la mesa y se giró hacia Serrano:

—Tenemos novedades. La Jefatura de Alicante quiere que revisemos el foco de distribución de drogas en Elche. Todo apunta a que los Bernabeu siguen activos, pese a los golpes recientes.

Serrano no se sorprendió.

—¿Es esto todo lo que tienes?

«Joder». Pensó que esos dos inspectores se habían metido en su comisaría para remover toda la mierda. Sin embargo, no le molestó demasiado. Ya no. No era su comisaría, ni estaba al mando de Estupefacientes. ¿Qué importaba? Le convenía llevarse bien con ellos.

Caminó hacia el mapa y señaló con un dedo una zona del polígono de Carrús.

—Aquí. Suelas Bernabeu. Fábrica de calzado, propiedad de la familia. Un negocio limpio en apariencia, pero lo usan para lavar dinero. Los camiones que entran y salen no siempre llevan suelas.

Rojo frunció el ceño.

—¿Y qué tiene que ver esto con nuestra víctima?

—Todo... o nada.

—¡Al grano, Serrano! —pidió Agulló cruzando los brazos.

«Será impertinente».

—Droga. O dinero, según el día. Las rutas coinciden con los movimientos de ciertos envíos desde la costa. Si se fijan bien, el patrón es el mismo que usamos para interceptar las cargas en Santa Pola.

Agulló abrió el dosier y hojeó varias hojas.

—El puerto, otra vez.

—Siempre el puerto. —Serrano se apoyó contra la mesa—. No hay mejor punto de entrada para el polvo que los contenedores de calzado. Y mientras los narcos marroquíes se matan por la costa, los Bernabeu blanquean todo desde la comodidad de sus oficinas.

Rojo se inclinó sobre la mesa.

—¿Y qué hay del músculo?

Serrano sonrió sin humor.

—Con Ruedas. Un bar justo frente a la fábrica. Allí se reúnen los moteros, los matones, la escoria que los Bernabeu usan como perro guardián. Son nuestros Ángeles del Infierno, partiendo de que esto es lo más parecido al averno, claro. Si alguien movió el cadáver de Ludmila, salió de allí.

—¿Del bar?

—Al menos, intelectualmente. Dudo mucho que los Bernabeu se manchen las manos con esta clase de situaciones. Pero esos tipos...

A ellos les da igual.

Agulló levantó la vista.

—¿Y tú propones que vayamos al bar?

—Propondría que rociáramos el local con un bidón de gasolina y le prendiéramos fuego, pero supongo que no tengo ese tipo de autoridad.

Rojo soltó un bufido.

—No, no la tienes. Pero sigue hablando, Serrano. Esto se pone interesante.

El inspector se acercó de nuevo a la pizarra. Su voz se volvió más baja, más grave.

—Sé que si les apretamos por donde duele, alguien acabará cantando.

Fijó la mirada en la fotografía de la Palmera, que había colgado en la pizarra. La imagen era mala y borrosa, pero suficiente. Trazó una línea con el dedo desde la Palmera hasta Suelas Bernabeu, como si quisiera empujar todas las piezas hacia un mismo punto.

—Johnny Puertas. —Golpeó la foto con el índice—. Es quien conecta los hilos y el dueño del garito. Con Ruedas no es solo un bar de moteros; es el tablón de anuncios del dinero sucio. Funcionan como una hermandad. Allí se compran favores, se cambian nombres y se enfría la violencia. No dejan de ser una mafia.

Serrano sabía que lo que vendría a continuación era la parte difícil, la que requería que Rojo y Agulló entendieran cómo funcionaban realmente las cosas en Elche. No se trataba de procedimientos limpios, ni de informes bien redactados. Se trataba de presión, de miedo, de saber dónde apretar hasta que algo se rompiera. Sabía que les costaría salir de su parcela de Homicidios.

—Si aprietas al dueño, los tipos que tiene cerca se ponen nerviosos. Cuando un matón no duerme, suelta la lengua. Y cuando un matón habla, al otro lado del teléfono siempre hay alguien que descubre dónde están las manos que movieron el cadáver.

Agulló dejó la carpeta sobre la mesa y frunció el ceño. Tenía una pluma entre los dedos, jugueteando. Rojo encendió otro cigarro y expiró con lentitud.

—¿Y crees que uno como ese tal Puertas va a cantar? ¿No es más probable que cierre el pico y mande romper alguna pierna?

—Exacto —confirmó Serrano sin dudar—. Por eso no vamos ahí con buenas palabras. Vamos con la maquinaria pesada.

—Deliras, inspector. Estamos investigando el asesinato de una chica.

—Sí, pero aquí las cosas funcionan de otra manera, inspectora.

—Deja que hable —pidió Rojo.

—Les haces ver que no vas a investigar a un par de drogatas, que vas a desmontarles la vía de entrada, el blanqueo, la logística. Les pones la realidad delante. —Serrano alzó la voz—. ¿Quieres seguir vendiendo tu mierda, Johnny? ¿Quieres seguir llenando bares con gente que paga por estar tranquila? ¿O prefieres ser el que tenga que explicar por qué docenas de camiones salieron con diferentes destinos hace dos meses? O, mejor dicho, ¿quieres que hablemos de la chica que dejasteis en una cuneta?

Agulló respiró hondo.

—A ver, para empezar... Eso no es una amenaza legal, eso es intervención. Si lo exponemos, habrá que hacerlo con papeles. Movimientos bancarios. Interceptaciones. No podemos ir a intimidar al primer matón.

—Me refiero a ampliar las consecuencias: auditorías fiscales, controles aduaneros, presión bancaria. Que el dueño del bar entienda que lo que hace para protegerse podría costarle caro. Muchos en este negocio prefieren hablar, en vez de quedarse sin blanca.

Rojo apoyó la espalda en la pared.

—¿Y si no tienen cuentas que rastrear? ¿Y si son más listos que eso y ya blanquean en estructuras externas?

Serrano negó con la cabeza.

—De eso me he encargado yo, estos años, antes de que me largaran a Homicidios. Puertas no es un contable. Él es quien recoge el pago en mano, quien arregla el marrón y mantiene contentos a los suyos. De hecho, tiene su propia franquicia.

Pensó en todos los años que había pasado persiguiendo fantasmas como Johnny Puertas. Tipos que nunca terminaban en prisión,

porque sabían exactamente hasta dónde podían llegar sin cruzar la línea definitiva. Eran como cucarachas: imposible de matar, porque se escondían en las grietas del sistema. Pero las cucarachas tienen un punto débil. Siempre dejan un rastro.

—Él siempre deja un rastro de voces y miradas. Es como su marca. Si lo ahogas lo suficiente, alguien cantará. Y si no canta, amenazarás con que cante el banco, el transportista, el amigo que la familia no quiere ver implicado. La presión no es solo policial; es social y financiera. Esa es la palanca.

Agulló tomó nota.

—¿Vas a ir tú?

—Vamos a ir los tres —decidió Serrano y se detuvo unos segundos —. Y quiero discreción. Que Vélez no se entere de los detalles hasta que tengamos algo firme. Si esto sale mal y la investigación se filtra, alguien se encargará de poner a Serrano en el visor como chivo expiatorio. No tengo ganas de más palos en la rueda.

Rojo dio un respingo y se acercó a él.

—Todavía no me ha quedado claro si nos estás ayudando, o pretendes aprovecharte de la situación.

—Si me van a machacar, mejor que sea por algo que valga la pena.

Serrano se levantó, cerró la carpeta de un golpe y echó un último vistazo a la pizarra. Sus dedos rozaron la foto de Ludmila, como si quisiera retenerla.

Salieron sin decir nada. En el pasillo, la luz artificial de la comisaría iluminó sus rostros, dándoles un aspecto más frío que el que tendrían en el bar. Serrano sentía que, al caminar, regresaba al lodazal de siempre.

Sabía que lo que estaban a punto de hacer no tenía vuelta atrás. O Johnny Puertas cantaba, o todos terminarían salpicados de mierda hasta el cuello. Pero había aprendido algo en todos esos años: la única diferencia entre un policía corrupto y uno íntegro era que el corrupto sabía admitir lo que hacía.

Él ya había cruzado esa línea hacía tiempo. Ahora solo quedaba ver cuánto estaban dispuestos a mancharse los otros dos.

21

Sofía

Cuando tu pasado comienza a hacer preguntas, ya es demasiado tarde para enterrarlo.

La noticia le llegó sin rodeos: el inspector Javier Serrano hacía preguntas sobre Ludmila. Y el asunto se estaba saliendo de control. Serrano no era un policía cualquiera. Tenía fama de insistente, metódico y, sobre todo, peligroso para quienes manejaban negocios en la sombra.

Sofía cerró la puerta de casa con cuidado, aunque tenía ganas de dar un portazo. No quería preocupar a su padre, Tomás Bernabeu, que ya lidiaba con el legado de Ignacio y el peso de la familia. La muerte de su hermano había dejado un vacío que nadie podía llenar. Durante años, Ignacio se encargó de los contactos delicados, de las reuniones clandestinas, de todo aquello que Sofía intuía, pero en lo que nunca participó directamente. Su hermano y su padre siempre lograron mantenerla al margen.

Hasta que Ignacio murió.

El golpe fue brutal. La responsabilidad recayó sobre ella de inmediato. Su padre ya no tenía fuerzas para mantener el negocio y escaseaban las personas de confianza. De repente, Sofía pasó de ser una Bernabeu respetada a ocupar un lugar que nunca había buscado: el trono vacío de Ignacio.

Qué ironía… No se sentía como una reina, pero no podía permitirse titubeos. Así funcionaban las familias como la suya: la sangre te daba derechos, pero también obligaciones que no podías rechazar. No importaba si eras hombre o mujer, si estabas preparada o no. Cuando el poder quedaba vacante, alguien tenía que ocuparlo, o lo haría otro. Y ese otro sería tu enemigo. Esa misma tarde, cuando «El Gordo» Díaz le informó que Serrano estaba investigando la muerte de Ludmila, tirando de hilos peligrosos, supo que la incertidumbre la mataría antes que cualquier bala.

Había crecido aprendiendo que en este mundo solo sobrevive quien conoce cada rincón de la ciudad, cada atajo de la ley, cada secreto de sus enemigos y aliados. Apenas colgó con Díaz, supo que debía actuar.

Ludmila era un nombre prohibido en la organización. Todos sabían algo, nadie decía nada. La noche de su muerte fue un desastre, no solo por las implicaciones personales, sino también por las repercusiones en las conexiones internacionales y los equilibrios de poder en Elche.

Mientras conducía rumbo a La Marina, repasó lo poco que sabía del caso. Su hermano nunca le contó demasiado, pero entre rumores y confidencias tardías había armado un rompecabezas incompleto. Ignacio solía reunirse con Laura «La Viuda» Pérez, con Díaz y con otros jugadores del submundo. Por eso decidió contactar directamente a «La Viuda». Laura Pérez dirigía La Palmera, un burdel exclusivo y clandestino donde se cerraban tratos en la sombra. Ignacio siempre decía que Laura era peligrosa: sabía escuchar, observar y, cuando era necesario, atacar.

Sofía nunca tuvo que tratar con ella directamente. Hasta ahora.

La conversación telefónica fue tensa. Sofía propuso un encuentro en terreno neutral.

—Ven a La Palmera, Sofía. Es hora de que lo conozcas.

La frase le pesó. No le gustaba el tono, ni la imposición, pero tampoco podía negarse. No podía mostrar debilidad.

Así que aceptó.

***

La carretera de Elche a La Marina estaba desierta a esa hora. Las farolas espaciadas iluminaban tramos irregulares del asfalto y el viento traía polvo y olor a mar. Sofía mantenía las manos firmes en el volante, pero su mente no dejaba de trabajar.

Necesitaba respuestas. ¿Qué sabía «La Viuda» sobre Ludmila? ¿Hasta dónde había llegado Serrano? Si el inspector estaba indagando, era porque tenía indicios claros. Alguien había hablado o había dejado un rastro sin borrar.

A lo lejos apareció una luz tenue en la oscuridad. Sin carteles ni neones, solo un edificio discreto, casi invisible si no se sabía que estaba allí. Un camino de tierra la llevó hasta el aparcamiento, donde apenas había tres coches. Sofía apagó el motor y bajó, sintiendo el aire frío de la noche.

Desde fuera, el lugar parecía una taberna antigua, con ladrillos oscuros y ventanas pequeñas. La música del interior apenas se percibía, un murmullo ahogado tras la puerta de madera maciza.

Un hombre alto y robusto custodiaba la entrada. Piel oscura, gesto impenetrable, chaqueta de cuero y guantes negros. No se inmutó cuando Sofía se acercó.

—Señorita Bernabeu —saludó con un leve gesto de cabeza—. La esperan.

Sofía echó un vistazo rápido al aparcamiento. No había miradas en la oscuridad. Cruzó el umbral.

La puerta se cerró tras ella.

El interior de La Palmera recordaba a un club inglés: madera oscura, alfombras rojas desgastadas, candelabros que emitían luz tenue. El aire estaba impregnado de tabaco, licor y perfume barato. Pero bajo esas fragancias flotaba algo más espeso: la tensión de un lugar donde se intercambiaban cuerpos y secretos.

En cierto modo, pensó Sofía, este lugar no era tan diferente de los despachos donde se cerraban los tratos de su familia. Aquí también se vendía y se compraba, se negociaba lealtad a cambio de

protección y placer a cambio de mutismo. La única diferencia era que aquí la mercancía tenía rostro de mujer.

—¡Bienvenida a mi casa, Sofía!

La voz de Laura Pérez llegó desde la penumbra.

Sofía se giró. Allí estaba «La Viuda», impecable en un vestido negro ajustado, el cabello recogido y un cigarro entre los dedos.

—Nunca había estado aquí —dijo Sofía.

—No, pero ahora mandas tú. Y cuando una manda, tiene que conocer el terreno donde pisa su gente.

Era un cumplido y una advertencia al mismo tiempo. Una madame sabe seducir con las palabras.

Laura la recorrió con la mirada. Sofía no reaccionó. No daría muestras de incomodidad.

El local aún no estaba abierto al público, pero las chicas ya se preparaban. Algunas cenaban en la barra, otras retocaban su maquillaje o ajustaban su ropa mínima, con risas mecánicas. Sofía sintió un escalofrío. Pensó en Ludmila, en lo que le pasó, en la vida real de esas mujeres.

—Sígueme —dijo Laura.

Cruzaron un pasillo estrecho hasta una puerta de madera maciza. «La Viuda» sacó una llave y la abrió.

Dentro, el aire era distinto.

El despacho de «La Viuda» era elegante y sobrio, con estanterías llenas de licores caros, iluminación cálida en apliques dorados y un escritorio de roble macizo. A un lado, dos sofás de cuero impecable.

Sobre la mesa había un juego de vasos tallados y una botella de whisky. Laura sirvió dos vasos, con naturalidad.

—Por tu padre —dijo, extendiéndole uno.

Sofía lo tomó sin vacilar. No debía mostrar inseguridad. Bebió un sorbo, dejando que el licor ardiera en su garganta.

—¿Cómo está Tomás? —preguntó Laura, sentándose con la desenvoltura de quien domina la situación.

Sofía la imitó, cruzando las piernas, con calma calculada.

—Cansado.

—Lo entiendo. Perdió a un hijo. —Laura sostuvo su mirada—. Tú, a un hermano. Y ahora la familia depende de ti.

Sofía no reaccionó. Tomó otro sorbo. No le agradaba la condescendencia disfrazada de compasión.

—Por eso te he llamado.

Laura alzó una ceja.

—¿Qué necesitas, Sofía?

Ella respiró hondo.

—Supongo que intuyes por qué he venido.

—En absoluto. Por eso lo pregunto.

—Debemos hablar sobre Ludmila.

Durante un instante, el rostro de «La Viuda» no mostró ninguna emoción. Pero Sofía notó el leve endurecimiento de su mandíbula y cómo sus dedos se tensaron sobre el cigarro.

—Es curioso que menciones a esa chica… —murmuró al fin, con tono neutro—. Pensé que ese tema lo manejaban otros.

—Las cosas han cambiado. Mi padre ya no puede con todo, y yo necesito saber qué pasó realmente. La policía está investigando. Necesito saber hasta qué punto nos salpica.

—Querrás decir, te salpica.

—Me has entendido.

Laura soltó el humo con lentitud.

—Eres inteligente, Sofía. Y valiente. Pero hay preguntas cuyas respuestas pueden resultar incómodas.

—Prefiero eso a la ignorancia.

Laura sonrió apenas.

—Bien. Pero lo que vas a escuchar puede que no te guste.

Se inclinó hacia la mesa y apagó el cigarro en un cenicero de cristal. Luego tomó su vaso y bebió despacio.

Sofía esperó. Había aprendido algo importante desde la muerte de Ignacio: en este mundo, la información era más valiosa que el dinero y más peligrosa que las armas. Quien controlaba los secretos controlaba el poder. Y quien buscaba la verdad debía estar dispuesto a pagar el precio de conocerla.

Sabía que estaba a punto de entrar en terreno peligroso.

Laura dejó el vaso sobre la mesa con un leve golpe y la miró a los ojos.

—Antes de seguir, dime, Sofía, ¿estás segura de que quieres saberlo?

Sofía mantuvo la mirada fija, sin parpadear. Algo en su interior se contrajo, como si al cruzar esa puerta invisible ya no pudiera volver a ser la misma. Pero hacía tiempo que había dejado de ser lo que todos esperaban de ella.

—Dime lo que sepas —respondió—. Todo.

Porque en su mundo, las verdades que no matan te hacen más peligroso.

22

Serrano

Hay lugares donde la verdad se esconde detrás de cada cerveza derramada y cada mirada esquiva.

El «Con Ruedas» estaba medio vacío. Al fondo, una tragaperras pitaba intermitentemente, mientras un par de moteros jugaban al dominó en una mesa pegajosa, llenando los silencios con el ruido de las fichas.

Serrano empujó la puerta con el hombro y entró sin mirar atrás. Rojo y Agulló lo siguieron, confundidos por su presencia allí.

—¿Quién cojones sirve cerveza Skol en este país? —preguntó Rojo, arrugando la nariz—. Ni en los años noventa se bebía esta mierda.

—Johnny Puertas —respondió Serrano, pidiendo con un gesto tres cervezas.

El camarero, un tipo calvo con tatuajes en los antebrazos, lo reconoció enseguida y dejó los vasos sin decir palabra.

Serrano se acercó, los cogió y los llevó a una mesa lateral, de espaldas a la pared.

—Menudo antro —comentó Agulló.

—¿En serio? ¿Me vas a hacer beber de esa basura?

—Queréis saber qué pasó con esa chica, ¿no? Aquí empezó todo.

Agulló arqueó una ceja.

—¿Todo qué?

—Ludmila Kowalska. —Serrano dio un trago largo a su bebida—. Aquí fue donde escuché su nombre por primera vez. Y también el de Raquel Ortega. Las chicas hacen noche por los alrededores de las fábricas de este polígono.

Rojo apoyó los codos sobre la mesa.

—Pensé que ya lo habías contado todo en Alicante.

—No todo. Como os dije, Ludmila no murió donde la encontraron. Su cuerpo fue trasladado. El contenedor era una tapadera, una forma de deshacerse de ella o de enviar un mensaje.

—¿Para qué? —preguntó Agulló.

—Para enviar un mensaje. O deshacerse de ella. Quizá ambas cosas.

—¿A quién? —preguntó Agulló.

Serrano dio otro sorbo a la cerveza.

—A quien hiciera falta. Pero el mensaje era claro: «No abras la boca».

El camarero pasó por delante y bajó el volumen de la música. Rojo y Agulló se inclinaron hacia el de Elche.

—Sabes algo más, ¿verdad? —dijo Rojo—. Te lo digo porque me gusta ir al grano. De lo contrario, me pongo de mala hostia, y más todavía, si me tengo que beber este orín de vaca.

Serrano asintió despacio. Ya había calado a Rojo desde el primer contacto, pero ahora le estaba enviando su primer aviso.

—Como os he dicho antes, sé que Ludmila trabajaba en «La Palmera», el mismo club donde estaba Raquel Ortega. Y sé que ambos casos huelen igual. El mismo patrón. El mismo miedo. Dos mujeres que sabían más de la cuenta y que acabaron muertas. A Raquel se la cargaron en su casa. A Ludmila, probablemente, de servicio.

—¿Y qué hacemos aquí, perdiendo el tiempo? Se pide una orden de registro y...

—Y dale con lo mismo. No podemos hacer eso, inspectora. ¿Por qué no me das un voto de confianza? No es tan difícil.

—No lo es para ti, que estás sin curro.

—Hay que joderse.

—Eso mismo pienso yo, Serrano. —Rojo se aproximó un poco—. ¿Tienes pruebas de que los Bernabeu están detrás?

Serrano soltó una carcajada seca.

—Pruebas, no. Esto no es Alicante; no hay una comisaría provincial para actuar a tu antojo. Pero después de tanto tiempo en la calle, aprendes a reconocer el olor de la mierda, y esta huele a Bernabeu. La muerte de esa chica viene del puticlub que manejan ellos. ¿La razón? Vio o hizo algo que no debía.

—No me interesan las razones. Quiero sospechosos.

La puerta del local se abrió y entró un grupo de hombres con monos de taller. Uno de ellos saludó al camarero con un gesto. Serrano los siguió con la mirada.

—Pues ahí los tienes. Algunos trabajaron para los Bernabeu, otros para la familia Parres. Si los escuchas hablar, le tomas el pulso a la ciudad.

Rojo lo observó con escepticismo.

—No parece muy profesional. ¿Es así como resuelves los casos?

—La última vez que alguien intentó tocar a un Bernabeu, desapareció. No se aclaró muy bien quién secuestró al padre.

Agulló lo miró con interés.

—¿Drogas?

—Difícil de saber. Su hija, Sofía, ha tomado el control.

Serrano dio un trago largo a su cerveza, dejó el vaso casi vacío y señaló con la cabeza hacia los moteros del fondo.

—Mirad, los Bernabeu siempre han tenido dos caras. La del lujo y la de los matones que beben aquí. Ahora, la mano que firma acuerdos y la que estrangula son la misma.

Así era con todas las familias, pensó Serrano. El verdadero poder no residía en la oficina, ni en la calle, sino en la habilidad de moverse entre ambos mundos sin dejar rastro. Los Bernabeu lo entendían. Por eso seguían con vida.

Agulló tomó nota sin levantar la vista.

—Te refieres a esa mujer, ¿verdad? Sofía Bernabeu.

Serrano asintió despacio, con una mueca que mezclaba respeto y desprecio.

—Exacto.

—¿Tienes trato con ella? —preguntó la inspectora.

Serrano no sabía qué intenciones tenía Agulló con su pregunta.

—La justa. Fue investigada.

—Ya...

—Sofía está al mando desde que su hermano Ignacio la cagó con Parres y con media ciudad. Eso le costó la vida al imbécil de su hermano. No me cabe duda. Pero no te equivoques: la hermana no es una víctima, ni una mosquita muerta. Quiere dar la imagen de niña de papá, pero es una auténtica hija de puta.

—Vaya, eso suena personal —comentó Rojo.

—Suena personal cuando no me dejan hacer el trabajo. Mientras los demás juegan a ser gánsteres, ella administra empresas, compra policías, extorsiona políticos y mantiene el apellido limpio.

—Y el padre, Tomás, ¿qué papel juega en todo esto ahora?

Serrano bajó la voz.

—Nadie lo sabe. Pero cuando un patriarca así se esfuma, deja un vacío. Y los vacíos atraen a las ratas.

Rojo soltó una risita seca, sin humor.

—Y supongo que Ignacio era la rata.

—Ignacio era un niñato con complejo de rey. Quería mandar sin saber mandar. Se metió en la droga, en la calle, en los bares. Creyó que podía gobernar como su padre, pero no heredó el cerebro, solo el apellido. Lo que hizo con Parres fue un error. Y las consecuencias todavía se están cobrando.

Era la vieja historia, pensó Serrano. Los hijos de los poderosos siempre creían que el apellido era suficiente, que el respeto se heredaba como una casa o un coche. Pero el respeto hay que ganarlo cada día, con cada decisión, con cada acto. Ignacio no lo entendió. Y por eso estaba muerto.

Agulló levantó la vista.

—¿Y tú crees que Ludmila sabía algo sobre eso?

Serrano avanzó unos centímetros.

—Estoy seguro. Ludmila era de las chicas que se ganan la confianza de los clientes en el club, de las que escuchan cosas que no deberían y miran a otro lado. Si haces eso, todo irá bien. Pero, si te vas de la lengua, te buscas un problema.

Todas las muertes en este mundo eran por lo mismo: alguien sabía demasiado, quería demasiado o no respetó las reglas no escritas que mantenían el equilibrio. Ludmila había cruzado una de esas líneas invisibles, las más mortales.

—¿Y Raquel Ortega? —preguntó Agulló—. La has mencionado antes.

—Raquel fue la primera. —Serrano calló un momento, como si el recuerdo pesara más que las palabras—. Ella hacía la calle. Intenté sacarla de ese mundo. Tenía miedo, decía que había visto algo, que había nombres. Pero nunca llegó a contarlo. Una noche, apareció muerta en su portal. La versión oficial fue un robo. Yo no me lo creí entonces y no me lo creo ahora.

Rojo lo observó, callado. Agulló no había tocado el vaso de cerveza.

—Entonces, ¿qué carajo hacemos aquí, Serrano?

Afuera, las luces de los coches cruzaban la avenida como estrellas fugaces. Dentro, todo seguía igual: la tragaperras parpadeando, los moteros riendo y el camarero limpiando vasos sin mirar a nadie.

Uno de los moteros del fondo se levantó, tambaleante, y cruzó el local hasta el baño. Rojo lo siguió con la mirada.

—¿Quieres que lo aborde?

—No. No hoy. Hoy solo observamos. A veces, las respuestas llegan solas.

Agulló suspiró.

—No sé si me convence tu método.

—No tiene que convencerte, inspectora. Solo tiene que funcionar.

—Tiene su estilo, eso no se lo niego. Pero empiezo a desesperarme con tanta charlatanería.

El ambiente del «Con Ruedas» cambió de inmediato, como si una puerta invisible hubiera dejado entrar la tormenta. La música bajó y el murmullo cesó. Entonces, Johnny Puertas cruzó la entrada, seguido de Uriel, un gigantón de camiseta sin mangas y tatuajes como cicatrices. Johnny llevaba su chaqueta vaquera con el emblema del club bordado en la espalda y una sonrisa afilada que no prometía nada bueno.

—Vaya, vaya… —murmuró Serrano, sin levantarse de la mesa—. Hablando del César...

Rojo se giró lo justo para estudiar la situación, mientras Agulló cerraba discretamente la libreta. Johnny se acercó despacio, como quien entra en su propia casa.

—Tres maderos en mi bar... No sé si sentirme halagado o preocupado. —Su mirada se deslizó hacia Agulló—. Aunque con vistas así, casi compensan las molestias.

Serrano lo miró con la calma que precede al golpe.

—No venimos a cerrar el local, Puertas. Solo a tomar una cerveza.

Johnny fingió sorprenderse.

—Pues que sea la casa quien invite. Me gusta ver caras nuevas. —Sus ojos se clavaron de nuevo en Agulló—. Y algunas más guapas que otras. Ha mejorado el Cuerpo, por lo que veo.

Agulló le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Guarda el encanto, Johnny. No te va a servir aquí.

Rojo soltó una risa seca. Johnny lo notó, pero antes de responder, Uriel dio un paso adelante.

—¿Qué pasa, jefe? ¿No hay suficiente mierda en la calle que limpiar?

Serrano lo miró sin levantarse.

—Tú debes ser el perro guardián. Con tanto anabolizante, seguro que ni se te empalma.

Uriel frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

Rojo se giró y lo examinó de arriba a abajo.

—Ha dicho que ladras demasiado, campeón.

La frase cayó como una chispa sobre gasolina. Uriel dio un paso al frente, empujando la mesa. La cerveza de Serrano se derramó y él se levantó despacio, con esa calma peligrosa que precede a la confrontación.

—Cuidado dónde pisas, grandullón.

—Ha sido un accidente, inspector. Los nervios, ya sabes...

Rojo apenas se movió; Agulló, en cambio, ya tenía la mano en el bolso donde guardaba su placa.

—Tranquilo, machote —dijo Rojo, con tono burlón—. No querrás resbalarte y romperte la nariz.

Uriel soltó un gruñido y lanzó un puñetazo torpe. Rojo esquivó el golpe, lo agarró de la muñeca y lo estampó contra la barra. El golpe sordo sumió el bar en un silencio profundo; incluso la máquina de café pareció funcionar más despacio.

Agulló mostró la placa y el arma antes de que Uriel recuperara la compostura.

—Policía. Todo el mundo quieto.

Uriel se quedó inmóvil, con el rostro deformado por la sorpresa. Johnny Puertas levantó las manos despacio, como si la escena le divirtiera.

—¡Me cago en todo, inspector! No hacía falta tanto teatro. Ya sabía quiénes erais.

Serrano se acercó a él.

—Entonces sabrás que nos lo vamos a llevar.

Johnny asintió con calma.

—No me jodas, Serrano. ¿Por esto? Uriel ha tenido un mal día, eso es todo. No le tengáis en cuenta las maneras.

—Eso lo decidirá el juez —replicó Agulló, mientras Rojo esposaba al motero.

El detenido escupió al suelo.

—No sé de qué alcantarilla habéis salido, pero estáis cometiendo un error.

Rojo lo empujó hacia la puerta.

—Claro que sí, campeón.

El otro se rio, con una risa desafiante, mientras sangraba del labio.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Meterme en chirona?

—¡Cierra la puta boca ya, Uriel! —espetó Puertas—. Joder, ¿y ahora a quién pongo en la barra esta noche?

—Manda al abogado. Estaré aquí antes de que empiece el partido, Johnny.

Serrano miró al líder de la hermandad una última vez antes de salir.

—Nos veremos pronto, Puertas.

—De eso no tengo ninguna duda, inspector.

Dentro, el murmullo regresó lentamente. En el «Con Ruedas», la sangre se limpiaba con cerveza y las preguntas nunca tenían respuesta. Era el tipo de lugar donde la verdad se ahogaba cada noche, y nadie preguntaba por ella al día siguiente.

23

El Zurdo

«El Zurdo» llevaba casi una hora apoyado contra la pared de una tienda cerrada en la Corredora. Sabía volverse invisible sin recurrir a trucos baratos como gorras o gafas oscuras. Era cuestión de actitud: confianza sin ostentación, calma sin rigidez. Tenía el aire de esos tipos de las películas en blanco y negro que sabían cuándo destacar y cuándo desaparecer.

Aquel día, vestía sin estridencias: vaqueros oscuros, camiseta gris y chaqueta ligera. Nada que despertara la atención. En el bolsillo interior, el frío metal de su Beretta le recordaba la razón de su presencia. Tenía un encargo, y cuando lo recibía, lo cumplía.

Había llegado temprano, mezclándose entre turistas y vecinos. Observaba, atento y sereno. Su objetivo no tardaría en aparecer.

Y apareció.

Era Tomás Bernabeu. Traje gris oscuro, corbata azul, zapatos lustrados. Caminaba con la seguridad de quien aún maneja los hilos, a pesar de la cojera que arrastraba. Saludaba a conocidos, con la condescendencia de un viejo capo, recibiendo elogios como un político en campaña. Para muchos, seguía siendo el padrino del barrio.

El sicario lo estudió con mirada neutra. Sabía que ese hombre tenía conexiones repartidas en la policía y el ayuntamiento. Poco importaba eso. Pronto estaría muerto.

«Todos los imperios terminan igual», pensó mientras encendía un cigarrillo. «Los hombres poderosos nunca entienden que el verdadero peligro no viene de sus enemigos visibles, sino de aquellos a quienes dejaron de prestar atención».

Bernabeu saludaba a la gente como si aún importara, como si su nombre aún infundiera respeto. Pero los nombres, como los hombres, también envejecen.

«El Zurdo» se mantuvo a la distancia justa, sin apresurarse, sin parecer un acosador. En ese negocio, la impaciencia era letal. Un movimiento en falso y la presa se alertaba, cambiaba sus hábitos, llamaba refuerzos. La clave estaba en la observación precisa, en absorber cada detalle sin mirar demasiado.

Cada pausa de Bernabeu era una oportunidad para analizarlo. Las inclinaciones sutiles de su cabeza, la forma en que giraba los hombros antes de cambiar de dirección. La molestia en su pierna: un pequeño desfase en el paso, un toque con la mano sobre el muslo. No era solo una cojera. Era dolor. Vulnerabilidad.

También prestaba atención al entorno. Calculaba distancias, buscaba rutas de escape, evaluaba rostros. Un buen asesino no solo sigue a su objetivo; también detecta quién podría estar siguiéndolo a él. Un reflejo en un escaparate, un coche estacionado demasiado tiempo, una mirada que se alarga. Nada se dejaba al azar.

Bernabeu giró hacia el aparcamiento subterráneo. «El Zurdo» ajustó su chaqueta, sintiendo la presión familiar de la Beretta contra su costado.

Entonces algo le hizo fruncir el ceño. Las cámaras. Demasiadas, en ángulos complicados.

Mantuvo la respiración, aferrándose a la única regla que nunca rompía: si no es el momento, retrocede. Un buen sicario no mata por instinto. Mata por cálculo.

Cuando el viejo dobló por la calle Trinquet, «El Zurdo» supo que se dirigía al aparcamiento. Esperó el momento exacto para colarse tras él. La rampa descendía entre muros de hormigón, amplificando cada sonido. Bernabeu avanzaba hacia un Mercedes negro estacionado en la penumbra.

Pero algo falló.

Un testigo inesperado apareció. Un hombre mayor emergió del otro lado del coche.

—Don Tomás, qué sorpresa verle por aquí.

El asesino se ocultó tras una columna. Dos problemas: un testigo y un sistema de vigilancia capaz de registrar el más mínimo error.

El intruso miró a su alrededor.

—¿Seguro que viene solo?

«El Zurdo» contuvo la respiración.

Bernabeu arqueó una ceja.

—¿A qué viene eso?

El hombre señaló la zona oscura con un leve gesto.

—Por un momento creí ver a alguien.

El sicario permaneció inmóvil. Un segundo podía marcar la diferencia entre escapar o acabar en un charco de sangre. No podía sacar la pistola sin ser visto, ni retroceder sin delatarse.

Bernabeu giró hacia la penumbra. Las luces parpadearon. Sombras movedizas cubrieron el suelo.

—No hay nadie —dijo al fin—. Te estás volviendo paranoico, Manuel.

El viejo soltó una risa nerviosa.

—Será eso… Últimamente veo fantasmas en todas partes.

El asesino no se relajó. Si alguno daba un paso en su dirección, lo descubrirían. Su única opción era esperar.

Los segundos se alargaron. Bernabeu y Manuel conversaban con creciente confianza, como dos viejos amigos que se reencuentran.

Entonces se produjo un apagón.

Las luces se extinguieron, sumiendo el aparcamiento en oscuridad casi total.

—¿Qué demonios…? —murmuró Bernabeu.

—Vaya birria de mantenimiento —refunfuñó Manuel.

Para «El Zurdo», el apagón fue una señal, una ventana que no podía desaprovechar. Se pegó a la pared, fundiéndose en la oscuridad. Avanzó con pasos medidos.

Distinguió al fondo la silueta de la puerta de emergencia. Si lograba alcanzarla, desaparecería antes de que las luces volvieran.

El pomo estaba frío. Lo giró lentamente, cuidando que no rechinara. Empujó la puerta y salió al callejón.

El aire del exterior lo recibió como una bocanada de libertad provisional.

Se apoyó contra la pared y respiró hondo. Dos minutos después, un par de faros iluminaron la rampa. El motor del Mercedes rugió suavemente antes de alejarse.

El asesino lo observó desaparecer, grabando la matrícula en su memoria.

El callejón apestaba a basura y humedad estancada. «El Zurdo» echó un vistazo rápido, atento a cualquier presencia. Se pasó una mano por la nuca, disipando la tensión. No estaba molesto, pero sí en guardia.

No cometería el mismo error dos veces. Esta vez, Bernabeu se había salvado, pero la paciencia, bien usada, era tan letal como una bala en la sien.

Caminó con calma, dejándose tragar por las calles. Repasaba cada instante del trabajo fallido, cada pequeño detalle que torció el plan. No era culpa suya. Solo un imprevisto. Y un profesional no se frustra, observa, aprende, se adapta.

Llegó a su coche, aparcado en una zona tranquila. Se acomodó y permaneció en silencio, mirando su reflejo en el retrovisor. La misma expresión de siempre: fría, vacía, inalterable.

Conocía los hábitos de Bernabeu: dónde trabajaba, dónde cenaba, qué rutas tomaba. No cometería el error de atacarlo de nuevo en un sitio vigilado. La próxima vez, lo haría en un tramo solitario, sin cámaras y testigos.

«Al final, todos terminan igual: solos, vulnerables, con una bala esperándolos».

Sacó el móvil y escribió un mensaje corto, sin nombres, sin pistas:

«El trabajo sigue en marcha. Pronto lo terminaré».

Lo envió, guardó el teléfono y arrancó. El motor vibró con suavidad mientras se deslizaba por la carretera, invisible entre el tráfico nocturno.

El plan cambiaría, pero el final no.

Bernabeu ya estaba muerto. Solo faltaba fijar el día y la hora.

24

Torres

La sangre siempre llama a más sangre, y aquella noche Torres llevaba la muerte en el coche sin saberlo.

El BMW negro devoraba la carretera. A la derecha, el Mediterráneo resplandecía ajeno a la tensión que viajaba en el coche. Arenales del Sol se extendía al fondo, como un desierto de bloques de hormigón, un paisaje de postal perfecto para una emboscada.

Torres no estaba tranquilo. El soplo podía ser la llave de una caja fuerte o una invitación a la tumba. Omar El Harraq era el proveedor marroquí de los Bernabeu, el alquimista que convertía mercancía en polvo de oro. Eso lo hacía valioso. Y jodidamente peligroso.

Si la pasma iba a caerle encima, alguien había largado más de la cuenta. O peor: el marroquí ya estaba al tanto y los esperaba con los cuchillos afilados. Lo que nadie veía venir era que los Parres quisieran meter la mano en el asunto. Y ahí estaba él, con la vista fija en la carretera, mascando la idea de pescar algo en medio del desastre.

—Esto nos va a servir para sacar tajada —murmuró con una media sonrisa que le marcó un surco en la cara.

El volante se sentía firme en sus manos. La guerra contra los Bernabeu no había terminado, solo estaba en pausa. Ignacio Bernabeu ya no respiraba, pero su hermana Sofía había logrado lo que él nunca pudo: pactar una tregua. Una paz que no convenía a

los Parres. Tras la última redada, Elche se había convertido en otro campo de batalla. Demasiados muertos, demasiados heridos y los Bernabeu en posición de ventaja. Caras nuevas, bandas nuevas, todas haciendo negocios con Sofía, como si fuera la dueña del territorio.

Torres apretó la mandíbula. Eso tenía que cambiar. Y pensaba empezar aquella misma noche. Si el golpe salía bien, los Parres recuperarían parte de su poder y él, Raúl «El Niño» Torres, daría un salto en la organización. Uno grande.

«Los que suben, lo hacen pisando cadáveres, y los que se quedan quietos acaban siendo uno de ellos».

A su lado, Matías «El Gato» Rojas no paraba de despotricar. Llevaba rato con la lengua suelta y Torres ya estaba hasta los cojones.

—Los Bernabeu nos han vendido a los moros, macho. Nos tratan como si fuéramos la puta mierda.

Torres chasqueó la lengua.

—Cierra el pico, joder. Me saturas...

Pero «El Gato» no se daba por vencido. Su pierna rebotaba contra el suelo del coche.

—¿Me oyes, Raúl? Es una humillación. Nos han tirado migajas mientras ellos se comen el filete. Y encima tenemos que dar las gracias.

Las venas se le marcaron en las manos.

—Te he dicho que cierres la puta boca.

«El Gato» tenía esa mirada de loco que ponía cuando la ira le hervía en la sangre.

—Joder, la última redada fue un desastre. Y todo por culpa de Ignacio Bernabeu. Si no llega a ser por ese capullo, ahora no estaríamos así.

—Ignacio está muerto —respondió Torres con tono gélido—. Así que basta de gilipolleces.

Rojas lo miró de reojo. No dijo nada más, pero Torres sabía que por dentro seguía echando humo.

—Lo digo por ti, tronco. —La voz de «El Gato» se suavizó, aunque seguía teniendo un filo peligroso—. Tú tendrías que estar en la

cúpula, no jugándotela con un soplo que ni sabemos si es verdad.

Torres bufó.

—Si no te gusta, bájate aquí y vete andando.

«El Gato» soltó aire por la nariz, murmuró una maldición y subió el volumen de la radio. Torres sentía la sangre ardiéndole en las venas. No necesitaba a un Rojas rabioso cuando llegaran al laboratorio. Ese tipo de gente, la que estalla sin pensar, es la que provoca carnicerías.

Torres miró de reojo a Rojas. El dedo del tipo tamborileaba en el arma. Siempre igual antes de que alguien la cagara. Lo había visto en Alicante, justo antes de que «El Toro» se llevara dos tiros en la cara por pasarse de listo.

El motor rugió al pisar un poco más el acelerador.

***

Cuando llegaron a Arenales del Sol, el sol se había largado dejando apenas una línea naranja, y las sombras se estiraban sobre la carretera.

La urbanización de adosados los recibió con un silencio espeso.

Torres aparcó el BMW en una esquina apartada, apagó el motor y clavó la vista en la casa señalada. Ni una luz encendida, ni un alma a la vista.

—¿Seguro que es aquí? —murmuró Rojas.

Torres no respondió de inmediato. Si aquello era un laboratorio, no iban a poner un cartel luminoso anunciándolo.

—Sí.

«El Gato» resopló.

—Esto me da mala espina. Igual nos han vendido una moto.

Torres sentía esa punzada en el estómago que aparece cuando algo no cuadra. Pero ya estaba metido hasta el cuello.

Se giró hacia su acompañante.

—Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—No te pases de la raya.

—¿De qué hablas?

—Si podemos hacer esto sin meterle un tiro a nadie, mejor que mejor.

«El Gato» apretó los dientes. Al final asintió.

—Vale.

Torres abrió la guantera, sacó la pistola y comprobó el cargador.

—Pues a currar.

Salieron del coche. El aire fresco de la noche los envolvió. La calle estaba desierta. Solo se oía el rumor lejano del mar y algún perro ladrando en la distancia.

Torres avanzó con el estómago revuelto. Miró de reojo a «El Gato», que tenía la mano cerca de la cintura, preparado para desenfundar.

El cielo se oscurecía cada vez más. Torres se detuvo frente a la puerta. Nada. Ni un sonido, ni un resquicio de luz.

—A la de tres —susurró.

«El Gato» asintió, con los músculos en tensión.

Justo antes de dar el paso, Torres sintió una punzada helada en la base del cuello. Recordó las últimas palabras de Parres: «Hazlo limpio. No montes un circo». Con Parres, nunca sabías si aquello era un consejo o una amenaza velada.

—Uno… dos…

Por dentro, maldecía haberse confiado en un soplo que bien podría ser una trampa. Pero ya no había marcha atrás. O entraban y se jugaban el cuello, o volvían a Elche con el rabo entre las piernas. Por desgracia, quedar como un cobarde no era una opción.

La cobardía mata más rápido que una bala. Un hombre puede sobrevivir a una herida, incluso a una traición. Pero si deja que lo vean dudar, si muestra debilidad una sola vez, está acabado. La calle no perdona y en las familias, el respeto se mide en actos, no en palabras.

«El Gato» Rojas le cubría la espalda, con la mirada alerta y listo para abrir fuego si algo salía mal. Dentro, el silencio era abrumador.

Torres tragó saliva, sintiendo el sabor amargo del miedo. Se dijo a sí mismo que era el momento de descubrir si aquella noche era hora de recoger la cosecha o de rezar para salir con vida.

Empujó la puerta sabiendo que al otro lado le esperaba el infierno. La puerta cedió sin resistencia. Torres entró, con el dedo ya en el gatillo. Demasiado fácil. Siempre era demasiado fácil antes del desastre. Lo que no sabía era que el infierno ya llevaba horas esperándolo a él.

25

Sofía

«La Viuda» alzó una ceja. Sofía no mordió el anzuelo. Había venido a sacarla de su zona de confort, no a reforzarla.

—Me han contado cosas sobre Ludmila —dijo sin pestañear—. La policía está haciendo preguntas. Y no va a parar, Laura.

Laura apartó la vista y dio una calada a su cigarro.

—Esa chica se marchó de aquí indispuesta. No podía ni mantenerse en pie. Se le fue la mano con la cocaína.

Sofía sintió crecer la rabia. Esa respuesta tan sencilla, cargada de mentiras, no la satisfacía.

—Después la encontraron en un contenedor. Dices que se marchó por su propio pie, pero yo no me lo trago.

Laura dejó el cigarro en el cenicero y tomó su whisky.

—Así fue. Se marchó con su ropa, tambaleándose. Luego me enteré de la noticia… La encontraron tirada y todos pensamos lo peor.

—No juegues conmigo —espetó Sofía, perdiendo el temple—. ¿Crees que soy mi padre? No estoy aquí para escuchar tu versión amable. Quiero la verdad.

La madame soltó una carcajada breve. Se recostó en el sillón de cuero, cruzó las piernas y agitó el vaso, haciendo tintinear el hielo.

—Tienes carácter, no lo niego. Pero no olvides que he visto pasar por esa puerta a muchos de los tuyos… —Ladeó la cabeza—. A

Ignacio, sin ir más lejos.

El nombre bastó. Sofía sintió un nudo en la garganta. Su hermano ya no estaba, pero su sombra seguía viva en negocios que solo Dios sabía hasta dónde llegaban.

—Ignacio ha muerto —dijo sin apartar la mirada—. No me lo recuerdes como si fuera una amenaza. Estoy al mando ahora.

Laura asintió sin burla.

—Lo sé. Y sé que manejas bien el timón. Por eso estás aquí, ¿no? Pero dime, Sofía… ¿qué crees que pasó con Ludmila?

—Creo que murió por algo más que cocaína. —Sofía levantó el vaso y bebió un sorbo—. Y creo que alguien se deshizo de ella para que no salpicara a los Bernabeu.

En el gesto de Laura apareció un brillo contenido, casi de lástima.

—A veces es mejor dejar reposar el pasado.

—No cuando la policía está investigando. Y no cuando Serrano se ha empeñado en demostrar que mi familia está detrás.

Laura inspiró hondo. Con la lentitud de quien mueve fichas en un ajedrez secreto, dejó el vaso sobre la mesa.

—Ludmila tuvo problemas esa noche. Se pasó de la raya, y no solo con la cocaína. Se puso nerviosa, decía cosas incoherentes. Tu hermano estaba con ella.

Sofía sintió una punzada en el pecho. Otra vez Ignacio.

—¿Quién la golpeó?

Laura no apartó la mirada.

—Aquí nadie la tocó.

—Apareció muerta en un contenedor, Laura.

La madame sirvió más whisky. Sus manos no temblaban.

—Cuando empezó a ponerse mal, alguien decidió que era un riesgo. Para Ignacio.

—¿Él dio la orden?

—Tu hermano estaba cerrando un trato. Uno que tu padre desconocía.

—Nombres.

Laura bebió despacio, saboreando el silencio.

—Hombres de confianza. Los que siempre limpian la mierda de los Bernabeu.

—Quiero nombres.

Entonces Laura apuró el whisky de un trago.

—Hombres de tu hermano. No pregunté apellidos.

—Mientes.

—Claro que miento. ¿Esperabas una lista?

—¿Fue Ignacio quien ordenó que la sacaran?

—No lo recuerdo con exactitud. Ignacio estaba muy alterado. El resto actuó con rapidez.

Sofía reprimió el impulso de golpear la mesa.

—Dices que solo la sacaron. Pero la encontraron muerta en un contenedor. ¿Me lo niegas?

Laura tragó saliva.

—No te lo niego. Pero en ese punto ya no era problema del local, sino de la familia Bernabeu. Yo doy un servicio, mantengo un orden. Si Ignacio decide algo, si sus hombres actúan, no voy a interponerme. No soy estúpida.

La indignación surcó la mirada de Sofía. Recordó las palabras de «El Gordo», la advertencia sobre Serrano. Las fichas se movían peligrosamente contra su familia.

—¿Quién se la llevó? ¿Fue mi hermano en persona?

Laura chasqueó la lengua con fastidio.

—Te lo dije, no lo recuerdo. Y aunque lo recordara, dudo que quisieras la verdad tan desnuda. Lastimaría a más de un Bernabeu.

Sofía tomó aire. La tensión latía en sus sienes. Se levantó despacio.

—Yo no soy mi padre, ni tampoco Ignacio. Ahora mando yo. Te dije que no quiero tu versión amable; quiero saber si esto podría perjudicar a mi familia… y a ti también.

—Ya te he dicho lo que sé.

—No me has dicho una mierda.

Laura se levantó con elegancia. Tiró el cigarro en el cenicero y lo aplastó.

—Ludmila consumió demasiado. Tu hermano estaba con ella. Alguien decidió que era un problema.

—¿Alguien?

—Tus hombres. Los que protegen a los Bernabeu.

—Eso no responde quién la mató.

—La chica no sobrevivió. Eso es todo lo que importa.

—¿Y no te remuerde la conciencia? —La voz de Sofía estuvo a punto de quebrarse—. Podríais haberla salvado. Llevarla a un hospital. Era una vida, Laura.

La madame sonrió con lástima.

—Las conciencias sirven de poco. Cada uno cuida de los suyos. Tú lo sabes mejor que nadie.

Las palabras resonaron en el silencio. Sofía sintió un frío estremecedor. Ese lugar le repugnaba, pero en el fondo comprendía que formaba parte del imperio familiar, lo supiera ella o no.

—Si la policía me lleva a declarar, diré lo necesario para proteger a los Bernabeu —dijo Laura—. Pero recuerda que yo también puedo incriminar… o callar. Depende de lo que consideres justo.

Sofía apenas la escuchó. No confiaba en ella. Solo captó el mensaje: Laura se presentaba como aliada, pero su voz brillaba con amenaza velada.

—Muy bien. Entonces cooperemos. ¿Qué necesita la policía para cerrar esto? ¿Un chivo expiatorio? ¿Una coartada sólida?

—Por ahora, mantendremos la misma versión: Ludmila se marchó drogada y cada uno siguió su vida. —Laura se acercó a la puerta y la abrió—. Si surge algo, nos pondremos de acuerdo. Mientras tanto, espero no tener más visitas inesperadas.

Sofía se detuvo en el umbral.

—Si Serrano aparece preguntando por ti, espero que recuerdes quién te protege.

Laura encendió otro cigarro, mientras sus ojos brillaban en la penumbra.

—Y espero que tú recuerdes quién guarda tus secretos.

Sofía se dio la vuelta y recorrió el pasillo. A sus espaldas, la puerta se cerró con un chasquido seco. Sintió las miradas de varias chicas mientras avanzaba hacia la salida.

El guardia la esperaba en la puerta principal. Cruzó el umbral.

El aire de la noche la golpeó. Respiró hondo, tragándose las náuseas de rabia. En la explanada polvorienta, su coche aguardaba bajo la luz mortecina de una farola.

Subió y encendió el motor. Dejó caer la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. Pensó en los hombres que habían socorrido a su hermano: sicarios que realizaban el trabajo sucio. Sintió un amargo regusto de culpa. Odiaba imaginar que su familia hubiera descartado una vida así, como si fuera un simple riesgo legal. Necesitaba despejarse. La familia estaba al borde del colapso. Ludmila era solo el comienzo. Ignacio ya no podía hablar. Su padre estaba ocupado con otros asuntos. Ahora le tocaba a ella mantener todo en pie. Serrano acechaba, esperando el primer error.

Abrió los ojos y arrancó. Avanzó por la carretera desierta, dejando atrás «La Palmera».

El contenedor donde apareció Ludmila seguía resonando en su cabeza. El rostro inerte, la sangre seca, la indiferencia de quienes la tiraron como un despojo. Todo se le había enquistado como veneno.

A medida que se acercaba a la ciudad, las luces lejanas de Elche empezaron a perfilar los edificios. No dormiría en paz hasta encontrar la verdad. Y cuando se empieza a cavar en el pasado, hay que estar listo para lo que emerja.

Tenía una certeza: si la mentira de Laura salía a la luz, la ruina no perdonaría a nadie. La sombra de Ignacio seguía presente. Su muerte no había cerrado ninguna cuenta pendiente.

Ahora le tocaba a ella limpiar la suciedad que otros habían dejado atrás.

26

Torres

La puerta cedió al primer empujón.

—¿Un laboratorio de droga con la puerta abierta? —murmuró «El Gato»—. Estos cabrones se creen intocables.

Torres no respondió. Su mente repasaba todas las razones por las que aquello podía ser una trampa, pero continuó avanzando. El pasillo los condujo directamente a la cocina. A la derecha, un salón amplio con ventanas tapiadas. Al fondo, una puerta de cristal emplomado que daba al patio trasero, la única salida alternativa si las cosas se torcían. Torres memorizó la disposición por instinto: una entrada, una salida, sin segundo piso. Estaban en una ratonera, si alguien bloqueaba la puerta principal.

El olor los golpeó de inmediato: amoníaco, disolventes, productos químicos impregnando el aire. En la mesa había frascos de vidrio, embudos y una cantidad generosa de polvo blanco y cristales azules.

—Metanfetamina —confirmó Torres.

«El Gato» soltó un silbido, admirado.

—Esto es un billete premiado.

—O un anzuelo —replicó Torres—. ¿Omar deja todo esto sin vigilancia? ¿Sin alarmas? ¿Sin un puto perro guardián?

«El Gato» se encogió de hombros.

—A caballo regalado...

—¡También al caballo regalado se le miran los dientes! —cortó Torres—. Cinco minutos. Cogemos lo que podamos cargar y nos largamos.

Torres inspeccionó el laboratorio improvisado. No parecía haber estado abandonado durante mucho tiempo.

—Omar se va a cagar cuando vea que le vaciamos el almacén —dijo «El Gato».

Torres tomó un poco de polvo, lo frotó entre los dedos y lo olió.

—Es buena mierda. No podemos dejarla aquí.

Empezaron a meter paquetes en bolsas negras. La adrenalina aumentaba con cada carga. En el salón contiguo, otra montaña de droga los esperaba. «El Gato» iba y venía, con los ojos brillantes de codicia. Torres, en cambio, tenía un mal presentimiento.

—Cuando cobremos por esto, me voy una semana a Benidorm. Putas rusas y whisky hasta que no me acuerde ni de mi nombre.

—Llevas diciendo eso desde hace cinco años —respondió Torres.

—Esta vez va en serio, Niño. Ya estoy cansado de esta mierda. Uno o dos trabajos más y me retiro.

Entonces la vio: una diminuta cámara, oculta en una esquina del salón.

—Mira eso —señaló «El Gato» al mismo tiempo—. Una puta cámara.

Torres se acercó y arrancó el dispositivo del enchufe.

—Chatarra barata. No parece conectada a nada.

«El Gato» se relajó y soltó una carcajada.

—Tanta historia para nada.

—Venga, acabemos con esto rápido —dijo Torres—. No quiero estar aquí más tiempo del necesario.

Torres estaba llenando la última bolsa, cuando escuchó el crujido inconfundible de grava bajo neumáticos. Se quedó paralizado. Miró a «El Gato», que seguía empacando droga, ajeno.

—Para —susurró.

—¿Qué pasa, Niño?

«El Gato» continuó metiendo paquetes en las bolsas, aún riendo.

Torres sintió que algo se rompía en el aire, como si el silencio se desgarrara de golpe. Fue solo un instante, una vibración leve, casi

imperceptible.

Luego, el estruendo.

Los disparos reventaron la calma. El eco resonó por toda la casa, seco y brutal, seguido del sonido de cristal hecho trizas y metal cayendo al suelo.

«El Gato» reaccionó por instinto. Se giró para encararlos y levantó su arma. El primer disparo lo alcanzó antes de que pudiera apretar el gatillo, lanzándolo hacia atrás. La bala entró limpia por su costado derecho, atravesando el hígado, y salió por la espalda, salpicando la pared con sangre y fragmentos de tejido. Luego, soltó un grito ahogado, más de sorpresa que de dolor, y se llevó la mano a la herida, empapándose instantáneamente los dedos.

—Joder... —gimió, cayendo de rodillas.

Torres se lanzó tras el sofá mientras los disparos perforaban el aire. Las balas impactaban en las paredes, arrancaban pedazos de yeso, hacían saltar astillas de madera. El estruendo era ensordecedor en el espacio cerrado.

Desde su posición vio a «El Gato» desplomarse de lado, con los ojos muy abiertos, la boca trabajando para respirar. La sangre formaba un charco oscuro bajo su cuerpo.

—¡No! —bramó Torres.

Desde el pasillo se oyó el chasquido de un cargador al encajar. Torres se lanzó tras un viejo sofá, con el pulso desbocado. La pistola temblaba en su mano mientras el olor a sangre se mezclaba con el de los químicos. Miró a su compañero: los ojos abiertos, la boca entreabierta, el cuerpo inmóvil.

Mientras recargaba tras el sofá, recordó la primera vez que trabajó con «El Gato»: un cobro en Torrevieja que se había complicado. Rojas lo había sacado de allí, cubriéndole la espalda, llevándose un navajazo en el brazo. «Los hermanos se protegen», le había dicho después, mientras le cosían la herida sin anestesia.

«Siempre».

Ahora ese hermano estaba desangrándose en el suelo de una casa abandonada, y Torres no podía hacer una mierda para salvarlo.

Tragó saliva con dificultad. Se habían metido en un lío de mierda. Miroslav los había traicionado y ahora estaban atrapados.

—Hijo de puta… —murmuró, con la mandíbula tensa.

Asomó la cabeza por el borde del sofá y vio un destello metálico en la puerta. Alguien estaba allí, esperando a que se moviera.

Uno de los sicarios avanzó hacia el salón, barriendo el espacio con su arma. Torres esperó a que estuviera en el umbral y disparó tres veces. Dos balas se perdieron en la pared, pero la tercera provocó que su enemigo retrocediera, soltando una ráfaga ciega que destrozó la lámpara del techo.

Torres no esperó a escuchar más. Se arrastró hacia la puerta trasera, mientras las balas seguían destrozando el salón. Miró una última vez hacia donde yacía «El Gato».

Su amigo ya no se movía. No podía hacer nada por él.

Si se quedaba, los dos morirían.

27

Parres

Aquella noche, las mesas del bar Vicente de La Hoya estaban ocupadas por los habituales: hombres con chaquetas desgastadas y rostros marcados por el campo y el trabajo duro, inclinados sobre sus vasos como si estuvieran calculando una deuda. En la televisión, una corrida de toros avanzaba con la lentitud de un ritual antiguo. El sonido de los cubitos contra el cristal marcaba el tiempo mejor que cualquier reloj.

Eduardo Parres se acomodó en la silla, brazos cruzados, expresión serena. Por dentro hervía. No era hombre de excesos. Llevaba un traje oscuro, cabello corto y bien peinado. En su mundo valía más la discreción que el brillo de un Rolex.

Frente a él, Víctor «El Tiburón» Herrera sorbía su brandy, con mandíbula robusta y ojos que no perdían detalle. A su lado, Rubén «El Socio» Giménez fingía interés en su J&B con hielo mientras memorizaba cada palabra.

—Si quieres expandir el negocio de protección privada —comenzó El Tiburón en voz baja—, necesito más hombres y una tajada mayor.

La reciente redada había complicado las cosas. La policía local exigía más para hacer la vista gorda.

—Ya no es tan fácil sobornar a los municipales —continuó El Tiburón—. Están nerviosos desde lo de la chica muerta.

Parres frunció el ceño.

—¿Qué chica muerta?

Rubén aclaró con tono impasible:

—La polaca. Apareció en un contenedor hace dos semanas.

Eduardo recordó vagamente haber oído algo. Otra sordidez del bajo mundo, que no merecía su atención.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestro negocio?

«El Tiburón» acercó la copa a la mesa y bajó la voz:

—Las cosas se han puesto... delicadas.

Parres esperó. Conocía ese tono. Era el preludio de una petición.

—La municipal ya no acepta lo de siempre. Desde lo de la chica, revisan cada licencia como si buscaran oro.

—¿Y?

—Y mis hombres tienen familias. Hipotecas. Responsabilidades.

Parres tamborileó sobre el borde del vaso. El mensaje era claro: o pagaba más, o sus hombres buscarían otro empleador. Así funcionaba el mercado, incluso en su mundo.

—¿Cuánto?

—Un treinta por ciento más. Por cabeza.

—Un quince.

—Veinticinco.

—Veinte. Y coordinación directa con Rubén. Sin intermediarios.

El Tiburón apuró su brandy. No era una victoria, pero era suficiente.

—¿Pretendes que pague el doble?

—Los tiempos han cambiado, Eduardo. La gente tiene más opciones ahora.

«El Socio» inclinó ligeramente la cabeza en señal de aprobación. Parres tamborileó sobre el borde del vaso. No le gustaba sentirse presionado, pero sabía que «El Tiburón» tenía razón. Después de la muerte de Ignacio Bernabeu, Sofía había reconstruido sus alianzas más rápido de lo previsto, y Omar El Harraq movía más mercancía que nunca por el puerto.

—De acuerdo —concedió finalmente—. Tendrás a tus hombres. Pero ajusta tus expectativas sobre la tajada.

—Sabes que no soy un capataz de obra, Eduardo.

—Haz lo que debas. Coordínate con Rubén.

El Tiburón apuró su brandy, dejó unos billetes sobre la mesa y salió sin despedirse. Parres lo observó desaparecer en la oscuridad de la calle. Un breve silencio los envolvió hasta que Rubén lo rompió:

—¿Crees que exagera lo de la polaca?

—Tal vez. —Parres respiró con cansancio—. ¿Algo más?

Rubén dudó:

—No.

Parres conocía bien ese tipo de situaciones. Cuando alguien dejaba de necesitar lo que él ofrecía —protección, dinero, seguridad—, la lealtad se evaporaba como el humo de su cigarrillo. Por eso, los verdaderos profesionales nunca confiaban en la lealtad de nadie; confiaban en el miedo.

Al salir del bar, caminaron por las desiertas calles de la pedanía. Las farolas proyectaban sombras alargadas sobre el asfalto agrietado. Parres se sentía seguro recorriendo un pueblo que controlaba palmo a palmo. Algunos perros callejeros rebuscaban entre la basura, mientras un televisor distante emitía el parloteo de algún programa nocturno.

Llegaron a un aparcamiento de tierra donde Parres se detuvo junto a su Mercedes negro, el único lujo que se permitía exhibir en público.

Rubén sacó las llaves y preguntó:

—¿Necesitas algo más esta noche?

—Descansa. Mañana temprano revisamos cuentas.

El móvil de Rubén vibró. Lo sacó frunciendo el ceño:

—Es El Viejo.

—Dile que espere. Estoy agotado.

Mientras Rubén atendía la llamada, Eduardo subió al coche y arrancó. Condujo despacio por caminos rurales flanqueados por palmeras y olivos que se sucedían como fantasmas en la oscuridad. El aire fresco entraba por la ventanilla entreabierta, pero ni siquiera esa tranquilidad calmaba el torbellino en su mente.

La Operación Camarote había agitado las aguas. Ahora debía mantener el equilibrio, mientras Sofía consolidaba su posición y

Omar ampliaba sus operaciones. Cualquier error podía llevarlo a la ruina. O algo peor.

Al llegar a casa, condujo por el sendero de entrada flanqueado por cipreses oscuros. La finca, elegante y sencilla, con muros blancos y tejados rojos, descansaba bajo luces tenues que le conferían un aire solemne. Aparcó sobre la grava, apagó el motor y se quedó inmóvil, escuchando únicamente el canto de los grillos.

Entró al salón. Su esposa miraba la televisión sin levantar la vista.

—Buenas noches —susurró.

Ella respondió con un gesto ausente. Llevaban tiempo convertidos en fantasmas bajo el mismo techo. Dos extraños compartiendo una casa, nada más.

Subió las escaleras hacia el dormitorio. En el pasillo apenas iluminado por una lámpara, se detuvo frente a la habitación de su hijo, Marcos. Un escalofrío le recorrió la espalda. Empujó suavemente la puerta entreabierta.

El cuarto permanecía en penumbra, iluminado apenas por el tenue brillo de los aparatos médicos. Marcos yacía en la cama, conectado a sondas y cables, con el rostro inmóvil y pálido, ajeno al mundo. Cada cinco segundos, el respirador bombeaba aire hacia los pulmones de su hijo con un siseo mecánico que sonaba obscenamente artificial. Así respiraban los muertos vivientes, pensó Parres, como una parodia grotesca de la vida.

Avanzó y se sentó en la butaca junto a la cabecera. Observó a su hijo sintiendo cómo un dolor antiguo le atenazaba las entrañas. Podía lidiar con criminales, amenazas, policías corruptos. Pero enfrentarse a la imagen de Marcos postrado lo superaba.

—Volverás, hijo mío —murmuró, tocando su mano inerte—. Y si no puedes, yo haré justicia.

La imagen de Ignacio Bernabeu volvió a su mente. La tragedia que arruinó a su hijo y condenó su futuro. Ignacio estaba muerto, pero su familia seguía viva. Y eso bastaba para que el odio de Parres nunca muriera.

Rozó la frente fría de Marcos con los labios. El rencor creció en su pecho como una marea negra.

—Iré a por ellos —susurró con voz quebrada—. Y esta vez será hasta el final.

Salió del cuarto y cerró la puerta con cuidado, como si temiera interrumpir el frágil sueño de su hijo. Permaneció inmóvil en el pasillo, dejando que el veneno del odio se expandiera en su interior. Había prometido controlar sus emociones y evitar venganzas irracionales, pero ver a Marcos así desdibujaba cualquier intento de prudencia.

Descendió las escaleras. Su esposa seguía en el salón, hipnotizada por la luz azulada de la televisión. Ni siquiera intentó hablarle de nuevo. Salió al porche y respiró hondo, dejando que la brisa nocturna le despejara la mente.

La finca descansaba en calma aparente. Los cipreses se agitaban suavemente y los olivos susurraban bajo la luna. La quietud del campo le parecía una burla amarga, incompatible con la violencia que se gestaba en su interior.

Pensó en la ciudad, en Sofía moviendo hilos y en Omar traficando impunemente. Recordó la amenaza del Tiburón y la inquietud en la mirada de Rubén. No podía permitirse ningún error, pero más fuerte que todas esas preocupaciones era la visión de Marcos postrado, víctima de un destino injusto que atribuía a los Bernabeu.

Apretó los puños. Había intentado mantener la cabeza fría y tomar decisiones estratégicas, pero ya no le importaba ser razonable. Ahora solo ansiaba destruir a sus enemigos, borrar cada rastro de la familia rival hasta que no quedara más que cenizas.

Miró hacia el horizonte oscuro donde Elche dormía ajena a la tormenta que estaba a punto de desencadenarse.

—Esta vez no habrá tregua —susurró al viento, con voz ronca—. Ni pactos, ni misericordia. Voy a acabar con los Bernabeu.

Su decisión era irrevocable. La tranquilidad fingida durante meses se había quebrado, revelando al hombre implacable que se ocultaba tras su imagen serena.

Volvió a entrar y apagó las luces, dejando la casa en penumbra. Al atravesar el salón, sintió la distancia definitiva que lo separaba de su esposa, aquella mujer que alguna vez había sido cómplice de sus

sueños. Ahora era apenas un fantasma más en una vida marcada por vacíos.

Subió al dormitorio principal y se sentó en la cama, espalda contra la cabecera, escuchando la tranquilidad de la noche. Ya no había retorno posible. La guerra era inevitable y estaba dispuesto a aceptar cualquier consecuencia, con tal de saldar la deuda que atormentaba su alma.

Pensó en Marcos, en lo que pudo haber sido, en la herida abierta que llevaba su nombre. En ese instante supo que la venganza no era solo un deseo, sino la única manera de sobrellevar la culpa y el fracaso.

Porque Marcos no podría luchar más.

Pero él sí.

Y estaba dispuesto a ir hasta el final.

28

Torres

Era ahora o nunca.

Observó las dos sombras en el patio, inmóviles bajo la luz del jardín. Uno de espaldas, distraído; el otro barriendo la oscuridad con movimientos lentos, esperando una señal desde la casa. Torres sabía que no podía disparar; un error y ambos estarían sobre él.

Su mirada se fijó en un cuchillo sobre la encimera. La hoja brillaba débilmente. Tomó el acero frío y pesado, respiró hondo y abrió la puerta corredera despacio.

Avanzó agachado, acortando la distancia.

Buscó con la mirada al hombre que había disparado, pero había desaparecido. La ansiedad lo invadió. Soltó el cuchillo, consciente de que no podría depender del sigilo. Se movió hacia la calle lateral, con los latidos resonando en sus oídos.

Allí estaba su Audi, una promesa de escape.

Corrió hacia él, con las llaves tintineando y el aire cortándole la cara. Estaba a pocos metros, cuando un ruido seco lo hizo girarse.

Fue un error.

El fogonazo iluminó la oscuridad, pero el dolor no llegó de inmediato. Primero sintió una presión, como un puñetazo sordo en el costado. Luego, el fuego. Torres miró su camisa: la mancha oscura se expandía, hambrienta. Un puñetazo ardiente en el costado le

quitó el aliento. Su cuerpo se dobló mientras el dolor se propagaba como un incendio.

—¡Joder...! —gruñó, tambaleándose hacia el Audi.

Apretó los dientes y levantó el arma, disparando dos veces a la sombra que surgía detrás de él. Un gemido ahogado le indicó que había acertado, pero no se detuvo a comprobarlo. La sangre empapaba su camisa, caliente, viscosa. Abrió la puerta y se dejó caer sobre el asiento, luchando contra el mareo.

Los gritos llegaron desde lejos, voces de hombres corriendo. Con las manos resbaladizas por la sangre, giró la llave y el motor rugió. Aceleró mientras los disparos golpeaban el metal, reventando cristales y perforando la carrocería.

Se agachó lo suficiente para esquivar las balas, impulsado únicamente por su instinto de sobrevivir.

El Audi derrapó en la curva, dejando goma quemada sobre el asfalto. En el retrovisor, las figuras de sus perseguidores fueron tragadas por la oscuridad. Torres soltó un gemido ronco, mezcla de dolor y alivio.

Con mano temblorosa se palpó el costado. La herida sangraba. El dolor ardía como un hierro candente. La vista comenzaba a nublársele.

Sacó el móvil, marcando casi por inercia el número de «El Viejo». Tres tonos eternos antes de que la voz áspera contestara.

—Han matado a «El Gato». Miroslav nos...

—¿Dónde estás?

—Desangrándome en un puto Audi.

—Aguanta. Te mando a...

—No hay tiempo. Dile a mi hermana que...

Torres colgó sin responder y dejó caer el móvil. Sabía que su suerte estaba echada. La sangre seguía saliendo, empapando su camisa, caliente y espesa. Su visión se difuminaba. La carretera se deformaba ante sus ojos.

El Audi comenzó a zigzaguear. Intentó sujetar el volante, pero sus manos eran torpes. De repente, una luz intensa reveló un poste.

El impacto fue una explosión: vidrio y metal mezclados en un coro de destrucción. Torres sintió su cuerpo sacudirse violentamente,

atrapado entre el airbag y el choque frontal. El dolor estalló en su pecho y su cabeza. La sangre brotaba de su frente, manchando el volante y formando un charco sobre el asiento.

Quiso moverse, pero su cuerpo ya no obedecía. La conciencia se le escapaba, diluida en una oscuridad sin retorno.

Entonces llegaron ellos.

Pasos lentos y seguros se acercaron al vehículo destrozado. Hubo un segundo de quietud antes de que estallara todo. Sin mediar palabra, abrieron fuego. El primer disparo sacudió su cabeza; los siguientes convirtieron su rostro en un amasijo irreconocible. Su cuerpo se estremeció con cada impacto, hasta quedar inmóvil, recostado sobre el asiento, con la mirada vacía.

Los casquillos rodaron sobre el asfalto. Uno de los hombres escupió sobre el capó destrozado. Se alejaron sin prisa, sus pasos desvaneciéndose en la noche mediterránea.

Miroslav había elegido bando. Los Parres pagaban mejor. Y Torres acababa de convertirse en el primer mensaje de Eduardo a la familia Bernabeu.

Dentro del Audi, la radio seguía encendida. Una canción de Mecano se mezclaba con el goteo de la sangre sobre el asiento de cuero.

29

Paredes

De pie, con el brazo aún extendido, sostenía la pistola humeante. Un hilo de humo ascendía desde el cañón antes de deshacerse en la penumbra. Su corazón latía contra las costillas, ahogando cualquier sonido que no fuera la reverberación de los disparos.

Bajo la luz amarillenta de los faros, el parabrisas del coche brillaba como una tela de araña de vidrio astillado. Dentro, el cuerpo se desplomaba sobre el volante, la cabeza torcida en un ángulo obsceno.

«El Cuervo» mantuvo el arma en alto unos segundos más, atento. Solo cuando estuvo seguro bajó la pistola. Respiró hondo. En su mente resonaban las palabras de Johnny: «Cuidado con el ucraniano. No dejes que toquen la mercancía».

Se acercó al vehículo. El rostro pálido del muerto le devolvió la mirada: ojos abiertos, perdidos, la boca ladeada en una mueca helada.

—Mierda... —susurró, tragándose la náusea.

Había pasado la última hora vigilando el laboratorio por orden de Johnny. Cuando el coche llegó de improviso, su reacción fue instintiva. Ahora, frente al cadáver, lo invadía la incertidumbre.

Abrió la puerta. La bisagra chilló. El cuerpo se deslizó hacia un lado, sostenido apenas por el cinturón. Palpó la yugular. Nada.

—Lo siento, colega...

Registró los bolsillos y extrajo una cartera manchada de sangre. El nombre del DNI le hizo fruncir el ceño.

—Raúl Torres... —Un español de Elche. Sin armas, sin aspecto de sicario—. ¿Qué cojones...?

Se guardó la cartera en la chaqueta, mandíbula apretada. ¿Y si Miroslav lo había usado como carnada? La idea le hervía en las venas.

Regresó al laboratorio con pasos firmes. Dentro, el otro motero lo esperaba, armado y alterado.

—¿Qué ha pasado, Cuervo?

Observó las manchas de sangre fresca en la ropa del joven.

—¿Tú también te has cepillado a alguien?

Kike asintió, ojos desorbitados.

—Entró por la fuerza... lo encañoné y disparé.

Dos fiambres en quince minutos. Olía a trampa.

Se pasó una mano por el rostro. Johnny había sido claro: darle un correctivo al ucraniano si era necesario, pero esto... Ahora tenía dos cadáveres. Uno en el coche, otro tirado en el suelo del laboratorio con la mirada clavada en el techo.

—Revisa rápido el cadáver, a ver quién es.

Kike obedeció con movimientos torpes. Paredes echó otro vistazo al muerto del suelo. No parecía un matón, más bien un ratero. Aunque la pistola caída a su lado indicaba que, al menos, iba armado.

—¿Has encontrado algo?

—Un móvil. Nada más. Sin identificación.

—Deja eso. No toques nada más.

Todo quedó suspendido por un instante, hasta que Paredes volvió a dominar la escena.

—Coge solo la mercancía más valiosa. Nos largamos ya.

Actuaron sin hacer ruido, metiendo los paquetes en la furgoneta estacionada detrás. «El Cuervo» regresó afuera. El cuerpo de Torres seguía desplomado sobre el volante como un pelele. El peso de la culpa le oprimió el pecho. Aquella muerte era su responsabilidad, y Johnny pediría cuentas.

Palpó nuevamente la cartera. *Club «La Palmera»*.

Lo conocía.

«No me jodas...».

Respiró el aire frío de la noche. No había tiempo para lamentaciones, solo para decisiones rápidas.

—Ya está —avisó Kike con voz insegura.

—Cierra bien y sube.

Los faros iluminaban el camino desierto. Giró la cabeza, evitando ver el cadáver. Al entrar en la furgoneta, intentó sacudirse el escalofrío que le recorría la espalda.

La furgoneta arrancó bruscamente, alejándose del lugar. Clavó la mirada en la carretera, pero las preguntas lo acosaban. Avanzaba sin hablar, con las manos firmes en el volante y la culpa mordiéndole por dentro. A su lado, Kike se hundía en el asiento. El peso del silencio solo se rompía por el motor y el ruido sordo de la carretera.

¿Y si Johnny se había equivocado?, se preguntó y una rabia ciega le ascendió desde las entrañas, aferrándose al volante como garras.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó el acompañante con un hilo de voz.

Paredes no contestó inmediatamente. Las luces de la ciudad emergían al fondo.

—Hablar con Johnny. Que nos explique qué coño está pasando.

Kike tragó saliva, aterrado.

—¿Crees que nos va a culpar?

—Ya veremos. Preocúpate de no hablar. Déjame a mí hacerlo.

El joven asintió, aunque su respiración acelerada lo delataba. Un paso en falso sería fatal. Johnny buscaría responsables y Miroslav aprovecharía para poner a la Hermandad en su contra.

El camino de regreso se hizo interminable, cada kilómetro era una agonía. Paredes apretó más fuerte el volante, intentando controlar sus emociones.

Al acercarse a la ciudad, las luces se multiplicaron, difusas. Recordó la sonrisa burlona del ucraniano, a Johnny dando órdenes, el DNI local en su bolsillo. Todo encajaba mal, pero la realidad era innegable: él había apretado el gatillo y ahora lo buscarían.

30

Serrano

El reflejo de la luz del techo hacía que el acero de la mesa pareciera el de una morgue. Serrano llevaba veinte minutos observándolo, quizás pensando que ese brillo era lo único puro que quedaba en la comisaría de Elche. Rojo, en cambio, prefería el método antiguo: palabras como puños, puños como argumentos.

Uriel, el motero, parecía sacado de un póster de carretera: ancho de hombros, nudillos vendados, un tatuaje parcialmente borrado y un labio partido reciente. Su aliento apestaba a alcohol barato.

—Ya te lo he dicho, Uriel —gruñó Rojo, apoyando las dos manos en la mesa—. Tu abogado viene en burro. Así que relájate. Tienes tiempo de sobra para pensar en Johnny Puertas. ¿Te suena la pena por agredir a un agente?

El motero escupió al suelo. El sonido fue un disparo húmedo en la sala.

—No he agredido a nadie. Y no pienso hablar sin mi abogado. Sois unos matones. De uniforme, pero matones.

Agulló, la única del trío que sabía emplear las palabras sin ofender a nadie, cruzó las piernas y abrió una carpeta. El papel sonó como una hoja de afeitar.

—Aquí los matones son otros, cielo. Tú eres solo el perro de ataque, al que sueltan para distraer al público.

Empujó una foto forense. Era una joven, veinticinco años, con los ojos abiertos como si aún esperara que alguien le pidiera perdón, y la piel azulada por la asfixia. Ludmila Kowalska. La Palmera. Propiedad de los Bernabeu. Fin del cuento de hadas.

—Veinticinco años. La encontramos estrangulada y drogada en un contenedor. Trabajaba en «La Palmera». ¿Te suena? Propiedad de los Bernabeu. Los mismos que os dan de comer.

Uriel miró la foto de reojo, sin emoción. Luego negó con la cabeza. El músculo del cuello se tensó como la cuerda de una guitarra.

—No la conozco. Sería otra de esas chicas que creen que el dinero huele a Chanel. No tengo nada que ver.

El golpe de Rojo sobre la mesa hizo vibrar la lámpara.

—¡Mentira! La droga que le metisteis la encontramos en su sangre.

Uriel se removió en la silla.

—¡Te equivocas! ¡Esa no es mi guerra! Mi guerra es contra la mierda que circula en la ciudad por culpa de los Bernabeu y del imbécil de Ignacio, que lo empezó todo. Él fue quien abrió las puertas a esos moros, el que trajo el veneno a Carrús. Nosotros solo queremos que no nos salpiquen.

Serrano, que hasta entonces había sido estatua con placa, se separó de la pared. Dio un paso al frente, dejando que sus botas resonaran en el suelo.

—Me interesa esa «mierda» de la que hablas, Uriel. Te refieres a Ignacio en pasado...

—Porque está bien muerto.

—¿Qué sabes del hachís que llega por Santa Pola? Tu gente, los moteros, estáis metidos hasta el cuello en esa logística.

El motero bajó la cabeza. La sombra le cubrió los ojos.

—Ignacio usaba a su padre para tapar la basura... y le salió mal.

—Sigue.

—Esos moros creen que pueden controlarlo todo. Nosotros no tenemos nada que ver con esa puta muerta.

Agulló levantó la foto otra vez, sin apartar la vista del detenido.

—Entonces, ¿la chica fue parte del ajuste de cuentas?

Uriel se removió, crispado.

—Quiero a mi abogado. No sé nada de esa chica.

Serrano lo miró con los ojos entrecerrados, tratando de descifrar algo en la rigidez de sus hombros. Sabía que Uriel estaba mintiendo, pero también que tenía miedo. Sus palabras eran el monólogo repetido mil veces de Johnny Puertas; lo único que hacía era transmitir su mensaje. Lo que Serrano no terminaba de decidir era de quién de los dos tenía más miedo.

—Va a cantar —dijo Rojo.

Serrano no respondió. Ya oía la melodía, y no era precisamente una balada.

—¿Quieres verlo?

—Espera, Rojo...

El inspector de Homicidios dio un paso atrás, respiró hondo y contó hasta cinco, no por autocontrol, sino para evitar que el expediente de «interrogatorio irregular» aumentara.

El tipo le devolvía la mirada con mezcla de desafío y resignación. Sabía jugar: no ceder, aparentar control, hacerse el duro. Serrano reconoció ese brillo en los ojos. No era valor. Era miedo.

Agulló cerró de repente la carpeta.

—¡Mírame, pedazo de mierda! Si no hablas, te quedas solo. Tu jefe no va a mover un dedo por ti. No cuando sepa que tenemos tus huellas en el cuchillo del bar.

Uriel se tensó en la silla.

—¿Qué coño...? ¿Un truco? Que te jodan, zorrita...

Rojo sonrió, y cuando Rojo sonreía, hasta los buitres parpadeaban.

—¿Qué pasa? Pensabas que podías venir a empujar policías y salirte con la tuya. Pero resulta que ahora estás metido en un caso de homicidio y tráfico de drogas. Un dos por uno, cortesía del Cuerpo nacional.

El tipo apretó los puños. Las esposas hicieron música.

—¡Sois un puto coñazo! ¡No tengo nada que ver con esa mierda!

—Claro, claro. Y yo soy la Virgen de los Desamparados.

Serrano, que hasta ese momento observaba la escena como si estuviera viendo un viejo documental sobre sí mismo, se acercó con la calma de aquellos que han perdido la fe, pero no el procedimiento. Se sentó frente a Uriel y la luz de la lámpara acentuó

sus ojeras. Su rostro reflejaba a alguien que ha pasado más horas hablando con detenidos que con su propia familia.

Había aprendido algo en todos esos años: los hombres como Uriel no eran leales por convicción, sino por miedo. Y el miedo, cuando se administraba correctamente, era más efectivo que cualquier código penal. La lealtad se compraba, se vendía o se rompía. Siempre había un precio.

—Deja que te diga algo. A mí el asesinato de Ludmila me da igual, pero a ellos no. Lo que me interesa es el ruido que hace alrededor. El negocio. La droga. El dinero. Ese es el problema. Y tú estás justo en medio.

Uriel lo miró, desconcertado.

—¿Qué coño quieres de mí?

—La verdad. El «Tusi».

El motero soltó una risa amarga, sin humor.

—¿Tú crees que todo eso lo controla Johnny? Metieron moros en el negocio, traficaban por el puerto y pensaban que podían controlarlo todo.

Serrano miró el reloj. Dos horas. Dos horas perdidas mientras Uriel jugaba al héroe de carretera. Pensó en Ludmila con los ojos abiertos. En Raquel. Se puso en pie.

—Dímelo tú.

—No sé nada de eso.

Dada la negativa, el policía clavó la mirada en Rojo y, por un instante, entendió que tenía que moverse si quería ganarse su respeto. Con Agulló, eso ya estaba hecho. Se puso en pie y le soltó un puñetazo que mandó al motero directo al suelo junto a la silla.

—Joder... —murmuró Agulló—. Ya basta. Nos estamos desviando.

Rojo le hizo un gesto para que aguantara sin abrir la boca.

Uriel apenas pudo articular palabra desde el suelo.

—¿Tú te crees que soy gilipollas? —le espetó Serrano.

—¡Para, joder! Vale... Lo he entendido —murmuró, dolorido—. Los Bernabeu la movían con un irlandés, en casa de la ex del químico, pero les salió mal...

—¿Mal, por qué?

—Los putos ucranianos...

—¿Dónde está exactamente?

Uriel levantó los ojos, el sudor bajándole por la sien.

—No lo sé. ¿Vais a llamar a mi abogado de una puta vez?

No terminó. La radio en el cinturón de Serrano cobró vida. Una voz distorsionada llenó la sala:

«Atención, código tres en Arenales del Sol. Tiros confirmados en la Urbanización Altos del Mar. Varios muertos. Posible enfrentamiento armado. Vehículos implicados: furgoneta blanca. Nombres preliminares: Raúl Torres, Rubén Guzmán...».

Rojo se enderezó de golpe.

—Mierda... Arenales.

Agulló ya estaba de pie, con la expresión endurecida.

—Un tiroteo con varios muertos... Tenemos que ir.

Serrano miró a Uriel. El tipo estaba pálido, como si la radio acabara de leerle la sentencia.

—Es el laboratorio, ¿verdad? Lo sabías, cabronazo.

Uriel no respondió.

Serrano se levantó, sosteniendo la chaqueta en una mano.

—¡Agulló, llama a Alicante! Si esto es lo que parece, acabamos de abrir otra puerta al infierno.

Rojo lo miró con una mezcla de rabia y urgencia.

—¿Y el homicidio? Este imbécil va a cantar.

Serrano ya estaba en la puerta.

—Se queda bajo custodia. Después hablamos.

***

Serrano caminaba delante, abriéndose paso entre los agentes que se apartaban sin saber si era un superior o un tipo a punto de estallar. Rojo y Agulló lo seguían de cerca, cada uno en su propio silencio. Arenales ardía y todos lo sabían.

El ascensor tardó una eternidad. El motor sonaba como un corazón enfermo. Serrano aprovechó ese tiempo para sacar un cigarrillo.

—Prohibido fumar —dijo Agulló, sin convicción.

—Multa a Recursos Humanos.

Rojo exhaló una risa breve.

—Tú y tu jodido carácter. Algún día te va a costar el cuello.

Serrano no respondió. El ascensor se abrió. El espejo del fondo reflejaba tres figuras distintas: el veterano marcado por cicatrices, la inspectora meticulosa con ojos de hielo y el hombre cansado, cuya sombra parecía estar siempre en su rostro.

Serrano pensó en Ludmila. Pensó en todas las Ludmilas que había conocido en su carrera. Mujeres que creían que el engaño era un billete de salida y descubrían demasiado tarde que solo era el precio de entrada.

—Esto no es un accidente —dijo Serrano—. Es una guerra.

—Conoces a las víctimas, ¿verdad? —preguntó Agulló—. Lo he notado en tus ojos.

—Por supuesto. Son gente de los Parres. Ese cabrón lo sabía. Los moteros están metidos en esto.

—¿Parres? ¿Qué tiene que ver esto con los Bernabeu y el asesinato que investigamos? —preguntó Rojo—. Me estás tocando los cojones, Serrano. Estos tipos no van a cantar ni media.

—Confía en mí, inspector. Los tenemos. Estamos ya casi encima de ellos, puedo sentirlo.

—Yo no confío en nadie.

Cuando llegaron al aparcamiento, la noche ya había caído sobre Alicante. Serrano se detuvo junto a su BMW. No era miedo lo que sentía, sino esa certeza que precede a las malas decisiones. El presentimiento de que la siguiente curva no tiene salida. La radio seguía repitiendo el código tres, el eco de los disparos en Arenales.

Encendió el motor, y el rugido del coche rompió la quietud.

Pisó el acelerador y el vehículo se lanzó hacia la carretera. Rojo y Agulló iban detrás, siguiendo su estela. La autovía hacia Santa Pola estaba casi vacía, solo los camiones y el brillo lejano del mar.

En la radio, una voz continuaba actualizando la situación:

«Múltiples víctimas, fuego cruzado, sin presencia civil confirmada».

Serrano bajó el volumen. Prefería el sonido del viento, que al menos no daba malas noticias.

Pensó en lo que Uriel había dicho: el «Tusi», el laboratorio, el irlandés, Ignacio. Detrás de cada cadáver, un negocio. Detrás de

cada negocio, un político. Detrás del político... nada. El vacío bien pagado.

Aceleró un poco más. El sonido del viento contra la chapa se mezcló con su respiración entrecortada.

—Santa Pola, Arenales, La Marina... —murmuró—. Siempre el mismo maldito corredor. El paseo marítimo del crimen.

Agulló le habló por el manos libres.

—¿Qué esperas encontrar allí?

—Respuestas. Y si no, alguien que las tenga a hostias.

—¿No te has desahogado lo suficiente?

—Ni siquiera había empezado con él...

Rojo intervino desde atrás.

—¿Qué esperas encontrar?

Serrano tragó saliva.

—Una carta para que Eduardo nos cuente quién mató a Ludmila Kowalska.

El mar se vislumbraba a lo lejos, oscuro y sin reflejos, como una advertencia. Serrano apretó el volante, consciente de que lo que les esperaba en Arenales del Sol no era una simple redada. Era el punto de quiebre. El lugar donde todo se entrelazaría: las muertes, los Bernabeu, la droga y la corrupción.

Apretó los dientes, sintiendo cómo el motor del BMW rugía bajo sus pies.

—La vida es venta. Y esta noche toca cobrar.

31

Díaz

El ruido metálico se había retirado horas atrás como un camión de desguace que por fin encuentra una cuneta donde morir, pero el zumbido seguía pegado a las paredes de la fábrica, vibrando bajo la pintura como un corazón de repuesto que no entiende de horarios ni de convenios. Arriba, en el santuario de cuero gastado y ambición rancia que Fernando Díaz llamaba despacho —la placa decía «Dirección de Operaciones», aunque todos en el puerto lo conocían como «El Gordo» y eso resolvía cualquier organigrama—, olía a Ducados negro y colonia comprada en el mercadillo de Guardamar.

La lámpara arrojaba un cono de luz amarilla sobre un teléfono fijo que vibraba.

Díaz dejó que el suspense hiciera su numerito. Tres, cuatro, cinco segundos. Entonces descolgó.

—Omar —dijo con esa voz baja y ronca, de garganta desgastada por tres décadas de bares de polígonos—. Te estaba esperando.

Al otro lado, el marroquí hablaba en un castellano salpicado de acentos.

—La carga está lista. Sale esta noche. No más retrasos, Díaz.

«El Gordo» Díaz asintió por instinto, consciente de que el gesto cruzaría el cable por pura mala costumbre.

—Omar —dijo con esa voz baja y ronca—, todo listo para la fiesta.

—Más te vale. He oído que hay muchos invitados indeseados últimamente.

—Los porteros están bien pagados. Nadie entrará sin invitación.

—¿Seguro? Porque mi proveedor de catering no acepta devoluciones.

Díaz apretó el teléfono.

—Sofía tiene la lista de invitados. No habrá sorpresas.

Se oyeron papeles al otro lado, quizá una cerilla.

—Ella confía demasiado en ti.

—Es el secreto del negocio familiar.

—En mi país hay un refrán que dice: consulta a una mujer y haz lo contrario.

—Este no es tu país —zanjó Díaz—. Tú ocúpate de tu mar; nosotros del puerto.

—No me falléis. El mar no perdona a los débiles.

—Ni nosotros a los traidores.

Colgó antes de que la conversación se convirtiera en un intercambio de refranes. El clic resonó en la madera y en las costillas de Díaz, quien miraba el aparato como si el plástico pudiera predecir su futuro. Sofía le había pedido que mantuviera a Omar bajo control, que calmara las aguas tras lo de Ignacio. Díaz lo había hecho, con la paciencia que tenía. Sin embargo, el peso le aumentaba entre los omóplatos como una deuda antigua.

Tomó la botella de J&B de la estantería y se sirvió un whisky en un vaso de cristal. Luego se acercó a la ventana. Abajo, la nave principal —alma, pulmón y columna vertebral del imperio Bernabeu— yacía parcialmente en reposo: trabajadores afuera, pasillos iluminados y el viento colándose por los respiraderos. Era un ambiente familiar, casi doméstico, como si su salón estuviera equipado con palés y una tenaza del tamaño de una bicicleta.

El chirrido de la puerta llegó como el primer crujido antes del derrumbe.

Díaz no se giró. No hacía falta. Conocía ese silencio que entraba con Tomás Bernabeu, ese vacío que absorbía el oxígeno de cualquier habitación. El olor a colonia cara —Acqua di Parma, no basura de mercadillo— confirmó lo que su nuca ya sabía.

—No esperaba visitas —dijo al cristal.

—Ni yo tener que venir.

Díaz se dio la vuelta con lentitud, pero su cuerpo se tensó. Tomás Bernabeu se encontraba en el umbral, apoyado en un bastón que servía a la vez de soporte y de cetro. Vestía una chaqueta gris, tenía el rostro demacrado y en sus ojos resplandecía un brillo autoritario que había hecho temblar a contenedores más grandes que un viejo Seat.

—Don Tomás… —El vaso regresó a la mesa sin derramar, cosa rara en él—. No lo esperaba por aquí.

—Ya lo imagino. —Tomás entró sin pedir permiso, olfateando el despacho como un perro viejo que todavía recuerda dónde enterró los huesos—. No he perdido el oído, Fernando. «La fiesta está lista», ¿eh? No es un buen momento para traer juguetes nuevos al puerto.

—El negocio no puede parar. Su hija quiere...

—Mi hija quiere demasiadas cosas. Siempre fue caprichosa. —Hizo una mueca que intentaba ser sonrisa, pero solo transmitía amenaza —. Culpa mía por criar herederos de escaparate. Pero lo que yo quiero, Fernando, es que este negocio siga llevando mi nombre, no el de una niña jugando a ser jefa.

Díaz se humedeció los labios, conteniendo el comentario que iba a costarle un diente.

—Sofía sabe lo que hace. La ciudad está tranquila, Parres no se ha movido y los acuerdos siguen en pie.

Tomás se apoyó en el bastón y lo miró con una sonrisa cargada de veneno.

—La calma, Fernando, es el prólogo de la tormenta. Y tú lo sabes.

Díaz sostuvo la mirada un segundo y luego la dejó caer a la altura de los zapatos, unos italianos que costaban el salario anual de un operario. Por dentro, algo le anunciaba que el viejo venía con equipaje.

Tomás avanzó despacio hacia la mesa, palpó el borde del escritorio con la mano libre, como si quisiera recordar cada centímetro de lo que antes le pertenecía. En el cristal quedaban huellas viejas de su tiempo al mando: colillas apagadas, manchas de whisky, un par de arañazos que Sofía había intentado disimular con barniz.

—¿Sabes, Fernando? —Bajó la voz como quien cuenta un secreto —. A veces pienso que el mundo se ha hecho pequeño para los hombres como nosotros. Antes bastaba una palabra, un apretón de manos, y el puerto obedecía. Ahora firman mujeres, las putas hacen de mensajeras y los polis de empresarios.

—Con todos los respetos, don Tomás… —Díaz suspiró—. Las cosas cambian. Sofía ha sabido adaptarse, mantener el nombre y el respeto de la familia. Tiene cabeza. No mueve un dedo sin pensar diez jugadas por delante.

Tomás sonrió con esa mueca amarga que solo usaba cuando iba a decir algo cruel.

—Eso lo aprendió de mí. Pero se equivoca si cree que la cabeza basta para gobernar. En este negocio, la cabeza es solo el envoltorio. Lo que importa son las tripas.

—Ella ha mantenido el orden —insistió Díaz, con firmeza prestada —. Evitó que Parres se hiciera con la ciudad, que la sangre corriera. Cerró grifos, secó charcos. Y en estos tiempos, eso es casi un milagro.

El bastón golpeó con fuerza el cemento.

—La sangre es la tarifa del respeto, Fernando. Sin sangre no hay miedo, y sin miedo no hay obediencia. Eso lo olvidó Ignacio, y Sofía parece empeñada en huir de lo inevitable.

Díaz dejó el vaso en la mesa.

—Don Tomás, con todo mi respeto... Sofía no es Ignacio. Ella ha mantenido este negocio a flote mientras usted estaba... recuperándose. Los marroquíes confían en ella. Parres no se ha movido. Si arruinamos esta operación, Omar no volverá a hacer negocios con nosotros.

—Omar hará lo que le convenga. Como todos.

—Y si Sofía descubre que fui yo...

El bastón golpeó de nuevo el suelo.

—¿«Si Sofía descubre»? —Tomás se acercó, invadiendo su espacio —. Fernando, llevamos quince años juntos. ¿Cuántos cadáveres has enterrado por mí? ¿Cuántas veces te he salvado el pellejo cuando la cosa se puso fea?

Díaz sostuvo la mirada, pero sintió cómo el suelo se volvía arena.

—Todos.

—Exacto. Todos. Así que no me vengas ahora con dudas de conciencia. Sofía es mi hija, pero esto es mi negocio. Y si tengo que quemarla para salvarla, lo haré. Además, ¿qué mosca te ha picado? Parece que estés con ella.

—Intento ser honesto. Me conoce bien, don Tomás.

—Ignacio era un idiota, pero un idiota con rabia. Sofía tiene cerebro, sí, pero le falta saña. Un imperio no se conduce con buenas intenciones; se alimenta con miedo, se lubrica con dinero y se guarda en cajas que nunca se abren delante de un juez.

La quietud de la sala se alargó tanto que parecía que el tiempo se había detenido para fumarse un cigarrillo. Solo se oía el bastón del anciano golpeando el suelo, lento y paciente, como un metrónomo marcando el compás de la desgracia que se acercaba.

—Escúchame bien, has estado a mi lado desde el principio. Desde que esta empresa era un galpón en ruinas y yo tenía que pagar a los trabajadores en efectivo, temiendo que la policía me esperara en la puerta. Te he dado todo lo que tienes. Juntos hemos construido esto.

—Nunca lo he olvidado, señor.

—¡Entonces hazme caso una vez más, *desgraciat!*

El insulto en valenciano cayó como un sello notarial. Díaz alzó una ceja, desconfiando.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero que llames a uno de tus contactos en la policía. El que trabaja en Santa Pola.

Fernando se enderezó como si le hubieran metido corriente por la espalda.

—¿Para qué?

—Quiero que sepan de la entrega del marroquí.

El aire se espesó.

—Eso sería un suicidio. La policía aparecería en el puerto y lo arruinaría todo. Sofía me pidió que mantuviera el perfil bajo. Morirán nuestros hombres.

—Lo sé. —Tomás bajó el tono, con una calma que asustaba—. Pero Sofía necesita un recordatorio. Un pequeño escarmiento. Algo

que la haga entender que todavía hay cosas más grandes que su orgullo.

—¿Escarmiento? —Díaz repitió, incrédulo—. ¿Está diciendo que quiere tenderle una trampa a su propia hija?

Tomás lo miró como si acabara de hacerle una pregunta idiota.

—Digo que quiero ponerla a prueba. Ver si está a la altura del apellido.

Díaz lo observó, sin respiración. En esos ojos no había ni rastro del padre que lloró en el entierro de Ignacio. En ese instante, lo comprendió: Tomás no había vuelto para jubilarse. Había vuelto a reclamar su trono.

—Si no lo haces tú —añadió el patriarca—, lo haré yo. Pero después no vengas a pedirme que confíe en ti.

La amenaza flotó en el aire como gasolina esperando la cerilla.

Díaz tragó saliva. Tenía el alma atascada en la garganta. Traicionar a Sofía era una opción tan repugnante como negarle algo al hombre que aún podía decidir si al amanecer él seguirá respirando.

Se quedó inmóvil, con las manos apoyadas sobre el escritorio. El vaso de whisky seguía ahí, a medio terminar, pero el líquido se había vuelto amargo en su boca. Frente a él, el teléfono fijo parecía pesar una tonelada.

—Don Tomás, esto no tiene sentido. Si aviso a la policía, perderemos a Omar, perderemos la carga y con ella medio negocio.

El viejo se giró hacia él con calma, una sonrisa leve dibujada en los labios.

—¿Tú crees que esto va de dinero, Fernando? Esto va de control. Si la policía mete la nariz, veremos quién corre, quién miente y quién se queda a dar la cara. Es una auditoría moral.

—Pero Sofía no lo entenderá…

—¡Oh, sí lo hará! El miedo es el mejor maestro. Mi hija ha olvidado lo que significa sentirlo. ¿Acaso crees que ese *fill de puta* de Parres tardará mucho en agujerearle el coche? ¡No seas ingenuo, por Dios!

Tomás se acercó a la ventana y apartó la cortina con el bastón. Afuera, el polígono parecía una maqueta dormida, lista para incendiarse con solo un chasquido.

—Cuando esto empiece —dijo sin mirar atrás—, tendrá que demostrar de qué está hecha. Si aguanta y mantiene a los socios, sabré que es digna. Si no, el apellido vuelve al dueño original. Así de simple.

Díaz sintió el sudor correrle por la espalda.

—No quiero ser parte de esto.

—¡No tienes elección! Haz la llamada.

Fernando respiró hondo y se limpió las manos en el pantalón. Tres tonos. Una voz dormida contestó.

—¿Sí?

—Soy yo. —Díaz cerró los ojos—. ¿Te acuerdas de ese pescador que te debía dinero?

El tipo con el que hablaba despertó del todo.

—¿Qué pescador?

—El marroquí viene esta noche a cobrar. En el puerto de Santa Pola, se avistará una embarcación pequeña, sin bandera, después de las dos.

Silencio. Luego, cauteloso:

—¿Esto es una broma?

—Dile a tu jefe que le debe uno a los viejos tiempos.

Colgó antes de que la voz pudiera convertirse en pregunta.

Tomás se giró, satisfecho, casi paternal.

—Sabía que podía contar contigo.

Díaz no contestó. Miró esa cara arrugada y tranquila, la de un predicador que acaba de firmar un genocidio en nombre del orden.

—Esto es por el bien de todos —añadió Tomás, con voz pausada —. Una pequeña tormenta antes de la calma.

Se ajustó el abrigo, tomó el bastón y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo.

—Y, Fernando… no pierdas el sueño por esto. No es personal, solo negocios. Y en los negocios, los inocentes son una especie en extinción.

La puerta se cerró lentamente tras él.

Encendió un cigarrillo y apoyó las manos en el escritorio. Acto seguido, tomó la botella de J&B y se sirvió otros dos dedos de

whisky en el vaso. Los bebió de un trago, dejando que el alcohol le hiciera de anestesia temporal.

Se quedó inmóvil frente a la ventana, con el teléfono todavía caliente en su mano, como una prueba del delito. Abajo, las luces del polígono parpadeaban indiferentes. En algún lugar de esa oscuridad, hombres de Sofía preparaban la recepción de una carga que nunca llegaría. Hombres que confiaban en él. Hombres que morirían o irían presos por su llamada.

Se sirvió otro whisky. Le temblaba la mano.

Pensó en Sofía recibiendo la noticia. En cómo su rostro se endurecería, en cómo empezaría a atar cabos, a buscar al traidor. Y lo encontraría. Siempre lo hacía.

—Perdóname, muchacha —susurró al cristal—. Pero tu padre sigue siendo tu padre.

El whisky le supo a ceniza, pero lo bebió igual.

Apagó la luz y dejó que la oscuridad se tragara el despacho. En algún lugar del puerto, el reloj marcaba las horas que faltaban para la redada. Para la traición. Para el principio del fin.

Y Fernando «El Gordo» Díaz, sicario, confidente y ahora Judas, se quedó a solas con su conciencia y una botella que nunca sería suficiente para ahogarla.

32

Sofía

El Audi negro tomó el camino de grava hacia la finca Bernabeu. Las ruedas crujían. Levantaban polvo. El sol de la tarde proyectaba sombras alargadas de las palmeras que habían visto crecer imperios y caer hombres.

Sofía conducía con una mano en el volante, la otra tamborileando sobre el muslo. Ese ritmo nervioso de quien sabe que va a enfrentarse a algo desagradable pero inevitable.

En el asiento del copiloto, una bandeja con coca de verduras aún caliente, envuelta en papel de aluminio. Su madre adoraba esa receta. Una de las pocas cosas que quedaban del mundo de antes, cuando las cenas familiares significaban más que estrategia y poder. En el suelo, una botella de vino tinto del Hondón de las Nieves. Tomás compraba por cajas cuando aún estaba al mando y el apellido Bernabeu no necesitaba demostraciones.

Pequeñas ofrendas. Gestos de normalidad en una familia donde nada había sido normal desde hacía años.

Aparcó frente a la entrada principal, bajo la sombra de un naranjo centenario. Apagó el motor y se quedó unos segundos en silencio, mirando la fachada de piedra. Las ventanas la observaban como ojos vacíos.

Cogió la bandeja y la botella y salió.

Caminó hacia la puerta, sintiendo el calor de la coca en las manos y, sobre los hombros, el peso de lo que la esperaba dentro.

Llamó dos veces. La empleada, una mujer mayor con delantal blanco y mirada esquiva, abrió, con una sonrisa sin calidez.

—Sofía... Pase, por favor. Doña Teresa está en el salón.

El interior era fresco. Un alivio. Caminó por el pasillo hasta el salón, donde Teresa estaba sentada junto a la ventana, cosiendo. Sus manos ocupadas, su mente en otro lugar. Como siempre que su marido y su hija estaban en la misma habitación.

—¡Hola, mamá!

Sofía dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar. Con cuidado. Como una ofrenda ante un altar familiar.

Teresa levantó la vista. Su rostro se iluminó apenas un instante. Ese destello breve de alegría que se apaga cuando la realidad vuelve.

—Hija… No esperaba verte hoy.

—Te he traído coca. De verduras, como te gusta. —Sofía mostró la botella—. Y vino del Hondón. Para papá.

Teresa dejó la costura a un lado y se levantó despacio. Esa parsimonia de quien ha aprendido que cada movimiento puede tener consecuencias. Se acercó y tomó las manos de su hija entre las suyas. Estaban frías, a pesar del calor.

—¡Gracias, cariño! Hacía tiempo que no...

No terminó la frase. No hacía falta. Ambas sabían que las visitas familiares se habían vuelto campos de batalla desde el regreso de Tomás.

—¿Dónde está?

Teresa no necesitó preguntar a quién se refería.

—Arriba.

El bastón golpeó el techo. Una vez. Dos. Como si Tomás marcara territorio incluso desde lejos.

—Dice que baja en un momento.

Sofía miró la escalera de madera oscura que conducía al segundo piso. Reconocía ese «en un momento». La manera de su padre de mostrar quién mandaba. De hacer esperar. De recordar que el

tiempo de los demás dependía del suyo. Siempre había sido así. Incluso antes del secuestro. Antes de lo de Ignacio.

Se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la mesa.

—Bueno, pues esperaré.

Teresa volvió a su silla y recogió la costura. Sus manos temblaban ligeramente. Sofía lo notó. Lo notaba siempre. Su madre llevaba décadas perfeccionando el arte de ocultar el miedo, pero con ella nunca lo lograba del todo.

Sofía se acercó a la ventana. Los campos de palmeras se extendían más allá de la finca. Su finca. Su reino. O eso había creído hasta que Tomás volvió con ese bastón y esa mirada que lo había cambiado todo.

El sonido llegó desde arriba. Golpes lentos del bastón. Tomás Bernabeu descendió por la escalera y entró en el salón sin prisa. Sin ruido. Su presencia era suficiente para cambiar la temperatura de la habitación.

—Sofía.

—Papá.

Él miró la botella sobre la mesa. Luego la bandeja envuelta.

—Veo que has traído regalos.

—Coca para mamá. Vino para ti. Del Hondón, como te gustaba.

Tomás cogió la botella. La examinó con ojo crítico. Como si estuviera evaluando algo más que el vino. Como si estuviera midiendo intenciones. Lealtades. Debilidades.

—Cosecha del veintitrés. No está mal.

La dejó de nuevo sobre la mesa con un golpe suave.

—Pero no has venido solo a traer comida, ¿verdad?

Sofía sintió la trampa cerrándose antes de darse cuenta de que había entrado en ella. Así funcionaba su padre. Siempre tres pasos por delante.

—Venía a ver a mamá.

—Por supuesto.

Tomás caminó hasta el sillón de cuero gastado. El que había sido suyo durante treinta años, antes de que el secuestro lo apartara. Se dejó caer con un suspiro que sonó a cansancio y a algo más profundo.

—Siéntate, hija. Ya que estás aquí, me gustaría hablar contigo.

Sofía se giró. No se sentó.

—Prefiero estar de pie.

Tomás sonrió. Una sonrisa sin humor.

—Siempre tan terca. Como tu madre.

Teresa levantó la vista por un instante. Luego regresó a la costura. Sus dedos temblaban. El hilo se le escapó dos veces antes de que lograra enhebrar la aguja.

Tomás dejó el bastón apoyado en el brazo del sillón y entrelazó las manos sobre su regazo. Manos que habían construido imperios. Manos que habían matado.

—¿Cómo van las cosas?

—Tranquilas, supongo.

Sofía chasqueó la lengua.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. La salud mejora, poco a poco. ¿Y el negocio?

—Sin sobresaltos, por el momento.

—Me alegra oír eso. La gente habla, ya sabes.

—No me importa. Tengo un plan de expansión que puede beneficiarnos mucho.

Tomás enarcó una ceja.

—Tú dirás.

—El mercado de los anabolizantes. Los gimnasios tienen más demanda que nunca. Hay uno en cada esquina. Seríamos pioneros. Eso nos evitaría competencia.

El hombre hizo un gesto de desaprobación con la mano. No necesitaba oír más.

—Me parece una idea pésima.

—¿Pésima? ¿Prefieres seguir metido en el negocio de la droga? ¿Con la suerte de que te caiga una redada o de que la lancha se pierda en medio del mar?

—Hija, cuando te dedicas a lo que sabes, no apuestas a la suerte. Apuestas a la certeza de que nadie lo hace mejor que tú.

—En este negocio no existen las certezas.

El hombre respiró antes de proseguir.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un amo y un esclavo?

No esperaba respuesta. Nunca esperaba respuestas cuando daba lecciones.

—El esclavo cree que no es libre porque no puede elegir a qué hora levantarse. El amo sabe que nunca es libre, porque todos dependen de él.

Sofía frunció el ceño.

—No estoy para filosofía, papá.

—Pues deberías.

Tomás levantó la vista y la clavó en ella con esos ojos que habían visto demasiado.

—Porque ahora mismo estás en ese punto peligroso donde el esclavo empieza a pensar que puede ser amo.

El golpe fue directo. Certero. Sofía apretó la mandíbula.

—He mantenido esta familia en pie mientras tú no estabas.

—Lo sé. Y has hecho un trabajo... aceptable.

—¿Aceptable? He evitado que los Parres nos destrozaran. He mantenido las rutas abiertas. He negociado con gente que habría preferido verme muerta. ¿Y lo llamas aceptable?

Tomás asintió despacio. Como un maestro que evalúa a un alumno que aún no entiende la lección completa.

—Sí. Aceptable. Porque sobrevivir no es lo mismo que mandar. Y tú todavía no sabes la diferencia.

Teresa dejó de coser.

Sofía se acercó un paso e invadió el espacio de su padre.

—¡Ilumíname, entonces! Explícame qué es lo que no entiendo.

Tomás se recostó en el sillón. Como un rey en su trono recuperado. Habló con esa calma terrible de quien tiene todo el tiempo del mundo.

—Cuando yo empecé en este negocio, no tenía nada. Ni contactos, ni dinero, ni respeto. Solo tenía hambre.

Dejó que las palabras calaran.

—Y aprendí algo que tú todavía no has aprendido: que en este mundo hay dos tipos de personas. Los que tienen el poder y los que creen tenerlo.

—¿Y yo qué soy?

—Todavía no lo sé, hija.

La respuesta cayó como una losa.

—Por eso estoy aquí. Para orientarme.

—Soy tu padre.

Sofía sintió un ardor en el pecho. Orgullo, rabia y miedo se entrelazaban en un cóctel que le quemaba las entrañas.

—He tomado decisiones difíciles. He hecho cosas que tú nunca tuviste que hacer.

—¿Cosas difíciles?

Tomás soltó una breve carcajada. Sin alegría.

—Hija, tú no sabes lo que son las cosas difíciles. Crees que negociar con el marroquí es complicado. Que mantener a los hombres en línea es complicado. Pero eso no es nada comparado con lo que viene.

—¿Y qué viene?

Tomás la miró largo rato. Como quien mide el temple de un soldado antes de la batalla. Luego se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—La traición.

La palabra flotó en el aire.

—Siempre viene la traición.

Teresa dejó la costura sobre su regazo. Manos quietas. Esperando.

—No confío en nadie que me pueda traicionar —dijo Sofía y levantó el mentón.

—Ese es tu error.

Tomás negó con la cabeza.

—No puedes confiar en nadie, Sofía. En nadie. Ni en tus hombres más cercanos. Ni en los que te juran lealtad cada mañana. Porque todos, absolutamente todos, tienen un precio.

—Todos no. Díaz es leal.

—Díaz es leal a quien le paga.

La respuesta fue cortante como un cuchillo.

—Si mañana Parres le ofrece el doble, ¿crees que seguirá siendo leal a ti?

—Sí.

—Entonces eres más ingenua de lo que pensaba.

Sofía sintió las palabras como bofetadas. Se acercó otro paso. Quedó frente a su padre. Tan cerca que podía oler el tabaco en su ropa. El vino en su aliento.

—¿Me estás diciendo que no confías en tu propia gente?

—Te estoy diciendo que no confío en nadie que tenga algo que perder.

Tomás se levantó despacio. Se apoyó en el bastón, con un esfuerzo que le recordaba que ya no era el hombre que fue.

—Y todos tienen algo que perder, hija. Todos. Incluso tú.

Se acercó a ella. Hasta que estuvieron cara a cara. Su voz bajó hasta convertirse en un murmullo.

—Mira a tu alrededor. Mira bien. Cada hombre que te sonríe, cada socio que te da la mano, cada empleado que baja la cabeza cuando pasas... Todos están calculando su jugada. Todos están pensando cuánto podrían ganar si tú no estuvieras. Esa es la naturaleza del poder, hija. No es algo que se tiene. Es algo que se arranca cada día de las manos de los que quieren quitártelo.

—Eso es paranoia.

—No. Es supervivencia.

Tomás dio un paso atrás.

—Y si no lo entiendes, no durarás ni un año al frente de esta familia.

Sofía respiraba con dificultad. Sentía la rabia subirle por la garganta, como bilis.

—He demostrado que puedo mandar.

—Has demostrado que puedes administrar. Que no es lo mismo.

—¿Cuál es la diferencia?

Tomás la miró como si la respuesta fuera obvia.

—El administrador mantiene las cosas en orden. El que manda las rompe cuando hace falta. Y tú todavía no has roto nada.

—Rompí con Parres cuando...

—No.

Tomás la interrumpió con un gesto.

—Negociaste con Parres, lo cual es diferente. Negociar implica reconocer que el otro tiene algo que tú necesitas. Y un Bernabeu nunca admite eso. Nunca.

El silencio se extendió como una cuerda a punto de romperse. Teresa se levantó lentamente. Como si quisiera intervenir. Pero Tomás levantó una mano sin mirarla. Solo un gesto. Y ella se quedó inmóvil. Treinta años de matrimonio le habían enseñado cuándo hablar y cuándo callar.

Tomás caminó hacia la ventana. Miró los campos que se extendían más allá. Habló sin girarse. Como si hablara con los fantasmas de su pasado:

—Al principio de ser empresario, había uno que me robaba cada semana.

El hombre hizo una pausa adrede, luego continuó su discurso:

—Fui a su casa. No para negociar. —El bastón golpeó suavemente el suelo—. Lo maté delante de su mujer. Delante de sus hijos.

Teresa dejó caer la costura.

—Su hijo menor tenía siete años. Los mismos que Ignacio.

Entonces se giró hacia Sofía.

—¿Sabes qué aprendí esa noche? Que el poder no se negocia. Se demuestra. Una sola vez. Y nadie vuelve a dudarlo.

Sofía tragó saliva. El aire se había vuelto irrespirable.

—¡Tomás, por favor! —le reprochó Teresa.

—¿Qué, mujer? Ya es mayor para escuchar como la adulta que es.

—Déjalo, mamá. Eso fue hace treinta años. Otro tiempo.

—Los tiempos no cambian, Sofía. Solo cambian los nombres.

El hombre se giró. En sus ojos había algo oscuro. Algo que siempre había estado ahí.

—Y si crees que puedes mandar sin mancharte las manos, estás equivocada. Este negocio no se construyó con buenas intenciones. Se construyó con miedo. Y el miedo solo se consigue con sangre.

—No soy como tú.

—Lo sé.

La respuesta fue suave. Casi triste.

—Y eso es un problema.

Sofía sintió algo quebrarse dentro. Pero no lloró. No se lo permitiría. No delante de él.

—Has hecho bien durante mi ausencia.

Tomás habló con un tono casi conciliador. Pero con ese filo que nunca desaparecía del todo.

—Has mantenido las cosas funcionando. Has evitado el desastre total. Me has salvado.

—¿No te parece suficiente?

—Tiene mérito. Estaré agradecido toda mi vida. Pero mandar no es mantener. Mandar es tomar decisiones que nadie más tiene los cojones de tomar. Y tú todavía no estás lista para eso.

—¿Y cuándo lo estaré?

Tomás sonrió. Una sonrisa triste.

—Cuando tengas que elegir entre salvar a alguien que quieres y salvar el negocio. Cuando tengas que mirar a los ojos a un hombre que te ha sido leal toda su vida y ordenar que lo maten. Cuando tengas que traicionar a tu propia familia para protegerla. Ese día, sabrás que estás lista. Y rezarás para no estarlo.

Sofía sintió un escalofrío recorrerle la columna.

—Espero que ese día no llegue nunca.

—Llegará.

Tomás se acercó a ella. Puso una mano en su hombro, con una pesadez casi paternal.

—Y cuando llegue, espero que estés preparada. Porque si no lo estás, esta familia se hundirá. Y todo lo que hemos construido se irá al carajo. Todo lo que tu abuelo construyó. Todo lo que yo construí. Todo lo que Ignacio murió defendiendo, aunque fuera un idiota.

—Ignacio no murió defendiendo esta familia.

La mirada vidriosa de ella no se apartó de la de su padre.

Tomás retiró la mano. Caminó lentamente hacia la puerta. Arrastrando su bastón.

Antes de salir, se detuvo, aunque no se volvió. Simplemente habló hacia el vacío.

—Una cosa más, hija. El poder no se hereda. Se arrebata. Y siempre hay alguien esperando el momento de arrebatártelo a ti. Tenlo presente cada mañana y cada noche.

Dejó el bastón en el umbral. Un bastón que ya no necesitaba para caminar, solo para recordar.

Sofía permaneció inmóvil en el centro de la habitación, sintiendo el peso de las palabras de su padre como cadenas invisibles. Teresa se acercó despacio, con los ojos llenos de lágrimas.

—No le hagas caso, hija. Está diferente desde que volvió.

Sofía la miró.

—¿Diferente o sincero?

Teresa no respondió. Solo la abrazó. Y en ese abrazo había algo que Sofía no supo identificar del todo. Miedo, quizás. O pena. O la certeza de que su marido tenía razón y que el mundo en el que vivían no perdonaba la debilidad.

Cuando se separaron, Sofía caminó hacia la ventana. Como había hecho su padre minutos antes. Miró los campos que se extendían más allá de la finca. Su finca. O eso había creído hasta hacía cinco minutos.

33

Serrano

Las sirenas recortaban la noche cuando Serrano aparcó el BMW frente a la urbanización Altos del Mar. El griterío policial se mezclaba con el rumor del mar. Arenales del Sol era donde los turistas venían a quemarse la piel y los narcos a quemarse entre ellos.

Rojo bajó del coche con la chaqueta abierta, los hombros cargados. Agulló salió detrás, muda, con ese gesto de contadora que calcula vidas y balas con la misma frialdad.

Avanzaron entre casquillos y cristales rotos. El primer coche patrulla iluminaba un adosado con la puerta reventada. Dentro, los de la Científica se movían como insectos con linternas.

Serrano fue el primero en entrar. La mesa estaba cubierta con matrices de plástico rosa. Cristales rotos brillaban bajo las linternas, asemejándose a diamantes falsos. El laboratorio que había estado buscando durante meses se encontraba en un espacio de apenas veinte metros cuadrados en un adosado playero. Un olor penetrante lo golpeó: cloro, sangre y el amargo aroma de metanfetamina mal cocinada.

Dos cuerpos en el suelo. Uno todavía apretaba un arma. El otro, boca abajo, con la espalda ventilada por media docena de agujeros.

Rojo se agachó, soltó una maldición.

—Raúl «El Niño» Torres y Matías «El Gato» Rojas —identificó Serrano—. Los dos de Parres.

Agulló frunció el ceño.

—¿Qué coño hacían aquí?

Serrano no contestó. Miraba el coche empotrado contra el muro, un BMW oscuro lleno de agujeros. En una mesa metálica, matrices, tubos y cristales rosados.

—El laboratorio —murmuró—. Llevaba meses buscándolo.

Un agente joven se acercó.

—Inspector, la Científica confirma que el tiroteo fue a corta distancia. Casquillos de dos calibres. Todo apunta a emboscada.

Serrano asintió.

—¿Registraron las pertenencias?

—Estamos en ello.

Caminó hasta la ventana rota. Desde allí podía ver el reflejo del mar. Cerró los ojos un instante. Uriel no había mentido del todo.

Rojo se acercó.

—¿Qué piensas?

—Que alguien sabía que Torres y Rojas vendrían. O los mandó directo al matadero.

—¿Los marroquíes? —preguntó Agulló.

Serrano observó las balas incrustadas en la pared.

—Puede ser. También podría ser una de las familias. Alguien que juega en los dos bandos.

Rojo ajustó la mirada al escenario.

—¿Crees que es cosa de Omar El Harraq?

Serrano tardó en responder.

—Demasiado limpio para ser su estilo. Esto parece trabajo de matones. Si Torres y Rojas estaban aquí, Parres intentaba robar mercancía. O sabotear un cargamento de polvo rosa.

—¿Para quién trabajaba «El Irlandés»?

—Buena pregunta. El «tusi» es producto novedoso. Si hay demanda, todos estarán dándose de hostias por su pedazo de pastel.

—Explícamelo en cristiano.

—La guerra ha empezado.

Agulló miró el cuerpo más cercano.

—Una guerra sin reglas.

—Ni aliados —añadió Serrano.

Un agente lo llamó desde fuera.

—Inspector, encontramos algo entre las pertenencias.

El agente se acercó con una bolsa de pruebas. Dentro, una cartera manchada de sangre y varias tarjetas. Serrano tomó la bolsa, la sostuvo a contraluz. Una de las tarjetas: fondo negro, letras doradas, logotipo en forma de palmera estilizada.

—«La Palmera» —leyó en voz baja.

Rojo arqueó una ceja.

—¿Un puticlub?

Serrano giró la tarjeta entre los dedos.

—Ludmila trabajaba allí. Y Raquel Ortega también.

Agulló se tensó.

—¿Raquel? ¿La informante que mataron antes de declarar?

—Esa misma.

Rojo levantó la bolsa.

—Entonces los de Parres tenían relación con el local. ¿Qué significa eso?

Serrano giró la tarjeta. Parres en territorio Bernabeu.

—Alguien iba a meter la mano en el avispero —murmuró Rojo.

—Alguien iba a traicionar a un jefe.

—O a una jefa —dijo Serrano—. La muerte de Ignacio es muy reciente.

Agulló cruzó los brazos.

—Entonces volvamos a Ludmila. Si estaba vinculada a ese club, y si los hombres de Parres sabían algo de ella, pudo ser el punto de cruce entre las dos familias.

Serrano negó.

—A esa chica la mataron por estar donde no debía.

Rojo bufó.

—Una puta muerta. Total, ¿qué más da?

—No me refiero a eso. Lo que digo es que Ignacio...

El agente de la Científica volvió con otra bolsa.

—Inspector, también había un móvil en el asiento del copiloto. Sin tarjeta SIM, pero con mensajes borrados. Estamos intentando recuperarlos.

Serrano se inclinó para mirar el dispositivo.

—Avise al técnico de Alicante —ordenó Rojo.

Aquello provocó una mirada furtiva del ilicitano.

—Quiero saber quién escribía los epitafios antes del tiroteo.

Agulló miró hacia la ventana. Las luces de las ambulancias parpadeaban en los charcos.

—Todo pasa por ese club. Ludmila, Raquel, Torres, Rojas…

Rojo se giró hacia Serrano.

—¿Dónde está «La Palmera»?

Serrano exhaló una nube de humo.

—Un club de carretera en la N-332, camino de La Marina. Propiedad de Laura Pérez, alias «La Viuda». Oficialmente, copas y música. En realidad, el burdel donde los Bernabeu lavan dinero.

Rojo se pasó una mano por la cabeza.

—Droga, prostitutas y cadáveres. Faltan los políticos y tenemos bingo.

—También los tienes, pero eso daría para otra investigación —dijo Serrano.

Apagó el cigarrillo en el suelo.

—Podemos visitar a «La Viuda» y hablar con ella, o esperar al fiscal, pedir una orden y, para cuando llegue, no quedará ni rastro de esa mujer ni del club.

—Es tarde —dijo Agulló—. ¿Tú qué dices, Rojo?

Rojo fumaba mirando los cuerpos.

—Nos estamos desviando del caso.

Serrano encendió otro cigarrillo sin responder. El silencio se alargó hasta que Agulló carraspeó.

—«La Viuda» lo sabe —dijo finalmente Serrano—. «La Palmera» es el eslabón.

—Si eso está conectado con ese garito —Rojo levantó la voz—, ya no hablamos de homicidio. Es una red. Trata, droga, tráfico humano. Y ese no es nuestro caso.

—Entonces, ¿qué carajo hago aquí?

—No sé. Tú sabrás.

—Vosotros pedisteis mi colaboración.

Agulló se acercó a él:

—Recuerda por qué estás aquí, Serrano. Y quién te sacó del hoyo.

El ilicitano la miró sin pestañear.

—No he olvidado nada. —Serrano levantó las manos—. ¿Sabéis qué? Al cuerno. Vosotros ganáis. Pero esto se está poniendo como una lavadora centrifugando. Cuando queráis apartaros, os daréis cuenta de que ya estamos dentro del tambor.

El silencio cayó entre ellos. A lo lejos, los técnicos cerraban las bolsas negras con sonidos secos. Serrano apartó la vista y caminó hacia el coche. El aire olía a sal y electricidad. A mitad de camino se detuvo. Las sirenas se reflejaban sobre el capó del BMW, un latido azul en la chapa.

Agulló lo alcanzó.

—Serrano, espera.

—¿Sí?

—Ludmila estaba asustada. Lo supe por los informes de las chicas del club. Decían que quería irse, que había visto o escuchado algo que no debía.

—Suele pasar.

—Ese mismo día vieron a Ignacio Bernabeu dentro del club. Pero nadie habló.

Serrano asintió despacio.

—Nadie lo hace cuando los Bernabeu están detrás.

Desde la sombra emergió Rojo, con la colilla brillando en la oscuridad.

—¿Y qué hay del corazón de los Bernabeu?

—El hijo muerto, el padre ha regresado.

—No, me refiero a la hija. La has mencionado antes.

—Sofía.

—La reina del tablero.

—Más o menos.

Rojo lo miró de reojo.

—¿La conoces bien?

—Digamos que nuestros caminos se cruzaron más veces de las que quisiera. Pero si Parres sigue moviendo ficha, Sofía no durará mucho al frente.

Agulló cerró su libreta y caminó hacia su coche.

Serrano sacó el móvil y sus dedos se detuvieron sobre la pantalla. Contactar a Sofía significaba cruzar una línea que había estado evitando durante meses. Sin embargo, el laboratorio, los cuerpos y la tarjeta de «La Palmera» apuntaban directamente hacia ella.

Escribió: «TENEMOS QUE HABLAR».

No añadió nada más. Con Sofía Bernabeu, nunca hacía falta.

Pulsó enviar.

—Moviéndonos —dijo Agulló—. Más vale que lleguemos a «La Palmera» antes de que amanezca.

—¿En serio? —preguntó Rojo.

—¿Qué?

Rojo se encogió de hombros, se volvió hacia Serrano.

—¡Eh, «elchero»! ¿Vienes?

Serrano recibió la respuesta.

«OK».

—No. Id vosotros delante. Os alcanzo después.

Soltó el humo despacio, dejando que el viento se lo llevara hacia el mar.

El coche arrancó, alejándose del desastre en Arenales y del resplandor de las sirenas. Serrano observó las luces azules reflejándose en los charcos. Había un laboratorio destruido, dos muertos de Parres y una tarjeta de «La Palmera» manchada de sangre.

La bomba ya había estallado. Ahora solo quedaba contar los pedazos.

34

Parres

La luz cálida de una lámpara de pie bañaba el salón de la finca en Daimes con un resplandor dorado y cansado. Afuera, el viento mecía las palmeras como si arrastrara el peso de todo lo que estaba por venir. En el televisor, los créditos de «El Halcón Maltés» se deslizaban lentos, entre un murmullo de saxofón y sombras en blanco y negro. Eduardo Parres dormitaba en el sillón de cuero, con la chaqueta abierta y el puro a medio consumir en el cenicero. El humo ascendía en espirales perezosas, como si el tiempo se resistiera a seguir su curso.

El timbre del teléfono lo sacó de su breve paz. Abrió los ojos con fastidio, palpó el mueble hasta encontrar el móvil y contestó sin mirar la pantalla.

—¿Sí?

La voz al otro lado era baja, áspera.

—Jefe, soy Emilio…

—Más vale que sea importante.

—Ha pasado algo gordo en Arenales del Sol.

Parres se irguió, enderezándose en el sillón.

—Habla claro.

—Torres y Rojas están muertos. Fue un tiroteo, un baño de sangre. La policía ya está allí, acordonando la zona. El laboratorio del irlandés… está acabado.

Parres sintió un nudo en el estómago. Raúl «El Niño» Torres, su perro más fiel, yacía ahora tirado como basura en una urbanización vacía. Cerró los ojos un segundo, aspiró hondo y luego habló con una calma que solo da la costumbre del mando.

—¿Qué coño hacían allí?

—Intentaron reventar la operación, jefe. El irlandés, el «tusi»… ya sabes. Pero alguien los esperaba.

Parres apretó los dientes. Había ordenado observar, no intervenir. El chico se había precipitado. Otra vez. Pero la escena no cuadraba.

—¿Y quién sabía que iban?

—No lo sé. Tal vez los ucranianos… o los moros.

La mención de Omar El Harraq le encendió la sangre.

—Ese cabrón estaba jugando a dos bandas. Los Bernabeu necesitaban un golpe de efecto, algo que les devolviera el control. No hay duda, Emilio. Nos han declarado la guerra.

Emilio no respondió.

—Quiero que Giménez ponga a los abogados en marcha. Nadie menciona a Torres ni a Rojas, ¿entendido? Ni una puta palabra.

—Entendido, jefe.

—Y… Emilio… —Su voz se volvió aún más baja—. Averigua quién los vendió. Si fue ese Miroslav, si fue el marroquí, o si alguien de los nuestros abrió la boca. No importa quién haya sido, quiero su cabeza antes del amanecer.

Colgó sin esperar respuesta. Se quedó mirando el teléfono un momento, los números aún brillando en la pantalla, luego lo dejó sobre el cojín. El salón olía a cuero, a whisky y a ceniza fría. El puro seguía ardiendo, consumiéndose en el cenicero como si nada hubiera pasado.

Parres se levantó despacio, caminó hasta la barra y se sirvió un trago de coñac. Lo bebió sin hielo, sintiendo cómo el calor le bajaba por la garganta. La rabia se mezclaba con la lucidez, esa claridad cruel que solo llega cuando la tragedia ya es irreversible.

Miró por la ventana. El campo dormía bajo la luna, sereno, ajeno a la guerra que se cocía en las sombras.

Se sentó de nuevo, con el vaso aún en la mano. En el televisor, la película terminaba con Bogart mirando a cámara.

«El material del que están hechos los sueños».

Eduardo sonrió apenas.

—Sueños, sí… pero los míos están hechos de sangre y de rencor.

Colgó, respiró y volvió a marcar. Esta vez fue a Rubén «El Socio». No le gustaba perder tiempo en cortesías; la noche exigía órdenes claras y manos dispuestas. El salón se le antojó pequeño, como una jaula en la que cualquier ruido sobraba.

—Rubén —dijo cuando le atendieron—. ¿Estás despierto?

—Siempre —contestó la voz al otro lado.

—Han caído dos. Torres y Rojas. Los han cosido a tiros.

«El Socio» tardó un latido más en responder, como si la noticia tuviera que acomodarse en su cabeza, antes de salir la respuesta por la boca.

—¿Qué? ¿Cómo ha pasado?

—Una trampa, al parecer, o eso me ha dicho Emilio. Alguien sabía que iban, alguien los esperaba... Quiero el porqué, maldita sea. Primero, mi hijo. Ahora, esto. No es justo y lo sabes.

—Sí, jefe. Me encargo.

—Como le he dicho a Emilio, primero, necesitamos abogados y mantener la calma. No debemos dejar nada que nos vincule, ni llamar la atención. Segundo, hombres. Quiero que todos estén disponibles para recoger y limpiar lo que sea necesario. Tercero, investiga todo lo que puedas sobre quién está detrás de esto, qué ha sucedido con ese miserable del Este y qué acuerdo tenían para la recaudación. Habla con Emilio, con «El Tiburón», con la policía y, si es necesario, con la Virgen de los Desamparados.

Parres dejó la cabeza apoyada en la mano y miró el reflejo del salón en la ventana. Se veía mayor esa noche. La piel fina, los ojos con bolsas. Pero no había indulgencia en esa mirada; había cálculo, arquitectura sin piedad.

—Comprendido —dijo Rubén—. Pondré a los nuestros en movimiento y te aviso.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—¿Tenemos noticias de «El Zurdo»?

—No, por el momento.

—¿A qué carajo espera? ¡Dale un aviso, *collons*!

Colgó antes de escuchar la despedida. No quería que ningún gesto de afecto vaciara la orden. Se sirvió otro whisky y lo sostuvo como quien sostiene un arma fría. La lógica del ajuste era simple: dar un golpe proporcional que hiciera entender que en su mundo la respuesta no era negociable.

Recordó a Torres niño, un chaval con polvo en las rodillas al que había pagado un trabajo y que había respondido con lealtad juvenil. Raúl había crecido creyendo en la majestuosidad de la vieja guardia; había creído en Parres. Eso hacía la puñalada más corta y dolorosa. Al mismo tiempo sintió una certeza helada: la guerra ya no era solo un riesgo, era una obligación. No podía permitir que la sangre ajena marcara el mapa y que la suya quedara sin respuesta. No podía, y no habría misericordia.

Encendió otro puro y la brasa proyectó una luz roja sobre su mano. Habló en voz baja, como si recitara fórmulas para no dejar que la ira lo llevara a improvisar. Primero, debía distraer a la policía con ruidos falsos y pistas plantadas en otros barrios, haciendo que la investigación se estancara en callejones sin salida.

Segundo, quería socavar la confianza de Sofía: sembrar dudas en su entorno, para que sus hombres creyeran que ella había fallado y que su liderazgo era incierto. Si se fractura el interior, el exterior se debilita. Tercero, planeaba una demostración pública de fuerza en el momento adecuado; no una venganza menor, sino un acto lo suficientemente contundente como para que la familia Bernabeu evaluara las pérdidas antes de tomar una nueva decisión.

Pensó en Omar El Harraq, en Miroslav, en las manos extranjeras que ahora pisaban fuerte en su territorio. Si el marroquí se había atrevido a jugar, debía sentir la presión. Si el ucraniano había vendido su palabra por billetes ajenos, debía arrepentirse con la lengua vacía. Y si alguien de los suyos había abierto la boca, esa traición no sería tolerada. Parres no hacía salvajadas por placer; las hacía por eficacia. Cada ajuste se calculaba para que el miedo se instalara en la piel de los demás.

Marcó de vuelta a Emilio Sánchez. Quería hombres, respuestas y cuchillo frío. Le habló en frases breves, dándole zonas, nombres,

contactos. La cabeza de Eduardo Parres pensaba a toda velocidad. Le ordenó no perder tiempo en sentimentalismos. Al colgar, ya tenía el plan. Delegar era su forma de multiplicarse: él dictaba, otros ensuciaban y limpiaban.

Antes de acostarse, caminó hasta la ventana. Miró la finca, la línea de palmeras, la oscuridad que se tragaba el campo. El reflejo en el cristal lo devolvió más nítido que su propia cara: un hombre con un imperio que respiraba por la garganta de otros. La pérdida caló, pero no quebró. Había que devolver lo debido. Había que hacer daño para que la sangre tuviera sentido. Había que retomar lo que era suyo, antes de que la sangre llegara a su finca.

Apagó la luz del salón, y en la penumbra, el puro dejó de brillar. Parres se recostó, apoyando la cabeza en el respaldo, dispuesto a esperar el movimiento de la marea. Esa noche, no subiría a dormir con su esposa; sabía que la velada sería larga y que las piezas comenzarían a moverse. No sería él quien saliera a mendigar justicia, sino quien la impusiera.

35

Serrano

El restaurante del Club Tiro de Pichón de Elche, a esa hora, era un decorado de set abandonado: casi vacío, con luces que intentaban crear un ambiente de calma. Afuera, el campo de Algorós, los coches que subían por la ronda, de regreso a casa.

Serrano se sentó en la barra, pidió una Mahou y dejó que el cristal frío le helara la palma de la mano.

Aún llevaba el polvo de Arenales pegado en la camisa. Dos cadáveres, una furgoneta destrozada, y esa sensación familiar de que todo empeoraba demasiado rápido. Hombres de Parres. Había visto sus cuerpos destrozados junto a la furgoneta blanca, la sangre coagulada en el asfalto y el eco de las sirenas marcando el final del enfrentamiento. El laboratorio del Irlandés era ya un cementerio químico. La guerra había comenzado. La ciudad empezaba a doblar el gesto. Y ni Sofía ni Parres parecían querer detener la catástrofe.

El camarero le preguntó si quería algo para acompañar la cerveza. Serrano negó con un gesto.

Minutos después, la puerta del restaurante se abrió con un leve chirrido. Sofía Bernabeu cruzó el umbral como si el lugar le perteneciera. De alguna manera, era así. Llevaba un traje oscuro, de líneas precisas, y un bolso pequeño colgado del antebrazo. Los tacones resonaron sobre el suelo de gres hasta que se sentó a un taburete de distancia. Pidió un vino blanco, sin mirar al camarero.

—No esperaba verte tan pronto —dijo Serrano, sin girarse.

—Ni yo que me llamaras.

El espejo tras la barra los reflejaba: dos siluetas enfrentadas, un policía agotado y una mujer de poder. Serrano no la miró directamente. Prefería observar su reflejo. A veces era más fácil enfrentar un reflejo que una persona real.

—He estado en Arenales del Sol —dijo él, después de un trago largo—. Dos hombres de Parres están muertos. Intentaban reventar un laboratorio de «tusi».

Ella no reaccionó. Dio un pequeño sorbo al vino y apoyó el vaso sobre el mármol.

—Entonces, supongo que la competencia se ha reducido.

—Eduardo Parres va a devolvértelo.

Ella giró la cabeza lentamente hacia él.

—¿Y qué se supone que haga con esa información? ¿Dormir con un chaleco antibalas?

—No estaría mal. —Serrano dejó la botella sobre la barra y la miró por fin—. No he venido a darte consejos.

—¿Advertirme? —preguntó ella, con una media sonrisa—. Qué detalle. ¿Tan mal te pagan?

—Alguien quiere desestabilizarte.

Ella cruzó las piernas con calma, sosteniendo la copa entre los dedos.

—No eres mi guardaespaldas.

Serrano se inclinó hacia ella, acercándose lo suficiente para que el aroma de su perfume se fusionara con el amargor de la cerveza.

—Si esto sigue, la ciudad se va a llenar de muertos.

Ella sostuvo la mirada. Por un instante, ninguno habló. El silencio hizo el resto.

—No necesito tu protección —dijo ella, al fin.

Serrano sonrió con una ironía amarga.

—No. Pero sí necesitas mi información. Y yo necesito la tuya.

Serrano no apartó la vista. En su rostro no había ni rastro de miedo. No era la misma mujer que había conocido antes de perder a su hermano.

Había una ley no escrita en el mundo del crimen, que Serrano había aprendido con los años: cuando alguien pierde a un familiar, o se derrumba, o se endurece hasta convertirse en piedra. Sofía había elegido la segunda opción. Y la piedra no negocia, solo espera el momento de caer sobre quien esté debajo.

—He visto los cadáveres. Trabajaban para Parres, sí, pero la mercancía era tuya. El laboratorio pertenecía a tus socios.

Ella no respondió de inmediato. Dio un sorbo a su copa, luego otro, como si cada trago fuera un filtro para lo que pensaba decir.

—Eso lo dirás tú. No tengo laboratorios. Ni socios de ese tipo.

—No me tomes por idiota.

Ella dejó la copa sobre el mármol, despacio, sin apartar los ojos.

—Dime, Javier. ¿Vienes a interrogarme o a rescatarme?

—En la comisaría ya circula tu nombre. Pronto pedirán órdenes para registrar tus negocios.

Sofía apoyó los codos en la barra, inclinándose lo justo para que el aire entre ellos se volviera pesado.

—Creí que te habían apartado del caso.

—Lo hicieron. Estoy en Homicidios ahora.

Ella dejó escapar una risa suave, cortante.

—Qué poético. Empieza por averiguar quién mató a mi hermano.

Él no vaciló.

—Entonces cuéntame qué pasó con Ludmila Kowalska.

La mención del nombre interrumpió la conversación. Sofía levantó una ceja.

—Vaya...

—Trabajaba en La Palmera. La encontraron estrangulada y drogada en un contenedor de basura. Tenía cocaína y benzodiacepinas en sangre. Quiero saber quién dio la orden.

Por un momento, ella no respiró. El nombre del local había dejado su marca: un tic en la mandíbula, casi imperceptible, pero suficiente.

—No sabes lo que dices.

—Sí lo sé. —Serrano se inclinó—. Ludmila sabía demasiado. Igual que Raquel Ortega. Dos mujeres muertas, las dos conectadas a vuestros negocios.

Ella lo miró, seria.

—¿Y si te dijera que no tengo nada que ver?

—Te diría que mientes. Y que lo haces con elegancia.

Hubo un segundo de vacío. Después, ella se acercó y la distancia entre los dos desapareció.

—Tú siempre has creído que puedes leerme —susurró ella—. Pero no entiendes que no soy un libro, Javier. Soy una partida de ajedrez.

—La reina.

Ella sonrió apenas.

—Las reinas no caen por meras amenazas.

—No. Caen por orgullo —dijo él, sin apartar los ojos de los suyos.

Durante unos segundos no hubo caso, ni cadáveres, ni ley. Solo la curva de su cuello, ese perfume que había memorizado sin querer y el impulso estúpido de cerrar la distancia. Pero el recuerdo de Raquel Ortega destrozada en aquel contenedor regresó como una bofetada sobria.

La tentación era el impuesto que pagaba por tener conciencia. Los animales no dudaban. Los santos tampoco. Solo los que estaban atrapados en medio conocían ese peso.

Pensó que, en el fondo, todos los hombres que habían tocado el poder acababan sentados en bares como ese, intentando negociar con sus demonios. La diferencia estaba en quién salía de allí con vida y quién con deudas que nunca podría pagar.

Sofía fue quien se apartó primero.

—¿Qué gano si te ayudo?

—Información. Te mantendré al tanto de los movimientos de la policía. Si vienen a por ti, lo sabrás antes. Pero tú me das lo que necesito.

Ella lo estudió con atención, como si midiera el valor exacto de su propuesta.

—No necesito que me mantengas informada.

—Créeme, Sofía, sí lo necesitas. —Se inclinó apenas hacia ella, su voz bajó un tono—. No todo el mundo en la comisaría quiere verte viva.

Serrano observó cómo la sonrisa de Sofía se desvanecía.

—Tú siempre tan noble —dijo al fin, con una suavidad que parecía un insulto—. Quieres justicia, pero no sabes para quién.

—Solo quiero respuestas —dijo Serrano y le sostuvo la mirada—. Si consigo averiguar quién mató a Ludmila, todos salimos ganando.

—¿«Todos»? —repitió ella, burlona—. Sigues sin saber contar un chiste.

—Están cambiando las cosas. Si te crees inmune, estás más jodida de lo que parece.

Sofía apoyó la barbilla en la mano y lo observó sin hablar. Su mirada se centró en los labios de Serrano antes de regresar a sus ojos. Fue un gesto sutil, pero suficiente para reavivar algo que él creía apagado.

—A veces hablas como si aún confiaras en mí.

—No confío en nadie.

—Entonces, ¿a qué viene tanta molestia?

Serrano dudó por un breve momento. Se tomó un trago de cerveza y dejó la botella vacía sobre la barra.

—Porque me desconciertas. Todavía no sé si intentas salvar lo que queda de tu familia o hundirlo.

Ella sonrió.

—No te equivoques, Javier. Los Bernabeu no se hunden.

Afuera, los grillos cantaban entre los olivos del camino y el aire nocturno se filtraba a través de la puerta entreabierta. Serrano sintió que, por un instante, el mundo parecía estar suspendido. No respondió y el tiempo pareció alargarse. Fue Sofía quien rompió el silencio.

—No habrá más sangre, por ahora.

—No me interesan tus promesas.

Ella levantó su copa.

—En ese caso, tómalo como un gesto de cortesía.

Serrano se levantó. Cogió la chaqueta del respaldo del taburete y dejó un billete sobre la barra.

—Piénsatelo. No soy tu enemigo, ya tienes bastantes. Pero si vas a jugar, juega limpio. Al menos, esta vez.

Ella lo siguió con la mirada mientras se alejaba. No lo llamó. No lo detuvo. Solo esperó a que él llegara a la puerta, antes de soltar la conclusión:

—Siempre te vas antes de que empiece lo bueno.

Desde la entrada, Serrano giró la cabeza y respondió sin sonreír:

—Es que contigo, lo bueno siempre acaba mal.

Salió al templado aire de la noche. Sus pasos se perdieron en el camino de tierra que descendía hacia la carretera. Sofía se quedó inmóvil, con la copa a medio camino de los labios. Luego sonrió y sacó el teléfono móvil.

La guerra aún no había comenzado por completo, pero el prólogo ya estaba escrito.

36

Paredes

Cuando dos hombres entran en silencio a un bar vacío después de un tiroteo, es porque alguien va a pagar por los muertos.

El «Con Ruedas» estaba vacío. En la trastienda, Luis «El Cuervo» Paredes entró seguido de Kike, ambos todavía con la tensión en el cuerpo, tras lo ocurrido en Arenales del Sol. Johnny Puertas estaba sentado al fondo, con el teléfono móvil sobre la mesa, escuchando las noticias por la radio.

Paredes sintió un nudo en el estómago al oír «laboratorio» y supo que era peor de lo imaginado. Johnny apagó el teléfono y levantó la mirada, con ojos llenos de rabia.

—¿Queréis explicarme qué cojones ha pasado? —dijo con voz baja, casi un gruñido—. ¿Qué coño habéis hecho?

Kike abrió la boca para hablar, pero Puertas lo fulminó con la mirada.

—A ti no te he preguntado.

Paredes dio un paso adelante. Llevaba la camiseta arrugada, las manos manchadas de polvo y el rostro serio.

—Nos emboscaron. No eran policías. Ni camellos. Sabían lo que buscaban. Disparaban a matar.

Johnny no contestó. Se levantó despacio, se acercó a la pared y lanzó el vaso contra el suelo. El estallido resonó como una amenaza.

—¡Me cago en todo, joder! ¿Y los muertos?

—No quedó nada de ellos.

Johnny se quedó sin palabras unos segundos, respirando con fuerza.

—Mierda. Esto nos va a salpicar.

Kike intentó intervenir, nervioso.

—Jefe, no tuvimos elección, nos dispararon primero…

Johnny alzó la mano.

—¡Que te calles, coño! No quiero excusas. Quiero respuestas.

Paredes miró a Kike, luego a Puertas.

—Comprobé la documentación de uno de esos tipos. Llevaba una tarjeta de «La Palmera» en la cartera.

—Entonces eran de los Bernabeu —murmuró Johnny.

Paredes asintió.

Luego miró a Kike.

—Fuera. Déjanos solos.

El joven obedeció sin decir palabra. La puerta se cerró.

Johnny se dejó caer en la silla, frotándose el rostro con las manos. Tenía las uñas manchadas de grasa y el pulso tembloroso. Paredes se quedó de pie frente a él. Había aprendido que, con Johnny, callar era más efectivo que cualquier explicación.

—¿Entiendes lo que significa esto, Luis? —dijo finalmente, levantando la mirada—. Dos muertos en Arenales. La policía revolviendo la zona. Y una jodida tarjeta del burdel de los Bernabeu.

Paredes lo observó sin pestañear.

—Si ellos se enteran, no tardarán en venir a preguntar.

Johnny asintió con amargura.

—Exacto. Y no vienen con flores.

El Cuervo encendió un cigarrillo y dio una calada lenta.

—No creo que los Bernabeu sepan todavía quién estaba detrás. Pero lo sabrán. Y cuando lo hagan, nos van a buscar.

Johnny sonrió, una sonrisa tensa, de las que no traen consuelo.

—Por eso no pienso esperar a que vengan. Vamos a adelantarnos.

Paredes entrecerró los ojos.

—¿Qué estás diciendo?

—Miroslav —respondió Johnny—. Ese cabrón tiene que saber algo. No era su mercancía, ni su laboratorio. Nadie da duros a cuatro

pesetas. Si alguien habló, fue él. Quiero verlo cara a cara.

—¿Para qué? —preguntó Paredes—. ¿Para darle las gracias por jodernos?

—Para asegurarme de que no abre la boca —replicó Johnny con firmeza—. Si ese ucraniano canta a los Bernabeu, estamos acabados. ¿Eres consciente de que los tenemos aquí enfrente?

«El Cuervo» soltó el humo por la nariz.

—No creo que vaya a hablar. No le conviene. No es idiota. Sabe que, si lo hace, lo matamos.

—No subestimes a un hombre acorralado, Luis —dijo Johnny—. Hablar es lo que mejor saben hacer los mierdas como él. Guárdate el orgullo y los valores, que esa rata del Este no los tiene. Miroslav es un puto traidor y un interesado. Nos venderá a cualquier precio por salvar el culo.

Paredes lo miró.

—No sé, Johnny. Me da que esto es un error. Si vamos a verlo, nos venderá, porque entonces sabrá que tenemos miedo. Y ahí sí que hará tratos con los Bernabeu para salvar su pellejo.

Johnny lo miró con dureza.

—¡No me des lecciones, Cuervo! Llevas años conmigo y sabes que nunca dejo cabos sueltos.

Paredes tiró la colilla al suelo y la aplastó con la bota.

—Precisamente por eso te lo digo. No sé si es peor el remedio que la enfermedad. Tal vez deberíamos dejar que las aguas se calmen.

Johnny se inclinó hacia él, apoyando los codos sobre la mesa.

—Todo lo que hacemos huele a fiasco. Pero si no movemos ficha, la ciudad se nos viene encima.

El Cuervo no respondió. En su cabeza resonaban los disparos de Arenales, las luces de los coches, el cuerpo de Torres desplomándose. Se preguntó cuántas veces más tendría que ver morir a los suyos, antes de que todo terminara.

Se alejó de la mesa y se acercó a la ventana sucia de la trastienda. Apoyó las palmas en el cristal, como si quisiera empujar la escena. Johnny seguía hablando, pero sus palabras se perdían entre el zumbido del frigorífico y el golpeteo de la lluvia en el tejado.

—Si vamos a ir a por Miroslav —dijo Paredes sin mirarlo—, lo hacemos controlando nosotros las reglas. No quiero a la Hermandad pegando tiros por ahí porque a alguien se le hinchan los cojones. Tú mandas y yo ejecuto. Pero no quiero improvisaciones.

Johnny cerró los ojos un momento, respiró y asintió. Había algo de cansancio en su cara, que antes no estaba. No era solo rabia; era la sensación de que todo se le estaba yendo de las manos.

—Bien —musitó—. Mañana a primera hora. Voy con dos tíos míos, no con todo el barrio. Entramos limpios: palabra, amenazas y una opción razonable. Si Miroslav no quiere negociar, nos lo llevamos y hablamos con calma.

Paredes lo contempló. Le gustaba la idea de no arrastrar a todo el colectivo, de mantenerlo contenido, de que no fuera un ataque en plan hooligan. Pero también sabía que los planes buenos se torcían por la estupidez humana o por una bala con nombre propio.

—Y si nos la devuelve, si resulta que había más gente esperando y esto es una emboscada, ¿qué hacemos?

Johnny apoyó la frente en la palma de la mano. La voz le salió baja, casi rota:

—Entonces haces lo que mejor sabes hacer: sobrevives. Y luego te encargas de que nadie olvide quién puso la primera piedra.

Paredes tragó saliva. No era una idea romántica; era brutal. Era el hierro frío del oficio. Encendió otro cigarrillo y lo miró encenderse como si fuera la única luz fiable en la habitación.

Tenía la sensación de que, a partir de ahora, todo lo que hicieran tendría un precio. No solo para ellos; para sus hijos, para sus madres, para la gente que no tenía nada que ver con sus peleas. Miró a Johnny y, por primera vez sin rencor, le dijo:

—Si nos traiciona, que se cuide. Sabes que no perdono.

Johnny esbozó una sonrisa corta, de esas que no llegan a los ojos.

—Lo sé. Y yo tampoco.

Se quedaron cada uno con su trago, cada uno con sus cuentas y sus temores. Afuera, la ciudad seguía girando, indiferente a las muertes y a las promesas. Paredes apretó la mandíbula y, por un instante, quiso pensar en otra vida. Pero no tenía derecho. No para él, ni para los suyos. Se llevó el cigarrillo a los labios, dio la última

calada y apagó la colilla con la suela. Había que moverse antes de que otros tomaran la iniciativa.

—¡Vamos a casa! —dijo Johnny, al fin—. Mañana toca decidir.

Paredes se puso la cazadora, sintiendo el frío en la espalda. Salieron de la trastienda y la puerta se cerró.

37

Serrano

A esa hora, el Tabarca era un purgatorio con licencia para servir cafeína. En la barra, funcionarios bostezaban como leones dopados, obreros masticaban con resignación sus tostadas y algún alma errante buscaba en el café el perdón que ni Dios concede a crédito.

Javier Serrano estaba en una esquina. Su piel era del color de los lunes y sus ojos reflejaban a alguien que había perdido tres noches seguidas discutiendo con sus fantasmas.

Café solo. Tostada de tomate con aceite.

El encuentro con Sofía Bernabeu aún vivo en su mente.

El televisor, colgado junto a una banderita amarillenta del Elche C.F. emitía el informativo matinal. Discursos políticos, noticias de relleno. Serrano no prestaba atención hasta que el presentador adoptó un tono distinto, más grave: «Y en la última hora, un operativo contra el narcotráfico en el puerto de Santa Pola ha terminado en tragedia…»

Serrano levantó la vista. La pantalla mostraba el desfile habitual: cintas policiales, chalecos antibalas, luces parpadeando sobre el agua como si el mar quisiera llorar en colores.

«Durante la redada, un tiroteo dejó el saldo fatal de la muerte de un subinspector de la policía…»

El nombre de Alcázar resonó como un disparo. El café se le atascó en la garganta. El hombre había llevado el uniforme con rigor. Ahora

aparecía como una foto de archivo.

—Subinspector Alcázar… muerto… —murmuró.

El bar se llenó de murmullos:

«Joder, un poli muerto».

«Está la cosa que arde».

«Seguro fue un ajuste...».

Serrano apartó la tostada. Las viejas alarmas ya sonaban. Alcázar no había caído en un tiroteo cualquiera. Eso tenía el aroma de un sacrificio de peón en una partida donde los reyes jugaban sucio.

Vélez, pensó. El viejo Vélez, con su sonrisa de reptil. Seguro había algo detrás. Siempre lo había.

El presentador seguía: «tiroteo repentino», «operativo sorpresa», «grupo armado…».

Palabras recicladas, sin alma.

—Esto huele a podrido —dijo para sí mismo.

Por un instante, el miedo lo rozó. Si no estuviera relegado a Homicidios, tal vez Alcázar seguiría vivo y él habría encajado las balas en ese maldito puerto.

Dejó un billete arrugado sobre la barra.

—Quédate con la vuelta.

Salió del bar y se dirigió a su BMW. Encendió el motor y sacó el móvil para llamar a Gutiérrez. Tono tras tono.

Gutiérrez no respondía. Mal augurio. Siempre contestaba.

Colgó, apretando el volante.

—Mierda…

No quiso imaginar la respuesta.

Esquivó el tráfico, con la mandíbula tensa. Alcázar muerto. Un operativo fallido en Santa Pola. Una operación así no se planea a la ligera.

«¿Quién dio la orden? ¿Y quién la firmó sin leerla?».

Estacionó en doble fila frente a la comisaría. Entró con el ceño fruncido en ese edificio familiar pero ajeno. Los pasillos eran los mismos, pero la atmósfera había cambiado desde que lo forzaron a Homicidios. Ahora lo miraban con recelo y compasión, como a un perro descarriado.

Cruzó la recepción y se dirigió a la oficina de Alcázar. Buscaba la orden del operativo, el informe… algo que explicara cómo un subinspector había terminado acribillado.

Dos policías lo frenaron en el pasillo:

—Serrano, ¿qué haces aquí? ¿Te han avisado?

—Vengo a saber de Alcázar. ¿Qué cojones pasó anoche en Santa Pola?

Los policías intercambiaron una mirada incómoda.

—Operación clasificada, Serrano. Solo la jefatura tenía el aviso. —Hizo una pausa—. Y ya ves el resultado.

La frase cayó como un sello húmedo sobre un expediente manchado.

—¿Y Gutiérrez?

El otro agente negó con la cabeza:

—Gutiérrez no aparece, ni contesta al móvil.

—Judas…

—Por cierto —el agente bajó la voz—, ¿te han asignado el caso de la chica?

—¿Qué chica?

—La prostituta.

Serrano levantó la vista, con un nudo en el pecho.

—¿Kowalska?

—Puede ser.

—No, solo colaboro con Homicidios. ¿Por qué?

El otro sonrió con ironía torpe:

—No, nada. Lleva cuidado con lo que les cuentas... no sea que te entierren también. Dicen que no son de fiar.

Pero Serrano no se rio.

Tenía la mirada clavada en el vacío, la mandíbula tensa.

Resopló y dejó atrás a los agentes. Subió al ascensor hacia la segunda planta, donde trabajaba Alcázar. Al salir, el aire se le hizo pesado. El pasillo estaba en silencio. En la puerta de la oficina del subinspector había un precinto discreto.

Intentó abrirla. Bloqueada.

—Que os jodan a todos… —maldijo en voz baja.

Vélez estaba detrás de todo esto. Tenía que estarlo.

38

Sofía

Aquel sol de Alicante podía hervirle los sesos. Pero el cadáver del subinspector enfriaba todo lo demás.

El Mercedes ascendía por la carretera del faro. A la derecha, el Mediterráneo brillaba, cegador. Sofía Bernabeu observaba el paisaje a través de las gafas oscuras, inmóvil. Vestía traje negro, el cabello recogido en un moño que resaltaba la dureza de su rostro. Fernando «El Gordo» Díaz conducía, con los dedos tamborileando sobre el volante.

La muerte de un subinspector durante una redada nocturna había agitado las altas esferas. Alguien había hablado de más.

Díaz carraspeó.

—¿Te fías del marroquí?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Sofía miró hacia el horizonte.

—No me fío de nadie.

Había sospechas de vínculos turbios entre Omar El Harraq y los Bernabeu, conexiones que ella prefería mantener en la sombra. El marroquí era útil pero impredecible. Habían acordado mantener la calma en las calles, pero ahora la sangre policial manchaba su negocio.

Díaz bufó.

—Nunca hablamos de muertos. Y menos de policías.

—Es un problema que debemos limpiar rápido.

La carretera ascendía en curvas hacia el faro, rodeada de pinos secos que resistían el viento marino. Al llegar a una explanada de tierra frente al acantilado, vieron un Mercedes negro aparcado en diagonal. Omar El Harraq los esperaba junto a dos hombres cuyas siluetas se recortaban contra el Mediterráneo.

Sofía se quitó las gafas antes de bajar.

—Déjame a mí —ordenó en voz baja.

Díaz asintió y se quedó atrás mientras ella enfrentaba a Omar, quien sonreía con falsa amabilidad, vestido con un traje crema demasiado pulcro. Sus guardaespaldas observaban con rostros inexpresivos.

—Sofía —saludó él—. Qué lástima que debamos vernos así.

Ella ladeó el rostro.

—Sabes por qué estoy aquí.

—Por el policía muerto. No esperaba que la bala fuera tan indiscreta.

—Acordamos que la policía no se tocaría. Ahora tengo a medio cuerpo policial investigándome.

Omar encogió los hombros.

—No fue mi gente.

—Tampoco la mía.

—¿Estás segura? Quizá alguien en tu casa quiere cambio de mando.

Sofía dio un paso más cerca.

—Con la poli encima, nadie gana.

—Mi negocio no se detiene por un muerto —replicó Omar, mirando al horizonte—. Ni por una traición.

—Tenemos un trato.

Él sonrió.

—Confío en mi gente —insistió ella.

—¡Ten cuidado! Eres una Bernabeu. Cualquiera se cree con derecho a mandar. Arregla tu problema antes de que otros lo arreglen por ti.

Ella no permitió que su ira saliera a la superficie. Siempre la veían como la hija del viejo Tomás, incapaz de sostener el peso del

imperio. Pero ella conocía la verdad: había construido su reputación golpe a golpe, pacto a pacto.

—No subestimes mi apellido. Puedo complicarte las cosas.

Él calló unos instantes. El viento arrastraba arena del acantilado.

—¿Es una amenaza?

—Mientras averiguo qué ha sucedido, propongo limitar el movimiento en las calles. Silencio absoluto. Yo aseguro las rutas, tú limpias lo que ya ocurrió.

—¿Y si busco otro comprador sin condiciones?

—Mi red es la mejor —le aseguró, sosteniendo su mirada—. ¿Quieres arriesgarlo todo ahora?

La tensión se prolongó hasta que Omar cedió con resignación.

—Está bien. Pero mis precios no se mueven.

—Entonces es un pacto a corto plazo. Yo mantengo la distribución en exclusiva.

—Si hay cabos sueltos, los arreglo yo.

Sofía asintió y se puso las gafas.

—Nada de policías.

El marroquí regresó al coche, murmurando algo en su idioma. Sofía lo observó alejarse, inmóvil en la explanada, mientras una nube de polvo se levantaba tras él. Era consciente de que había establecido otro equilibrio precario. Así funcionaban las cosas. Y si Omar decidía romper las reglas, ella estaba lista para demostrarle que bajo el apellido y el traje caro había una mujer que no cedía terreno.

«El Gordo» Díaz se acercó respirando con dificultad.

—¿Todo bien?

Sofía se encogió de hombros.

—Por ahora tenemos tregua.

Antes de subir al vehículo, se descalzó y sintió la tierra caliente bajo los pies. Era su forma de recuperar la calma, un gesto íntimo que le recordaba que tenía el control.

—No tenemos tiempo para más dramas.

El viaje de regreso transcurrió en calma.

Díaz conducía con su habitual tamborileo de los dedos en el volante.

—¿Te ha dicho algo más? —preguntó finalmente.

Ella dejó escapar una risa seca.

—Tenemos un problema.

—La policía no se va a quedar quieta.

—Uno de los nuestros avisó a Narcóticos, Fernando... Averigua quién.

—¿Fue Serrano?

—Ese es mi problema, no el tuyo —respondió, tajante—. Encuentra al chivato.

Díaz asintió.

—¿Y el caso de Ludmila?

—No quiero que progrese.

Más adelante, la radio escupía titulares sobre el subinspector muerto. Sofía la apagó de un golpe.

—Es cuestión de controlar la narrativa.

Díaz arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—Dejemos que los buitres se enfrenten entre sí. La policía necesita un culpable pronto. Si les damos una opción convincente, dejarán de investigarnos.

—¿A quién tienes en mente?

Sofía se quitó las gafas y lo miró de reojo.

—A alguien prescindible.

No era necesario decir más. En ese mundo, siempre había alguien cuya vida valía menos que la tranquilidad de los poderosos.

El coche se incorporó al tráfico de Alicante. Sofía se masajeó el puente de la nariz mientras su mente funcionaba a toda velocidad. Omar era solo una fachada. La policía, la familia, los negocios... todo requería control.

Miró por el retrovisor. Ningún coche sospechoso detrás. De momento.

—¿Algo más de lo que debamos preocuparnos? —preguntó Díaz.

—Siempre hay algo.

—¿Vas a ver a tu padre hoy?

Sofía sintió un leve peso en el pecho. No le agradaba visitar a Tomás Bernabeu en su estado actual, enfermo y cada vez más

distante.

—No.

Díaz entendió la señal y no insistió.

El semáforo cambió a verde. La ciudad se alzaba delante con sus edificios y sus sombras.

—Si Omar no cumple —dijo en voz baja—, haremos que se arrepienta.

39

Serrano

El puñetazo contra el volante resonó en el habitáculo.

Hasta el más pardillo se reía de él.

La playa del Pinet se extendía gris bajo la bruma, el mar oculto tras una cortina de humedad. Serrano permanecía inmóvil en su BMW, motor apagado, cristales empañados, el aire espeso de tabaco rancio. Sobre el asiento del copiloto descansaba una pistola junto a dos carpetas: una con el nombre de Ludmila Kowalska, otra desgastada, con fotocopias de facturas falsas de importación de pescado. Documentos rescatados durante la Operación Camarote de un cajón oculto en el despacho de Tomás Bernabeu. Pruebas de fraude fiscal, empresas pantalla, blanqueo de drogas y prostitución. Pruebas que el sistema había decidido enterrar cuando lo apartaron de Narcóticos.

Encendió un cigarrillo y entreabrió la ventanilla. El viento matutino entró con olor a algas podridas. Frente a él, el Mediterráneo parecía una sábana de plomo fundido. Solo gaviotas y el eco sordo del oleaje. En el retrovisor, su rostro pálido devolvía la mirada de un hombre que llevaba una semana sin dormir bien. Había pasado la noche revisando carpetas que lo perseguían como una deuda impagable.

Tomó una hoja y la sostuvo contra la luz sucia del amanecer. El membrete de «Pescados Levante S.L.» en tinta azul, listas de envíos

fantasma a Marruecos y el norte de Italia. Nombres falsos, cifras reales.

Siempre lo había sabido. Nadie quiso escuchar.

Se inclinó hacia el asiento trasero, tomó su placa y la giró entre los dedos. La placa seguía brillando, siendo lo único que conservaba su forma. El resto —Gutiérrez, Vélez, Alcázar, muerto en vano— se había desmoronado como arena mojada.

Lo dijo en voz alta y se dio cuenta de que lo creía. Gutiérrez había mentido. Vélez lo había vendido. El subinspector Alcázar había muerto en una operación injustificada y, a pesar de ser un imbécil, no merecía ese final. Todo podrido desde dentro.

¿Hacerlo a su manera o darles la razón?

«¿Y esas chicas?».

A nadie más le importaban.

—Al carajo.

Desbloqueó el móvil y en la pantalla apareció el contacto de Asuntos Internos. Su dedo se detuvo sobre el nombre de Carmona. Pasaron cinco segundos, luego diez. Finalmente, borró la pantalla y buscó otro nombre: Rubén Castillo, del Diario Información. Era periodista y tenía dos favores pendientes. Su dedo temblaba mientras cerraba el teléfono y lo arrojaba junto a la pistola.

Encendió otro cigarrillo. El humo se mezcló con el vaho del cristal. En el maletero llevaba copias de todo, por si lo interceptaban.

Tiró la colilla por la ventanilla y la vio apagarse en la arena húmeda. Arrancó el motor. El rugido del BMW rompió el silencio costero. Las carpetas temblaron sobre el asiento.

Tomó aire, se ajustó la chaqueta, miró una última vez el horizonte sucio.

«Basta de hacer el imbécil».

Pisó el acelerador y tomó la carretera costera hacia Alicante. En el retrovisor, el sol rasgaba la bruma y teñía el mar de cobre. Atrás quedaban errores, traiciones, tumbas. Adelante, solo la ley de su conciencia.

Rojo y Agulló lo esperaban en la comisaría. Llevaba pruebas suficientes para hundir a los Bernabeu.

No pensaba guardarse nada.

No era justicia.
Era lo único que no le habían quitado.

40

Miroslav

La pared se descascaraba bajo el moho, sucia de manchas negras. Miroslav estaba al borde del colchón con la cabeza entre las manos. El teléfono desechable vibraba sobre la mesilla de plástico barato. Ya había intentado tres veces marcar el mismo número, esperando escuchar una voz familiar. Solo el ruido metálico de una línea muerta le respondía.

—Idiotas... —susurró en ucraniano. Encendió un cigarrillo con manos temblorosas y aspiró con fuerza, como si el humo pudiera calmar esa sensación de estar atrapado.

En la televisión, un canal local reproducía en bucle las noticias del tiroteo de Arenales del Sol.

Subió el volumen solo un instante.

«... dos muertos en el tiroteo de Arenales del Sol...».

Lo bajó de golpe. Dos errores. Dos imbéciles que no debían haberlo subestimado.

Golpeó la pantalla del televisor.

—Joder... —murmuró, llevándose la mano al pelo—. Todo se fue al infierno.

Caminó hacia la ventana con el cigarro en los labios y apartó la cortina. Afuera, la lluvia caía sobre los camiones del área de servicio. Los charcos reflejaban los fluorescentes verdes del cartel: Hostal Vega Sur, perdido en un polígono industrial, flanqueado por un club

de alterne y una gasolinera. Una pareja discutía en un coche. Un perro husmeaba entre contenedores.

Nada parecía fuera de lugar. Pero sentía uos ojos clavados en la nuca. Como si la noche respirara demasiado cerca.

Tomó el teléfono, volvió a marcar.

—¡Vamos, contesta... contesta, maldita sea!

Un clic. Luego el vacío de una línea muerta. Ni siquiera el pitido, solo el vacío.

Estrelló el aparato contra la pared.

Le llegó el golpeteo de la lluvia y también un sonido rítmico del otro lado del tabique. Miroslav se quedó quieto, agudizando el oído. Pasos. Murmullos. Una voz femenina ahogada. Un gemido. Otro golpe. Su pulso se aceleró.

Pensó en la policía. En una redada. En los Bernabeu. En Parres. En Johnny Puertas. Todo se mezclaba en su mente, un torbellino confuso.

Pero la voz femenina se transformó en un jadeo. Risas. La cabecera golpeando contra la pared. Miroslav cerró los ojos y exhaló, casi riendo.

—Joder... ni la vergüenza interrumpe las ganas de follar.

Exhaló el humo hacia el techo y se dejó caer sobre la cama, agotado. Las imágenes del tiroteo seguían girando en su cabeza. El irlandés. El laboratorio. Los Parres. Todo se había vuelto un caos que lo arrastraba sin remedio. Sabía que Puertas no perdonaba los errores y que Eduardo Parres no dejaba cabos sueltos. Si «El Cuervo» había sobrevivido, iría tras él.

Abrió la bolsa de plástico que estaba al lado de la cama. Dentro: un pasaporte, un fajo de billetes, un cargador de pistola y una botella de vodka medio vacía. Tomó un trago largo, sin vaso. El alcohol le quemó la garganta.

La paranoia no lo soltaba. La ventana era un espejo que devolvía su miedo. Sentía la mirada invisible del enemigo. Si lo encontraban, no tendría tiempo ni para cargar el arma.

La decisión fue impulsiva. Agarró la bolsa, se puso la chaqueta y se pasó una mano por la cara, como queriendo borrar el miedo. Saldría hacia Elche. Buscaría refugio, contactos, una salida.

Cualquier cosa era mejor que morir solo en aquella habitación apestosa.

Cruzó el pasillo con pasos lentos, sintiendo el corazón golpearle el pecho. Las luces chispeaban. Una puerta se abrió detrás de él, pero no miró. Bajó las escaleras y salió del edificio.

El aparcamiento estaba casi vacío. Caminó hacia su viejo Nissan, aparcado bajo un farol. Metió la mano en el bolsillo buscando las llaves, cuando el fogonazo de los faros de un Mercedes lo dejó inmóvil. Se cubrió los ojos, encandilado, sintiendo su corazón latir con fuerza.

Dio un paso atrás, buscando la llave del coche, aunque sabía que no tendría tiempo de llegar a él. El motor del Mercedes rugió. Durante unos segundos, el sonido del ralentí llenó todo el aparcamiento. Luego el coche avanzó despacio, apenas un metro. Lo suficiente para imponer el miedo.

Miroslav sintió un instinto primario de huir, pero sus piernas no respondieron. Permaneció inmóvil mientras el vehículo se detenía justo frente a él. La ventanilla se bajó lentamente, dejando escapar una nube de humo de tabaco. Del interior apareció el rostro de un hombre corpulento, con mandíbula cuadrada y barba corta, que lo miraba con tranquilidad. En su mirada había la calma de un depredador.

Era Víctor «El Tiburón» Herrera.

Miroslav lo reconoció. Lo había visto un par de veces en reuniones con Parres, siempre al fondo, reflexivo. Un ejecutor. Un perro fiel. El tipo de hombre que no necesita escuchar dos veces una orden.

No habló al principio. Lo miró, midiendo su miedo. Luego, con un tono neutro:

—Súbete.

Miroslav negó con la cabeza.

—No sé quién eres —dijo en español—. No tengo nada que ver contigo.

«El Tiburón» ladeó la cabeza, como quien observa un insecto antes de aplastarlo. Apartó ligeramente la chaqueta, mostrando el brillo metálico del arma en su cintura.

—No te lo estoy pidiendo.

La lluvia empezó a caer con más fuerza, tamborileando sobre el techo del coche. Miroslav dio un paso hacia atrás, mirando alrededor. El aparcamiento estaba vacío. Los camiones dormían bajo la lluvia. La carretera era una franja oscura y lejana. Nadie lo vería. Nadie lo salvaría.

—Escúchame —dijo, intentando sonar firme—. No sé quién te manda, pero puedo arreglarlo. Hablo con quien haga falta. Con Parres, con el marroquí, con quien sea. No tengo problemas con nadie.

—No. Tienes problemas con todos. Por eso estoy aquí.

Esa frase lo desarmó.

El ucraniano bajó la mirada. Sintió el sabor metálico del miedo en la lengua. No había salida. Dio un paso hacia el coche.

—¿Dónde vamos?

—A ver al jefe —respondió «El Tiburón», sin apartar la vista de él.

Miroslav subió despacio. En el interior había dos hombres más. «El Tiburón» apagó el cigarro en el cenicero y aceleró sin mirar atrás. En el retrovisor, las luces del motel se fueron alejando, haciéndose cada vez más pequeñas hasta desaparecer.

Durante los primeros kilómetros nadie habló. Solo el motor y la lluvia marcando un ritmo constante contra el parabrisas.

—¿Fue Parres quien mandó matarlos? —preguntó.

«El Tiburón» siguió conduciendo, impasible.

—No preguntes. No sirve de nada.

La respuesta fue suficiente. Miroslav se recostó en el asiento, observando las luces distantes de los camiones que cruzaban la autopista. Pensó en su madre, en Kiev, en el frío. Todo se resumía a eso: el frío y la soledad.

Mientras el coche se alejaba, supo que no moriría esa noche. Pero lo peor apenas empezaba.

41

Rojo

Rojo estaba en la esquina de la barra del bar Guillermo, con la espalda apoyada en el frío mármol y un carajillo frente a él. Su chaqueta colgaba del taburete, mientras la pistola reposaba a su lado, contra la cadera, marcando su presencia.

Agulló entró envuelta en el frío de la calle, las manos hundidas en los bolsillos, una bufanda anudada al cuello. Saludó con la cabeza y se sentó. El camarero la reconoció al instante.

—¿Lo de siempre, inspectora?

—Sí, gracias, Pepe. Y tráele otro al jefe.

Rojo alzó una ceja.

La televisión mostraba imágenes de Arenales del Sol: luces policiales, camillas, un periodista con el rostro tenso. El rótulo decía «Tiroteo vinculado a bandas criminales».

—La han liado bien gorda —murmuró Rojo—. Y ahí se va a acabar todo.

—¿Se sabe algo del otro asunto?

—Ha muerto un subinspector. Pero no hay nada en las noticias.

Agulló lo observó de reojo. Sabía que, detrás de esa voz grave y esas frases cortas, se escondía una lealtad férrea. Rojo era un perro viejo de los que no ladran sin razón.

—Dormí mal.

—Lo suponía. Acostúmbrate.

—¡Joder, Rojo! Nos cerraron la puerta en la puta cara. La señora se hizo la tonta, no soltó nada. Y los matones del local nos siguieron hasta el coche.

—No esperaba menos. Apestamos a policía y estaban bajo aviso. Esa mujer está más protegida que el Papa. Seguro que ahora mismo están quemando papeles.

—Es un puticlub. Lo que no entiendo es cómo sigue abierto.

—Yo sí. Nadie se ha molestado en abrir una investigación. Pero nosotros tampoco lo haremos. No nos concierne.

El camarero dejó las copas sobre la barra y se alejó. Rojo abrió su chaqueta, sacó un sobre doblado y lo empujó hacia Agulló. Ella lo abrió con cuidado. Dentro había fotocopias de informes, notas manuscritas, recortes de prensa.

—¿Qué es esto?

—Regalos de un amigo.

Agulló hojeó las páginas. El nombre de Gutiérrez aparecía subrayado con rotulador rojo. En otra hoja, el sello de la jueza Isabel Domínguez, con la palabra «DENEGADO» estampada una y otra vez.

—¿De dónde sale esto?

—De dentro. Gutiérrez es el perro que le puso la zancadilla a Serrano. —Rojo bajó la voz—. Se reunió tres veces con intermediarios de los Bernabeu durante la Operación Camarote. Tres veces. Y cada orden de registro que podía salpicarles, la jueza Domínguez la bloqueó.

Agulló dejó los papeles sobre la barra.

—Eso no se sostiene.

—Sí, cuando eres el cachorro del comisario.

—Si esto sale, arde medio juzgado.

—Por eso no saldrá. —Rojo bebió un sorbo—. Lo usaré para abrir puertas, no para cerrarlas. Para ellos solo somos unos forasteros que investigan la muerte de una chica extranjera que ni su país ha reclamado. Peccata minuta.

—Si el juez revisara...

—De momento, ningún juez revisará nada. Como mucho, nos enviarán a alguien para que cerremos el caso.

Ella lo miró con una mezcla de desconfianza y respeto.

—¿Y Serrano?

—Tiene lo que necesitamos. Conoce a Gutiérrez. Sabe dónde pisar.

—También sabe cómo joderlo todo. —Agulló se inclinó—. ¿Has leído su expediente? Dos denuncias por exceso de fuerza. Una suspensión. Lo apartaron de Estupefacientes porque se obsesionó con el caso y dejó que un soplo se le escapara.

—Lo sé.

—¿Y aun así quieres meterlo?

Rojo bebió un sorbo.

—No lo quiero meter. Lo necesito meter. Gutiérrez no hablará con nosotros. Somos forasteros. Pero con Serrano... Ahí hay historia. Son amigos y se han traicionado.

—Exacto. —Agulló golpeó la barra con el dedo—. ¿Y si pierde los nervios?

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está desesperado. Y los hombres desesperados obedecen si les das lo que quieren.

—¿Y qué quiere Serrano?

Rojo la miró directamente.

—Venganza. Contra Gutiérrez. Contra los que lo han jodido. Contra todos. Nosotros le damos un blanco, le ponemos las reglas… y él dispara donde le digamos.

Agulló lo miró durante largo rato.

—Eso suena como usar una granada para abrir una cerradura.

—A veces es lo único que funciona.

En la televisión, las imágenes del tiroteo en Arenales seguían repitiéndose. Agulló se cruzó de brazos.

—Si esto sale mal...

—Siempre sale mal. La pregunta es si podemos controlarlo cuando lo haga.

—No tengo opción, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué os da a todos por lo mismo?

—¿No eres policía?

—Ya sabes a lo que me refiero. Cosa de hombres. Os mandan a otro departamento por haberla cagado y buscáis la revancha. ¿Por qué no pasáis página?

—¡Estoy siendo práctico, *collons*! Solo intento entrar antes de que nos cierren las puertas por arriba.

—Estaríamos fuera de la ley.

—Pero al menos seríamos honestos entre nosotros. Serrano agradecerá eso.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Según tú, es como yo.

—Vete al cuerno.

Entre ellos se hizo un silencio que se alargó. En la televisión empezaba un programa de sucesos, pero Rojo apenas escuchaba. Seguía observando los documentos esparcidos sobre la barra, la tinta roja destacando como una herida abierta.

—He pasado media vida obedeciendo órdenes de cretinos… para acabar con Asuntos Internos encima. Y cada vez que un cabrón como Gutiérrez vende información, un cadáver aparece en la calle y a él no le pasa nada. —Golpeó la barra con los nudillos—. Esto no es por justicia. Es porque estoy harto.

Agulló lo observó. En sus ojos había algo que no era admiración, sino una forma cansada de respeto.

—Escucha, Agulló. Necesitamos un juez limpio. Uno que no tenga la agenda llena de cenas con políticos, ni de llamadas de los Bernabeu. Alguien con el valor suficiente para firmar la orden que la Domínguez lleva meses negando. Alguien fuera de Elche.

—¿Y si no lo encontramos?

Rojo apuró su copa.

—Lo encontraremos.

La puerta del bar se abrió y una ráfaga de aire frío barrió el suelo. Rojo se giró, alerta, pero solo era un cliente tardío. Aun así, su instinto no se relajó. Vivía en guardia. Siempre lo había hecho.

El móvil vibró sobre la barra. La pantalla iluminó el nombre: Serrano.

Rojo lo miró un segundo, antes de contestar.

—¿Qué pasa?

—Tengo algo para vosotros. Voy de camino a la comisaría.

—No. Vente al bar Guillermo. Te esperamos aquí.

Colgó y dejó el teléfono junto a la copa vacía.

—Era él.

—¿Qué ha dicho?

—Que tiene algo.

Rojo recogió los papeles y los metió en el sobre.

—Pepe, pon una mesa para tres. Y trae una botella de Ramón Bilbao.

42

Díaz

Fernando «El Gordo» Díaz sabía que cuando sonaban dos teléfonos seguidos, alguien iba a acabar jodido.

Estaba en su despacho, con la chaqueta colgada y el cuello desabrochado, mirando balances.

El teléfono fijo vibró sobre la mesa. Lo miró antes de levantar el auricular.

—Fernando, soy yo —dijo Sofía Bernabeu—. Necesito verte. Es importante.

—Enseguida —respondió él.

Colgó y apoyó la palma sobre el auricular. No tardó: el móvil estalló con el nombre de Tomás Bernabeu en la pantalla.

Tragó saliva antes de contestar.

—Don Tomás.

—Esta noche cerramos el club. Avisa a tus hombres.

—¿Cómo dice?

—¡No te hagas el tonto, *collons*! Ese lugar nos ha dado muchos problemas.

—Ya, pero...

—Déjalos que revisen. Que encuentren algo comprometedor. Facturas, contratos, lo que haga falta. Pero que no toquen a los Bernabeu de verdad. Que parezca que cooperamos. De eso me

encargo yo —dijo Tomás antes de que Díaz pudiera hablar—. Ya buscaremos otro negocio.

—Pero señor, el local nos da dinero...

—¿Por qué insistes? ¿Crees que no sé lo que pasó con Ignacio?

La mención clavó una aguja en la garganta de Fernando. No era la chica polaca. Era quién había apretado el gatillo para que un hijo cayera.

—¿Crees que mi mujer no me lo iba a confesar? Teresa me lo contó todo.

Díaz tragó saliva.

—Podemos tratarlo como hombres.

—No hay nada que hablar. Teresa pidió un favor y tú lo cumpliste. Ella es mi esposa. No hay que remover más. —El silencio se instaló en la conversación por un segundo—. Ah, y no te olvides de la fiesta de esta noche... Ponte algo decente. Estamos de celebración.

—¿Y Sofía? —preguntó con cautela—. ¿Qué hacemos con ella?

—Mi hija no tiene que enterarse. Es lista, pero aún no entiende que los lobos solo respetan al que sangra primero. Si ella no se ensucia, lo haré yo. Quiero que me ayudes.

Díaz se frotó el mentón. Aquello era traición o al menos una forma elegante de disfrazarla.

—¿Y si pregunta?

—Tú haz lo que te digo.

La línea se cortó. El pitido quedó suspendido como un juramento incumplido. Fernando dejó escapar un bufido y miró por la ventana. En la nave, los obreros seguían: cortaban suelas, doblaban cajas con el logo de la empresa que funcionaba como fachada. La rutina giraba indiferente al terremoto que estaba a punto de romper sus cimientos.

«El Gordo», perro fiel de Tomás durante más de veinte años, ahora se dividía entre dos dueños: una jefa de mirada fría y un patriarca que movía peones como piezas en su tablero personal. Pensó en Ignacio, en Teresa, en Sofía —destinada a heredar y limpiar cicatrices, o a no enterarse nunca—. Pensó en la puñalada que no se ve venir y en que no se puede servir a dos amos sin acabar con una bala en la sien o con la conciencia hecha trizas.

Se incorporó con la mecánica de quien ha aprendido que las decisiones hay que tomarlas con traje y guante. Apagó el puro en el cenicero, se ajustó la corbata y tomó el abrigo.

Mientras salía, pensó algo que no dijo en voz alta: «Jamás debió volver vivo».

Lo murmuró para sí, como pronunciando un epitafio.

Sofía lo esperaba en su oficina del piso superior: luminosa, ordenada. Detrás del escritorio parecía una ejecutiva de otro mundo. Desde allí el bullicio de la fábrica era apenas un murmullo metálico, como si los obreros fueran un recuerdo y no personas.

Cuando Fernando cruzó la puerta, ella lo miró sin sonreír.

—Llegas tarde.

—Lo siento.

—No importa. Necesito que te encargues de algo. Mañana noche llega un furgón con anabolizantes a Mercalicante, desde Portugal. Ya sabes lo que hay que hacer.

—¿Anabolizantes? ¿Lo has consultado con tu padre?

—Mi padre es de la vieja escuela. Los gimnasios son el futuro. No podemos tener todos los huevos en la misma cesta.

—Tú mandas. Lo haremos con los hombres de la Hermandad.

—¿Por qué con ellos?

—No es buen momento para llamar la atención.

—Lo dejo en tus manos. —Sofía se inclinó levemente—. ¿Qué sabes de Arenales del Sol?

Díaz se dejó caer en la silla. El cuero se quejó bajo su peso.

—Lo mismo que tú. Dos muertos. Gente de Parres. Uno de ellos llevaba una tarjeta del club.

Sofía apretó los labios.

—¿Y nadie los ha reconocido?

—No, que yo sepa.

—Torres y Rojas. —Pronunció los nombres como cuentas de un rosario que preferiría olvidar—. ¿Te suenan?

—No.

—¿Y «El Irlandés»?

—Un químico. Laboratorio casero, drogas de diseño... Nada fuera de lo habitual.

—¿Y quién distribuye lo que han incautado?

—Omar.

Ella golpeó la mesa con la palma.

—¡Joder, Fernando! ¿Y no se te ocurrió mencionarlo?

—Te pregunté si confiabas en él —replicó sin alterarse.

—Y te dije que no. ¿Qué coño te pasa?

—Nada.

—¿Es que no lo ves? Han muerto dos hombres de Parres y, probablemente, uno estaba husmeando en nuestros negocios.

—Le servirá de escarmiento.

—No. Ese cerdo aún respira, aunque tenga al hijo en coma. —Tomó una carpeta del escritorio y se la pasó—. He estado pensando en algunos cambios. Debemos actuar ya.

—Te escucho.

—Refuerza la seguridad de «La Palmera». Pon turnos dobles. Nadie entra sin autorización. Cámaras nuevas y guardias en la puerta desde esta noche. Olvídate de los clientes. Dile a «La Viuda» que se deshaga de los libros de cuentas, hasta nuevo aviso.

Díaz asintió sin abrir la carpeta.

—Hecho.

—Y otra cosa: Serrano.

El nombre del inspector le cayó como un puñetazo en el estómago.

—Pensaba que lo tenías atado.

—Esto también te incumbe. Serrano vino a advertirme. Está moviéndose por el caso de Ludmila. Él y Homicidios. Si fuera por los otros, me importaría un bledo, pero Serrano conoce cómo funcionan las cosas aquí. Si consiguen una orden de registro para el club y descubren lo que le pasó a esa chica, podrían llegar a Ignacio. Entonces será el fin para todos.

Díaz se removió en la silla.

—¿Has hablado con la jueza Domínguez?

Sofía suspiró con fastidio.

—Domínguez ya no sirve. —Se mordió el labio—. Habrá que cambiar de estrategia. Del soborno al chantaje. A veces la moral solo se corrige con miedo.

—Veré qué puedo hacer. ¿Tienen juez de instrucción para el caso?

—Aún no, pero lo tendrán. Por eso, muévete rápido. —Sofía se inclinó hacia él—. Si no puedes frenar la investigación, destrúyela. Haz que parezcan ineptos, corruptos, borrachos... lo que sea. Serrano, Rojo, Agulló... cualquiera que aparezca en los informes. Ensúcialos hasta que nadie crea una sola palabra.

Díaz la observó unos segundos. Era lista, mucho más de lo que su padre creía. Pero también era peligrosa.

—Eso no será fácil.

—Nada que merezca la pena lo es.

Él sostuvo la mirada.

—Cumpliré con mi parte.

Ella asintió, satisfecha.

—Confío en ti, Fernando. Eres como un segundo padre. No me falles.

Díaz se levantó, sintiendo el peso del encargo. La frase le dolió más que un disparo. Los segundos padres suelen ser los primeros en morir.

Antes de salir, Sofía añadió sin levantar la vista:

—Asegúrate de que todos sepan que seguimos al mando.

—Entendido.

Cerró la puerta y se quedó quieto en el pasillo. El zumbido de las máquinas llegaba desde abajo como un recordatorio del ruido constante en el que vivía. Sacó el teléfono. Dudó un instante, luego marcó el número del comisario Vélez.

Cuando la línea se abrió, habló con calma:

—Soy Díaz.

—No deberías llamar seguido a este número.

—El club. Esta noche. —Calló, lo justo para que se notara—. Ya sabes lo que hay que hacer.

No explicó más. Colgó, consciente de que acababa de cruzar una línea invisible.

Y en ese pasillo estéril, se dio cuenta de algo: la traición tiene un sonido, y es exactamente el silencio que queda después de colgar un teléfono.

43

Paredes

El teléfono vibró a las nueve de la noche. Un mensaje escueto, sin nombres, sin florituras: «Con Ruedas. Ahora».

Luis «El Cuervo» Paredes aplastó el cigarro contra el cemento y se levantó del escalón. Llevaba media hora ahí sentado, viendo cómo Elche se hundía en la oscuridad. Todo el día con ese cosquilleo en la nuca, esa certeza de que algo se movía en las sombras y que, tarde o temprano, le tocaría bailar.

Se ajustó la chaqueta de cuero, comprobó el peso de la pistola y arrancó la Yamaha. El motor rugió.

Veinte minutos después, aparcó frente al «Con Ruedas». Las luces de neón parpadeaban en rojo y azul sobre la fachada de ladrillo sucio. Dentro, la música sonaba baja. Demasiado baja. Mala señal.

El bar estaba casi vacío. Un par de moteros jugaban al billar en la esquina, matando el tiempo. Detrás de la barra, el camarero limpiaba vasos sin levantar la vista.

Johnny Puertas esperaba en la trastienda.

«El Cuervo» cruzó el local sin prisa, esquivando miradas que no preguntaban nada porque ya sabían las respuestas. La puerta metálica del fondo estaba entreabierta. La empujó con el pie.

Johnny tenía las manos apoyadas sobre un mapa desplegado en la mesa. Levantó la vista cuando entró Paredes. Ojeras profundas, mandíbula tensa. Llevaba días sin dormir bien.

—Siéntate.

«El Cuervo» negó con la cabeza, cruzando los brazos.

—Estoy bien así.

Johnny resopló, pero no insistió. Sabía cuándo elegir sus batallas.

—Tenemos un trabajo. Esta noche.

—¿De quién?

—Díaz.

El nombre flotó en el aire como humo. «El Gordo» Díaz no pedía favores, los compraba. Y cuando compraba algo, esperaba resultados. Después de lo de Arenales del Sol, trabajar para los Bernabeu no le gustaba.

—¿Qué clase de trabajo?

Paredes encendió un cigarro.

Johnny señaló el mapa. Una línea roja marcaba la ruta desde Mercalicante hasta el polígono industrial de Carrús.

—Un camión. Sale de Mercalicante a medianoche. Lo interceptamos en la N-340, cerca de Torrellano. Tú en la moto, yo en la furgoneta. Lo llevamos al polígono y se lo entregamos a la gente de Díaz.

—¿Qué lleva?

Johnny lo miró fijamente.

—No preguntes.

«El Cuervo» dio una calada larga, dejando que el humo llenara sus pulmones.

—Si no sé qué lleva, no sé qué problemas me estoy comprando.

—Los problemas ya los tienes, Cuervo. Esto solo es la forma de pagarlos.

En ese negocio, las deudas se cobraban de muchas maneras. Johnny acababa de ponerle precio a la suya.

—¿Cuánto paga?

Johnny sacó un sobre del bolsillo y lo dejó caer sobre la mesa. Los billetes asomaban por los bordes.

—Tres mil. Mil quinientos para cada uno. Trabajo limpio, rápido, sin testigos.

«El Cuervo» miró el sobre. Tres mil euros por una noche. O demasiado poco, o demasiado fácil. Y nada era fácil en ese mundo.

—¿Y después?

Johnny sonrió.

—Después celebramos. Cerveza fría, música alta. Ya es hora de emborracharnos.

«El Cuervo» asintió despacio. No le gustaba, pero tampoco tenía opciones. En la Hermandad, cuando Johnny llamaba, uno respondía. Esa era la regla. La única.

—¿A qué hora salimos?

—Once y media. En el desguace.

Paredes aplastó el cigarro y se dio la vuelta sin más palabras. Había aprendido hacía tiempo que las palabras sobraban cuando el trabajo hablaba por sí solo.

Subió a la Yamaha, encendió el motor y se alejó del «Con Ruedas» con el rugido del escape rasgando el silencio.

En el retrovisor, el letrero parpadeaba.

Rojo y azul.

Como una advertencia que aún nadie lograba interpretar.

44

Serrano

Rojo se sirvió una copa de Ramón Bilbao, Agulló pidió agua con gas y Serrano, fiel a su rutina, una cerveza helada.

El inspector dejó la carpeta sobre la mesa. Gastada, esquinas dobladas, manchas de nicotina. Nadie habló. Rojo la miró con curiosidad, Agulló con recelo. Serrano encendió un cigarro y soltó el humo sin mirar a ninguno.

—No me echaron de Narcóticos por incompetente —dijo—. Me echaron por saber demasiado.

Abrió la carpeta. Facturas falsas de importación de pescado, sellos de empresas pantalla. Rojo se inclinó.

—¿Exportaciones?

—Camuflaje para blanquear hachís y coca. Las firmas son de Tomás Bernabeu. Conectan con «La Palmera». El dinero pasa por las mismas sociedades.

Agulló cruzó los brazos.

—La jueza Domínguez no firmará una coma.

Rojo asintió sin retirar la mirada de las hojas. Serrano soltó una carcajada breve y amarga.

—Aquí todos piden papeles, pero nadie quiere mirar lo que hay dentro.

Agulló se tensó.

—Nosotros investigamos un homicidio, no una cruzada personal.

Serrano clavó la mirada en ella.

—Ludmila Kowalska fue estrangulada porque sabía demasiado. Y no fue la primera.

Rojo se movió en la silla.

—Habla, Serrano. Deja de lamerte las heridas.

El inspector apretó los dientes. Pensó en Durá, en la pistola junto al lavabo, en el olor metálico.

—Durá se metió el cañón en la boca dos días después de firmar un informe limpio sobre una incautación. Natalia Rivas duró tres meses antes de que la encontraran con una bolsa de plástico. Raquel Ortega no llegó al lunes. —Se interrumpió a propósito, dejando que lo dicho pesara—. Tenía miedo, pero quería hablar. Sabía lo que pasaba en «La Palmera». Las fiestas, las chicas jóvenes. Me habló de Laura «La Viuda» Pérez, de la jueza Domínguez. Les gusta juntarse con chicas de veinte años y champán francés. Raquel iba a declarar. No llegó viva al lunes.

—La culpa no resuelve casos —dijo Agulló.

—¿Eso venía escrito en el manual, inspectora? La diferencia entre un policía y un testigo es que el testigo todavía cree que alguien lo protegerá.

Rojo cerró la carpeta.

—¿Por qué coño no nos contaste esto antes?

Serrano tragó saliva.

—Entonces —dijo Rojo—, si no es por la fuerza, será con chantaje. Debe haber alguien más.

—Sí. Gutiérrez.

Rojo miró a Agulló. Ella apretó los labios, las manos tensas sobre la mesa. Fuera, la lluvia empezaba a barrer la ciudad. Dentro, el aire se enredaba con humo y rabia contenida.

—Gutiérrez —repitió Rojo—. Tu colega.

—Gutiérrez tiene un pinchazo telefónico —explicó Serrano—. Si le saco algo sobre Domínguez, conseguimos la orden.

Agulló clavó los dedos en la servilleta. Rojo cerró los puños sobre la copa.

—Entonces te toca chantajearlo.

—¿Y si te manda a la mierda? —preguntó Agulló.

—La habremos cagado.

Rojo respiró hondo. Agulló tragó saliva y su dureza mostró una faceta humana: el ceño se suavizó.

—Necesitamos algo más que facturas —dijo—. Una foto, un nombre, una firma que relacione a Domínguez con las chicas del club.

Serrano apartó la mirada hacia la ventana empañada. Pensó en Durá, en Natalia, en Raquel.

—Tengo un plan. No es el mejor, pero es algo... Gutiérrez sale los viernes a la hora de la siesta. Si me da la palmadita en la espalda, saldrá en bandeja.

Rojo se permitió una sonrisa corta.

—¿Vas a hacerlo solo?

—Sí. Yo cumplo con mi parte, vosotros conseguís la orden... y que nadie se haga la víctima cuando la prensa saque lo que hay dentro.

Agulló asintió. Rojo entrelazó las manos sobre la mesa. Serrano se incorporó, colocó la carpeta bajo el brazo y se puso la chaqueta.

Después salió bajo el chispeo con el cuello levantado. Rojo y Agulló se miraron. Ninguno tocó su copa.

45

Paredes

Johnny esperaba junto a la furgoneta blanca, fumando mientras contemplaba el cementerio de chatarra que tenía a su alrededor. Levantó la barbilla cuando vio llegar a Paredes.

—Puntual. Me gusta.

«El Cuervo» aparcó la Yamaha y se quitó el casco. No respondió.

Johnny abrió las puertas traseras de la furgoneta. Dentro había dos rampas metálicas ya colocadas.

—Sube la moto. La necesitaremos para la interceptación.

Entre los dos cargaron la Yamaha en la furgoneta, asegurándola con tensores a los anclajes laterales.

Luego, Johnny sacó una bolsa de deporte.

La dejó caer al suelo, produciendo un ruido seco.

—Pasamontañas, guantes, un móvil desechable. Después de usarlo, lo tiras al río.

«El Cuervo» asintió. Así funcionaba el juego. La información a cuentagotas. Menos sabías, menos podías contar si las cosas se torcían. Trabajar ligero, sin dejar rastro.

Se puso los guantes, guardó el pasamontañas en el bolsillo y comprobó el móvil. Tenía un solo número marcado. Johnny.

—¿Armamento?

Johnny señaló la pistola en su cintura.

—Con eso basta.

Subieron a la furgoneta. Johnny al volante, Paredes de copiloto. El motor arrancó con un ronroneo discreto. Nada de llamar la atención.

Salieron del desguace y tomaron la carretera hacia Mercalicante. El tráfico era escaso. Algún camión rezagado, algún coche con prisas o problemas.

Paredes miraba por la ventanilla mientras las luces de Elche pasaban como luciérnagas moribundas. Pensó en su Yamaha y en la libertad que experimentaba al acelerar en la carretera abierta, en esa sensación de que nada podía alcanzarlo.

—¿En qué piensas? —Johnny no apartaba la vista de la carretera.

—En nada.

—Mentira. Siempre piensas en algo. Por eso eres bueno.

«El Cuervo» encendió un cigarro. El humo se arremolinó contra el parabrisas antes de escapar por la ventanilla entreabierta.

—Pienso que este trabajo me da mala espina.

Johnny rio.

—Todos la dan, hasta que se cobra, Cuervo. Se llama adrenalina... La diferencia es que este paga bien.

Paredes no respondió. Dio una calada larga y dejó que el silencio se extendiera entre ellos como una grieta en el asfalto.

46

Parres

La diferencia entre un mártir y un traidor es solo cuestión de cuánto dolor está dispuesto a soportar cada uno.

La luz de una bombilla desnuda caía sobre el rostro del ucraniano, sentado en una silla metálica con las manos atadas a la espalda. Tenía el pelo apelmazado por el sudor, la camisa manchada de sangre seca y la mirada vacía de quien ya ha comprendido que el aire que respira puede ser el último.

Eduardo Parres bajó los escalones del sótano con paso tranquilo, seguido por «El Viejo» Sánchez y Rubén «El Socio» Giménez. Detrás de ellos, Víctor «El Tiburón» Herrera se quedó junto a la puerta, con un cigarro sin encender entre los labios. Nadie habló durante los primeros minutos.

Parres se detuvo frente a Miroslav, arrastró una silla con deliberada lentitud y se sentó con la calma de un sacerdote antes de la confesión. Sacó un puro del bolsillo interior de la chaqueta, lo mordió y lo giró entre los dedos sin encenderlo. Solo lo masticó, pensativo.

—¿Sabes lo que más me jode de todo esto, Miroslav? —dijo al fin, sin apartar la vista—. Que mis hombres confiaban en ti. Torres, Rojas… Creían en tu palabra. Y ahora están muertos.

Miroslav levantó la cabeza con esfuerzo, los ojos hinchados por el cansancio y la desesperación. Abrió la boca para hablar, pero Parres

alzó una mano.

—No. Todavía no.

«El Socio» apoyó el hombro contra la pared de hormigón, observando en silencio. «El Viejo» se encendió un cigarro y exhaló el humo hacia el techo agrietado. Nadie tenía prisa. El tiempo, allí abajo, no existía.

—En Elche —continuó Parres con tono casi filosófico— solo hay dos tipos de protección: la que te vende tu amigo por la espalda… y la que te da el diablo a cambio del alma. Tú ya has probado la primera.

Miroslav tragó saliva. Una gota de sudor le recorría la frente, brillando bajo la luz amarillenta.

—Yo no traicioné a nadie —balbuceó—. Fue un error. No sabía que…

Parres se inclinó hacia él. La voz, apenas un murmullo cargado de amenaza.

—Los errores cuestan caro, amigo. Y los míos ya me han costado demasiado.

Se levantó y comenzó a caminar alrededor de la silla con pasos medidos, como un depredador rodeando a su presa. Se detuvo detrás de Miroslav, lo suficientemente cerca para que sintiera su presencia.

—Te voy a hacer una oferta, porque no me gusta matar sin motivo —dijo, con una frialdad que helaba más que cualquier amenaza—. Me dices quién estaba detrás del tiroteo de Arenales. Me cuentas cada detalle, cada nombre, cada puto movimiento. Y a cambio, te saco de esta ciudad. Te doy protección. Un billete, una nueva vida lejos de aquí.

Miroslav dudó. Miró a los hombres que lo rodeaban: el brillo metálico de la radial en manos de «El Tiburón», la frialdad con la que Giménez lo observaba, la indiferencia brutal de «El Viejo».

—¿Y si miento? —preguntó con un hilo de voz.

Parres regresó a su silla y se sentó, cruzando las piernas con tranquilidad.

—Todos los hombres mienten hasta que comprenden que la mentira pesa más que la muerte. Si mientes, no tendrás que

preocuparte por ese billete. Porque no llegarás a cogerlo.

El ucraniano bajó la cabeza, derrotado. El temblor en sus labios era evidente. Sabía que un hombre atado a una silla solo tiene dos opciones: morir con un secreto o vivir como un traidor.

—Está bien —susurró—. Les diré todo. Pero prométame que me dejará vivir.

Parres se encogió de hombros.

—Yo nunca prometo nada que no pueda cumplir.

El ucraniano respiró hondo, buscando fuerzas donde ya no quedaban. Parres lo observaba sin pestañear. Finalmente, Miroslav habló:

—Fue Johnny Puertas —dijo con voz quebrada—. Él y su gente. Vinieron a mí buscando negocio. Querían entrar en la producción, controlar el Tusi… Yo les debía dinero por una carga que no pude vender. Les ofrecí una oportunidad para saldar la deuda.

Parres no se inmutó, pero en sus ojos brilló un destello de atención. Hay nombres que, una vez pronunciados, cambian el precio de una vida.

—¿Johnny Puertas? —repitió con calma—. El de los moteros. El del bar Con Ruedas.

Miroslav asintió, jadeando.

—Él y uno de sus hombres, el de la melena larga, el que llaman «El Cuervo». Vinieron con la excusa de «protegerme», pero lo que querían era quedarse con el laboratorio. Decían que tenían contactos en la costa, que podían distribuir sin problemas. Todo mentira. Me presionaron. Dijeron que, si no les pagaba, se encargarían ellos mismos de hacerlo rentable.

«El Viejo» soltó un bufido de desprecio.

—Eso no suena a trato. Suena a robo con navaja.

Miroslav se encogió en la silla, temblando.

—No tuve elección. Les di la dirección del laboratorio. Pensé que se llevarían lo que quisieran y me dejarían en paz. No sabía que tus hombres iban a estar allí. Te lo juro.

Parres avanzó como si quisiera desmontarlo pieza por pieza.

—Mis hombres murieron por tu culpa. Y tú lo sabías.

—No, no… —negó Miroslav, desesperado—. Lo juro por lo que más quieras. Johnny fue quien lo planeó todo. Me tendió una trampa a mí también. Dicen que trabaja para Sofía Bernabeu.

El nombre quedó suspendido en el aire unos segundos. Parres no reaccionó de inmediato. Masticó el puro despacio, sin apartar la mirada del ucraniano.

—¿Sofía? —preguntó al fin, con una mueca entre ironía e incredulidad—. ¿La hija de Bernabeu?

—Sí. Johnny y su gente trabajaban como seguridad para «El Gordo» Díaz. Yo los he visto juntos. El bar Con Ruedas es punto de encuentro de todos ellos. Si no me crees, pregúntale a Omar El Harraq. Él puede confirmarlo.

«El Socio» y «El Viejo» intercambiaron una mirada cargada de tensión. Parres se levantó lentamente, apoyando las manos sobre la mesa de metal.

—Así que eso es lo que hay —dijo con desdén—. Motos, putas y drogas. Toda una familia unida.

Miroslav lo miró, jadeando, con el rostro empapado de sudor.

—He dicho todo lo que sé. Ahora déjeme marchar. Cumpla su palabra.

Parres lo observó durante un largo instante. Luego sonrió apenas, una sonrisa que heló el aire del sótano.

—Cumplir mi palabra… Claro. Pero verás, Miroslav, el trato acaba de cambiar.

El ucraniano frunció el ceño, sin comprender.

—¿Qué… qué trato?

Parres se acercó despacio, con pasos que resonaban sobre el suelo de cemento.

—Ya no eres mi informante. Ahora eres mi propiedad. Lo que sabes, lo que tienes, lo que respiras… me pertenece.

Miroslav lo miró con rabia impotente.

—No soy una puta. No trabajo para ti.

Parres giró la cabeza hacia «El Tiburón» sin apartar los ojos de Miroslav.

—Enciende la radial.

El sonido de la radial cortó el aire como un alarido mecánico. Las chispas saltaron cuando «El Tiburón» la probó contra el suelo, llenando el sótano de un resplandor anaranjado y siniestro. Miroslav se echó hacia atrás, pero la silla no le daba margen. Los hombres de Parres lo sujetaron por los hombros, clavándolo en su sitio.

—¡Espera, espera! —gritó el ucraniano, con el rostro desencajado —. ¡No lo hagas, joder! ¡Por favor!

Parres no se movió. Solo lo observaba, con las manos en los bolsillos y el puro entre los dientes, imperturbable.

—¡Te lo advertí, *troç de merda*! No me gustan los hombres que confunden un trato con una conversación.

«El Tiburón» dio un paso al frente, acercando la herramienta. El rugido llenó el sótano. Miroslav forcejeó desesperadamente, mientras los otros lo sostenían con fuerza.

—¡Basta! ¡Basta, hijo de puta! ¡Haré lo que quieras! —gritó con una voz rota—. ¡No! ¡Detente, cabrón! ¡Te lo suplico!

Parres levantó una mano. El zumbido se detuvo en seco. Miroslav respiraba entrecortado, con lágrimas de rabia y terror recorriéndole las mejillas.

—Así me gusta —dijo Parres con un tono casi paternal—. No hay necesidad de sangre cuando los hombres saben usar la cabeza.

«El Viejo» apagó la colilla contra el suelo. «El Socio» cruzó los brazos, evaluando al prisionero con frialdad. El Tiburón bajó la radial, aún caliente, y la dejó sobre una mesa de trabajo cubierta de manchas oscuras.

—Lo que vas a hacer —continuó Parres, acercándose de nuevo— es mantenerte quieto y con la boca cerrada. Nadie sabrá que estás vivo. Si te buscan, no estarás. Si te encuentran, ya no podrás hablar. A partir de hoy trabajas para mí. Y cuando digo «para mí», significa que hasta el aire que respires me lo debes.

Miroslav tragó saliva, pero no respondió. No le quedaban fuerzas para rebelarse. Parres le dio una palmada en el hombro, como si acabara de cerrar un trato cordial en un bar.

—Bien. Eso era todo por hoy. El miedo enseña más rápido que la razón.

Se dio la vuelta y caminó hacia las escaleras con paso firme. Antes de subir, se detuvo un instante y miró a «El Tiburón» por encima del hombro.

—Guárdalo en un sitio donde no lo encuentre ni Dios. Y que coma. No quiero que se muera todavía. Un traidor útil vale más que un leal muerto.

Asintieron sin decir palabra. Parres subió los escalones, dejando atrás el olor a miedo y metal caliente. El aire fresco de la noche lo recibió como un bálsamo. Encendió el puro, esta vez de verdad, y aspiró profundamente. La brasa roja iluminó fugazmente su rostro marcado por la tensión.

En el exterior, el campo dormía bajo un manto de oscuridad. Parres se quedó un momento mirando la nada, las luces distantes de la carretera, pensando en todo lo que había perdido.

No era el dolor por Torres o Rojas lo que lo corroía por dentro. Era la humillación. Había sido engañado, subestimado por una panda de moteros y una mujer que jugaba al mismo juego con mejores cartas y más frialdad. Sofía Bernabeu.

Sacó el teléfono del bolsillo. Marcó un número sin apartar la vista del horizonte negro, pero saltó el contestador automático:

—Será hijo de perra… —dijo cuando el pitido se disparó al otro lado—. ¡Zurdo! Termina el trabajo de una puta vez y sin excusas. De lo contrario, yo terminaré contigo.

Colgó y giró hacia «El Socio», que había salido detrás de él y esperaba órdenes.

—Y tú, Rubén… que no quede ni un maldito motero respirando en ese bar de mierda.

«El Socio» asintió sin hacer preguntas. Sabía cuándo su jefe no admitía réplicas. Parres soltó el humo despacio, viendo cómo se deshacía en la oscuridad como los planes que había tenido antes de que todo se torciera.

La guerra había comenzado. Y esta vez, no pensaba perderla.

47

Serrano

En el mundo de los hombres que sobreviven con secretos y mentiras, la lealtad se vende al peso y la traición se paga al contado. Álvaro Gutiérrez lo sabía. Lo había sabido desde el día en que aceptó el primer sobre. Y ahora, sentado en la barra de la Jackson a las cinco y media de la tarde, con una cerveza que ya no sabía a nada, comprendió que el día de rendir cuentas había llegado.

La Jackson dormitaba entre turnos, atrapada en ese letargo de los bares cuando la clientela se evapora y solo quedan los borrachos. Tres clientes: un viejo con el *Marca* en un rincón, dos chavales matando el tiempo en el futbolín, y Gutiérrez en la barra, posponiendo el regreso al piso vacío.

La puerta se abrió.

Serrano entró con las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero. No miró a los lados. No hizo ruido. Caminó hacia la barra con la precisión de un hombre que sabe exactamente dónde tiene que estar. Sus ojos barrieron el local y se clavaron en Gutiérrez.

El subinspector levantó la vista. Frunció el ceño.

—Joder, Serrano. Qué casualidad.

Serrano no respondió. Pidió una cerveza con un gesto breve y se apoyó a un metro de distancia, esperando sin hablar, hasta que le sirvieron. Dio un trago largo, sin prisa, como quien saborea el último cigarrillo antes del amanecer.

—¿Casualidad? —dijo finalmente, sin mirarlo—. No creo en las casualidades, Guti. Y tú tampoco deberías.

—¿Qué quieres, Javier?

Serrano señaló con la cabeza hacia una mesa del fondo, lejos del viejo del periódico, lejos de testigos.

—Vamos a hablar. Allí.

—Aquí estamos bien, ¿no?

—No. —Serrano ya se estaba moviendo—. Allí.

Gutiérrez dudó. Pero había aprendido hacía tiempo que cuando un hombre como Serrano hablaba en ese tono, no quedaba espacio para negociación. Cogió su cerveza y lo siguió, con el estómago apretándose como un nudo bien hecho.

Se sentaron en la mesa junto a la máquina de dardos. La misma donde Serrano había hablado con Natalia Rivas, la noche antes de que la encontraran con un tiro en la cabeza. El recuerdo le atravesó como un cuchillo oxidado. Las mujeres muertas volvían.

Serrano dejó la cerveza en la mesa y se acercó un poco. Sacó un sobre manila doblado del interior de la chaqueta y lo puso entre ambos.

Gutiérrez lo miró desconcertado.

—¿Qué es eso?

—Ábrelo.

—Javier, no me jodas...

—He dicho que lo abras.

Gutiérrez tragó saliva. Miró alrededor. El viejo seguía con su periódico, los chavales con el futbolín. Nadie les prestaba atención. Nadie nunca prestaba atención cuando los lobos arreglaban cuentas.

Abrió el sobre y encontró fotocopias: informes, fechas, nombres, entre ellos, el suyo.

La primera hoja era un extracto de vigilancia: «Reunión 1 - Álvaro Gutiérrez con intermediario vinculado a organización Bernabeu. Fecha: 12 de marzo 2024».

La segunda: «Reunión 2 - Álvaro Gutiérrez...»

La tercera: «Reunión 3...»

Gutiérrez se quedó blanco. Las letras bailaban delante de sus ojos como insectos borrachos. En su mundo, ser descubierto no era una

vergüenza. Era una sentencia.

—¿De dónde... de dónde coño has sacado esto?

—No importa. —Serrano bebió un trago de cerveza, sin apartar la mirada—. Lo que importa es que está ahí. Y que es real.

Gutiérrez pasó la hoja. Otra fotocopia: órdenes de registro denegadas por la jueza Isabel Domínguez. Todas relacionadas con propiedades de los Bernabeu. Todas bloqueadas durante la Operación Camarote. Un sello rojo en cada una: DENEGADO.

Y entonces lo entendió todo. Los favores que había cobrado. Los sobres que había aceptado. Las llamadas que había hecho. Todo estaba ahí, negro sobre blanco, como un libro de contabilidad del infierno.

—Esto... esto no demuestra nada —balbuceó, pero su voz sonó vacía incluso para él—. Sabes a lo que nos dedicamos, ¿no?

Serrano señaló la primera hoja con precisión de cirujano:

—Tres reuniones. Tres. Con gente de los Bernabeu, antes del pinchazo. Mientras tú seguías en Narcóticos. Mientras yo me dejaba la piel intentando cerrar el caso.

Gutiérrez cerró el sobre de golpe.

—No es lo que parece.

—Entonces, ¿qué es?

Gutiérrez se pasó una mano por la cara, empapada de sudor. El aire del bar se había vuelto espeso e irrespirable, como si alguien hubiera cerrado todas las salidas.

—Serrano... yo...

—Te vendiste. —La voz de Serrano era gélida—. Me traicionaste. Vendiste la operación y me dejaste tirado como un perro en la cuneta.

—¡No fue así!

—¿No? —Serrano se echó hacia atrás, cruzándose de brazos—. Entonces explícamelo. Porque desde donde yo lo veo, tú eres el motivo por el que me echaron de Narcóticos. Tú eres el motivo por el que Ludmila Kowalska apareció muerta en un contenedor. Tú eres el motivo por el que esta ciudad sigue siendo un puto matadero.

—Joder, Javier, no puedes echarme eso a mí...

—Claro que puedo. —Serrano dio un golpe seco sobre la mesa, el tipo de golpe que hace temblar los vasos y las conciencias—. Porque mientras tú te reunías con ellos, yo estaba en la calle intentando cerrar el caso. Y cuando estuvimos cerca, cuando íbamos a reventar la operación... Domínguez lo bloqueó todo. Y tú te hiciste el tonto, para variar.

Gutiérrez respiraba con dificultad. Miraba el sobre como si fuera su epitafio escrito con tinta indeleble. Y lo era.

—No lo entiendes...

—Pues ayúdame a entenderlo. —Serrano se inclinó de nuevo, acercándose hasta que sus rostros estaban a pocos centímetros, hasta que pudo oler el miedo en el aliento del otro—. Porque ahora mismo, lo único que veo es a un poli corrupto que vendió a su compañero por un sobre de billetes. Eres un mierda, tronco.

—¡No fue por dinero! —Gutiérrez casi gritó, pero bajó la voz al darse cuenta, porque en este mundo las confesiones se hacen en voz baja—. No fue por eso.

—¿Entonces por qué?

—Porque me dijeron que, si no lo hacía, me hundirían. A mí y a mi familia. —Abrió los ojos, brillantes—. Tenían cosas sobre mí, Javier. Cosas que no podía dejar salir. Cosas que habrían destruido todo lo que tengo.

Y allí estaba: la verdad. Simple, cruda y patética. Serrano reflexionó que todos tenían un precio; lo único que variaba era el momento en que debían pagarlo.

Guardó silencio, pero sus ojos siguieron fijos en él. Por un instante, casi sintió lástima, pero ese era un lujo que no podía permitirse. No con Ludmila en un contenedor.

—Y ahora tengo esto. —Señaló el sobre—. Y Rojo también.

Gutiérrez palideció.

—¿Qué... qué vas a hacer?

Serrano dejó pasar unos segundos. El futbolín repiqueteaba al fondo. El viejo pasó una página del periódico. La vida seguía para todos menos para los que estaban sentados en esa mesa.

—Depende de ti.

—¿De mí?

—Van a por ti, Guti. —Serrano bajó la voz hasta convertirla en un murmullo afilado—. Rojo tiene estos papeles. Y más. Y no va a parar hasta que alguien caiga. Puede que seas tú. Puede que sea Domínguez. O puede que sean los Bernabeu. Pero alguien va a pagar.

—Joder...

—Yo no voy a juzgarte por lo que me hiciste. —Serrano apretó los dientes—. Ahora no. Porque en este oficio todos tenemos las manos sucias. La diferencia está en quién las lava y quién las hunde más en la mierda. Pero si quieres salir de esta, tienes que ayudarme.

Gutiérrez levantó la vista, desesperado, con los ojos de un hombre que ve el abismo y sabe que ya no hay vuelta atrás.

—¿Ayudarte? ¿A qué?

Serrano se inclinó más cerca, hasta que el aliento de ambos se mezclaba en el aire cargado del bar, hasta que no había espacio para mentiras.

—Necesito todo lo que tengas sobre la jueza Domínguez.

El nombre cayó como una losa.

—No puedo...

—Sí puedes. Y lo harás. —Serrano no parpadeó—. Transferencias, cuentas bancarias, documentos de La Palmera, grabaciones si las hay. Todo lo que demuestre que está en la nómina de los Bernabeu. Lo que sea para inhabilitarla, mientras pedimos una orden para registrar «La Palmera».

—Si hago eso, estoy muerto.

—Si no lo haces, estás en la cárcel. —Serrano se recostó—. Tú eliges. Pero elige rápido, porque el tiempo se acaba.

Gutiérrez miraba el sobre, luego a Serrano, luego de nuevo el sobre. Las opciones eran dos y ambas olían a podredumbre. Pero una al menos le daba una oportunidad. Una mínima, ridícula oportunidad.

—Esto es una locura...

—No. —Serrano terminó su cerveza de un trago—. Esto es supervivencia. Los Bernabeu ya no confían en ti. Cuando esto explote, tú serás el primero en arder. Pero si me ayudas, puedo

sacarte de aquí antes de que te quemen vivo. Puede que incluso te salves. Puede.

Gutiérrez respiraba con dificultad. Sus manos temblaban sobre la mesa, como las de un jugador que ha apostado su última ficha.

—¿Y si te doy lo que pides?

—Entonces trabajamos juntos. —Serrano se levantó, dejando el sobre sobre la mesa como quien deja una factura sin pagar—. Y puede que los dos salgamos de esta mierda con vida. O puede que no. Pero al menos tendremos una oportunidad.

Se ajustó la chaqueta y caminó hacia la puerta con la calma de un hombre que ha dicho su última palabra.

Antes de salir, se detuvo. No se giró. Solo habló hacia la nada, hacia el aire.

—Tienes hasta medianoche, Guti. Después de eso, irán a por Domínguez. Y cuando ella caiga, os arrastrará a todos. A los Bernabeu, a sus socios, a los jueces. A los polis que cobran sobres. A todos. Y tú estarás en la lista. A no ser que decidas estar del otro lado.

Salió. La puerta se cerró tras él con un golpe que resonó como un disparo en la tarde muerta.

Gutiérrez se quedó solo en la mesa, mirando el sobre.

Su condena y su única salida.

Miró el reloj. Las seis menos cuarto.

Seis horas. Solo tenía seis malditas horas para decidir de qué lado de la historia quería estar cuando todo ardiera.

Cuando haces las cosas mal, pensó mientras las manos le temblaban, el fuego siempre llega.

La única pregunta es si estás preparado para quemarte con los demás, o tienes el valor de encender la cerilla tú mismo.

48

Paredes

Mercalicante era un laberinto de naves industriales. El olor a fruta podrida mezclado con diésel flotaba en el aire húmedo, espeso.

Johnny aparcó la furgoneta entre contenedores, en una calle lateral. El rugido del motor se extinguió y lo que quedó fue un silencio absoluto, casi hostil. Solo se oía el zumbido lejano de los generadores y algún ladrido ocasional.

Once y cincuenta de la noche.

—Diez minutos —murmuró Johnny, mirando el reloj.

«El Cuervo» se puso el pasamontañas y comprobó la pistola. El metal estaba frío, sólido, tranquilizador. Johnny hizo lo mismo, ajustándose la tela hasta que solo quedaron sus ojos visibles.

—El camión sale por la puerta este. Matrícula 4729-FPL. Blanco, logo de una empresa de frutas. El conductor va solo.

—¿Seguro?

—Eso dice Díaz.

«El Cuervo» gruñó. Confiar en Díaz era como confiar en una rata.

Cada minuto se hacía eterno. Paredes sentía el sudor acumulándose bajo el pasamontañas, el pulso latiendo en sus sienes y la adrenalina subiendo por su columna.

A las doce y tres minutos, el camión apareció.

El color, el logo y la matricula coincidían. Johnny arrancó el motor.

—Vamos —murmuró Johnny.

Salieron de la furgoneta y Johnny abrió las puertas traseras y bajó las rampas. «El Cuervo» soltó los tensores y sacó la Yamaha marcha atrás, cuidando de no hacer ruido. El metal de las rampas vibró levemente bajo las ruedas.

Se puso el casco, arrancó el motor y le hizo una seña a su compañero con la cabeza.

Johnny cerró las puertas de la furgoneta y encendió el motor.

—Ahora.

***

La N-340 se extendía como una serpiente de asfalto a través de la noche, iluminada únicamente por farolas cada cien metros. El camión avanzaba con calma, sin prisa. El conductor ignoraba lo que le esperaba.

«El Cuervo» aceleró la Yamaha, adelantó la furgoneta y se colocó delante del camión. Esperó al tramo sin iluminación, cerca de Torrellano, donde la carretera se estrechaba entre descampados y naves abandonadas.

Entonces frenó.

El camión tuvo que reducir. Los frenos chirriaron. Las luces largas iluminaron la espalda de Paredes como un foco.

Por el retrovisor vio a Johnny bloqueando por detrás con la furgoneta.

Emparedado perfecto.

El camión se detuvo. El conductor bajó la ventanilla, asomando la cabeza con el rostro rojo de furia.

—¡Pero qué coño...!

Johnny bajó de la furgoneta con la pistola en la mano. Paredes hizo lo mismo, cortando cualquier huida.

—Baja. —La voz de Johnny sonaba tranquila, casi amable—. Y pon las manos donde pueda verlas.

El conductor era un tipo de unos cincuenta años, barriga cervecera y mirada de quien ha visto demasiadas mierdas. Sin oponerse, levantó las manos despacio.

—No llevo nada de valor, joder. Es fruta. Solo fruta.

Johnny se acercó sin bajar el arma.

—Baja del camión. Despacio.

El hombre obedeció. Temblaba, pero no tanto como para parecer un cobarde; lo hacía lo suficiente como para demostrar que comprendía.

«El Cuervo» escaneó el perímetro. Carretera vacía. Sin testigos. Sin luces. Limpio.

Johnny sacó unas bridas de plástico y le ató las manos al conductor. Lo llevó hasta la cuneta y lo sentó con la espalda contra un poste kilométrico.

—Vas a contar hasta mil. Despacito, no te aceleres... Cuando llegues, tu móvil estará a cincuenta metros en esa dirección. —Señaló con la barbilla—. Si te levantas antes, te vuelo la rodilla. ¿Entendido?

El hombre asintió, con los ojos brillantes de miedo.

—Entendido.

Johnny subió a la cabina del camión, mientras que Paredes se montó en la Yamaha. El motor rugió y arrancaron, dejando al conductor contando en voz baja, como un niño castigado en la oscuridad.

49

El Zurdo

Hay noches que parecen normales, hasta que alguien decide que serán las últimas. Y hay hombres que mueren en sus camas y otros que mueren creyendo que llegarán a ella.

El aire de la noche pesaba. Húmedo, espeso, por el chispeo que había caído horas antes. La humedad se mezclaba con el olor a cerveza y grasa frita que salía de los bares alrededor del Martínez Valero. La multitud empezaba a dispersarse, los cánticos se apagaban como brasas, y los últimos grupos de aficionados caminaban con paso lento hacia los aparcamientos. Desde su asiento en la grada, «El Zurdo» había visto el final del partido sin prestar atención. Elche uno, Valladolid cero. No importaba el resultado. Solo el hombre que salía por el túnel principal, rodeado por su séquito, con esa lentitud de quien se cree inmortal.

Tomás Bernabeu. El viejo.

Bernabeu avanzaba entre la gente como un torero cansado que todavía quiere aplausos. Dos guardaespaldas lo escoltaban y el chófer esperaba junto al Mercedes negro, impecable, con las luces de posición encendidas. «El Zurdo» bajó las escaleras del estadio con las manos en los bolsillos, el gorro calado y la chaqueta vaquera cerrada hasta el cuello. No tenía prisa. Sabía cómo seguir a alguien sin ser visto.

Cuando Bernabeu subió al coche, «El Zurdo» se perdió entre la multitud y se dirigió hacia el aparcamiento trasero. Su Opel gris estaba donde lo había dejado, sin llamar la atención. Subió, encendió el motor y esperó. El Mercedes arrancó poco después, abriéndose paso entre los coches y los peatones. «El Zurdo» lo siguió a distancia, dejando tres vehículos entre ambos.

El trayecto fue largo. La carretera hacia Gran Alacant se extendía negra y húmeda bajo la lluvia fina. A cada kilómetro, las luces de las urbanizaciones y los restaurantes costeros aparecían como luciérnagas perezosas. Dentro del Opel, «El Zurdo» tenía la radio apagada. Solo el sonido del motor y el roce de los limpiaparabrisas acompañaban su respiración. No necesitaba música para concentrarse.

En el retrovisor, las luces del Mercedes parpadeaban a intervalos regulares. «El Zurdo» lo dejó ganar distancia cuando el tráfico se espesó, y volvió a acercarse al llegar al desvío hacia Gran Alacant. Las señales luminosas de un club de copas rompieron la oscuridad. «Blue Mar», letras de neón azul y púrpura.

Lo habían preparado bien.

Pero no lo suficiente. Parres le había ordenado que lo hiciera parecer un accidente: un infarto en el coche, una caída por las escaleras, algo limpio que no levantara sospechas. «El Zurdo» había seguido a Bernabeu durante tres días, buscando el momento perfecto. No lo había encontrado. El viejo nunca estaba solo, nunca bajaba la guardia. Ahora, al verlo entrar al club rodeado de su corte, supo que tendría que improvisar. Parres no lo entendería, pero Parres no estaba allí. Un trabajo perfecto que nunca se ejecuta no vale nada; un trabajo imperfecto que resuelve el problema vale todo.

Aparcó dos calles más abajo y esperó. Desde allí veía el movimiento de coches de lujo frente al local: los porteros en la entrada, las chicas con vestidos cortos, el flujo continuo de hombres con sonrisas falsas. «El Zurdo» encendió un cigarrillo y lo fumó hasta el filtro. Cada trabajo era distinto, pero la espera siempre olía igual: a metal caliente y tabaco viejo.

Finalmente, lo vio. Bernabeu bajó del coche con la ayuda del guardaespaldas y caminó despacio, apoyando una mano en el techo

del vehículo. «El Zurdo» lo observó entrar al club entre risas y palmadas, rodeado de socios y aduladores.

No necesitaba ver más.

Apagó el cigarrillo contra el volante y lo dejó caer al suelo del coche. Después, abrió la guantera. Dentro, una pequeña navaja con mango de madera y una jeringa precintada en una bolsa de plástico. Dos formas de hacer lo mismo.

Eligió el cuchillo.

Bajó del coche sin mirar atrás. Caminó entre las sombras del aparcamiento, con el paso de alguien que no existía. El viento del mar le azotó la cara. En su cabeza solo resonaba una voz, la de Eduardo Parres, seca y definitiva:

«Haz tu trabajo. Y sin errores».

Para él, Parres tenía un defecto que lo hacía débil: la impaciencia. Un asesino paciente es más letal que cualquier arma, pues sabe esperar el momento en que su víctima se cree a salvo.

***

El interior del «Blue Mar» apestaba a dinero mal gastado. Las luces de neón se reflejaban en las copas y en los dientes blanqueados de las chicas. Un perfume de Dior se mezclaba con el sudor de cincuentones. Las risas eran demasiado altas para ser sinceras.

En la zona VIP, tras una cortina de terciopelo oscuro que no ocultaba nada, Tomás Bernabeu se erguía como un rey caído en desgracia. Llevaba un traje gris con pañuelo de seda, los hombros algo caídos, y en su rostro asomaba una mezcla de soberbia y cansancio. A su alrededor, los socios habituales: Javier «El Gallego» Muñiz, Ramón «Moncho» Salazar y «El Gordo» Díaz, todos con sonrisas untuosas y copas en la mano.

«El Zurdo», entre el gentío, observaba desde la barra. Tenía una cerveza sin abrir y la gorra echada hacia delante. Nadie se fijaba en él. Había aprendido a ser invisible. Vio cómo las chicas jóvenes se acercaban al grupo, reían, fingían interés. Tomás levantaba la copa con dificultad, sujeta entre dedos que ya no tenían fuerza. Aun así,

sonreía. Sabía que esa imagen, la del patriarca en pie, valía más que cualquier negocio.

Díaz, incómodo, se inclinó hacia él.

—Don Tomás, deberíamos irnos. Es tarde.

Tomás lo miró con una media sonrisa.

—Disfruta, Fernando —le dijo, acercándose a su rostro y dándole una ligera palmada paternal en la cara—. No todos los días celebramos que uno sigue vivo.

Las risas volvieron y «El Zurdo» supo que el momento se acercaba.

Esperó. Desde la barra veía cómo Tomás levantaba la copa cada vez con más dificultad. Cómo sus gestos se volvían lentos, pastosos. Cómo los socios reían más fuerte para llenar los vacíos que el viejo dejaba. Veinte minutos. El tiempo justo para que el coñac y el cansancio hicieran su trabajo. Para que Bernabeu necesitara ir al baño.

Cuando este se levantó y se alejó del grupo, lo siguió con la mirada. Díaz quiso acompañarlo, pero el viejo lo detuvo con un gesto.

—Solo voy al baño, aún me la puedo sujetar.

El pasillo lateral conducía a los aseos. Mármol blanco, espejos ahumados, luces bajas. «El Zurdo» se movió despacio, calculando los pasos, el ritmo de la música que amortiguaba cualquier ruido. En el fondo del pasillo, el guardaespaldas del viejo se detuvo frente a la puerta del baño. Era joven, corpulento, con una americana ajustada y la mirada siempre alerta. Tomás entró.

«El Zurdo» se quedó a mitad del pasillo, junto a una columna, mirando su propio reflejo en un espejo lateral. Su respiración era lenta. La mano derecha, dentro de la chaqueta, palpaba el mango del cuchillo.

El sonido del secador de manos tapó el resto del ruido.

Y llegó el momento.

El sicario se movió. Dos pasos largos, firmes y sin vacilación.

El guardaespaldas apenas tuvo tiempo de girar. Su reflejo lo delató. «El Zurdo» le hundió el cuchillo por debajo del esternón, de manera rápida y precisa. El aire se escapó de los pulmones del

hombre con un gemido seco. Intentó agarrar el brazo del agresor, pero un corte certero en el cuello lo debilitó. Cayó al suelo, bloqueando la puerta con su cuerpo.

Dentro, Tomás Bernabeu se giró sobresaltado, aún con las manos en el pantalón. «El Zurdo» entró, cerró la puerta con el pie y se limpió las manos en una toalla. El olor a sangre y desinfectante se mezclaba con el del coñac caro.

—Tranquilo, Tomás —dijo con voz calmada—. No dolerá.

Tomás respiraba con dificultad. Sus ojos buscaban una salida, pero no había ninguna.

—¿Te manda Parres? —preguntó sin mover un músculo—. ¡Te pagaré el doble de lo que paga ese hijo de puta!

El sicario dio un paso más. Bernabeu retrocedió hasta chocar con los azulejos fríos, con las manos levantadas en un gesto inútil.

—Parres te traicionará también —susurró el viejo, con la voz quebrada—. Es lo único que sabe hacer.

—No vivirás para verlo.

La hoja entró por debajo de la mandíbula. Limpia y profunda. Realizó un corte que sabía exactamente adónde ir. No se escuchó ningún grito, solo un jadeo ahogado y el sonido húmedo de la sangre brotando a borbotones.

Tomás se llevó las manos al cuello, intentando contener lo que ya no tenía remedio. Sus ojos se abrieron con sorpresa, como si, después de tantos años de violencia, nunca hubiera creído que llegaría su turno. «El Zurdo» lo sostuvo un instante, permitiendo que se deslizara lentamente contra la pared, manchando los azulejos blancos de un rojo oscuro.

El viejo cayó sentado, con la espalda apoyada en el mármol. Su respiración se volvió un gorgoteo irregular. La sangre empapaba su camisa, su pañuelo de seda y las manos que ya no obedecían. Sus labios se movieron, buscando palabras que nunca saldrían.

Lo observó sin piedad ni satisfacción, solo calculando. Treinta segundos, quizás menos. Limpió la hoja en la chaqueta del muerto y se dio media vuelta hacia la puerta.

Sin esperarlo, sintió el agarre.

Una mano como una tenaza se cerró alrededor de su tobillo. El guardaespaldas, tendido en el suelo del pasillo, aún respiraba. Su cuello estaba abierto y su camisa empapada, pero sus dedos se aferraban con la desesperación de quien sabe que va a morir y desea llevarse algo consigo.

Intentó soltarse de una patada, pero el tipo no aflojó. Se tambaleó, perdiendo el equilibrio justo cuando las voces estallaron al otro lado del pasillo.

—¡Don Tomás! ¿Dónde coño está?

La voz de Díaz resonó como un trueno.

«El Zurdo» giró la cabeza. Al fondo del pasillo, tres siluetas se recortaban contra las luces del club. Díaz, Muñiz y Salazar, con las manos dentro de las chaquetas.

Todo se ralentizó.

Díaz vio primero al guardaespaldas en el suelo, luego al tipo de la gorra intentando soltarse, y después la mancha oscura que se extendía bajo la puerta del baño.

—¡El del pasillo! —bramó Díaz—. ¡Ese hijo de puta!

El primer disparo resonó como un latigazo. El azulejo junto a la cabeza de «El Zurdo» estalló en esquirlas. Él se arrojó hacia un lado, pero la mano del guardaespaldas seguía aferrada a su pierna. Un segundo disparo le atravesó el hombro, haciéndolo girar contra la pared.

Metió la mano bajo la chaqueta buscando la pistola que llevaba en la cintura, pero ya era tarde.

Díaz y los otros corrían hacia él, disparando sin apuntar. Las balas rebotaban en el mármol, destrozaban los espejos, convertían el pasillo en una tormenta de ruido y cristal.

«El Zurdo» sintió el impacto en el pecho. Luego otro en el abdomen. Y otro más.

Cayó de rodillas, con la boca abierta, buscando aire que ya no llegaba. La gorra rodó por el suelo. Su mano derecha, aún aferrada al cuchillo, se aflojó despacio.

Díaz se plantó frente a él, con la pistola humeante apuntándole a la cabeza. Sus ojos eran dos pozos de rabia.

—¡Muere, hijo de puta!

El último disparo fue seco, definitivo.

El cuerpo de «El Zurdo» se desplomó junto al guardaespaldas, que por fin había soltado su pierna. Los dos yacían inmóviles en un charco común de sangre que se extendía hacia las luces del club.

Díaz bajó el arma, respirando con dificultad. Muñiz empujó la puerta del baño. Dentro, Tomás Bernabeu seguía sentado contra la pared, con los ojos abiertos y vacíos, mirando un techo al que que ya no veía.

—Joder... —murmuró Salazar.

La música del club, lejana e indiferente, seguía sonando como si nada hubiera pasado. Como si la muerte fuera solo otra cliente más de la noche.

50

Paredes

El camión pesaba demasiado.

«El Cuervo» lo notó en la forma en que se movía, en cómo las ruedas aplastaban el asfalto, en el esfuerzo del motor al tomar una curva. Eso no era fruta. O llevaba toneladas, o llevaba algo más pesado.

Intentó mirar hacia la cabina a través del retrovisor de la Yamaha, pero Johnny le hizo señas: no mires, no preguntes, no pienses.

Atravesaron Elche como fantasmas. Las calles estaban vacías y las farolas proyectaban sombras alargadas sobre el asfalto mojado por el rocío. Un semáforo en rojo los detuvo frente a un quiosco cerrado. «El Cuervo» sintió cómo su pulso se aceleraba. Cada segundo de espera era un segundo de riesgo.

El semáforo se puso en verde y avanzaron.

Dos calles después, un coche patrulla cruzó en perpendicular. Paredes sintió que el estómago se le encogía. No frenaron. No giraron. Siguieron recto, como si no hubieran visto nada.

El coche patrulla desapareció por una calle lateral.

«El Cuervo» soltó el aire que había estado conteniendo. Demasiado cerca.

Llegaron al polígono industrial de Carrús a la una y cuarto. Una nave con una única luz encendida. Dos siluetas esperaban, inmóviles, manos en los bolsillos.

Johnny aparcó el camión frente a la nave. «El Cuervo» detuvo la Yamaha a unos metros, sin apagar el motor. Instinto. Siempre listo para salir corriendo.

Uno de los tipos se acercó. Alto, chaqueta de cuero, gafas de sol a pesar de la noche. Johnny bajó de la cabina y le entregó las llaves.

—Todo limpio. Sin problemas.

El tipo asintió, sacó un sobre abultado y se lo dio. Johnny lo abrió, contó los billetes a la luz de una farola y asintió satisfecho.

—Buen trabajo —dijo el tipo, sin emoción.

Los dos hombres subieron al camión. Uno abrió la compuerta trasera y una luz azulada, fría, antinatural, salió del interior. «El Cuervo» entrecerró los ojos, intentando ver qué había dentro, pero el tipo cerró la compuerta de golpe.

Johnny volvió hacia la furgoneta, guardándose el sobre. Pasó junto a Paredes y le dio una palmada en el hombro.

—Trabajo limpio, Cuervo. Como siempre.

Paredes lo miró fijamente.

—¿Qué había en ese camión?

Johnny sonrió con esa sonrisa de quien sabe algo que no va a contar.

—Nada que nos incumba. Díaz paga bien por olvidar.

«El Cuervo» apretó la mandíbula. No le gustaba. Nada de esto le gustaba. Pero el dinero estaba hecho, el trabajo terminado. Seguir preguntando solo traía problemas.

Subieron a la furgoneta y salieron del polígono. Johnny conducía relajado, casi eufórico, tarareando una canción que Paredes no reconocía.

—¿Sabes qué, Cuervo? Eres de los buenos. De los que aguantan.

—Solo hago mi trabajo.

—Por eso confío en ti. Cuando esto acabe, habrá sitio para ti arriba. Ya no serás solo músculo. Serás alguien que importa.

«El Cuervo» no respondió. Miró por la ventanilla, viendo pasar las calles de Elche sumidas en la oscuridad. Johnny seguía hablando. Algo sobre nuevos tiempos para la Hermandad, sobre controlar el negocio desde dentro, sobre dejar de ser perros guardianes y convertirse en los dueños.

Palabras. Siempre palabras.

—Vamos al «Con Ruedas» —dijo Johnny de repente—. Una cerveza. Para celebrar.

Paredes asintió. Una cerveza sonaba bien. Algo para bajar la adrenalina, para sentir que todavía eran humanos.

Tomaron el camino hacia el bar. Johnny encendió la radio y una antigua canción de los ochenta, que ya no importaba a nadie, comenzó a sonar.

«El Cuervo» cerró los ojos un momento.

Solo un momento.

Cuando los abrió, el cielo estaba naranja.

***

Al principio pensó que era el amanecer. Pero el amanecer no huele a plástico quemado, ni tiñe el cielo de ese naranja enfermo, cargado de humo negro que trepa hacia las estrellas.

—¿Qué coño...?

Se incorporó en el asiento justo cuando Johnny frenó en seco. La furgoneta derrapó, las ruedas chillaron contra el asfalto y se detuvieron en medio de la calle, a doscientos metros del «Con Ruedas».

O de lo que el fuego había dejado de él.

Las llamas consumían la fachada del bar. El letrero había estallado en mil pedazos, esparciendo cristales rojos y azules por la acera. Las ventanas rotas vomitaban lenguas de fuego que lamían el aire nocturno. El olor era fuerte: madera carbonizada, cuero quemado, cerveza hirviendo y algo más, algo que «El Cuervo» prefería no identificar.

Dos camiones de bomberos bloqueaban la calle. Las mangueras se extendían sobre el asfalto como intestinos grises y palpitantes. Hombres con cascos amarillos gritaban órdenes que se perdían en el rugido del incendio. Los coches patrulla iluminaban la escena como una discoteca del infierno.

Johnny bajó de la furgoneta como un hombre caminando hacia su propia ejecución. No veía bomberos, no oía sirenas, no sentía el

calor. Solo veía el «Con Ruedas» muriendo, y con él, una parte de lo que había construido con sus propias manos y decisiones cuestionables.

«El Cuervo» salió tras él y lo agarró del brazo con firmeza.

—Johnny. Tenemos que largarnos. Ahora mismo. La policía está ahí...

Pero Johnny Puertas no se movía. Había visto morir a hombres. Había ordenado muertes. Había cobrado deudas en sangre y traiciones. Pero esto era diferente. Miraba arder su bar como un padre mira el cadáver de su hijo, con esa impotencia absoluta que convierte a los hombres duros en estatuas de sal.

—Mi bar... —Las palabras salieron como cenizas de su boca—. Mi puto bar...

Un bombero se giró, vio a los dos hombres plantados en mitad de la calle como espectadores en un teatro, y se acercó con el paso firme de la autoridad.

—¡Eh! ¡Atrás! ¡Zona acordonada!

«El Cuervo» no esperó más. Tiró de Johnny con la determinación de quien sabe que quedarse significa la diferencia entre la libertad y una celda. El jefe de la Hermandad se dejó arrastrar sin resistencia, con la mirada aún fija en las llamas, mientras su alma se desangraba.

Subieron a la furgoneta. Paredes cerró la puerta de un golpe que sonó como un disparo. Johnny, con manos temblorosas, dio marcha atrás y se alejó lentamente, como si cada metro que los separaba del «Con Ruedas» le costara un pedazo de su vida.

En el retrovisor, el bar ardía, el fuego se alzaba como una pira funeraria y las luces de los bomberos parpadeaban, pero ya no quedaba nada por salvar.

Algunos fuegos no se apagan, solo se dejan consumir.

«El Cuervo» observó la escena hasta que doblaron la esquina y el bar desapareció de su vista. Solo entonces se recostó en el asiento y encendió un cigarro con manos que ahora sí temblaban. Pero no de miedo. De comprensión.

Habían robado un camión pensando en una noche de celebración. Habían contado billetes como niños contando caramelos. Pero

mientras ellos jugaban a ladrones de tres al cuarto, alguien con más poder y menos paciencia había movido sus piezas en el tablero. Y la primera ficha en caer tenía nombre y dirección: la Hermandad.

Johnny conducía sin hablar. No lloraba, porque hombres como él habían olvidado cómo hacerlo. No gritaba, porque la rabia requiere palabras y él ya no tenía ninguna. Solo miraba la carretera con una expresión vacía y hueca, la de alguien que acaba de perder algo irrecuperable.

«El Cuervo» dio una calada larga, dejó que el humo llenara sus pulmones y lo soltó despacio, mientras observaba cómo se disipaba en la oscuridad del habitáculo. Una verdad antigua le golpeó entonces, clara como el cristal:

esa noche, alguien había cobrado una deuda que ellos ni siquiera sabían que tenían.

51

Sofía

El teléfono vibró con insistencia sobre la mesilla de noche. Sofía abrió los ojos en la oscuridad, con el corazón ya acelerado antes de comprender por qué. Las tres y cuarenta y siete de la madrugada. Nadie llamaba a esa hora con buenas noticias.

La pantalla iluminada mostraba el nombre: Díaz.

—¿Sí? —Su voz sonó más firme de lo que se sentía.

—Sofía... —La voz de Fernando «El Gordo» Díaz sonaba extraña, rota—. Es tu padre. Ha habido un incidente.

Las palabras flotaron en el aire como objetos sin peso, sin significado inmediato. Sofía se incorporó despacio, las sábanas cayendo a su alrededor. La habitación estaba fría. Siempre lo estaba desde que su marido se había ido.

—¿Qué clase de incidente?

Entonces, el mundo pareció detenerse entre ellos.

—Fernando, háblame.

—Tienes que venir al Vinalopó.

La habitación se inclinó. O tal vez fue ella. Sofía se llevó una mano a la boca, respirando por la nariz, obligándose a mantener el control. Los Bernabeu no lloraban. Los Bernabeu no se quebraban. Su padre se lo había enseñado desde niña, con el puño apretado y la mirada dura: *«En este negocio, el que muestra debilidad es el primero en caer».*

—¿Dónde?

—En un club privado de Gran Alacant, el Blue Mar. Todo sucedió en el baño. Fue rápido.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Un sicario profesional. Le decían «El Zurdo». Sofía... fue Parres. Estoy seguro. Pero el hijo de puta no llegó lejos. Lo cazamos en el pasillo. Está muerto también.

Sofía cerró los ojos. Sintió que algo se rompía dentro de ella, algo que no sabía que aún estaba intacto. No era amor; hacía tiempo que su relación con su padre se había convertido en una negociación fría de poder y reproches. Era otra cosa. Era el último vínculo a una época en la que aún podía ser la hija de alguien, en lugar de estar simplemente sola contra el mundo.

—¿Dónde está el cadáver?

—En el Hospital del Vinalopó. En la zona privada. He pagado para que callen hasta que tú decidas qué hacer.

—Voy para allá.

Colgó antes de que Díaz pudiera añadir algo más.

Se quedó sentada en la oscuridad, con el teléfono todavía en la mano. Podía escuchar su propia respiración, ronca, irregular. Fuera, la ciudad dormía, ajena a que uno de sus reyes había caído. Pensó en Ignacio, en cómo había muerto solo, traicionado, con una bala en la cabeza, cortesía de su propia hermana. Pensó en su madre, Teresa, que llevaba años anestesiada con pastillas y rosarios. Pensó en sus hijos, durmiendo en casa de su exmarido.

«Ahora estoy completamente sola».

Se levantó, con las piernas temblorosas, y caminó hacia el vestidor, donde encendió la luz. El espejo le devolvió la imagen de una mujer de cuarenta y dos años, con el pelo revuelto y profundas ojeras. Se quitó el camisón y se vistió de manera mecánica: pantalón negro, blusa blanca y chaqueta oscura. Sin joyas. Sin nada que brillara.

Mientras se abrochaba los botones, recordó una escena de hacía veinticinco años. Tenía diecisiete. Su padre la había llevado a la finca después de una reunión especialmente tensa. Habían matado a uno de sus socios, un tipo llamado Paco «El Rubio», que había intentado

robarles un cargamento. Tomás estaba furioso, pero también extrañamente filosófico.

«¿Sabes cuál es la diferencia entre un imperio y una casa de naipes, hija? La casa de naipes cae cuando quitas la carta de abajo. El imperio cae cuando quitas la de arriba. Por eso siempre hay que tener cuidado con quién pones en la cúspide. Porque cuando cae, arrastra todo».

Para bien o para mal, nunca olvidó esas palabras.

Sofía se miró en el espejo. Ahora ella era la carta de arriba.

Y alguien acababa de empezar a soplar.

***

El aparcamiento del Hospital Vinalopó estaba vacío a esa hora, excepto por tres coches que reconoció de inmediato: el Mercedes de Díaz, el Audi de Muñiz y el viejo BMW de Salazar. La estaban esperando.

Sofía aparcó junto al coche de Muñiz y apagó el motor. No salió de inmediato; se quedó observando la entrada del hospital, iluminada por luces blancas. El aroma a eucalipto se mezclaba con el asfalto, evocando el característico olor de los hospitales por la noche.

Díaz salió de su coche. Se acercó con las manos en los bolsillos. Parecía viejo. Más viejo de lo que era.

—Sofía.

La abrazó de manera torpe y breve. Ella no correspondió al abrazo.

—¿Dónde está? Quiero verlo.

—Segunda planta, en la zona VIP. El forense está contigo.

Entraron juntos. Muñiz y Salazar esperaban en el vestíbulo, de pie, sin hablar. Cuando la vieron pasar, asintieron con respeto. Nadie dijo nada. Las palabras sobraban.

El ascensor ascendió. Sofía observaba cómo los números se iluminaban.

Uno.

Díaz miraba al suelo, con las manos temblorosas. Ella se dio cuenta de su nerviosismo, y él sabía que lo había notado.

Dos.

Las puertas se abrieron a un pasillo blanco, excesivamente brillante. Un médico joven, vestido con una bata verde, la esperaba junto a una puerta.

—Señora Bernabeu, lamento su pérdida. Si quiere identificar el cuerpo...

—Quiero.

El médico abrió la puerta. La sala era pequeña, aséptica. En el centro, una camilla cubierta con una sábana blanca. Sofía entró despacio. Díaz se quedó en el umbral, como si no quisiera invadir ese momento.

El médico retiró la sábana hasta los hombros.

Y ahí estaba Tomás Bernabeu.

Pálido. Inmóvil. Con los ojos cerrados y una expresión extrañamente serena, como si hubiera hecho las paces con algo, justo antes de morir. La herida en el cuello estaba cubierta con gasa, pero se veía la mancha oscura del coágulo.

Sofía se acercó, extendió la mano y tocó la fría frente de su padre. Sintió la dureza del mármol bajo sus dedos. Ya no era un hombre; era un objeto, una cosa que alguna vez había sido su padre, su tirano, su maestro, su adversario.

«Los Bernabeu no lloran».

Pero las lágrimas llegaron de todas formas. Sofía las dejó caer sin limpiárselas, porque allí no había nadie que pudiera usarlas contra ella. Solo un cadáver y un médico que cobraba por su discreción.

—¿Cómo ha sido? —preguntó sin apartar la vista de su padre.

El médico consultó su informe.

—Herida incisa en la arteria carótida derecha. Profunda, limpia. Muerte por desangrado. Habría perdido la consciencia en menos de un minuto. No sufrió.

«No sufrió».

Como si eso importara. Como si la forma de morir borrara la forma de vivir.

—¿Dónde está su guardaespaldas?

—Uno está ingresado con heridas graves tras intentar defenderlo.

Ella asintió despacio.

—¿Y el cuerpo del sicario?

—En otra sala. La policía quiere identificarlo, pero no llevaba documentación. Solo sabemos su apodo.

—«El Zurdo» —murmuró Sofía.

—Parres lo contrató. De eso no hay duda.

Sofía retiró la mano del rostro de su padre.

—Cubre el cuerpo.

El médico obedeció y la sábana regresó a su lugar, ocultando a Tomás Bernabeu de la vista, aunque no de la memoria.

Sofía salió de la sala. En el pasillo, Muñiz y Salazar esperaban con expresiones duras.

—Parres —dijo Salazar—. Tiene que ser él.

—Lo es —dijo Sofía.

Muñiz dio un paso adelante.

—Sofía, acaban de matar a tu padre. A nuestro jefe. Si no respondemos ahora...

—No.

—¿Qué?

—No vamos a hacer nada todavía.

Muñiz frunció el ceño. Los tres hombres la miraron. Díaz entrecerró los ojos. Muñiz apretó la mandíbula. Salazar se cruzó de brazos.

—Necesito tiempo —dijo Sofía—. Para pensar. Para planificar.

—No tenemos tiempo —dijo Muñiz—. Parres nos ha declarado la guerra.

—Y la vamos a ganar. Pero no así. No a lo loco. —Su voz era acero frío—. Nadie se mueve hasta que yo lo ordene.

Muñiz la miró y luego dirigió su mirada a Díaz, como si buscara apoyo. Díaz no dijo nada, pero asintió lentamente una vez.

—¿Está claro? —preguntó Sofía.

—Claro —dijo Díaz.

Muñiz y Salazar asintieron, aunque sin convicción.

Sofía caminó hacia el ascensor. Pulsó el botón. Esperó. Las puertas se abrieron.

Antes de entrar, se giró.

—Fernando. Tráeme el cuerpo del sicario. Quiero verlo.

—¿Para qué?

—Para saber quién me está matando.

Entró y las puertas se cerraron.

Díaz se quedó mirando los números descender.

Uno.

Planta baja.

Muñiz se le acercó.

—¿Va a poder con esto?

Díaz no respondió de inmediato. Reflexionó sobre Sofía, recordando cómo había acariciado la frente de su padre, cómo las lágrimas no habían dejado de brotar de sus ojos y cómo había dado órdenes con una calma que parecía ignorar cualquier cambio.

—Sí —dijo finalmente—. Va a poder.

—¿Y nosotros? —preguntó Salazar—. ¿Vamos a poder con ella?

Díaz lo miró.

—Esa es la pregunta correcta.

***

Sofía llegó al aparcamiento y caminó hacia su Audi.

Cuando vio su reflejo en el cristal, se quedó quieta, con el mando en la mano. Un profundo dolor desembocó en un sollozo que apenas duró unos segundos. Después se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

«Papá está muerto».

«Ignacio está muerto».

«Estoy sola».

52

Parres

En el mundo del crimen, la venganza es un plato que se sirve frío, pero la planificación de esa venganza se cocina en el infierno más caliente del alma humana.

El Bar Saladas parecía cerrado desde fuera. Persiana metálica bajada, candado puesto, letrero apagado. Cualquiera que pasara por delante pensaría que era solo otro bar del polígono industrial de Torrellano durmiendo hasta el amanecer.

Por dentro, la guerra tenía su cuartel general.

Eduardo Parres estaba sentado en una mesa del fondo, con la camisa arremangada hasta los codos y un vaso de anís medio vacío frente a él. La atmósfera irrespirable se impregnaba del humo de tabaco de Ducados Rubio. El aroma áspero de los cigarrillos baratos que fumaban hombres sin tiempo para refinamientos. Sobre la barra, alineados como soldados en formación, una docena de móviles desechables. Junto a ellos, tres pistolas, un revólver y una escopeta recortada.

A su alrededor, cinco hombres. Rubén «El Socio» Giménez estaba a su derecha, limpiando metódicamente un revólver Smith & Wesson con un trapo manchado de aceite. Emilio Sánchez fumaba sin parar junto al teléfono fijo, con los ojos rojos de cansancio y cafeína. Los otros tres —Manolo «El Cojo», Paco Rizo y Antonio «El Chino»— jugaban al mus en una mesa lateral.

—Treinta y una.

—Órdago.

—Paso.

El juego proseguía con una cadencia hipnótica, como la de hombres que esperan algo sin saber cuándo sucederá. En la radio, a un volumen bajo, sonaba una habanera, llena de trompetas y nostalgia.

Sobre la barra, Julián preparaba bocadillos. Utilizaba pan de pueblo, crujiente por fuera y tierno por dentro. Lo cortaba con un cuchillo largo, untaba aceite de oliva sin etiqueta y añadía queso curado y embutidos. Después, incorporaba encurtidos: aceitunas de la zona, banderillas, pepinillos y boquerones en vinagre. También había latas abiertas de mejillones y berberechos sobre platos desechables. Era comida de trinchera.

Parres no había comido en horas. Bebía café solo, amargo como la espera, alternándolo con sorbos de anís. El dulzor empalagoso le ardía en la garganta, pero lo mantenía despierto. Llevaba veinticinco horas sin dormir.

Pero no podía parar.

«El Socio» dejó el revólver sobre la mesa y cogió uno de los bocadillos. Le dio un mordisco y masticó despacio.

—Joder, Julián. Estos boquerones están de puta madre.

Julián asintió sin sonreír. Cocinaba, limpiaba armas, conducía cuando hacía falta. Uno de esos hombres invisibles que sostienen imperios sin hacer ruido.

Parres miró su reloj. La una y diecisiete de la madrugada. «El Zurdo» debería haber terminado ya. O estar terminando. Había calculado entre veinte minutos y una hora, dependiendo de cuánto tardara Bernabeu en quedarse solo. Luego la huida. Limpia, rápida, sin rastro.

Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una fotografía. La observó, como si rezara sin palabras. Su hijo, seis años, sonrisa con dos dientes de leche menos, ojos brillantes, pelo revuelto. El parque. Un sábado cualquiera, antes de que supieran lo que les esperaba.

Ahora su hijo estaba en coma. Tres semanas así.

Parres guardó la foto con cuidado.

«¿Vale la pena todo esto?».

La pregunta le golpeó como siempre. Sin aviso. Sin piedad.

En la mesa del mus, «El Cojo» gritó:

—¡Mus!

Paco tiró las cartas con rabia.

—Me cago en tus muertos.

«El Chino» volvió a repartir. La vida seguía su curso. A pesar de que el mundo se desmoronaba, los hombres continuaban jugando al mus, comiendo mejillones de lata y bebiendo cerveza Estrella Levante.

El teléfono fijo sonó.

Todos dirigieron su mirada hacia Emilio. Emilio miró a Parres, quien asintió.

Emilio levantó el auricular.

—¿Sí?

Escuchó. Su rostro no cambió. Pero algo en sus ojos sí. Miró a Parres.

—Para ti.

Eduardo Parres se levantó lentamente y tomó el teléfono.

—Dime.

La voz al otro lado era joven, nerviosa. Uno de los chavales que había mandado a quemar el bar de los moteros.

—Jefe... está hecho. El «Con Ruedas» está ardiendo. Molotovs por todas las ventanas. Puertas bloqueadas como dijiste. El fuego se ve desde la carretera.

Parres no dijo nada durante unos segundos.

—¿Víctimas?

—Heridos. Varios con quemaduras. Pero ninguno muerto. Advertencia limpia, como querías.

—¿Testigos?

—Ninguno útil. Llegamos, tiramos las botellas y nos largamos en menos de dos minutos. Nadie nos vio la cara.

—Bien. Ahora llamad a los bomberos. Desde una cabina. Y también a la policía. Que lleguen a tiempo de apagar algo, pero no

demasiado pronto. Quiero que vean cenizas. Que sepan que pudimos matarlos y elegimos no hacerlo. Por ahora.

—Entendido, jefe.

—Y una cosa más.

—Dime.

—Avisad a la rata eslava de Miroslav. Decidle que he cumplido con mi parte del trato. Y luego mandad el camión.

—Hecho.

Parres colgó sin despedirse.

Se giró hacia sus hombres. Todos lo miraban.

—El «Con Ruedas» está ardiendo.

«El Socio» sonrió.

—Los moteros van a cagarse, Eduardo.

Parres no sonrió. Agarró su vaso de anís y lo bebió de un trago. El alcohol le ardió en la garganta. Dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Los moteros son perros. Ladran, pero obedecen. Quien me preocupa es la dueña de los perros.

«El Cojo» dejó las cartas sobre la mesa.

Parres encendió un Ducados, inhaló profundamente y exhaló el humo lentamente.

Se sentó nuevamente y tomó uno de los bocadillos. Al darle un mordisco, el sabor ácido de los boquerones estalló en su boca. Masticó despacio, tragó, bebió un sorbo de cerveza.

La radio sonaba, ahora con un pasodoble: «España Cañí».

Los hombres volvieron al mus. Parres observó los teléfonos alineados sobre la barra: doce móviles desechables. Comprados con dinero en efectivo en distintas tiendas, usados una sola vez y luego destruidos. Nada de números fijos. Nada de rastros.

El mundo había cambiado. Ya no era como en los tiempos de su padre, cuando los acuerdos se sellaban con un apretón de manos. Ahora todo giraba en torno a la vigilancia y la tecnología.

Parres había elegido adaptarse.

Miró su reloj de nuevo. La una y media de la madrugada.

El teléfono volvió a sonar.

Se levantó. Cogió el móvil. Pulsó el botón verde.

—¿Sí?

La voz al otro lado era masculina, ronca. Hablaba en voz baja, como si estuviera en un lugar donde no quería ser escuchado.

—Eduardo. Soy yo.

—Habla.

—El capo ha muerto.

Parres se quedó inmóvil. El bar pareció congelarse. Los hombres lo miraban. Nadie respiraba.

—¿Seguro?

—Un tajo en la carótida. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Parres cerró los ojos. Sintió cómo algo se liberaba en su pecho. Como si una cuerda que llevaba meses tensándose finalmente se rompiera.

Pero la voz continuó.

—Hay un problema.

Parres abrió los ojos.

—¿Cuál?

—«El otro» también está muerto.

—¿Qué?

—Los guardaespaldas lo llenaron de plomo. No logró salir del club.

—¿El cadáver?

—Lo custodia la policía. Pero no llevaba documentación. No hay nada que lo conecte contigo.

Parres asintió, aunque el tipo no pudiera verlo.

—Bien. Mantente alerta. Cualquier novedad, me llamas.

—Hecho.

Colgó.

Dejó el móvil sobre la barra. Se quedó de pie, mirándolo.

Los hombres esperaban. Nadie hablaba.

Finalmente, Parres se giró hacia ellos.

—Bernabeu está muerto.

La explosión fue instantánea. Sonrisas. Brindis. Paco se levantó y abrazó a «El Cojo». «El Chino» soltó una carcajada. Julián, al dejar de preparar bocadillos, asintió con satisfacción.

Pero Parres levantó la mano.

—«El Zurdo» también ha muerto.

Las sonrisas se congelaron.

—¿Cómo? —preguntó «El Socio».

—Los guardias de Bernabeu lo cazaron en el pasillo. No salió vivo del club.

Emilio maldijo en voz baja. Paco se sentó de nuevo. «El Cojo» encendió otro cigarro con manos temblorosas.

Parres se quedó mirando el móvil. Luego empezó a reírse.

—¿Jefe? —dijo «El Socio».

—Nada. Solo estaba pensando que no tendré que pagarle cincuenta mil euros a ese cretino.

«El Cojo» se rio. Y Paco. Y «El Chino». Hasta Julián esbozó una mueca.

Así era este negocio: matabas a un rey, perdías a un soldado, y lo único que importaba era cuánto dinero te ahorrabas en el proceso.

«El Socio» se inclinó hacia él.

—Eduardo... ¿Y ahora qué?

Parres tragó. Bebió un sorbo de cerveza. Miró a sus hombres uno por uno.

—Ahora viene el contraataque.

Nadie preguntó qué significaba eso. Todos lo sabían.

—Bernabeu está muerto, pero Sofía sigue viva, y esa mujer es más peligrosa que su padre. Tomás era un viejo de la vieja escuela: orgullo, fuerza bruta, ego. Sofía es diferente. Piensa, planifica y espera.

—¿Cuánto tiempo crees que esperará? —preguntó Emilio.

Parres se encogió de hombros.

—No lo sé. Un día. Una semana. Un mes. Pero cuando golpee, lo hará donde más duele. Y tenemos que estar preparados.

«El Socio» limpió su revólver de nuevo.

—¿Qué hacemos?

—Nadie habla por teléfono de nada importante. Estos móviles se usan una vez y se tiran. Nada de llamadas desde vuestros números personales.

Los hombres asintieron.

—El negocio del marroquí. Quiero ese acuerdo cerrado en cuarenta y ocho horas. Si Sofía intenta cortarnos el suministro,

necesitamos alternativas.

—Ya estamos en ello —dijo Emilio.

—Bien. Y por último... Quiero que empiecen a correr rumores sobre Tomás y su muerte. Que la gente hable, que digan que fue un castigo divino, una traición interna, lo que sea. Quiero sembrar dudas en la familia Bernabeu. Quiero que sus hombres se pregunten si Sofía puede protegerlos. Porque cuando los hombres dudan, cometen errores.

«El Socio» sonrió.

—Psicológico. Me gusta.

—Y una cosa más. Duplica la seguridad en mi casa. Mi mujer no sale sin escolta. Quiero a personas de confianza, que conozca desde hace años. Nada de mercenarios, ni recién llegados.

Emilio asintió.

En la radio, el pasodoble había terminado.

Emilio se acercó con una lata de berberechos y se la ofreció.

—Come algo, Eduardo. No has probado bocado en horas.

Parres tomó la lata, pinchó un berberecho con un palillo y lo probó. El sabor salado le recordó su infancia: las tardes en la playa con su padre, cuando el mundo era más simple.

Tragó y bebió cerveza mientras miraba a sus hombres.

En los ojos de ellos había una mezcla de respeto y miedo que los soldados tienen hacia sus generales. Porque sabían que Parres los llevaría a la victoria. O a la muerte. Pero nunca a la mediocridad.

—¡Escuchadme bien! Hemos matado al rey. Pero la reina sigue en el tablero. Y las reinas, señores, son más peligrosas que los reyes.

Nadie respondió.

—Tomás Bernabeu construyó su imperio con sangre y sobornos. Era predecible. Sabías qué esperar de él. Sofía no. Sofía es una incógnita.

«El Cojo» apagó su cigarro en el cenicero.

—¿Crees que vendrá a por nosotros?

Parres sonrió sin humor.

—La pregunta no es si vendrá. Es cuándo. Y cómo. Y tenemos que estar listos.

—Eduardo... si Sofía es tan peligrosa, ¿por qué no la machacamos también? Ahora. Antes de que tenga tiempo de reaccionar.

Parres lo miró fijamente.

—Porque no somos estúpidos. Matar a Tomás fue un golpe certero y calculado. Era el patriarca. El símbolo. Con él muerto, la familia se debilita. Pero si matamos a Sofía ahora, convertiremos esto en una guerra total. Sus hombres no tendrían nada que perder. Y un hombre sin nada que perder es el más peligroso de todos.

—Entonces, ¿qué?

—Dejamos que se mueva primero. Que cometa un error. Y cuando lo haga... —Parres cerró el puño despacio—, la aplastamos.

Los hombres asintieron.

«He despertado al dragón. Ahora toca ver si puedo matarlo antes de que me queme».

Se giró hacia sus hombres.

—¡Ahora, a casa! Dormid. Mañana empieza la guerra de verdad.

Los hombres se levantaron. Recogieron las armas. Guardaron los teléfonos. Paco y «El Chino» terminaron sus cervezas de un trago. Julián apagó la radio.

Uno por uno, salieron por la puerta trasera del bar.

Solo quedaron Eduardo Parres y «El Socio».

—Eduardo... ¿crees que valió la pena?

—Aún no lo sé. Pregúntame dentro de un mes. Si sigo vivo, la respuesta es sí.

«El Socio» rio sin ganas.

—¿Y si no?

Parres sonrió.

—Si no, que alguien vengue mi muerte. Pero que lo haga bien.

Salieron juntos. Parres se quedó un momento con la mano en el interruptor, mirando el bar vacío: las mesas sucias, el cenicero lleno, las botellas a medio terminar. Apagó la luz.

El mundo seguía girando. Los hombres seguían muriendo. Y los que quedaban seguían peleando.

Parres se subió a su coche, arrancó el motor y miró por el retrovisor. El Bar Saladas quedaba atrás, como si nada hubiera ocurrido.

Pero todo había sucedido.

Conducía por las desiertas calles del polígono. Las farolas proyectaban sombras alargadas. Un gato cruzó la carretera y Parres frenó, esperando a que el animal desapareciera entre los contenedores.

Continuó conduciendo.

Pensaba en Tomás Bernabeu. En cómo habría sido su última mirada. En si habría tenido tiempo de entender lo que estaba pasando. En si habría sentido miedo.

Pensaba en «El Zurdo», en cómo nadie lloraría por él.

Pensaba en Sofía. En qué estaría planeando.

Y pensaba en su hijo. Siempre en él. En esas máquinas que respiraban por él.

«¿Lo hago por él?».

«¿O lo hago por mí?».

Llegó a su casa y paró frente a la entrada de la finca. Dos hombres estaban de guardia en la verja y lo saludaron con un gesto. Parres respondió con la mano.

Aparcó el coche y bajó. Caminó hacia la puerta.

Dentro, todo estaba en calma. Su mujer dormía, los empleados dormían. Solo las máquinas de seguridad permanecían despiertas, vigilando.

Subió las escaleras y entró en su habitación. Se quitó la ropa sin hacer ruido y se metió en la cama junto a su mujer. Ella murmuró algo en sueños. Parres le acarició el pelo.

Cerró los ojos, pero no durmió.

Eduardo Parres había cruzado el Rubicón.

Ahora, en la oscuridad de su habitación, mientras su mujer dormía a su lado y su hijo luchaba por despertar, solo podía esperar.

Esperar para descubrir si todo aquello realmente valía la pena, o solo era otro hombre cayendo al abismo y arrastrando consigo a quienes amaba.

La noche de Elche se extendía más allá de su ventana y, en algún lugar de esa misma noche, Sofía Bernabeu también esperaba.

Dos depredadores, un territorio y una guerra que únicamente podía terminar de una manera.

Pero, esta vez, él saldría victorioso.

53

Sofía

Cuando fue a subir al coche, se dio cuenta de que Díaz la seguía.

—¿Adónde vas?

—A casa. Necesito ducharme.

—Sofía... hay algo más.

Ella se detuvo. Se giró despacio.

—¿Qué?

Díaz tragó saliva.

—El «Con Ruedas» ardió esta noche.

—¿Muertos?

—No. Hay heridos. Quemaduras graves.

—¿Una advertencia?

—Sí.

Sofía cerró los ojos. Parres no solo había asesinado a su padre; también había atacado su infraestructura.

«Puedo destruirlo todo. Y lo haré si no te rindes».

—Llévame allí.

—Sofía, no creo que...

—Llévame.

Subieron al Mercedes y condujeron por la autovía hacia Elche. El sol ya estaba alto cuando llegaron al polígono de Carrús.

El «Con Ruedas» era una ruina humeante. Los bomberos todavía trabajaban. Ambulancias aparcadas. Policía acordonando la zona. Y

en medio de todo, los moteros. De pie, con los rostros negros de hollín, mirando las cenizas.

Sofía bajó del coche. Paredes «El Cuervo» estaba sentado en el bordillo, con los brazos vendados y la cara llena de quemaduras. Al verla, intentó levantarse.

—Quédate sentado.

Johnny se acercó, furioso, con los puños apretados.

—Fueron los de Parres. Déjanos ir a por ellos, Sofía. Déjanos...

—No.

—¿No? —Johnny casi gritó—. Quemaron nuestro bar. Podían matarnos ahí.

—Pero no lo hicieron. —Sofía lo miró fijamente—. Eso es lo que importa. Parres quiere que reaccionemos con violencia. Así podrá justificar el destrozo que nos hará.

—Entonces, ¿nada?

—No he dicho eso.

—¿Qué hay del respeto, Sofía?

—Cuando decida el momento, os lo haré saber. Mientras tanto, reorganizaos. Atended a los heridos y esperad.

Los moteros la observaban con una mezcla de respeto y frustración. Sofía sabía que algunos la consideraban débil. Pero ella había aprendido algo que su padre nunca llegó a comprender: la violencia sin estrategia es suicidio.

Regresó al Mercedes.

—¿A la finca?

—A la finca.

El camino de grava crujía bajo las ruedas mientras ascendían hacia la casa familiar. Sofía miraba por la ventanilla sin ver nada.

En su mente, las piezas del tablero se movían. Parres había declarado la guerra. Tomás estaba muerto. El «Con Ruedas» había sido destruido. La policía ejercía presión. El sicario había caído, abatido por sus propios hombres.

«Al menos eso».

Pero nada cambiaba. Parres podía contratar a otro asesino. Contaba con recursos, contactos y ahora tenía impulso.

«Y yo estoy sola».

Aparcaron frente a la entrada principal. Sofía caminó hacia el interior. La casa estaba tranquila, salvo por el sonido lejano de la empleada limpiando en la cocina.

—He convocado una reunión —dijo Díaz a su espalda—. Para las once.

Sofía asintió sin girarse.

—Gracias, Fernando.

Cerró la puerta de su antigua habitación. Las paredes conservaban los pósters de su adolescencia, fotos de caballos, diplomas universitarios. Una vida que ya no existía.

Se quitó la ropa manchada de hospital. Las manos le temblaban.

No lloró en la ducha. El agua caliente no borró nada.

Se vistió con un traje negro. Frente al espejo, aplicó corrector de ojeras, base, rímel. Cada pincelada era una capa de armadura. Cuando terminó, la mujer del espejo no era ella. Era quien necesitaba ser.

Bajó las escaleras a las diez y media. El salón principal ya estaba listo: la larga mesa de roble, las sillas dispuestas y las botellas de coñac y mistela sobre la mesa auxiliar.

Los hombres comenzaron a llegar, uno a uno: Muñiz, Salazar, los lugartenientes, los capos menores. Todos vestidos con trajes oscuros.

A las once en punto, el salón estaba repleto.

Sofía aguardaba en el despacho de su padre. Entró en esa habitación que olía a tabaco viejo y cuero. Se sentó en su sillón, abrió el cajón derecho y encontró la Beretta de Tomás. Negra, pesada, cargada. La guardó en su bolso.

Luego se levantó y caminó hacia el salón.

Al entrar, todos se pusieron de pie.

Sofía recorrió la habitación con la mirada. Vio lealtad en algunos ojos, duda en otros, ambición mal disimulada en unos pocos.

La cabecera de la mesa estaba vacía; era el asiento de Tomás.

Sofía se acercó despacio. Todos la miraban.

Posó las manos en el respaldo. El cuero seguía caliente, como si su padre acabara de levantarse. Como si fuera a regresar en cualquier momento.

No lo haría.

Se sentó.

—Servid el coñac.

Los empleados se movieron. Cuando todos tuvieron su vaso, Sofía levantó el suyo.

—Por mi padre.

—Por Tomás —repitieron los hombres.

Bebieron. Sofía dejó su copa sobre la mesa y los miró uno por uno.

—Supongo que ya todos sabéis lo que pasó anoche. Mi padre fue asesinado por un sicario contratado por Eduardo Parres. El «Con Ruedas» fue incendiado. Y en este momento, toda la ciudad está esperando una respuesta.

Nadie habló.

—Algunos pensaréis que deberíamos responder con violencia inmediata. Quemar sus locales. Matar a su gente. Declarar una guerra abierta.

Salazar se removió en su asiento.

—¿Y no es eso lo que hay que hacer?

Sofía lo miró fijamente.

—No. Si caemos en esa trampa, perderemos.

Muñiz se flexionó ligeramente hacia ella.

—Te escuchamos...

Sofía se acercó a ellos, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Tres cosas. —Levantó un dedo—. Primero: contención. Fortificamos nuestras posiciones, protegemos nuestros activos, mantenemos vigilancia extrema en todos los puntos clave. Nadie se mueve sin escolta. Nadie realiza negocios sin mi autorización.

Levantó un segundo dedo.

—Segundo: información. Quiero saber todo sobre Parres. Sus rutas, sus contactos, sus debilidades. Dónde guarda el dinero, quién distribuye su droga, qué jueces tiene comprados. Todo.

Levantó un tercer dedo.

—Tercero: presión indirecta. Tenemos contactos en la policía, en el ayuntamiento, en los juzgados. Los utilizaremos para asfixiar a Parres legalmente. Inspecciones sanitarias en sus locales, controles

fiscales, órdenes de registro. Haremos que su vida sea un infierno sin disparar una sola bala.

La tensión flotaba en el aire. Algunos asentían y otros parecían escépticos.

Salazar habló, con esa voz ronca que arrastraba décadas de tabaco.

—Sofía, con todo el respeto... tu padre habría respondido de otra manera.

Ella lo miró sin parpadear.

—Mi padre está muerto. Y si hubiera respondido diferente, tal vez seguiría vivo. O tal vez no. Pero él ya no está aquí para decidir. Yo sí.

Nadie discutió.

—¿Qué hay del funeral? —sugirió «El Gallego» Muñiz—. Parres tendría que presentar sus respetos y entonces podríamos sentarnos a hablar.

—No habrá funeral. No seremos tan imbéciles de exponernos a la prensa y a la policía.

La sorpresa llenó el salón.

—Ese hijoputa de Parres no entiende de códigos —comentó «El Gallego».

—Si me permites un consejo... —dijo Moncho.

—Déjala hablar —intervino «El Gordo»—. La jefa aún no ha terminado.

Sofía se levantó despacio.

—Quiero que quede claro. Quien actúe sin mi autorización, me traiciona. Y las traiciones, a partir de ahora, se pagarán. ¿Está claro?

—Claro —murmuraron varios.

—¿Está claro?

—¡Claro! —respondieron al unísono.

Sofía asintió.

—¿Está claro, Ramón?

—Sí...

—Entonces podéis iros. Fernando, tú te quedas un minuto.

Los hombres se levantaron y salieron uno a uno. Algunos la miraron al pasar con respeto. Otros con resentimiento apenas disimulado.

Cuando la sala quedó vacía, «El Gordo» Díaz se acercó.

—¿Estás bien?

Sofía soltó una risa sin humor.

—No. Pero tengo problemas más importantes. —Se sirvió otra copa de coñac y la bebió de un trago—. ¿Tienes un cigarrillo?

Díaz sacó una cajetilla de Chesterfield.

Ella tomó uno y lo encendió con un mechero.

—Parres cometió un error —dijo, mirando por la ventana mientras exhalaba el humo—. Mató a mi padre para desestabilizarme. Incendió el bar para aterrorizarme. Pero no logró matarme. Y eso significa que todavía tengo tiempo. Para reflexionar, para planificar y para devolverle el golpe donde más le duele.

—¿Y dónde es eso?

Sofía sonrió sin humor.

—Su orgullo... y su hijo.

Díaz la observó. Había algo diferente en ella, algo que antes no estaba presente. No era solo rabia o dolor. Era la fría comprensión de que ya no había vuelta atrás. La mujer que había sido ayer había muerto junto con su padre. La que quedaba era alguien nuevo. Alguien más peligroso.

Sofía se giró.

—¿Por qué no estabas con él?

Díaz tardó en responder.

—Tu padre me dijo que lo dejara solo.

—¿Desde cuándo obedeces órdenes así?

—Desde que él lo pedía así.

Sofía lo estudió. Buscó la mentira en sus ojos. No la encontró. O no quiso verla.

—Tu padre estaba distante desde que regresó. Me dio una palmada en la cara antes de ir al baño. Dijo que me divirtiera. Les pidió a los otros que lo acompañaran.

—Pero eso debería darte igual.

—Era su fiesta.

Ella cruzó los brazos mientras fumaba.

—¿Qué celebraba?

Por un instante, Díaz parecía titubear.

—Tenía ganas de recordar los viejos tiempos.

—Con los socios más cercanos a su hija. Los mismos que desaprueban sus decisiones. ¿Algo que quieras contarme?

—Es todo lo que sé, Sofía.

—Está bien —dijo y echó el humo por la nariz—. Ahora, mi padre es historia. Debemos centrarnos en Eduardo Parres. Es probable que tenga más gente preparada.

—Muy probable.

Sofía apretó la mandíbula.

—Entonces refuerza mi seguridad. Duplica los guardias en la finca, la vigilancia en la fábrica... Y avísame de cualquier movimiento extraño.

—Ya lo he hecho.

—Bien.

Díaz dudó un momento.

—Sofía... sé que no deseas escucharlo, pero tu padre estaría orgulloso de ti. De la forma en que manejaste la reunión. De cómo mantuviste la calma.

Sofía lo miró con ojos brillantes.

—No, Fernando. Mi padre siempre habría encontrado algo que criticar. Lo hizo hasta su último suspiro. Tuvimos una conversación muy intensa antes de que falleciera. Tal vez tenía razón. Tal vez no soy lo suficientemente fuerte. Estoy viva y él no; no lloraré por él hasta asegurarme de que mi madre no llorará por mí.

—Lo tienes. —Díaz puso una mano sobre su hombro—. Créeme.

Sofía asintió despacio. No estaba convencida. Pero tampoco tenía opción.

—Vete. Necesito estar sola.

Díaz se fue, cerrando la puerta tras de sí.

Sofía permanecía en el salón vacío, con un vaso en la mano y el peso del mundo sobre sus hombros. «Nadie te prepara para el instante en que te quedas sola. Te enseñan a pelear, a negociar, a matar, pero nadie te instruye en cómo enfrentar el vacío que llega después».

Caminó hacia el despacho de su padre y se sentó en su sillón. Observó las fotos en la pared. Allí estaba Tomás de joven, con bigote

y sonrisa confiada. También había una imagen de Tomás junto a ella de niña, montando a caballo, y otra de Tomás con Ignacio en la comunión del chico.

Todos muertos o destrozados.

«En este negocio, nadie muere de viejo en su cama. Los que llegan lejos, mueren rápido. Los que no, mueren despacio, pero mueren igual».

Su padre le había dicho eso una vez, tras una ejecución especialmente brutal. Sofía tenía veinticinco años y aún creía que existían reglas y códigos de honor que nadie se atrevería a romper.

Qué ingenua había sido…

54

Serrano

Día 4.

Los traidores eligen el amanecer para confesar, como si la luz pudiera borrar la sangre que derramarán. El faro de Santa Pola se alzaba contra el amanecer gris como un dedo acusador. Serrano detuvo el BMW donde el asfalto cedía ante la tierra, en el punto donde la civilización admitía su derrota. Más allá, solo había piedras negras, espuma blanca y el viento aullando sobre el mar. Era el lugar que los hombres de honor elegían para conversaciones sin testigos. Ni siquiera Dios.

Gutiérrez ya estaba allí. Su Seat León tenía las luces de emergencia parpadeando. El subinspector fumaba apoyado en el capó, necesitando el humo para no desmoronarse. Al ver llegar a Serrano, tiró la colilla.

—Joder, Guti —dijo Serrano al bajar del coche—. ¿Qué pasa?

Gutiérrez se pasó una mano por la cara, mostrando profundas ojeras.

—Toma. —Le tendió un sobre abultado—. Es todo lo que tengo sobre Domínguez.

Serrano lo cogió.

—¿Domínguez?

—Sí. Transferencias y cuentas en Luxemburgo, extractos, documentos de «La Palmera»... Hasta grabaciones. No sé cómo

coño conseguí esto sin que me volaran la cabeza. —Encendió otro cigarro—. Pero ya está. No hay vuelta atrás.

Dentro del sobre: fotos, papeles, sellos oficiales. Fotocopias suficientemente nítidas para hundir a una jueza si alguien tiraba del hilo.

—Te debo una. Con esto podemos inhabilitarla hoy y conseguir la orden para «La Palmera».

—Sí. —Gutiérrez soltó el humo despacio—. Si es que llegas a usarlo.

Serrano levantó la vista.

—¿Qué coño quieres decir?

Gutiérrez lo miró fijamente. Había algo nuevo en sus ojos: puro miedo.

—Tomás Bernabeu está muerto.

—¿Qué?

—Lo mataron anoche. En el club privado donde iba a beber. Un sicario profesional le metió un cuchillo en el cuello mientras meaba. «El Zurdo», le llaman. También está muerto.

Serrano sintió el suelo moverse bajo sus pies.

—¿Cómo no me he enterado?

—Porque lo están tapando. —Otra calada profunda—. Vélez ha dado orden de silencio absoluto. Nada de filtraciones, nada de prensa. Quieren controlarlo antes de que explote. Pero va a explotar, Javier.

—Joder...

—Eso no es todo.

—No me jodas. El día no ha hecho más que empezar. ¿Qué más?

Gutiérrez tragó saliva.

—El «Con Ruedas» ardió anoche.

—No...

—Un ajuste de cuentas. Lo incendiaron con la gente adentro. Cócteles molotov y puertas bloqueadas.

—¿Muertos?

—No. Heridos, algunos graves.

Serrano apretó los dientes. Las piezas encajaban con la espantosa claridad de las tragedias que llegan cuando ya es demasiado tarde.

—Parres.

—Obvio — asintió Gutiérrez—. Mató a Tomás para descabezar a los Bernabeu. Ahora va a por Sofía. Esto viene de lejos. El incendio es el primer movimiento. Quiere que todos sepan que ya no hay protección.

Serrano contempló el mar. Las olas chocaban con las rocas con una violencia sorda, repetitiva e implacable.

—Es el inicio de la guerra.

—Sí. Y nosotros estamos en medio. —Gutiérrez arrojó el cigarro—. Bueno, tú ya no estás en esa situación... Por eso te entrego esto ahora. Mañana puede que no haya nadie a quien dárselo. Usa las pruebas, derriba a Domínguez y entra en «La Palmera». Pero hazlo rápido.

Serrano guardó el sobre bajo la chaqueta. Sentía su peso contra las costillas.

—¿Y tú?

Gutiérrez sonrió sin ganas.

—Me las arreglaré. —Se dio la vuelta—. Suerte, Javier.

—Guti, espera.

El subinspector se detuvo.

—Gracias.

Gutiérrez asintió sin mirar atrás. Subió al vehículo y desapareció por la carretera.

Serrano se quedó solo frente al faro, el viento azotándole la cara.

«Tomás Bernabeu muerto. El «Con Ruedas» en llamas. Parres moviendo ficha».

Y Sofía expuesta, con la guerra encima y quizá, sin saber que su padre había caído.

Sacó el móvil, buscó el contacto de Rojo y lo marcó.

—Tengo las pruebas —dijo cuando contestó—. Gutiérrez ha cumplido. Nos vemos en una hora en la comisaría.

Colgó antes de que Rojo pudiera preguntar.

Luego buscó otro número: el de Sofía.

«TENEMOS QUE HABLAR. URGENTE».

Pulsó enviar.

Un minuto. Dos. Tres.

Nada.

«Entregado», pero sin respuesta.

Serrano apretó los dientes. Si Sofía no respondía, iría a buscarla.

No al despacho del polígono de Carrús; era demasiado expuesto. Si Parres la quería muerta, ese sería el primer lugar donde buscarla.

Seguramente habría regresado al único sitio donde los Bernabeu se sentían seguros: la finca.

Arrancó el motor. El rugido del BMW resonó en la explanada vacía. Pisó el acelerador y salió disparado, levantando polvo.

Condujo por la N-332 con el pie a fondo. El paisaje pasaba borroso: palmeras, naves industriales y el mar brillando con esa indiferencia obscena de los océanos ante las tragedias humanas.

Encendió un cigarrillo y exhaló el humo, sintiendo cómo la nicotina le calmaba los nervios antes de disparar de nuevo.

No iba a fallar otra vez.

Aunque tuviera que romper todas las reglas, aunque eso significara acabar con una bala en la cabeza o con una orden de detención a su nombre.

No iba a fallar.

***

La finca Bernabeu se alzaba en el horizonte como un vestigio de un pasado remoto. El camino de grava serpenteaba entre palmeras que ya eran viejas cuando Franco tomó el poder, cipreses plantados por manos que habían desaparecido hacía generaciones, y muros de piedra que habían visto pasar contrabandistas, guardias civiles y jueces corruptos. El portón de hierro forjado estaba cerrado, por supuesto. Los Bernabeu comprendían el valor de la discreción. Pero Serrano sabía lo que cualquier hombre del oficio sabía: las grandes familias nunca cierran del todo. Siempre hay una puerta lateral, un pasadizo conocido solo por los iniciados, una rendija por donde entra quien debe entrar. Así se construyen los imperios duraderos: con muros altos para los ingenuos y puertas secretas para los astutos.

Aparcó a cien metros del portón y bajó del coche. Se ajustó la pistola bajo la chaqueta y comprobó el cargador por rutina. Estaba

lleno.

Echó a andar. El sol comenzaba a calentar. El aire olía a tierra seca, a pinos y a un aroma indefinible de los lugares donde el dinero ha adquirido tanto poder que incluso la naturaleza parece someterse.

El portón estaba vigilado. Cámaras, sensores, guardias con auriculares y pistolas bajo chaquetas elegantes. Los Bernabeu no eran ingenuos.

Pero hoy, con Tomás muerto y la guerra encima, tal vez las defensas estuvieran distraídas. Tal vez Sofía estuviera dentro, reunida con sus hombres, planeando la respuesta.

O tal vez estuviera sola, encerrada, llorando por un padre que nunca había sabido ser otra cosa que un capo.

Serrano no lo sabía.

Pero iba a averiguarlo.

Porque en ese tablero donde todos jugaban sucio, ella era la única pieza que aún podía mover el juego a su favor.

Y si Sofía caía ahora, todo el caso se iría al traste y con él las últimas respuestas sobre Ludmila, Raquel y todas las que había dejado morir.

Llegó al portón y se detuvo frente a la cámara.

—Soy el inspector Serrano —dijo en voz alta—. Tengo que hablar con Sofía Bernabeu. Es urgente.

Luego, se escuchó un chasquido metálico. El portón comenzó a abrirse con un chirrido lento.

Serrano sonrió sin entusiasmo.

Cruzó el umbral, el portón se cerró a su espalda y supo que acababa de entrar en un territorio donde las reglas dejaban de existir.

Lo único real era lo que uno decidía hacer cuando nadie miraba.

55

Sofía

La muerte de un padre no convierte a nadie en huérfano; los convierte en herederos de todas las deudas que él dejó pendientes, pagadas en sangre o en traición.

El resto del día transcurrió en una neblina de llamadas, reuniones breves y decisiones rápidas. Sofía reorganizó las rutas de distribución, cambió las contraseñas de las cuentas bancarias y reforzó la seguridad en todos los puntos clave.

Al mediodía, regresó a la finca y se sentó en el salón con una copa de vino que apenas había tocado. Miraba por la ventana los campos dorados bajo el sol de la tarde.

Su teléfono vibró: había recibido un mensaje de texto.

Era Serrano.

«TENEMOS QUE HABLAR. URGENTE. ES SOBRE TU PADRE».

Sofía frunció el ceño.

Esperó.

El inspector, el policía que había estado indagando demasiado cerca de sus negocios, era el hombre que sabía más de lo que le correspondía.

Sofía no respondió, consciente de que, tarde o temprano, él aparecería. Guardó el teléfono.

Media hora después, las cámaras de seguridad detectaron un vehículo que se acercaba por el camino de grava. El guardia la llamó

a través del intercomunicador.

—Señora Bernabeu, tenemos visita. El inspector Serrano. Dice que necesita hablar con usted urgentemente.

Sofía se quedó inmóvil. Podía mandarlo al diablo. Podía negarse a recibirlo. Pero algo en su instinto le decía que ese hombre no había venido a arrestarla, sino a decirle algo importante.

Y en este momento, cualquier información era valiosa.

—Déjalo pasar.

Se levantó, se alisó la chaqueta y se miró en el espejo del salón. La máscara era perfecta; tenía el control absoluto.

Salió al vestíbulo y se quedó de pie junto a la ventana. Escuchó el motor del BMW acercándose, seguido del sonido de una puerta que se cerraba y de pasos sobre la grava.

La puerta principal se abrió. El mayordomo anunció:

—Inspector Serrano.

Y ahí estaba él, con su chaqueta de cuero desgastada, su expresión cansada y el aire de alguien que ha visto demasiado y ya no tiene nada que perder.

Sofía se quedó inmóvil, observándolo acercarse, consciente de que los guardias vigilaban desde las sombras, listos para intervenir si era necesario.

—Inspector —dijo ella, con voz neutral—. Qué sorpresa… ¿A qué debo el honor de su visita?

Serrano se detuvo a tres metros de distancia y la miró a los ojos.

—No es una visita de cortesía. Tu padre está muerto.

Sofía no parpadeó.

—Lo sé.

Él pareció sorprendido.

—¿Lo sabes?

—Desde las cuatro de la madrugada. ¿Esperabas ser tú quien me diera la noticia?

—¿Podemos hablar en privado, Sofía?

—¿Hay algo más privado que mi propia finca?

—Está bien, como quieras...

—¿A qué has venido, realmente?

—Para advertirte del tsunami que se acerca —dijo y dio un respingo—. Parres te está buscando. Mató a tu padre mediante un profesional. Y no eres la única en peligro; la jueza Domínguez también está a punto de caer. Todo tu sistema de protección se está desmoronando.

Sofía ladeó la cabeza.

—El sicario está muerto.

—Sí. Tus hombres lo mataron en el club.

—Es la primera noticia que tengo.

—No sé por qué pierdo el tiempo contigo...

—Los hombres no entendéis las evasivas.

—Mira, Parres puede contratar a otro. Y a otro más. Tiene recursos y ahora está motivado. Te está presionando para que cometas un error.

Sofía lo notó. Había algo diferente en él. No era el policía arrogante que había conocido antes. Este Serrano parecía... preocupado. Casi vulnerable.

—Siéntate, inspector —dijo finalmente—. Es de mala educación tenerte ahí parado. Te pido disculpas, pero estoy algo irritada... ¿Puedo ofrecerte algo?

Serrano dudó un segundo. Luego se sentó en uno de los sofás. Sofía se sentó frente a él, cruzando las piernas, con las manos sobre el regazo.

—Una taza de café será suficiente. —Serrano sacó un cigarrillo y Sofía le ofreció fuego con el encendedor de plata de su padre.

Sus manos se rozaron un instante.

—Entonces —dijo ella, exhalando despacio—. ¿Qué quieres a cambio de esa información?

—Quiero que me ayudes a encontrar al que mató a Ludmila Kowalska.

—Un policía pidiéndole ayuda a una supuesta criminal.

—Llámalo como quieras. Pero tú sabes cosas que yo necesito. Y yo sé cosas que a ti te convendría saber, por tu bien y el de tu gente. Podemos ayudarnos mutuamente, o bien hundirnos cada uno por su cuenta. Aunque, lamentablemente, debo advertirte que el fango es más espeso en tu lado...

—Está bien —dijo finalmente—. Hablemos. Pero si intentas joderme, si intentas usarme...

—Queda claro.

Serrano apagó el cigarrillo contra el cristal del cenicero, despacio. Sofía se quedó inmóvil, observando el gesto. Luego se sirvió otra copa. El vino cayó con un gluglú suave que resonó en el silencio del salón.

No le ofreció a él.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó el inspector.

Sofía bebió un sorbo antes de responder.

—Por Ludmila.

Serrano aceptó.

Afuera, el sol descendía sobre los campos. Dentro, dos personas que deberían ser enemigas negociaban los términos de su propia condena.

56

Serrano

Serrano dio el paso final. Ahora estaban tan cerca que, si cualquiera de los dos extendía una mano, se tocarían.

—Quiero un nombre, solo un nombre. El de la persona que asesinó a Ludmila Kowalska.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Ella se apartó del escritorio y de él. Se quedó allí, de espaldas, mirando los cipreses y las sombras del jardín.

—Y si te doy ese nombre, ¿qué gano yo?

—Tiempo. Una tregua para que resuelvas tus problemas sin que yo te meta en la cárcel.

Sofía soltó una risa breve, sin alegría.

—Vaya, qué generoso.

—Es lo único que puedo ofrecerte. Ni siquiera debería estar aquí.

Ella giró la cabeza, mirándolo por encima del hombro.

—¿Y si no lo hago?

Serrano sostuvo su mirada.

—Acabarás en el trullo, Sofía. Créeme, ese agujero no es para ti.

Sofía se dio la vuelta completamente. Caminó con pasos lentos y cuando llegó frente a Serrano, se detuvo tan cerca que él pudo ver las motas doradas en sus ojos marrones.

—¿Y si te digo que no tengo ni idea de quién mató a la polaca?

La palabra sonó como un escupitajo. Él no se dejó intimidar.

—Un nombre y me largo. El caso se cierra, nosotros terminamos nuestra investigación, tú respiras, y cada uno sigue con su vida.

—Tú volverás a Estupefacientes.

—No sucederá tan rápido. Hasta entonces, tendrás otra oportunidad para cagarla.

Ella lo estudió como si fuera un acertijo que no terminaba de resolver. Finalmente, asintió casi imperceptiblemente.

—Está bien. Tenemos un trato... Lo averiguaré.

Serrano sabía que la conversación había terminado. Pero antes de darse la vuelta, antes de marcharse, sintió la necesidad de decir algo más. Algo que llevaba guardado desde hacía demasiado tiempo.

Se miraron por última vez. Dos personas en lados opuestos de una línea que ninguno de los dos cruzaría jamás.

El inspector se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Antes de abrirla, Sofía habló de nuevo:

—Javier.

Él se detuvo, sin girarse.

—Necesito que me prometas algo.

—¿El qué?

—Pase lo que pase, que no le ocurra nada a mi madre.

Serrano frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Ella se encogió de hombros, pero había algo en sus ojos. Era miedo de verdad.

—Simplemente promételo.

—Tienes mi palabra.

—Gracias.

El inspector abrió la puerta y salió al salón. Los hombres seguían allí, fumando y bebiendo, esperando. Pero Fernando «El Gordo» Díaz ya no estaba donde lo había visto antes.

Cruzó el salón sin mirar atrás y sintió las miradas en su espalda. No obstante, no se detuvo. Salió de la finca, subió al coche y arrancó el motor. En el retrovisor, la finca se hacía más pequeña.

Encendió un cigarrillo.

El sol descendía sobre los campos, tiñendo el cielo de naranja y sangre.

Ludmila Kowalska seguía muerta.

Sofía Bernabeu seguía viva.

Y él seguía sin saber si había hecho lo correcto.

57

Elche respiraba tensión aquella noche. Tras el velatorio de Tomás Bernabeu, la ciudad comenzó a sangrar.

La calle Jaime Balmes era una vía tranquila de Altabix, bordeada por edificios de cuatro plantas que aún mostraban ropa colgada en sus balcones. Las farolas naranjas iluminaban el asfalto con charcos de luz. Coches aparcados en doble fila, como en cualquier calle de Elche. A las 23:45, los últimos clientes del bar Hermanos Belmonte salían fumando, despidiéndose con palmadas en la espalda.

Otro día más. Otra noche más.

Dentro, Víctor «El Tiburón» Herrera despidió al último camarero con un gesto de la mano. Tenía cuarenta y ocho años, una complexión de boxeador retirado y una cicatriz en la ceja izquierda. Había sido la mano derecha de Eduardo Parres durante quince años, enfrentándose a dos guerras territoriales, tres intentos de asesinato y un cáncer de páncreas.

Esa noche no sobreviviría a su propia rutina.

Se quedó solo revisando la caja registradora. Detrás, botellas de whisky y anís alineadas como soldados. La televisión emitía un partido repetido. Todo parecía tranquilo.

A las 23:47, una furgoneta blanca Citroën Jumper, sin matrícula delantera, se detuvo frente al bar, con el motor encendido. Cuatro hombres descendieron de manera coordinada, vestidos con ropa

oscura y pasamontañas negros. No corrían ni gritaban; no era un atraco.

Dos personas entraron y las campanillas tintinearon.

«El Tiburón» levantó la vista de los billetes.

Ante él, el cañón de una Glock 19.

Tres disparos: uno en el pecho, otro en el abdomen y el último en el cuello. El sonido reverberó en el espacio cerrado. Víctor Herrera se desplomó detrás de la barra como un saco de cemento, con la mano aferrada al fajo de billetes.

Los otros dos ya habían entrado. Había queroseno en las cortinas, en la barra y en las mesas. Un bidón vacío yacía sobre el cuerpo. El olor penetrante inundó el local.

Una cerilla. Una llama pequeña.

Luego el rugido.

El fuego trepó por las cortinas como una criatura viva y hambrienta. Devoró el papel de las paredes, lamió el techo de madera prensada. Las botellas de alcohol explotaron una tras otra: pequeñas detonaciones, cristal volando, llamas azules y naranjas alimentándose.

Los cuatro salieron caminando. Ochenta y cinco segundos desde su llegada. La furgoneta giró en la esquina con calma, sin acelerar.

En el portal de enfrente, una pareja fumaba después de cenar. El chico fue el primero en ver las llamas. Gritó. La chica ya marcaba el 112.

Una señora que sacaba la basura dejó caer la bolsa, inmóvil, observando el resplandor naranja crecer en las ventanas.

Un vecino del tercer piso abrió su balcón y comenzó a grabar.

Las llamas se reflejaban en los cristales de los edificios. El humo negro ascendía hacia el cielo nocturno de Elche.

Un mensaje.

Las primeras sirenas sonaron a los cuatro minutos. Los bomberos llegaron siete minutos después. Para entonces, el bar Hermanos Belmonte se había convertido en un horno.

Pasaron veinte minutos controlando las llamas y otros diez para poder entrar.

Al hacerlo, encontraron el cuerpo carbonizado de Víctor «El Tiburón» Herrera detrás de la barra. Su mano derecha aún sostenía la Beretta 92 que guardaba bajo el mostrador.

El inspector de bomberos observó las tres heridas de bala y llamó a Homicidios.

En Altabix, el hedor a plástico quemado y carne carbonizada se mezclaba con el aroma nocturno de los naranjos. Aquella noche, los vecinos no podrían dormir. Algunos por miedo, otros por curiosidad.

Todos sabían, sin necesidad de palabras, que aquello no había sido un simple incendio.

La Hermandad había lanzado el primer golpe.

58

Díaz

Fernando Díaz llevaba tres horas sentado en el sofá de su casa de campo. La botella de whisky DYC medio vacía sobre la mesa de centro. El cenicero desbordado de colillas. La televisión seguía encendida en volumen bajo, proyectando sombras azuladas sobre las paredes desnudas. En la pantalla, una reportera joven hablaba frente a una calle acordonada.

«...la guerra de bandas en Elche deja ocho muertos en las últimas semanas. Las autoridades confirman que los enfrentamientos entre grupos criminales rivales han alcanzado niveles sin precedentes...».

Díaz apagó la televisión.

Ocho muertos. «El Chato». Manolo el del Raval. Tres más cuyos nombres ya se le escapaban porque el whisky había empezado a borrar los detalles. El último había sido Paquito, el que le debía doscientos euros del póker y tenía una cría que lo llamaba «tío Fer».

Ya no cobraría esa deuda.

Se sirvió otro trago.

«Esto no tiene fin. Sofía va a morir. Todos vamos a morir».

La imagen de Tomás Bernabeu muerto en el baño le vino a la mente por enésima vez. El viejo tirado en el suelo, la sangre extendiéndose bajo su cuerpo como un manto oscuro. El hombre al que había servido durante una vida, reducido a carne fría.

«Fernando», le había dicho Sofía dos días antes, mirándolo con esos ojos que parecían ver a través de las mentiras, «¿quién enterró realmente a Ludmila? Necesito saberlo todo».

Y el día antes, mientras revisaban las cuentas en el almacén: «Mi padre nunca me contó exactamente cómo murió Ignacio. Tú estabas ahí. ¿Qué pasó realmente?».

Díaz bebió directamente de la botella.

Un hombre puede vivir con un cadáver en la conciencia. Quizás con dos. Pero tres te pudren por dentro.

Ignacio Bernabeu.

Ahí estaba el cadáver que más pesaba. El hermano de Sofía. El hijo de Tomás. El heredero violento y descontrolado que había puesto en peligro todo lo que la familia había construido.

«Ignacio es un problema que no se puede solucionar», le había dicho Teresa aquella noche en la casa familiar, después de que su hijo la golpeara. «Prefiero llorar su pérdida que la de los demás. Haz lo que sea necesario, pero no dejes que Sofía lo sepa. Ella nunca lo entendería».

Díaz había asentido. Había obedecido. Siempre obedecía.

Había llevado a Ignacio Bernabeu a un almacén en la carretera de Santa Pola y le disparó a quemarropa. Un solo disparo, directo a la cabeza. Cayó, y la vida se apagó en sus ojos mientras Díaz lo observaba con el rostro inexpresivo y las manos firmes sobre el arma que acababa de utilizar.

Tomás había disfrazado toda la situación. Hizo creer a todos —incluyendo a Sofía, a la organización y al mundo—, que Eduardo Parres había matado a Ignacio. Alimentó el odio de su hija y convirtió esa mentira en el combustible de una guerra.

Sofía odiaba a Parres con cada fibra de su ser porque creía que le había arrebatado a su hermano.

Pero había sido él.

«Cuando lo descubra me matará. No habrá piedad. No habrá explicaciones. Sofía Bernabeu no perdona traiciones».

Se levantó, mareado por el alcohol. Caminó hacia la ventana y corrió la cortina. Los campos de Perleta yacían en la oscuridad, sin

un alma en los caminos de tierra. A lo lejos, se escuchaba el sonido de una sirena desde Elche.

Las paredes se estaban cerrando.

Si la jueza Domínguez hablaba —y hablaría, los cobardes no podían evitarlo—, Díaz enfrentaría una condena de por vida en prisión. Cómplice de asesinato, blanqueo de capitales, pertenencia a una organización criminal. Treinta años.

Y en prisión, los Bernabeu tenían contactos. Muchos contactos.

No sobreviviría una semana, antes de que alguien le clavara algo afilado en las costillas durante el paseo en el patio.

Huir tampoco era opción. No tenía los recursos de Sofía, no tenía una red internacional, no tenía cuentas en el extranjero. Era el ejecutor, el hombre de acción, no el planificador.

La única opción era adelantarse: negociar y traicionar primero.

La palabra le resultó amarga incluso en su mente.

Toda su vida había seguido un código. Brutal, sí; violento, sin duda, pero coherente. La lealtad era sagrada. Un hombre protegía a su familia; un soldado obedecía a su jefe. Las palabras tenían más valor que los contratos.

Pero Tomás estaba muerto y los muertos no protegen a nadie.

Díaz regresó al sofá. Sacó de su cartera una tarjeta arrugada que había conservado durante meses, desde aquel día en el puerto, cuando el inspector lo había interrogado.

«Inspector jefe Javier Serrano. Policía Nacional. Homicidios, Alicante».

La estudió bajo la tenue luz de la lámpara. La letra era pequeña y profesional, y en la parte posterior se encontraba un número de móvil escrito a mano.

Se sirvió un último trago y lo bebió despacio. Era el final de Fernando «El Gordo» Díaz, la mano derecha de Tomás Bernabeu. El cierre de quince años de lealtad ciega.

El inicio de Fernando Díaz como informante.

Tomó su móvil con dedos que temblaban ligeramente. No por miedo, sino por la magnitud de lo que estaba a punto de hacer.

Marcó el número.

El teléfono sonó una vez. Dos veces. Tres.

—¿Diga?

La voz de Serrano sonaba adormilada, ronca.

Díaz cerró los ojos.

—Inspector Serrano. Soy Fernando Díaz.

Entonces todo se detuvo. Ninguno dijo nada. Luego, el sonido de alguien moviéndose rápidamente, despertando del todo.

—¿Díaz?

La voz ahora estaba alerta, tensa.

—«El Gordo» Díaz. —Fue la primera vez que se identificó por el apodo que tanto odiaba.

—¿Qué quiere?

—Quiero un trato.

Serrano hizo una pausa.

—¿Qué tipo de trato?

—Protección de testigos.

Díaz abrió los ojos, mirando el techo.

—A cambio de todo. Lo confieso todo.

Díaz podía oír su propia respiración y el latido acelerado de su corazón. Al otro lado de la línea, Serrano estaba procesando, calculando y tomando decisiones.

—¿Dónde está?

—En mi casa, en Perleta, camino del Cementerio, kilómetro dos. La última antes del barranco.

—No se mueva. Voy para allá.

La llamada se cortó.

Díaz dejó el móvil sobre la mesa, junto a la botella vacía y el cenicero lleno. Se recostó en el sofá y cerró los ojos.

En algún lugar de la ciudad, Sofía Bernabeu continuaba luchando por mantener vivo el imperio de su padre. Seguía dando órdenes, moviendo piezas, librando una guerra que no podía ganar.

Y él, Fernando Díaz, el hombre que la había servido y que había matado por su familia, estaba a punto de destruir todo lo que quedaba.

«Perdóname, Sofía. Pero si no hablo yo primero, muero. Prefiero vivir siendo un traidor que morir siendo leal».

Esperó sin moverse a que llegara la policía.

En el mundo de Tomás Bernabeu, la lealtad había sido sagrada.
Pero Tomás Bernabeu estaba muerto.
Y los muertos no pueden castigar a los traidores.

59

Eduardo Parres enterró a su mano derecha al mediodía del día siguiente. El funeral fue breve, tenso. Esa misma noche envió su respuesta.

El almacén de los Bernabeu estaba en el polígono industrial de Torrellano: una nave de chapa blanca de mil doscientos metros cuadrados. En la fachada, un cartel descolorido anunciaba «IMPORTACIONES MEDITERRÁNEO S.L. - Textiles y Confección». La puerta metálica cerrada con candado industrial, las ventanas altas cubiertas con láminas opacas. A simple vista, un negocio más luchando por sobrevivir.

La realidad era otra. Detrás de esas paredes se movían trescientos mil euros mensuales: cocaína de Colombia vía Rotterdam, hachís marroquí desde Melilla, anfetaminas de laboratorios catalanes. Dinero que blanquear, armas que cambiar de manos, documentación falsa para mantener las operaciones. El almacén era el corazón logístico de la organización Bernabeu en el Levante.

A las dos y media de la madrugada, el polígono era un desierto de naves cerradas y farolas zumbando. Sin vigilantes, sin cámaras funcionales. Solo silencio, oscuridad y el viento del este trayendo olor a mar desde Alicante.

Un Seat León plateado con matrícula 8562-GHM aparcó junto a la puerta de carga. Había sido robado tres días antes en Murcia. Las

matrículas pertenecían a un vehículo desguazado en Orihuela. El interior había sido limpiado con lejía. En el maletero se encontraron cinco kilos de C4 conectados a un temporizador digital checo.

Nadie bajó. Nadie lo vio llegar. Las cámaras más cercanas estaban a cuatrocientos metros, en otra nave, sin cobertura de esta zona.

El temporizador marcaba quince minutos.

Dentro del almacén, Javier «El Gallego» Muñiz no debía estar allí. Cincuenta y dos años, quince de servicio a la familia Bernabeu. Obsesivo con los detalles hasta evitar cualquier error. Había llegado dos horas antes para revisar un cargamento tardío desde Valencia: cien kilos de hachís que redistribuir antes del amanecer. Nunca confió del todo en que sus hombres lo hicieran bien.

Se encontraba en las oficinas improvisadas del fondo, revisando albaranes con linterna frontal, cuando el Seat León estalló en una bola naranja.

La explosión a las 02:47 fue ensordecedora.

La onda expansiva recorrió doscientos metros. Los cristales de naves vecinas estallaron hacia adentro, las alarmas comenzaron a sonar. La puerta metálica salió volando como un juguete, aterrizó treinta metros más allá, retorcida, humeante.

El Seat León dejó de existir. En su lugar, un cráter de asfalto fundido y metal vaporizado.

El fuego se propagó al interior con voracidad. Cajas de cartón, palets de madera, plásticos de embalaje. Las llamas treparon por las paredes, lamieron las vigas metálicas del techo. El calor fundió las tuberías de PVC. El humo negro y denso salió por cada rendija.

Noventa segundos después llegó la segunda explosión.

Los tanques de gasoil para montacargas estaban almacenados en la zona trasera. Cuando las llamas los alcanzaron, el almacén tembló. Una columna de fuego atravesó el techo de chapa, retorció el metal como papel de aluminio. Parte de la estructura colapsó hacia adentro con un estruendo sordo.

A cuatro kilómetros, en el centro de Elche, alguien sintió la vibración. A cuatrocientos metros, un vigilante nocturno vio el resplandor y llamó a emergencias tartamudeando.

Un camionero en la gasolinera cercana sintió la explosión en el pecho. Se quedó inmóvil, surtidor en mano, observando cómo una columna de humo negro se alzaba contra el cielo estrellado.

Los bomberos llegaron a las 03:15. Tres dotaciones contra un fuego bestial. Tardaron casi una hora en controlarlo. A las 04:15, cuando finalmente entraron, encontraron el cuerpo.

Javier «El Gallego» Muñiz había intentado salir. Las quemaduras indicaban que siguió moviéndose incluso después de que las llamas lo alcanzaran. Lo encontraron a veinte metros de la puerta trasera, boca abajo. En sus manos carbonizadas, trozos de papel: albaranes, hojas de contabilidad. Hasta el último momento intentó salvar las cuentas de la familia.

El forense certificó algo más: «El Gallego» murió por inhalación de humo antes de que las llamas lo alcanzaran. Una pequeña misericordia en medio de una muerte horrible.

Las cámaras de una nave cercana grabaron el Seat León aparcando, pero a nadie bajando del vehículo. Las imágenes mostraban solo el coche llegando, estacionando, explotando.

Trescientos mil euros en mercancía convertidos en cenizas. Quinientos mil en daños estructurales. Un hombre muerto que fue leal durante quince años.

En una furgoneta de vigilancia a trescientos metros del almacén en llamas, el inspector Gutiérrez bajó los prismáticos de visión nocturna.

60

Sofía

La llamada llegó a las tres de la madrugada. Sofía despertó al tercer tono.

—Sofía, tenemos un problema. El almacén de Torrellano ha explotado.

La voz de Damián sonaba tensa. Sofía no le preguntó por qué no la había llamado Díaz; ya lo sabía.

Se vistió en tres minutos: se puso unos vaqueros negros, una camiseta oscura y una chaqueta de cuero. No llevaba maquillaje. Arrancó el Audi y condujo con las ventanillas bajadas. El aire olía a pólvora.

Vio el resplandor naranja a dos kilómetros de distancia. Una columna de humo se elevaba hacia el cielo.

Aparcó lejos del perímetro policial, donde había tres coches patrulla, una ambulancia y dos camiones de bomberos. Las luces azules parpadeaban, los radios crepitaban y los uniformes se movían con una prisa contenida. Damián la esperaba en la sombra de una nave cercana, fuera de la vista.

El calor del incendio le quemaba la piel, a unos cincuenta metros. Se percibían olores a plástico, químicos y gasoil. Y, debajo de todo eso, otro aroma que reconoció, pero no pudo nombrar.

—¿Cuánto?

—Todo. Mercancía, equipamiento, estructura. Y… —Damián señaló la lona amarilla que dos bomberos extendían sobre el suelo.

—¿Y?

—Muñiz.

Sofía cerró los ojos. Respiró. Cuando los abrió, su voz no había cambiado:

—¿Qué hacía aquí?

—Revisaba el cargamento de Valencia. Díaz no llegaba. Ya conoces al Gallego.

Sofía se acercó a la lona. Muñiz le había enseñado a montar en bicicleta y le había explicado el negocio de su padre cuando nadie creía que debía saberlo. Había permanecido leal durante décadas.

Ahora estaba muerto porque el tiempo se había agotado.

—Tengo tres equipos listos —dijo Damián, bajando la voz—. Podemos quemar todo lo de Parres en Elche esta noche.

—No.

—¿No? Mataron al Gallego. Quemaron trescientos mil en mercancía.

—Parres respondió como esperaba. Si respondemos otra vez, esto no para.

—Tu padre no habría dudado.

Sofía lo miró directamente.

—Yo no cometeré los mismos errores.

Damián apretó la mandíbula.

Sofía miró nuevamente el almacén. Trescientos mil dolían, pero no eran fatales; la organización podía soportar esa pérdida. En cambio, la pérdida de Muñiz era mucho más dolorosa, pero se trataba de un golpe personal, no estratégico.

Fuego contra fuego era lo que Parres anticipaba, al igual que Vélez, quien vigilaba y esperaba el momento de cometer un error.

No lo cometería.

Sacó el móvil y marcó. Tres tonos. La llamada se cortó.

—Maldita sea.

Marcó otro número.

—Necesito encontrar a Díaz. Buscadlo y traédmelo.

Escuchó la respuesta.

—Me da igual el precio. Lo quiero mañana al mediodía.
Colgó el teléfono. Damián la observaba.
—¿Qué vas a hacer?
Sofía guardó el móvil y miró una última vez la lona amarilla.
—Lo que mi padre debió hacer mucho antes. Barrer la casa.

61

Vélez

José María Vélez observaba la escena en la pantalla de su móvil desde la cama, a las tres y veinte de la madrugada. Su mujer dormía a su lado, sin darse cuenta. La luz azulada del teléfono iluminaba su rostro mientras seguía la retransmisión en vivo que Gutiérrez le enviaba desde la furgoneta de vigilancia.

El móvil vibró. Llamada entrante. Gutiérrez.

El comisario salió de la habitación sin hacer ruido, descalzo, en camiseta y pantalón de pijama. Bajó a su despacho personal en la planta baja. Cerró la puerta.

—Dime —contestó en voz baja.

—Comisario, el almacén de los Bernabeu acaba de saltar por los aires —la voz de Gutiérrez sonaba tensa—. Coche bomba. Una víctima confirmada. Javier Muñiz, veterano de la organización.

—¿Testigos civiles?

—Ninguno. Polígono industrial vacío. Solo el muerto.

—¿Sofía Bernabeu?

—Acaba de llegar a la escena. Está con su jefe de seguridad. El subinspector Romero tiene los binoculares térmicos en ella ahora mismo.

Vélez se acomodó en su sillón de cuero y encendió la lámpara del escritorio. La luz amarilla proyectó largas sombras en las paredes. Enmarcadas, había fotos de él con el alcalde, con el delegado del

gobierno y recibiendo condecoraciones. Era la cara pública del comisario íntegro.

—¿Qué está haciendo?

—Hablando con Damián. Parece más controlada que enfadada. Está tomando decisiones, no teniendo un ataque de ira.

Vélez sonrió en la oscuridad.

«Más fría que Tomás», pensó. «Más peligrosa. Pero también más vulnerable».

—¿Y nosotros? —Gutiérrez dejó la frase incompleta.

Vélez esperó.

—Ya van dos muertos, comisario.

—Dos delincuentes muertos. Nos están ahorrando trabajo.

—¿Y si la próxima vez muere un civil?

Vélez se recostó en el sillón. Miró el techo. Las vigas de madera oscura. La casa que había comprado con dinero limpio... y otro que no lo era tanto.

—Entonces intervendremos. Pero mientras se maten entre ellos, Gutiérrez, están haciendo nuestro trabajo mejor de lo que nosotros podríamos hacerlo. ¿Lo entiendes?

Silencio al otro lado de la línea. Luego:

—Los de homicidios están presionando. Quieren saber por qué Narcóticos no hace nada.

—Diles que estamos montando un operativo de vigilancia. Que necesitamos que los objetivos se expongan más antes de actuar. La burocracia habitual, Gutiérrez.

Otra pausa. Vélez casi podía sentir la incomodidad del agente joven al otro lado del teléfono.

—¿Comisario? —era otra voz ahora. El subinspector Romero, veterano, más cínico—. Sofía Bernabeu acaba de hacer una llamada. No podemos escuchar el contenido, pero el lenguaje corporal sugiere que está pidiendo información. Posiblemente sobre Parres.

—Quiero que intensifiquéis la vigilancia sobre ella. Pinchazos telefónicos, rastreadores GPS en todos sus vehículos.

—Necesitamos orden judicial para...

—Romero, no me jodas, llevas veinte años en esto. Sabes cómo conseguir lo que necesitamos sin llamar la atención...

—Sí, comisario.

Vélez miró por la ventana. Su jardín trasero, la piscina cubierta, los setos perfectamente podados. Una vida respetable. Una fachada cuidada.

Pero la paciencia de Vélez no era profesional. Era profundamente personal.

Mientras escuchaba el informe de Romero sobre los movimientos de Sofía Bernabeu, la mente de Vélez repasó el archivo que Tomás Bernabeu había compilado durante años. El dossier que había mencionado en su última conversación, dos semanas antes de morir: «Si me pasa algo, comisario, esto sale a la luz. Seguros de vida, ya sabe».

Vélez conocía cada página de ese dossier sin haberlo visto nunca. Sabía exactamente qué contenía porque él mismo había proporcionado cada pieza de información que lo componía.

Cincuenta mil euros en 2019, transferidos a una cuenta offshore en Panamá. Para pagar el tratamiento experimental de leucemia de su hija Laura. El seguro médico no lo cubría. El hospital público no lo ofrecía. Tomás Bernabeu sí.

Vélez recordaba esa noche. Sentado en su coche, en un aparcamiento vacío, llorando como no había llorado desde niño. Laura tenía doce años. Los médicos le daban seis meses. Tomás le ofreció una salida.

«Una sola transacción», había dicho Tomás. «Solo esta vez».

Mentira.

Treinta y cinco mil en 2021. Más tratamientos. La leucemia había vuelto. Laura tenía catorce años y no quería morir. Vélez habría vendido su alma. De hecho, lo hizo.

Veinte mil en 2023. Ya no era para su hija. Para entonces Laura estaba en remisión, sana, viva, estudiando en el instituto. Era porque ya no había vuelta atrás. Era porque Tomás lo tenía comprado y Vélez lo sabía.

Las operaciones «fallidas». Redadas avisadas con cuarenta y ocho horas de antelación. Testigos que desaparecían antes de declarar. Pruebas que se contaminaban misteriosamente en la cadena de custodia. Informes que nunca llegaban a la fiscalía.

José María Vélez no era corrupto por codicia. Era corrupto por amor, y eso lo hacía más peligroso.

Tomás Bernabeu lo había entendido perfectamente. Por eso había compilado el dossier. Por eso había dejado instrucciones claras: si algo le pasaba, ese archivo llegaría a Asuntos Internos, a la prensa, a la Fiscalía Anticorrupción.

Mientras los Bernabeu existieran, ese dossier era una guillotina suspendida sobre el cuello de Vélez.

Si los Bernabeu caían, las pruebas desaparecían con ellos.

Y ahí radicaba la belleza del plan: permitir que Parres y Sofía se destruyeran mutuamente. Observar cómo se desangraban hasta que ambos lados quedaran debilitados. Luego, limpiar los restos sin levantar sospechas.

Eliminaría cada conexión. Empezaría limpio.

Su hija podría ir a la universidad sin que su padre fuera a prisión. Laura nunca sabría que su vida se había comprado con sangre y traición.

—¿Comisario? —la voz de Gutiérrez lo devolvió al presente—. ¿Sigue ahí?

—Sí. ¿Sofía Bernabeu?

—Se está yendo. Acaba de subir a su Audi.

Vélez cerró los ojos un momento. Visualizó la escena: el almacén destruido, la lona amarilla cubriendo el cadáver de Javier Muñiz.

«Quince años en el negocio», pensó. «Murió revisando un jodido cargamento. Si hubiera estado en casa viendo la tele, seguiría vivo».

Ni compasión. Ni culpa. Solo cálculo.

—¡Escuchadme bien! —dijo al teléfono—. Quiero vigilancia veinticuatro horas sobre Sofía Bernabeu. Quiero saber con quién habla, qué come, dónde duerme. Quiero equipos de seguimiento rotando cada seis horas para que no la pierdan.

—Eso va a requerir muchos recursos...

—Consíguelos. Dile a la gente que es una operación prioritaria de Narcóticos.

—¿Y Eduardo Parres?

—A él también. Pero la prioridad es ella.

—Entendido, comisario.

El móvil personal de Vélez, el que guardaba en el cajón del escritorio, vibró. Mensaje cifrado. Lo sacó. Lo leyó. Sonrió levemente.

«L confirma movimiento. 72h máximo».

Vélez escribió una respuesta breve: «Mantén la presión. Yo me encargo del resto».

Eliminó el mensaje y borró toda la conversación antes de guardar el móvil.

Volvió al teléfono oficial:

—Gutiérrez, Romero. Buen trabajo esta noche. Mantened la vigilancia hasta el amanecer. Luego rotad con el equipo de día. Informadme de cualquier movimiento significativo.

—Sí, comisario.

Vélez colgó. Se quedó en su despacho un momento más, en la penumbra, mirando las fotos en la pared. El comisario íntegro. El servidor público. El hombre de familia.

Subió de nuevo a su habitación. Su esposa seguía dormida, así que se metió en la cama con cuidado de no despertarla.

A las seis de la mañana sonaría el despertador. Vélez se levantaría, se ducharía, se pondría su traje gris oscuro y su corbata azul. Desayunaría con su mujer y su hija, y antes de que Laura se fuera al instituto, le daría un beso en la frente.

Luego conduciría a la comisaría y presidiría la reunión matinal, actuando como el comisario ejemplar que todos creían que era.

Y nadie, absolutamente nadie, sospecharía que tenía las manos manchadas de sangre.

Cerró los ojos, pero no pudo dormir.

62

Serrano

La carretera entre Perleta y Alicante era una cinta negra bajo la luna menguante.

Serrano conducía con las manos firmes sobre el volante, la mirada fija en las líneas discontinuas que devoraba el asfalto. A su lado, Rojo fumaba con la ventanilla entreabierta. En el coche patrulla que los seguía, Agulló escoltaba a Fernando Díaz.

El reloj del salpicadero marcaba la una y cuarto de la madrugada.

—¿Crees que va a cantar? —preguntó Rojo sin apartar la vista de la carretera.

Serrano tardó en responder.

—Ya ha cantado. La pregunta es cuánto sabe.

—Tiene que saber mucho. No llamas a un inspector a medianoche si solo tienes migajas.

—O está desesperado.

—Eso también. —Rojo apagó el cigarrillo en el cenicero—. Pero un hombre desesperado es el mejor informante. No tiene nada que perder.

Serrano pensó en Díaz esperándolos en la puerta de su casa, el rostro desencajado, las manos temblando. No había opuesto resistencia. Ni siquiera había pedido tiempo para recoger nada. Simplemente había extendido las muñecas para las esposas.

Un hombre que ya se había rendido antes de empezar.

La A-7 brillaba bajo las farolas naranjas. A lo lejos, las luces de Alicante parpadeaban como una constelación caída. Serrano aceleró ligeramente. Quería llegar. Quería escuchar. Quería saber si todo el castillo de naipes estaba a punto de derrumbarse.

Porque si Díaz hablaba —si realmente hablaba—, nada volvería a ser igual.

***

Serrano condujo a Díaz por el pasillo principal de la comisaría provincial, flanqueado por Rojo y Agulló. Solo un par de agentes de guardia levantaron la vista cuando pasaron. Reconocieron al detenido de inmediato.

Fernando «El Gordo» Díaz. La mano derecha de los Bernabeu.

La sala de interrogatorios: paredes grises, mesa metálica atornillada al suelo, cuatro sillas. Una grabadora antigua en el centro, junto a una jarra de agua y vasos de plástico. La única ventana daba a un patio interior donde no llegaba la luz.

Díaz se sentó sin que se lo pidieran. Las esposas tintinearon contra la mesa.

Serrano ocupó la silla frente a él. Rojo se apoyó contra la pared, los brazos cruzados. Agulló permaneció de pie junto a la puerta.

Dos y media de la madrugada.

—¿Entiende que todo lo que diga puede ser usado en su contra? —dijo Serrano, encendiendo la grabadora.

Díaz asintió.

—Necesito que lo diga en voz alta.

—Sí. Lo entiendo.

—¿Entiende que está renunciando a su derecho a un abogado en este momento?

—Quiero un trato primero. —La voz de Díaz era ronca, desgastada —. Protección de testigos. Reducción de condena. No hablo hasta que tenga garantías.

Rojo soltó una risa seca.

—Eso depende de lo que nos dé.

Díaz lo miró directamente.

—Les voy a dar todo. Pero primero quiero saber que voy a sobrevivir.

Serrano se recostó en la silla, estudiándolo. Había interrogado a docenas de hombres como Díaz. Duros, curtidos, acostumbrados a la violencia. Pero este era diferente, menos bravucón y con muchos años de experiencia. No quería un abogado presente hasta que tuviera el trato cerrado. Desconfiaba de cualquier persona que viniera de fuera. Estaba agotado y tenía miedo.

—Empiece —dijo Serrano—. Cuéntenos lo que sabe. Luego hablaremos de tratos.

Díaz cerró los ojos. Respiró hondo. Cuando los abrió de nuevo, algo había cambiado en su rostro. Una resignación total.

—Ludmila Kowalska —dijo—. Hace un mes. Club «La Palmera».

Agulló sacó una libreta. Rojo se tensó.

—Siga.

***

La confesión duró cuatro horas.

Díaz habló despacio al principio, midiendo cada palabra, asegurándose de que la grabadora lo capturara todo. Luego, a medida que avanzaba la noche, las palabras fluyeron más rápido, como si cada frase fuera un lastre del que necesitaba deshacerse.

—Ignacio estaba muy colocado esa noche. Cocaína, benzodiacepinas, lo que pillara. Ludmila era su pareja. Polaca, veintitantos y muy bonita. —Díaz calló un instante, midiendo el efecto de sus palabras.—. La pobre estaba obsesionada con él.

Serrano no dijo nada.

—Esa noche él no estaba bien —continuó Díaz—. La forzó. En una habitación del club. Y luego...

Se detuvo. Las manos sobre la mesa, inmóviles.

—¿Y luego? —dijo Agulló.

—La asfixió. En la cama. Con las manos.

Serrano apretó el bolígrafo.

—¿Qué pasó después?

—Entró en pánico. Llamó a «La Viuda», Laura Pérez. Ella gestiona el club. Estaba desesperado, totalmente ido.

—¿Quién decidió qué hacer con el cuerpo?

—Ignacio. En ese momento, don Tomás estaba desaparecido; secuestrado. Ignacio y Sofía libraban una guerra por el poder. —Díaz bebió un sorbo de agua—. Ignacio decidió encubrir la situación. Le dijo a «La Viuda»: «Yo me encargaré de la chica, pero olvídate de ella».

Rojo dio un paso adelante.

—¿Sofía estaba allí?

—No. Sofía no se enteró de nada hasta después. Ignacio ordenó deshacerse del cuerpo para evitar cualquier relación con el caso y proteger su posición.

—¿Usted movió el cuerpo?

—No directamente. Fueron hombres de confianza de Ignacio. Lo envolvieron, lo sacaron del club y lo dejaron en un contenedor cerca del Pinet. —Guardó un momento de silencio antes de finalizar—. Como basura.

—Cuando apareció el cadáver —continuó Díaz—, «La Viuda» y Sofía acordaron una versión: sobredosis, para proteger a la familia. Pero todos conocíamos la verdad.

—¿Por qué encubrirlo?

Díaz lo miró como si la pregunta fuera absurda.

—Porque era un Bernabeu. En esa familia, inspector, la sangre lo cubre todo.

***

La segunda confesión llegó a las tres de la madrugada.

—Raquel Ortega —dijo Díaz.

Serrano se acercó con un gesto que decía más que cualquier palabra.

—¿Qué sabe de ella?

—Pasaba por «La Palmera», aunque también hacía la calle. Sabía demasiado sobre lo que ocurría en el club: las fiestas, las chicas, los

negocios. —Díaz encendió un cigarrillo que le ofreció Rojo—. Era testigo. Estaba colaborando con usted.

—Continúe.

—Eduardo Parres ordenó su asesinato de manera directa. La llamó «la fulana que está chivando a la policía». Sabía que iba a entrar en el programa de protección de testigos. Para Parres, era un cabo suelto.

—¿Quién la ejecutó?

—Emilio «El Viejo» Sánchez y Raúl «El Niño» Torres. Dos de los principales hombres de Parres.

Rojo golpeó la mesa con el puño.

—¿Tiene pruebas?

—Conversaciones. Grabaciones de llamadas que interceptamos. Parres no fue discreto. Quería enviar un mensaje.

Agulló anotó los nombres.

—¿Por qué nos cuenta esto? Si los Bernabeu no mataron a Raquel, ¿qué ganan ustedes confesando crímenes de Parres?

Díaz la miró directamente.

—Porque necesito que comprendan el panorama completo. Raquel murió porque sabía demasiado sobre ambas familias. Conectaba los puntos entre el club, Ludmila, los Bernabeu y los Parres. —Exhaló el humo lentamente—. Su muerte no fue casual, sino premeditada.

La tercera confesión llegó a las tres y cuarto.

Y fue una bomba nuclear.

Díaz guardó la calma durante casi un minuto. Se sirvió agua y bebió despacio, luego dejó el vaso sobre la mesa. Sus manos temblaban.

—Yo maté a Ignacio Bernabeu —dijo.

Rojo se alejó de la pared. Agulló cesó de escribir. Serrano percibió cómo el aire se desvanecía en la habitación.

—Repita eso —dijo Agulló con voz tensa.

Díaz levantó la vista. Tenía los ojos vidriosos.

—Yo maté a Ignacio Bernabeu. Con mis propias manos. Fue por orden de su madre.

Rojo se apartó de la pared.

—¿Qué coño estás diciendo?

—La verdad. Teresa García me lo ordenó.

Serrano sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿La madre ordenó matar a su propio hijo?

—Sí.

La palabra cayó como una piedra en agua estancada.

—Ignacio se había vuelto inestable —continuó Díaz—. Drogadicto. Conspiró contra Sofía y asesinó a su amante, Silvia Parra; la asfixió en su apartamento. Sofía y yo lo obligamos a refugiarse en la casa familiar, pero se escapó e hirió a su madre.

Ninguno de los policías habló.

—Fui a ver a Teresa. Estaba destrozada. Me dijo: «Haz lo que sea necesario... pero no dejes que Sofía lo sepa. Ella nunca lo entendería». —Díaz tragó saliva—. Dijo que prefería llorar su pérdida que la de los demás. Que Ignacio era una bomba a punto de estallar.

—¿Cómo lo hizo?

Díaz cerró los ojos un momento.

—Lo contacté. Le dije que tenía información sobre los Parres. Quedamos a medianoche en un almacén en la carretera de Santa Pola. Llegó alterado, paranoico. Le dije que su traición había puesto a la familia en peligro. Intentó sacar su arma.

Pausó el discurso, consciente de que el silencio también manda.

—Yo fui más rápido.

Respiración entrecortada.

—Lo golpeé. Lo desarmé. Le disparé a quemarropa. Un solo disparo. En la cabeza. —La voz se le quebró—. Cayó. Llamé a Teresa y le dije: «Ya no tendrá que preocuparse».

Agulló tenía el rostro pálido.

—¿Sofía lo sabe?

—No. Teresa García me hizo jurar que Sofía nunca lo sabría. Sofía cree que los Parres mataron a su hermano. Toda la guerra actual... todo el odio... se basa en esa mentira.

Rojo dejó escapar una maldición.

—Toda esta guerra es mentira.

—Sí. Sofía cree que venga a su hermano. Pero fue su propia madre quien ordenó su muerte. Y yo fui la mano que apretó el gatillo.

Serrano se pasó una mano por el rostro.

—¿Por qué lo confiesa ahora?

—Porque Sofía va a descubrirlo tarde o temprano. Ya está haciendo preguntas sobre Ludmila, sobre Ignacio. Y cuando sepa la verdad... —Díaz miró fijamente a Serrano—. Me matará. No importa que actuara bajo órdenes de Teresa. Para ella, yo maté a su hermano. Eso no tiene perdón.

Pero Díaz no había terminado.

—Hay más —dijo con voz seca.

Serrano lo miró.

—¿Más?

—Yo maté a «El Zurdo». El sicario que mató a Tomás Bernabeu.

Rojo se enderezó.

—Joder...

—Eduardo Parres lo contrató para asesinar a Tomás. Lo apuñaló en el baño de un club. Cuando intentó escapar, nosotros lo emboscamos. Le disparamos varias veces. Cayó al suelo, herido pero vivo. —Díaz hizo una pausa—. Yo me planté frente a él y le disparé en la cabeza. El último disparo, el definitivo.

Agulló anotó.

—¿Quién más estaba presente?

—Varios hombres de la familia. Pero yo di el tiro de gracia.

Serrano asintió despacio.

—¿Hay algo más?

Díaz vaciló.

—Héctor «El Toro» Jiménez.

—¿El hombre de confianza de Tomás?

—Sí. Lo ejecutamos en un almacén de despiece. Pero yo no apreté el gatillo.

Rojo arqueó una ceja.

—¿Entonces quién?

Díaz levantó la vista.

—Sofía.

El nombre quedó suspendido en el aire.

—¿Sofía Bernabeu asesinó a Héctor «El Toro» Jiménez? —preguntó Rojo, sin dejar detalle.

—Sí. Yo organicé la emboscada. Lo sometí. Le entregué la pistola a Sofía para que ella consolidara su liderazgo. Necesitaba demostrar que era tan fuerte como su padre.

Los inspectores hicieron un cruce de miradas.

—Disparó tres veces. Tres disparos en el pecho. «El Toro» murió en el suelo del almacén.

Serrano miró la grabadora. Las cintas seguían girando, capturando cada palabra, cada confesión, cada verdad que desmoronaba el imperio de los Bernabeu como un castillo de naipes bajo la lluvia.

—¿Algo más? —preguntó con voz ronca.

Díaz negó con la cabeza.

—Eso es todo, inspector. Ahora necesito que cumpla su parte.

Serrano apagó la grabadora.

63

Parres

Eduardo Parres llevaba treinta horas sin dormir cuando el portero automático sonó a las cuatro de la madrugada.

Bajó las escaleras él mismo. La camisa arrugada y la corbata aflojada desde la noche anterior. No quería a los empleados despiertos, ni testigos.

Antonio «El Chino» subió sin soltar palabra, sin rechistar. A sus treinta y tantos años, tenía una complexión fuerte y rasgos asiáticos heredados de su madre filipina. Era uno de esos hombres en los que se podía confiar: profesional, discreto y letal.

Eduardo lo esperaba en el estudio de la planta alta. Los muebles de caoba oscura adornaban el espacio, mientras que una ventana ofrecía vistas a los huertos de palmeras. El aire estaba impregnado de un olor a tabaco frío y madera vieja. En la pared, fotos enmarcadas mostraban a Mateo de joven, sonriente, y a Eduardo de niño montando en bicicleta. Eran recuerdos de una familia en tiempos más sencillos.

«El Chino» se quedó de pie, postura militar.

—Trabajo limpio. Sin testigos civiles. Explosión controlada.

—¿Confirmación del objetivo?

—Una baja. Javier Muñiz. Estaba dentro revisando la mercancía.

Eduardo cerró los ojos un momento.

—¿Alguien más?

—Nadie. El almacén estaba vacío, salvo por él. Como pediste: daño material máximo y víctimas mínimas.

—¿Rastros?

—Ninguno. Coche robado, sin ADN, sin huellas.

—Bien. Tu pago está en el lugar acordado. No vuelvas a contactarme esta semana.

«El Chino» asintió y salió como había entrado: sin ruido.

Eduardo se sirvió otro Cardhu. Su mano temblaba levemente. Era el cuarto whisky desde las tres de la madrugada, cuando recibió la confirmación: el bar de sus primos se había convertido en cenizas y Víctor Herrera estaba muerto.

Caminó hacia el baño adjunto y se miró en el espejo. Vio a Mateo: los mismos ojos oscuros, la misma mandíbula tensa. Diez años atrás, el muchacho estudiaba Empresariales. Quería distanciarse del «negocio». Quería ser otra cosa.

Ahora estaba postrado en una cama.

Su móvil personal vibró. Era un número privado.

Eduardo lo observó por un momento y luego respondió.

—¿Eduardo Parres? —dijo una voz masculina, desconocida—. Necesito advertirte de algo.

—¿Quién eres?

—Eso no importa. Lo que importa es que te están usando. Vélez está permitiendo que tú y los Bernabeu os destruyáis.

El suelo tembló bajo los pies de Eduardo.

—¿Qué?

—La policía no va a intervenir. Vélez tiene sus motivos.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque necesito que ambos sobreviváis un poco más. Hay un juego más grande que vuestra guerra. Tómatelo como quieras.

La línea se cortó.

Eduardo se quedó inmóvil, con el móvil en la mano. Pensó en Víctor Herrera, en Javier Muñiz, en la espiral de violencia que no se detendría hasta que todos estuvieran muertos.

Recordó a su padre, quien había iniciado tantas peleas por orgullo, por territorio, por ego.

Marcó otro número. Escuchó tres tonos.

—Necesito hablar contigo. Urgente. En persona.

Silencio al otro lado.

—No, por teléfono no. Nos están escuchando.

—Sé que es arriesgado. Pero creo que ambos estamos siendo manipulados.

Otra pausa.

—El sitio de siempre. En dos horas. Ven sola.

Colgó el teléfono y apuró el whisky.

Por la ventana, las palmeras se recortaban contra el amanecer. Un camión de basura pasó por la calle, rompiendo el silencio de la madrugada con el ruido de su motor.

Se cambió de camisa, limpió una Beretta compacta y la guardó en la funda sobaquera.

Salió de la residencia mientras los primeros vehículos se dirigían hacia la ciudad.

«Tu padre empezó esta guerra, Sofía. Ahora quizás yo pueda terminarla».

64

Serrano

A las cuatro de la madrugada, Díaz seguía hablando.

Nombres de empresas pantalla. Cuentas en Andorra, Mónaco, Panamá. Rutas de distribución desde el puerto. Contactos dispersos como cadáveres en un campo de batalla: funcionarios, aduaneros, policías corruptos.

—Domínguez.

El nombre retumbó en las paredes.

—La jueza Isabel Domínguez. Veinticinco mil al mes. Por no firmar órdenes de registro. Por bloquear investigaciones. Por mirar hacia otro lado cuando había que mirar.

Rojo anotó el nombre.

—¿Tiene pruebas?

—Fotos de reuniones. Extractos bancarios. Todo. Tomás era meticuloso. Guardaba registros de todo. —Díaz hizo una pausa—. Seguros, los llamaba. Como si alguien en este negocio pudiera asegurar algo.

Serrano puso los codos sobre la mesa.

—¿Alguna vez filtró información a Eduardo Parres?

Díaz lo miró con esos ojos que habían visto demasiado.

—Nunca. Nunca traicioné a los Bernabeu. Yo era leal hasta que Tomás murió.

—¿Y ahora?

—Ahora no queda nada a lo que ser leal.

Entre los dos, algo oscuro se fue extendiendo, lento, inevitable, como un charco de sangre.

—¿Por qué nos da todo esto? —preguntó Rojo—. ¿Por qué ahora?

—Porque Sofía va a descubrir que yo maté a Ignacio. Ya está haciendo preguntas. Y cuando sepa la verdad... —Díaz se recostó en la silla, exhausto—. Prefiero prisión con protección que libertad esperando una bala.

La confesión flotó en el aire viciado de la sala.

—Sofía Bernabeu no perdona traidores. Y matar a su hermano es la traición definitiva.

***

El fiscal llegó a las cinco de la madrugada.

Era un hombre de mediana edad, con gafas y traje arrugado, que olía a tabaco y llevaba un maletín de cuero gastado. Revisó la confesión grabada en una sala anexa, escuchando pasajes clave con auriculares mientras tomaba notas. Como un auditor sumando desastres.

Tardó cuarenta minutos.

Cuando salió, tenía la expresión de quien acaba de ver el cadáver de su carrera política.

—Es suficiente. Más que suficiente. Con esto podemos desmantelar a los Bernabeu.

Serrano asintió.

—¿Qué le ofrecemos?

El fiscal se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo. Un gesto inútil que no mejoraba nada.

—Homicidio doloso, complicidad en asesinato, blanqueo de capitales, pertenencia a organización criminal. Estamos hablando de veinticinco a treinta años.

—¿Con colaboración?

—Reducción a doce años. Con buen comportamiento, ocho. —El fiscal guardó las gafas—. Pero primero tiene que llegar vivo al juicio.

—¿Y protección?

—Programa de testigos activado inmediatamente. Nueva identidad. Traslado a prisión clasificada. Módulo de aislamiento. En población general, no duraría una semana. Ni siquiera una noche.

—¿Es un buen trato?

—Es el único trato —respondió el fiscal—. Si quiere vivir, lo acepta. Si no, lo procesa la justicia ordinaria y termina en una celda con alguien que trabaja para los Bernabeu. Elija su muerte: rápida o lenta.

Serrano miró hacia la sala de interrogatorios, donde Díaz aguardaba. Un hombre enorme que había pasado años construyendo su propia tumba. Ahora solo quedaba elegir el epitafio.

—Vamos a ofrecérselo.

***

Fernando Díaz firmó el acuerdo a las cinco y media de la madrugada.

Mano temblorosa, bolígrafo negro, papel oficial. Su firma era un garabato irregular que apenas se reconocía. Como si hasta su nombre quisiera escapar de lo que acababa de hacer.

—¿Cómo voy a vivir con esto? —preguntó, mirando el documento.

Serrano no sintió compasión.

—Vivirás. Que es más de lo que pueden decir Ludmila, Raquel, Ignacio, «El Zurdo» o «El Toro».

Díaz no habló y dejó el bolígrafo sobre la mesa.

Dos agentes entraron para escoltarlo a un calabozo provisional. Saldría de allí en pocas horas, rumbo a una ubicación secreta donde esperaría el juicio.

Cuando la puerta se cerró tras él, los tres inspectores se quedaron en la sala.

El amanecer comenzaba a filtrarse por la ventana del patio interior. Una luz grisácea, fría, que no ofrecía ningún consuelo.

Rojo rompió el silencio.

—Acabamos de conseguir el testimonio del siglo.

Agulló se frotó los ojos, agotada.

—Y acabamos de condenar a muerte a Sofía Bernabeu.

Serrano caminó hasta la ventana. Miró hacia el cielo que empezaba a clarear sobre Alicante. Pensó en Sofía, en algún lugar de la ciudad, sin saber que su mundo acababa de colapsar. Que el hombre en quien confiaba, el hombre que había servido a su familia durante años acababa de entregarla.

La lealtad era como el hielo: sólida hasta que se derrite.

—Ella ya estaba acabada —dijo en voz baja—. Solo que aún no lo sabe.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rojo.

Serrano se giró hacia ellos. Su rostro estaba marcado por la fatiga, pero había algo más en sus ojos: determinación, propósito, el hambre de un cazador que finalmente tiene a su presa acorralada.

—Ahora construimos el caso. Orden de detención, registro de propiedades, congelación de cuentas. Vamos a por ella.

Agulló asintió.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que se entere?

—Horas. Quizás un día. Díaz no va a poder ocultar que ha desaparecido. Alguien lo notará. Alguien siempre nota cuando falta la pieza equivocada.

—Entonces hay que mover el culo.

Serrano recogió su chaqueta. El caso que lo había perseguido durante meses finalmente estaba cerrándose.

—Sí. Muy rápido.

Salieron de la comisaría cuando el sol asomaba por el horizonte. La ciudad despertaba despacio, ajena a lo que acababa de suceder en esa sala de interrogatorios. Ajena a que un imperio construido durante décadas acababa de recibir la puñalada mortal.

Fernando Díaz había traicionado a los Bernabeu.

Y ahora, la cuenta atrás había comenzado.

Díaz había elegido sobrevivir. Sofía tendría que elegir pronto.

65

Parres

Eduardo Parres conducía por la autovía Elche-Alicante con las dos manos en el volante.

El tráfico era escaso a esa hora. Camiones rumbo al puerto, algún representante madrugador. El cielo empezaba a clarear sobre el Mediterráneo, una luz grisácea que no prometía nada bueno.

Había elegido el Hotel Jardín del Camino porque era anónimo. Un sitio de paso donde los clientes pagaban en efectivo y nadie hacía preguntas. Estaba a mitad de camino entre Elche y Alicante, exactamente en tierra de nadie. Apropiado.

Aparcó el BMW en la parte trasera, lejos de las cámaras. Entró por una puerta lateral que daba directamente a un pasillo de habitaciones. La alfombra olía a humedad y desinfectante barato. Las luces fluorescentes parpadeaban.

Habitación 217.

Llamó dos veces. Escuchó movimiento dentro. La puerta se abrió.

Isabel Domínguez tenía el aspecto de alguien que no había dormido en días. Sin maquillaje, el pelo recogido en una coleta improvisada, vestida con pantalones oscuros y una chaqueta que parecía sacada a toda prisa del armario. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos. Tenían esa expresión de animal acorralado que Eduardo conocía bien.

—Pasa —dijo, sin ninguna cortesía.

Eduardo entró. La habitación era funcional: cama doble sin hacer, dos sillas junto a una mesa pequeña, televisor apagado. Las cortinas estaban corridas. Domínguez ya había preparado dos vasos con agua mineral sobre la mesa. Como si aquello fuera una reunión de negocios normal.

Se sentaron uno frente al otro.

Eduardo fue directo al grano.

—Nos han manipulado.

Domínguez lo miró sin parpadear.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo?

Ella cogió el vaso, bebió un sorbo largo. Dejó el vaso con cuidado sobre la mesa, como quien deposita un arma.

—Desde anoche. Cuando Sofía dejó de responder mis llamadas.

Eduardo asintió despacio. Se recostó en la silla, evaluándola.

—¿Y ahora qué?

Domínguez respiró hondo. Sus manos temblaban ligeramente.

—Ahora espero que Sofía no use lo que tiene contra mí.

Eduardo sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno sin pedir permiso. El humo se elevó hacia el techo manchado.

—¿Qué tiene exactamente?

Domínguez miraba fijamente el vaso de agua, como si pudiera encontrar respuestas en el líquido transparente.

—¿Isabel? —Eduardo dio una calada—. Si vamos a trabajar juntos, necesito saber con qué estamos tratando.

Ella levantó la vista. Había algo roto en su expresión. Vergüenza, quizás. O simplemente el agotamiento de quien lleva años cargando secretos demasiado pesados.

—Las fiestas —dijo en voz baja—. En «La Palmera».

Eduardo esperó. No la presionó.

—Laura Pérez organizaba encuentros privados. Políticos, empresarios, gente importante. —Hizo una pausa—. Chicos jóvenes. Muy jóvenes. Y chicas también.

Eduardo no mostró sorpresa. En este negocio, la depravación era moneda corriente.

—¿Y usted asistía?

—Sí.

La palabra cayó como una piedra.

—¿Fotos?

—Probablemente. Cámaras ocultas. Laura las usaba para... control. Para asegurarse de que nadie se desviara de la línea.

—¿Y los pagos?

Domínguez cerró los ojos un momento.

—Veinticinco mil al mes. Transferencias a una cuenta en Andorra. Llevaba años recibiéndolos. Al principio era por favores pequeños. Retrasar una orden aquí, bloquear un informe allá. —Abrió los ojos —. Luego fue imposible salir.

Eduardo dio otra calada. Procesaba la información como un contable, evaluando activos.

—¿Qué más?

—Órdenes de registro que nunca firmé. Casos que enterré. Pruebas que desaparecieron misteriosamente de mis archivos. —Su voz era plana, mecánica—. Todo documentado. Tomás Bernabeu era meticuloso. Guardaba registros de todo.

—Seguros.

—Exacto. Seguros contra la traición.

Eduardo apagó el cigarrillo en el vaso de agua que ella no había tocado. El siseo fue breve.

—Y ahora Sofía tiene esos seguros.

—Supongo que sí. Si su padre los guardaba bien, ella los encontró cuando murió.

—¿Qué necesita de mí?

Domínguez lo miró directamente por primera vez desde que empezaron a hablar.

—Que elimine esa documentación. Fotos, extractos bancarios, todo. Si Sofía los tiene, necesito que desaparezcan antes de que los use.

—¿Y si ya los ha entregado a alguien más?

—Entonces estoy muerta. —Lo dijo sin dramatismo, como quien enuncia un hecho matemático—. Pero si aún los tiene, si aún no se ha movido... todavía hay tiempo.

Eduardo la evaluó. Era una mujer acostumbrada a negociar su supervivencia.

—Puedo intentarlo —dijo finalmente—. Pero no le prometo nada. Si Sofía los guardó bien, van a ser imposibles de encontrar.

—Lo sé. Sin embargo, es mi única oportunidad.

Eduardo se levantó. Caminó hasta la ventana, apartó ligeramente la cortina. El sol empezaba a asomar sobre la autovía.

—A cambio —dijo sin girarse—, cuando todo esto explote, usted agiliza mis problemas. Órdenes que se pierden, papeles que tardan en procesarse, investigaciones que se estancan en la burocracia.

Escuchó el ruido de la silla cuando ella se levantó también.

—De acuerdo —dijo Domínguez—. Acepto.

Eduardo se giró para mirarla. Algo en el tono de ella, demasiado rápido, demasiado limpio, le encendió una alarma. Había negociado con suficientes mentirosos para reconocer cuando alguien decía lo que el otro quería oír.

Domínguez estaba mintiendo.

Lo sabía. Ella sabía que él lo sabía. Y ambos sabían que no importaba. Porque en ese momento, cada uno necesitaba algo del otro. La verdad era un lujo que ninguno podía permitirse.

—Giménez se pondrá en contacto con usted en las próximas horas —dijo Eduardo—. Mantenga el teléfono encendido.

—Lo haré.

Se dirigió hacia la puerta. Con la mano en el picaporte, se detuvo.

—Una cosa más, Isabel.

—¿Qué?

—Si decide traicionarme, hágalo bien. No habrá segunda oportunidad.

Ella sostuvo su mirada sin pestañear.

—Entendido.

Eduardo salió de la habitación y caminó por el pasillo con paso tranquilo, con las manos en los bolsillos. Al llegar al coche, se quedó un momento apoyado contra la puerta, contemplando el amanecer sobre la autovía.

Domínguez lo traicionaría. Era inevitable como la gravedad.

La pregunta no era si lo haría, sino cuándo. Y si él podría moverse más rápido.

Encendió el coche. Marcó un número en el móvil. Rubén «El Socio» Giménez contestó al segundo tono.

—¿Qué hay?

—Necesito que encuentres algo. Documentación que Sofía Bernabeu heredó de su padre. Fotos, extractos bancarios, cualquier cosa que comprometa a la jueza Domínguez.

—¿Dónde busco?

—Empieza por la finca de los Bernabeu. Si no está ahí, prueba con «La Palmera». Laura Pérez tal vez tenga copias.

—¿Y si Sofía ya los ha movido?

Eduardo miró el retrovisor. El hotel desaparecía en la distancia.

—Entonces estamos jodidos.

—Me llevará tiempo.

—Pero hazlo igual.

—Entendido.

Colgó. Condujo hacia Elche mientras el sol emergía definitivamente sobre el horizonte.

Los inteligentes sabían que todo el mundo traicionaba. La diferencia estaba en quién traicionaba primero.

Eduardo Parres había cruzado muchas líneas en su vida.

Pero esa mañana, conduciendo por una autovía vacía con el peso de demasiadas mentiras en el pecho, supo que estaba cruzando una de las últimas.

Domínguez lo vendería a la policía en cuanto tuviera oportunidad. Sofía lo cazaría como un perro si descubría su jugada. Y su hijo seguía en coma, respirando por máquinas.

Encendió la radio. Apagó la radio.

El silencio era mejor.

El silencio no mentía.

66

Cuando el sol comenzó a iluminar el palmeral, tres personas habían cruzado la línea.

Sofía Bernabeu había elegido la precisión en lugar de la venganza ciega. No respondería con más fuego, sino con información. Buscaría el punto débil de Eduardo Parres. En algún lugar de la ciudad, alguien ya estaba recopilando datos sobre las rutinas, los contactos y las vulnerabilidades del heredero de los Parres.

El comisario Antonio Vélez había apostado por la paciencia del depredador. Desde su pantalla de vigilancia, había sonreído viendo cómo ardía el almacén. Cada muerte lo acercaba más a su objetivo: la destrucción mutua de ambas organizaciones, la desaparición del dossier que Tomás Bernabeu había compilado y el borrón y cuenta nueva. Su hija podría ir a la universidad. Él podría dormir sin la guillotina suspendida sobre su cuello. Solo tenía que mantener la presión y dejar que la herida sangrara.

Eduardo Parres había descubierto que la guerra que creía pelear era solo una pieza de un juego más grande. Alguien los estaba manipulando. Alguien quería que se destruyeran. Y Eduardo había decidido hacer lo impensable: contactar con el enemigo.

En Altabix, el bar Hermanos Belmonte seguía humeando. Los vecinos pasaban de largo, mirando de reojo las ruinas.

En Torrellano, los investigadores de homicidios fotografiaban el almacén. Un técnico encontró un fragmento de plástico fundido y lo metió en una bolsa de pruebas. Nadie sabía qué era.

Dos hombres habían muerto: Víctor Herrera y Javier Muñiz. Sus familias llorarían. Sus organizaciones los reemplazarían.

La ciudad continuaba su rutina. Los autobuses seguían sus rutas y los comercios abrían sus puertas. En el mercado central, un vendedor de pescado limpiaba lubinas mientras la radio informaba sobre el incendio.

Elche vivía, ignorando que bajo su superficie algo estaba a punto de romperse.

Pero eso sería después.

Por ahora, el sol iluminaba las palmeras y tres personas se hacían las maletas.

67

Rojo

Rojo dejó caer la quinta orden de arresto sobre el mapa. El nombre de Sofía Bernabeu quedó bocarriba, como un as de espadas en una partida trucada. Cuando Serrano y Agulló entraron al bar Guillermo, las cartas ya estaban echadas.

El local olía a café quemado y lejía. Una mosca zumbaba contra el cristal de la ventana. Serrano se sentó sin saludar. Agulló pidió un café y ocupó la silla al lado de Rojo.

—¿Qué tenemos? —preguntó Serrano.

Rojo abrió el sobre manila. Dejó caer las órdenes una tras otra, como cartas de póker.

—Cinco nombres y una jueza que todavía no cobra.

Serrano cogió una de las órdenes y la leyó para él. Cuando llegó al nombre de Sofía Bernabeu, algo se endureció en su rostro.

—Homicidio, tráfico, blanqueo. —Dejó el papel sobre la mesa—. Es sólido.

—Es papel mojado si ella cruza la frontera.

Agulló revisó las otras órdenes, una por una. Afuera, el tráfico de la mañana empezaba a espesarse. Palmeras agitadas por la brisa. Motores diesel. Voces lejanas.

—Laura Pérez. «La Palmera». —Levantó la vista—. Ese sitio es un búnker.

—Por eso entramos con los GEO. En la madrugada —decidió Rojo y señaló puntos en el mapa—. Aquí, aquí y aquí. Tres accesos simultáneos. No le damos tiempo ni a mear.

Serrano dejó escapar el aire por la nariz.

—¿Y Sofía?

Rojo lo miró directamente.

—La prioridad.

—Yo voy.

—Ya lo sé.

—Al frente.

—No.

La negativa cayó como un telón. Agulló bajó la vista a su café. La mosca seguía golpeando el cristal.

—Es mi caso —dijo Serrano.

—Era. Ahora es nuestro.

—Rojo...

—No voy a dejarte joder esto porque no puedes mantener la cabeza fría.

Serrano clavó el pulgar en el borde de la fotografía de Sofía, doblando la esquina. No dijo nada. Rojo esperó.

—No es así.

—¿No? —Rojo ladeó el rostro—. Entonces, explícame por qué cada vez que hablamos de ella te pones tenso.

—Vete a la mierda.

—Ya he estado. Y volveré si hace falta. —Rojo no apartó la mirada —. Pero este arresto tiene que ser limpio, impecable y sin emociones. ¿Lo entiendes?

Serrano soltó la fotografía. La esquina doblada quedó marcada sobre el rostro de Sofía Bernabeu, justo a la altura del ojo izquierdo.

—Entiendo.

Rojo asintió y volvió al mapa.

—Mañana, a las seis de la mañana. Cuatro equipos. Sofía: yo al frente con Agulló; tú en perímetro. Laura Pérez: los GEO entran con todo, Morales coordina. A Gutiérrez lo cogemos en comisaría, delante de todos. Y la jueza Domínguez... Ese es el delicado. En su despacho, discreto pero firme.

—¿Y Omar? —preguntó Agulló.

—Interpol. Orden internacional. Ya no es problema nuestro.

Rojo recogió las órdenes y las guardó en el sobre.

—Eduardo Parres. El fiscal va a abrir un caso, el de Raquel Ortega, pero eso vendrá después. Primero, los Bernabeu.

Se levantó. Dejó dos billetes sobre la mesa.

—Mañana. A las cinco de la mañana. Comisaría provincial. Chalecos, armas, café... y nada de resacas. Va a ser un día largo.

Agulló se puso en pie, ajustándose la chaqueta.

—¿Crees que saldrá bien?

Rojo la miró un momento. Afuera, el sol se reflejaba en los cristales de los edificios. Elche brillaba como si nada fuera a cambiar.

—Es la mejor oportunidad que tendremos.

No dijo el resto. No hacía falta.

***

Esa noche, Rojo no pudo dormir.

Se quedó en su apartamento con una copa de whisky en la mano y las órdenes de arresto extendidas sobre la mesa. Cinco nombres. Cinco vidas que cambiarían en las próximas horas. O que terminarían. Para él, ambas opciones eran casi lo mismo.

Las ventanas estaban abiertas. Entraba el aire caliente del Mediterráneo, ese calor residual que nunca desaparece del todo, ni siquiera de madrugada. Olor a sal, a jazmín, a ciudad dormida.

Pensó en su padre, la última vez que lo vio con vida: sentado en este mismo sofá, con la placa sobre la mesa y una mancha de café en la camisa. «Los fantasmas no se dejan arrestar», le había dicho. «Solo cambian de cara».

Tenía razón, como siempre.

Porque arrestar a Sofía Bernabeu no resolvería nada. Solo abriría otra puerta. Otro agujero negro de corrupción y violencia. Habría otro Tomás en algún lugar, esperando su momento. Otro Gutiérrez vendiendo información al precio justo. Otra jueza firmando papeles a cambio de sobres.

Pero había que empezar por algún lado, aunque fuera para hacer justicia por esa chica polaca.

Rojo apuró el whisky, dejó la copa sobre la mesa y se acercó a la ventana. Desde su piso se veía la Plaza de Toros, pero poco más. Imaginó la playa del Postiguet como una línea oscura bajo la luna. Pensó en todas las drogas que habían cruzado ese mar. En todas las vidas rotas contra esas olas.

Mañana algo cambiará, pensó.

Tal vez no mucho.

Pero algo.

Miró el reloj. Las tres de la madrugada.

Dos horas y media.

Volvió al sofá, cerró los ojos e intentó descansar.

No lo consiguió.

A las cinco menos cuarto, su teléfono vibró. Mensaje de Agulló:

«Es la hora».

Rojo se vistió con la calma habitual de cada mañana. Pantalones oscuros, camisa, chaqueta, chaleco antibalas y la pistola en la funda del cinturón. Cuando terminó de vestirse, se miró en el espejo del baño.

Parecía cansado.

Parecía viejo.

Salió del apartamento cuando el cielo empezaba a aclararse por el este.

En cuarenta y ocho horas, la ciudad de Elche sangraría.

Y esta vez, la sangre sería limpia.

68

Sofía

El teléfono llevaba doce horas en silencio.

Fernando «El Gordo» Díaz jamás dejaba pasar cuatro horas sin reportar. Era metódico, obsesivo. Llamaba desde gasolineras, desde bares, desde callejones oscuros. Siempre.

Sofía miró el móvil sobre el escritorio. Diez llamadas sin respuesta. Mensajes entregados, nunca leídos. Ni Damián, ni los hombres de confianza sabían nada.

Las tres y media de la madrugada.

Desde la ventana del segundo piso, veía el polígono dormido bajo las farolas naranjas. Los camiones estaban aparcados en fila y las naves, cerradas. El despacho olía a humo, no de tabaco, sino a ese olor acre que había traído en la ropa después de visitar el almacén. Doscientos mil euros en cenizas. «El Gallego» Muñiz convertido en polvo flotando sobre la ciudad.

Tal vez los Parres habían atrapado a Díaz. Tal vez su cuerpo flotaba en un barranco.

Pero su instinto le decía otra cosa.

El teléfono vibró.

Número desconocido. Prefijo 965. Alicante.

—¿Sí?

—Sofía Bernabeu. Comisario Vélez.

Se quedó inmóvil. Conocía esa voz. Reuniones formales, llamadas corteses cuando la policía necesitaba mantener las apariencias.

—Es tarde para llamadas sociales.

—No es una llamada social.

La habitación estaba llena de un aire inmóvil, estancado.

—Fernando Díaz está en nuestra comisaría.

—¿Arrestado?

—Peor. Declarando.

La palabra tardó un segundo en registrarse.

—¿Declarando?

—Ludmila Kowalska. Raquel Ortega. El blanqueo. Las rutas portuarias. Los contactos en aduanas.

Sofía cerró los ojos.

—Todo, Sofía. Está declarando todo.

Imágenes destellaron: Díaz a su lado en las reuniones, coordinando operaciones, prometiéndole lealtad después de la muerte de su padre. Díaz enseñándole a disparar cuando tenía diecisiete años. Díaz diciéndole que la familia era lo único que importaba.

—Ese hijo de puta.

—Tienen orden de arresto contra ti. Firmada hace horas. También contra Laura Pérez, Álvaro Gutiérrez, la jueza Domínguez... Van a por todos.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Horas. Tal vez menos.

—¿Por qué me llamas?

—Tu padre me ayudó una vez. Hace mucho tiempo.

Sofía iba a colgar cuando Vélez añadió:

—Hay algo más.

Algo en su tono la dejó helada.

—¿Qué?

—Sobre Ignacio.

El nombre la atravesó como un cuchillo.

—Díaz confesó que lo mató él.

El teléfono casi se le cae de las manos.

—¿Qué?

—A tu hermano, Fernando Díaz lo asesinó. Lugar, fecha, método... todo. Dio detalles que solo el asesino podría conocer.

—No. Fue Eduardo Parres. Todos lo sabemos.

—Sofía. Escúchame bien.

Vélez hizo una pausa.

—Se lo ordenaron.

—¿Quién?

El hueco incómodo entre palabras se apoderó de la línea.

—¿Quién coño le ordenó matar a mi hermano?

—Tu madre.

El mundo dejó de tener sonido.

No escuchó lo que Vélez dijo después. No escuchó el clic al colgar. Solo un zumbido sordo en sus oídos, como si estuviera bajo el agua.

El teléfono se le resbaló de las manos.

«Mi madre».

Se quedó de pie, inmóvil. Respiraba, pero el aire no llegaba a sus pulmones.

«Mi madre mandó matar a Ignacio».

Las piernas comenzaron a temblarle. Se apoyó en el escritorio. Las rodillas cedieron.

Teresa Bernabeu. La mujer que los crió. La que los llevaba a misa todos los domingos. La que preparaba paellas familiares. La que lloraba cada noche después de que Tomás desapareciera.

Ella había ordenado matar a su propio hijo.

«Y papá lo sabía».

La imagen la golpeó: su padre, enfermo y debilitado en la cama del hospital, dictando la sentencia. Su madre, la ejecutora fiel, transmitiendo la orden a Díaz. Y Díaz obedeciendo sin una palabra.

Todos juntos. Una conspiración familiar perfecta.

El recuerdo del funeral. Teresa lloraba sobre el ataúd, mientras Díaz estaba a su lado, consolándola con una mano en el hombro. Sofía la abrazaba, prometiéndole venganza contra Eduardo Parres.

Toda la guerra. Toda la sangre derramada. Todo el odio cultivado durante meses.

Todo basado en una mentira.

Agarró el vaso de whisky que se había servido dos horas antes y lo estrelló contra la pared. El cristal explotó. El líquido ámbar se deslizó por el yeso como sangre diluida.

Barrió el escritorio con el brazo. Papeles, carpetas y el ordenador cayeron en un estruendo metálico. La silla se volcó al levantarse.

Caminó hasta la pared donde colgaban las fotos familiares. La última foto de todos juntos. Tomás en el centro, Teresa a su lado. Ignacio a la izquierda, ella a la derecha. Todos sonriendo para la cámara.

Arrancó el marco. El vidrio se rompió al caer. Un fragmento le cortó el pulgar. Ni siquiera sintió el dolor.

Rompió la fotografía por la mitad.

Se quedó ahí, de pie, sosteniendo los pedazos. La sangre de su pulgar manchaba la cara sonriente de su madre.

Cayó de rodillas.

No lloró. No gritó. Solo se quedó ahí, rodeada de vidrios rotos y papeles dispersos, respirando entrecortadamente.

«En las familias como la nuestra», pensó, «los hijos nunca mueren por enemigos. Mueren porque se volvieron inconvenientes».

Ignacio había sido problemático. Errático, violento, adicto. Había matado a Ludmila en un arrebato de rabia. Había puesto en peligro las operaciones una y otra vez.

Y su castigo había sido la muerte.

Pronunciada por su padre. Ejecutada por su madre. Llevada a cabo por el hombre en quien más confiaban.

Mientras ella, la heredera leal, buscaba venganza contra el enemigo equivocado.

Se levantó lentamente. Caminó hasta el baño. Se lavó la cara con agua helada. Se miró en el espejo.

Los ojos enrojecidos. El maquillaje corrido. El corte en el pulgar sangrando.

Volvió al despacho y cogió su teléfono. El pulgar le punzaba. Dejó una mancha roja en la pantalla.

Marcó el primer número.

Muñiz contestó al tercer tono.

—Sofía, escucha... Tengo a mi mujer, a mis hijos. La policía está en todas partes. No puedo…

Colgó antes de que terminara.

Salazar.

—Lo siento. Estoy fuera. No me busques.

Clic.

Márquez: buzón de voz.

Laura «La Viuda» Pérez:

—Vienen a por mí también —dijo con voz tensa pero controlada—. Cada uno por su lado, Sofía. No hay nada más que hablar.

La línea se cortó.

Dejó caer el teléfono sobre el escritorio y miró la lista de contactos. Decenas de nombres: personas a las que había ayudado, a quienes les debía favores y que habían jurado lealtad ante su padre.

Todos habían desaparecido.

Estaba completamente sola.

Marcó un último número.

—Sofía. Es tarde.

—Necesito salir del país, Omar. Esta noche.

—¿Qué ha pasado?

—¿Puedes hacerlo o no?

Omar esperó un momento antes de responder.

—Te va a costar.

—Lo que sea.

—El faro de Santa Pola. Dos horas.

—Allí estaré.

Colgó y se quedó inmóvil, mirando el despacho destrozado. El pulgar seguía sangrando. Lo envolvió con un pañuelo.

Caminó hacia la caja fuerte oculta tras un cuadro de Sorolla. Introdujo la combinación. Dentro había tres pasaportes falsos, un USB cifrado con toda la contabilidad de la organización, dos millones en efectivo y un sobre manila con documentación comprometedora: fotografías, grabaciones y pruebas bancarias.

Material para destruir a todos los que la habían traicionado.

Siempre había sabido que este día podría llegar.

Guardó todo en una bolsa de viaje. Antes de salir, recogió del suelo el trozo de fotografía con el rostro de Teresa Bernabeu.

La guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Apagó la luz.

Bajó las escaleras y el zumbido de las máquinas continuaba en la planta baja, indiferente. Los empleados del turno de noche no la vieron salir por la puerta trasera.

El Audi estaba donde lo había dejado esa tarde, cuando todavía creía que controlaba algo.

Se sentó al volante. Encendió el motor.

El reloj del salpicadero marcaba las cuatro y cuarto de la madrugada.

Condujo hacia la costa sin mirar atrás.

Todo lo que Sofía Bernabeu había construido se quedaba atrás en ese edificio vacío.

Pero ella seguía viva.

Por ahora.

69

La Palmera dormía bajo las luces neón apagadas cuando los furgones se detuvieron a dos calles de distancia. Un agente observaba el edificio a través de prismáticos desde el asiento del copiloto. Las ventanas del segundo piso estaban iluminadas. Había movimiento.

—Están ahí —murmuró.

El reloj del salpicadero marcaba las 5:58.

—Dos minutos —dijo otro agente desde el asiento trasero.

Los veinte agentes esperaban en silencio. Algunos rezaban. Otros simplemente respiraban, controlando la adrenalina. Serrano había hecho esto cientos de veces, pero nunca se acostumbraba al momento previo. Ese instante donde todo podía salir bien o explotar en la cara.

5:59.

—¡Preparados! —ordenó el agente encargado de la operación, bajando del furgón.

Los equipos se formaron en dos columnas. El agente con el ariete se colocó al frente. Máscaras tácticas bajadas. Armas preparadas.

6:00.

—¡Adelante!

El ariete golpeó la puerta con un estruendo metálico. Una vez. Dos. A la tercera, la cerradura cedió y la puerta explotó hacia

adentro.

—¡POLICÍA! ¡AL SUELO! ¡MANOS DONDE PODAMOS VERLAS!

El caos fue inmediato. Chicas gritando, medio desnudas, corriendo por los pasillos. Clientes en ropa interior buscando escapar. Los guardias de seguridad levantaron las manos antes de que nadie les pidiera hacerlo. Profesionales. Sabían cuándo una batalla estaba perdida.

Los agentes subieron las escaleras de dos en dos. El despacho de Laura estaba al fondo del pasillo. La puerta cerrada.

—¡Laura Pérez! ¡Policía! ¡Abra la puerta!

Nadie respondió.

Uno de ellos retrocedió un paso y pateó la puerta justo debajo de la cerradura. La madera crujió, pero aguantó. Segunda patada. La puerta se abrió de golpe.

Laura «La Viuda» Pérez estaba sentada tras su escritorio, alimentando la papelera metálica con documentos. El fuego lamía los nombres, las cifras, las pruebas. Veinte años de imperio convertidos en ceniza y humo. Cuando la puerta se abrió, ni siquiera alzó la vista.

—¡Se acabó, Laura!

Ella dejó caer el último papel en las llamas. Se limpió las manos con un pañuelo de seda como si acabara de terminar de cenar.

—Quiero un abogado. Y que alguien apague eso antes de que salte la alarma.

—Tienes derecho a uno. Pero primero, las manos sobre la mesa.

Laura obedeció lentamente. El segundo a bordo la esposó mientras el primero miraba alrededor del despacho. La caja fuerte estaba abierta. Vacía. Laura había tenido tiempo de mover el efectivo.

Pero detrás de un cuadro de la Virgen del Carmen encontraron algo pegado con cinta adhesiva. Tres discos duros externos. Pequeños, negros, pesados.

—¡Jefe, mira esto!

El encargado los cogió uno por uno. Probablemente contenían información suficiente para hundir a media ciudad.

—Buen trabajo —murmuró Rojo.

Mientras sacaban a Laura esposada, ella miró a Serrano una última vez.

—Esto no termina aquí —dijo—. Hay gente más poderosa que yo. Gente que no puedes tocar.

—Eso ya lo veremos.

Fuera, las cámaras de televisión ya estaban montadas. Alguien había filtrado la operación. Laura bajó las escaleras con la cabeza alta, sin intentar ocultar el rostro. Una reina depuesta pero no humillada.

***

En la casa de Johnny Puertas, la operación fue más sencilla de lo esperado.

Los agentes llegaron a las seis en punto a un adosado en las afueras de Elche. Barrio tranquilo. Casas adosadas con jardines pequeños. El tipo de lugar donde nadie espera encontrar a un sicario.

Entrada táctica. Puerta abajo. Diez agentes entrando en formación.

Johnny dormía en el piso de arriba, roncando, con su novia acurrucada a su lado. Ella despertó primero con los gritos.

—¡POLICÍA! ¡MANOS DONDE PODAMOS VERLAS!

La chica gritó, cubriendo su cuerpo desnudo con la sábana. Johnny intentó alcanzar la mesilla de noche donde guardaba su pistola, pero ya tenía tres cañones apuntándole a la cabeza.

—¡No te muevas, cabrón!

—¡Hijos de puta! —bramó mientras lo arrastraban escaleras abajo —. ¡Voy a recordar todas vuestras caras! ¡Todas!

—Dile eso al juez, campeón.

La novia lloraba en un rincón, intentando vestirse con manos temblorosas. Los agentes la dejaron tranquila. No era objetivo. Solo testigo.

Johnny Puertas salió de su casa esposado, en calzoncillos, gritando amenazas a todo pulmón. Un agente le empujó la cabeza hacia

abajo al meterlo en el furgón. Los vecinos observaban desde las ventanas. Algunos incluso sacaron fotos con sus móviles.

***

En el juzgado, Rojo esperaba fumando su cuarto cigarrillo de la mañana.

Eran las seis y cuarto. La jueza Domínguez era puntual. Siempre llegaba a las seis y media, antes que nadie, para revisar casos antes de que comenzaran las audiencias.

El edificio estaba casi vacío. Perfecto.

A las seis y veinticinco, el coche de la jueza entró en el aparcamiento. Rojo la vio bajar con su toga doblada sobre el brazo, un café de Starbucks en la mano, el móvil entre el hombro y la oreja. Hablando con alguien. Riendo.

Subió las escaleras. Abrió su despacho. Entró sin encender las luces.

Rojo y dos agentes estaban dentro, esperando.

Cuando encendió la luz y los vio, se le cayó el café. La tapa saltó y el líquido marrón se esparció por el mármol como una mancha de vergüenza. La jueza lo observó, hipnotizada. Durante años había derramado justicia como quien derrama café. Ahora, el suelo de su propio juzgado la delataba.

—Esto es un error —dijo, pero su voz temblaba.

—¡No, señoría! Esto es lo único que no lo es. Jueza Isabel Domínguez —dijo Rojo con voz formal—, queda arrestada por corrupción, prevaricación y obstrucción a la justicia.

Ella parpadeó. Intentó recuperar la compostura. Casi lo logró.

—Esto es un error —dijo, su voz temblando levemente—. Soy jueza. No pueden...

—Precisamente por eso —interrumpió Rojo—. Usted conoce sus derechos mejor que nadie.

Le leyó sus derechos mientras la esposaban. Ella no se resistió. Sabía cómo funcionaba el sistema. Lo había manipulado durante años.

Rojo la sacó por los pasillos del juzgado. Otros jueces que llegaban temprano se quedaron congelados al verla. Fiscales. Abogados. Funcionarios.

La jueza Isabel Domínguez, esposada, caminando hacia su caída pública.

Las cámaras las esperaban en la entrada. Flashes. Preguntas gritadas. Micrófonos extendidos.

Al pasar frente a la sala donde ella había firmado órdenes corruptas durante años, alguien empezó a aplaudir. Un funcionario joven. Solo uno.

La jueza se detuvo. Por primera vez, algo se quebró en su rostro.

Rojo la empujó suavemente. Ella caminó escuchando el aplauso como quien camina hacia el patíbulo

Solo uno.

Luego empezó otro.

Y otro.

Un aplauso tímido pero significativo.

Justicia, finalmente.

***

En las propiedades de Parres, la historia se repitió. Casa principal vacía. Eduardo había huido.

Pero cuando los agentes revisaban la zona, un BMW negro llegó por el camino de grava. El conductor no vio los furgones policiales hasta que fue demasiado tarde.

Rubén «El Socio» Giménez frenó bruscamente, intentó dar marcha atrás, pero ya lo tenían rodeado.

—¡SALGA DEL VEHÍCULO! ¡MANOS ARRIBA!

Rubén «El Socio» Giménez salió del BMW con las manos en alto, tranquilo, casi aburrido. Mientras lo esposaban contra el capó, observó los furgones, contó los agentes, evaluó el operativo con ojo profesional.

—¿Dónde está Parres? —preguntó el agente.

Rubén sonrió. No era humor. Era algo más oscuro.

—Pregúntale a tu jefe. Él sabe dónde buscar. O donde no buscar.

El agente lo empujó hacia el furgón. Rubén se dejó llevar, pero antes de subir, miró al horizonte como si esperara algo. O a alguien.

Lo metieron en el furgón mientras registraban su coche. Rubén «El Socio» Giménez, mano derecha de Eduardo Parres, arrestado por casualidad. Llegó en el momento equivocado.

O tal vez en el momento justo.

70

Sofía

El faro de Santa Pola cortaba la oscuridad cada quince segundos. Entre cada destello, el mundo desaparecía. El viento traía olor a sal, gasoil y algo más antiguo: la podredumbre de todo lo que el mar rechaza.

Sofía aparcó el Audi con las luces apagadas. Desde la explanada vacía distinguió el Mercedes negro junto a las rocas. Dos siluetas a cada lado. Los guardaespaldas de Omar: marroquíes enormes con ojos muertos. El tipo de hombres que te matarían y luego terminarían su café sin prisa.

Salió del coche llevando solo la bolsa de viaje. Pantalones oscuros, blusa negra, sin joyas. El pelo recogido tan tirante que le dolía el cráneo. Ya no quedaba nada de la empresaria que negociaba en restaurantes de lujo.

El viento le azotó el rostro. Sus pasos crujían sobre la grava. Las olas rompían contra las rocas con ritmo hipnótico. Por un instante pensó en seguir caminando hasta el borde del acantilado y dejarse caer.

Sería tan fácil…

Pero Sofía Bernabeu no se rendía.

Omar la esperaba apoyado contra el capó, fumando. Vestía un traje oscuro sin corbata. Al verla, exhaló el humo lentamente.

—No esperaba verte así.

—Las circunstancias cambian.

—Siempre tan diplomática. —Dio una calada larga—. ¿Los Parres?

—Díaz.

Omar enarcó una ceja. No necesitaba más explicación.

—La serpiente siempre muerde.

—No estoy aquí para proverbios.

—¿Entonces?

Sofía dejó la bolsa en el suelo.

—Ya te dije, necesito salir de España. Esta noche.

Omar la estudió un momento. Tasando. Calculando.

—Todo tiene precio.

—Dos millones en efectivo. Más información que vale diez veces eso.

—No es suficiente.

—¿Qué más quieres?

Omar miró hacia el mar. Cuando habló, su voz era distinta. Más seria.

—La Palmera.

Sofía sintió algo frío en el estómago.

—Es demasiado.

—Es el precio. Respeto lo que construiste. Por eso te doy esta oportunidad. Pero el respeto también tiene precio.

Años de trabajo. Décadas de relaciones. Todo entregado a un marroquí que la chantajeaba.

Pero la alternativa era prisión. O muerte.

—Te lo doy todo —dijo finalmente—. Las contraseñas te las doy cuando esté en México.

—No confías en mí.

—No confío en nadie. Por eso sigo viva.

Él soltó una carcajada corta.

—Por eso me caes bien. Tienes más huevos que tu hermano. Más que tu padre.

Sacó el USB y se lo entregó.

—Aquí está todo: rutas, contactos, estructura de La Palmera, cuentas sin contraseñas. Cuando llegue a Ciudad de México, te envío las claves.

Omar guardó el USB. Por un momento, algo parecido al respeto cruzó su rostro.

—Barco pesquero. Sale en dos horas. Te lleva a Argel. El viaje dura veinticuatro horas. Allí, mi gente te recogerá. Cuarenta y ocho horas en casa segura.

—¿Y después?

—Vuelo privado a Casablanca. De ahí a México vía Cabo Verde. Sin controles.

—¿Documentación?

Omar sacó un pasaporte.

—Isabel Mendoza. Colombiana. Empresaria textil.

Sofía lo abrió. Era su foto, pero con otro nombre, otra nacionalidad y otra vida.

—¿Y en México?

—Eso es tu problema. Tengo contactos en Guadalajara, si los necesitas.

Ella asintió. México. Un país donde podía esconderse. Donde nadie la conocía.

Donde podría empezar de nuevo. O pudrirse en el olvido.

Omar señaló hacia el puerto.

—Muelle cinco. El capitán es Rashid. No habla español. Te quedarás en la bodega. Ni se te ocurra subir a cubierta.

—Entendido.

—Una cosa más. —Se acercó y bajó la voz—. Si me traicionas, te encontraré. No importa dónde te escondas.

Sofía lo miró sin pestañear.

—Y si tú me traicionas, la policía española tendrá toda tu operación en un sobre. Se activa automáticamente, si no reciben noticias mías.

Omar sonrió.

—Entonces estamos entendidos.

Uno de los guardaespaldas se acercó y murmuró algo en árabe. Omar asintió.

—Es hora. Rashid te espera.

Sofía cogió su bolsa. Antes de irse, miró el mar una última vez. Las luces de Elche brillaban a lo lejos, formando una constelación de

vida que continuaría sin ella. Pensó en su madre durmiendo en la finca y en los hijos que había dejado con su exmarido hacía semanas, como si alguna parte de ella ya supiera que esto llegaría.

Pensó en Serrano.

El inspector que había jurado destruirla. El hombre que la había perseguido durante meses.

En veinte minutos estaría en el mar. En cuarenta y ocho horas, en otro continente.

Y Serrano seguiría en Elche, ordenando sus expedientes, creyendo que había ganado.

Tal vez lo había hecho.

—¿Sofía?

—Ya voy.

Subió al Mercedes. El coche arrancó hacia el puerto.

Miró por la ventanilla. El faro seguía girando, indiferente. La luz barría el mar, las rocas, la carretera. Barría todo y no iluminaba nada.

El Mercedes se detuvo junto al muelle cinco. Un barco pesquero oxidado se mecía contra el embarcadero. Un hombre mayor con barba gris esperaba en cubierta.

—Rashid. Ella es tu pasajera.

El capitán asintió sin hablar.

Sofía salió con su bolsa. El olor a pescado y gasoil era abrumador. Rashid le indicó que lo siguiera. Bajaron por una escalera estrecha y resbaladiza. El metal se sentía viscoso bajo sus manos.

Abajo, el olor era aún peor: pescado podrido mezclado con gasoil. Redes apiladas contra las paredes metálicas y, en una esquina, un colchón manchado. Una bombilla desnuda se balanceaba al compás del oleaje.

Aquella sería su casa por las próximas veinticuatro horas. Rashid señaló el colchón y se marchó en silencio. Sofía dejó la bolsa y se sentó. Escuchó pasos en la parte de arriba, voces en árabe y el motor que cobraba vida con un rugido sordo. El barco comenzó a moverse. Cerró los ojos y, al abrirlos de nuevo, vio cómo España se desvanecía en la oscuridad.

Adiós, Elche. Adiós, familia. Adiós, Sofía Bernabeu.

Hola, Isabel Mendoza. Hola, exilio.
Hola, infierno.

71

Serrano

La búsqueda de Sofía Bernabeu no dio resultado.

Agulló lideraba treinta agentes más la unidad GEO. Primer objetivo: la finca familiar. A las seis en punto, el ariete destrozó el portón principal.

Entraron en formación táctica. La casa estaba en silencio.

Registraron habitación por habitación. Estaban vacías. El desayuno, a medio preparar, permanecía en la cocina. No había nadie.

Encontraron a Teresa Bernabeu en el salón, rezando el rosario. Estaba tranquila, como si hubiera estado esperando esto durante semanas.

—¿Dónde está su hija?

Teresa no levantó la vista.

—Se fue. No sé dónde.

—¿Cuándo?

—Anoche.

Agulló llamó a Serrano por radio.

—No está. La madre dice que se fue anoche.

—Probad su domicilio —respondió Serrano—. Yo voy para allá.

Quince minutos después, el resultado fue el mismo. El piso de Sofía, ubicado en el centro de Elche, estaba vacío. Había ropa en los armarios, pero no había equipaje, documentos ni efectivo.

—Tampoco está aquí —informó Agulló—. Se llevó lo esencial.

Serrano pensó rápido. Si había huido la noche anterior, tenía horas de ventaja.

—La fábrica —dijo—. Ahí tiene el despacho. El dinero.

—Vamos.

Llegaron veinte minutos después. Las máquinas seguían funcionando en la planta baja y los operarios trabajaban como si nada. Nadie los detuvo cuando subieron las escaleras.

El despacho de Sofía estaba al fondo del pasillo, con la puerta abierta.

Serrano entró primero.

Vidrios rotos por todas partes, papeles desparramados, un vaso de whisky estrellado contra la pared, la silla volcada y fotos familiares arrancadas de los marcos, rotas en pedazos.

No era la escena de una huida planificada.

Era la escena de alguien que había perdido el control.

La caja fuerte empotrada en la pared estaba abierta. Vacía.

—Se llevó el dinero —murmuró Serrano—. Pero esto... esto parece otra cosa.

Agulló recogió un pedazo de foto del suelo. El rostro de Teresa Bernabeu, roto por la mitad.

—¿Qué pasó aquí?

Serrano reconstruía la secuencia mientras sus ojos recorrían el despacho. Sofía había recibido alguna noticia. Algo que la había destrozado.

La llamada de Vélez.

Díaz había confesado. Y Vélez la había avisado.

Pero ¿por qué todo este caos?, se preguntó.

Entonces lo vio: el teléfono sobre el escritorio. La pantalla estaba rota, pero aún encendida. En el registro de llamadas, la última entrada mostraba un prefijo de Alicante.

—La han avisado hace dos horas —dijo—. Ha tenido tiempo de sobra.

Agulló se asomó por la ventana.

—Podría estar en cualquier lugar: Francia, Portugal o Marruecos.

Serrano se quedó inmóvil.

Dos horas.

El mar.

—Santa Pola —dijo de repente—. Va a salir por mar.

Agulló frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Omar El Harraq. Tiene barcos. Rutas establecidas. Y Sofía tiene contacto directo con él.

La inspectora ya estaba sacando las llaves del coche.

—¿Cuánto tardamos?

—Veinte minutos si pisamos a fondo.

—Vamos.

Salieron disparados, bajando las escaleras de tres en tres. Serrano llamó a la central mientras corrían.

—Aquí Serrano. Necesito que avisen a la Guardia Civil de Santa Pola. Sospechosa intentando salir del país por mar: Sofía Bernabeu. Prioridad máxima.

Subieron al coche y Serrano arrancó antes de que Agulló cerrara la puerta trasera.

Las ruedas chirriaron. El BMW salió del polígono como una bala, con la sirena aullando y luces azules rasgando la mañana.

Santa Pola estaba a veinte kilómetros.

Serrano pisó el acelerador a fondo.

Todavía había tiempo.

Tal vez.

72

Parres

Eduardo Parres caminaba despacio entre la multitud del Terminal 1 del aeropuerto Elche-Alicante, arrastrando una maleta de cabina que contenía lo esencial: ropa para tres días, cuarenta mil euros en billetes de quinientos escondidos en el forro, dos pasaportes y un teléfono desechable sin estrenar. Nada más.

Todo lo demás —las propiedades, los negocios, los años dedicados a construir un imperio— quedaba atrás como lastre.

Vestía un pantalón chino beige, una camisa celeste sin corbata y una chaqueta de lino arrugada. Un hombre de negocios más. Nadie que mereciera una segunda mirada.

Llevaba gafas de sol, aunque el aeropuerto estaba cubierto. Le molestaban, pero le servían de escudo. Detrás de ellas, sus ojos repasaban cada uniforme, cada cámara, cada gesto sospechoso.

La terminal bullía. Familias de vacaciones. Grupos de Erasmus borrachos a las ocho de la mañana. Parejas discutiendo por el equipaje. Ruido humano. Caos controlado.

Perfecto para desaparecer.

Pasó junto a un cartel publicitario de Torrevieja y sintió algo parecido a la nostalgia.

Luego siguió caminando.

El mostrador de facturación era territorio enemigo.

La empleada de Ryanair, una joven con el pelo recogido en un moño apretado tecleaba en su ordenador, sin levantar la vista. Eduardo depositó su pasaporte sobre el mostrador. El falso, adquirido hacía tres años, por si acaso.

Miguel Ángel Soler Vidal. Cincuenta y dos años. Comercial de textiles. Residente en Valencia.

—¿Equipaje de mano?

—Solo este.

Ella lo pesó. Siete kilos. Dentro del límite.

—Puerta B22. Embarque en cuarenta minutos.

Le devolvió el pasaporte sin mirarlo. Eduardo lo guardó y se alejó hacia el control de seguridad.

La cola del control serpenteaba entre cintas retráctiles. Eduardo se colocó entre una familia italiana que no paraba de gritar y un ejecutivo con maletín, que revisaba correos en su móvil.

Delante de él, dos agentes de la Policía Nacional revisaban documentos. Detrás de ellos, los rayos X esperaban como fauces abiertas. Más allá, vio a otros dos uniformados junto a una puerta lateral. Guardias civiles, quietos y observando.

Eduardo respiró hondo y controló su ritmo: lento y pausado.

Uno de los agentes de la Nacional era joven, no más de treinta años, con la mirada aburrida de quien lleva seis horas de turno. El otro era mayor, cincuenta y tantos, bigote y un rostro que parecía haber visto de todo.

La familia italiana avanzó. Gritos, risas, tres niños corriendo. El agente mayor los dejó pasar, con un gesto de hastío.

El ejecutivo se acercó. Pasaporte español. Tarjeta de embarque a Frankfurt. Ni lo miraron.

Era el turno de Eduardo.

Entregó el pasaporte sin sonreír, sin evitar la mirada. Todo natural.

El joven abrió el pasaporte. Miró la foto. Luego, miró a Eduardo.

—¿Bratislava?

—Negocios.

El joven asintió y pasó el pasaporte por el lector óptico.

La máquina tardó en responder.

Uno.

Dos.

Tres segundos.

Eduardo sintió el sudor formarse bajo la camisa. La familia italiana ya estaba en la cinta transportadora. El ejecutivo recogía sus zapatos al otro lado.

Cuatro segundos.

El joven frunció el ceño. Miró la pantalla.

Los guardias civiles de la puerta lateral habían dejado de hablar. Uno de ellos lo miraba directamente.

Cinco segundos.

El joven llamó al agente mayor con un gesto.

El hombre de bigote se acercó. Cogió el pasaporte y miró a Eduardo de arriba abajo, no con la mirada mecánica del protocolo, sino con la mirada de alguien que reconoce algo.

—¿Miguel Ángel Soler?

—Sí.

El agente mayor miró la pantalla del ordenador. Luego volvió a mirar a Eduardo. Sus ojos eran grises, fríos como el mar en invierno.

—Espere un momento.

Se alejó tres pasos y sacó la radio de su cinturón. Habló en voz baja. Eduardo no pudo oír lo que decía, pero vio el gesto. Observó cómo el guardia civil de la puerta lateral se enderezaba y cómo el otro hablaba por su propio walkie.

La familia italiana gritaba algo sobre una botella de agua confiscada. Los niños lloraban. El ruido era ensordecedor.

Sin embargo, Eduardo solo oía el propio pulso en las sienes.

El agente mayor volvió y le entregó el pasaporte al joven.

—Adelante.

Eduardo parpadeó.

—¿Perdón?

—Adelante, señor Soler. Puede pasar.

Cogió el documento. Sus manos no temblaban. Años de práctica le otorgaban seguridad. Avanzó hacia la cinta transportadora y dejó la maleta, el cinturón, el móvil y las llaves, todo dentro de la bandeja gris.

Cruzó el detector de metales.

Ninguna alarma.

Al otro lado, mientras recogía sus pertenencias, notó que los dos guardias civiles ya no estaban junto a la puerta lateral.

Habían desaparecido.

Eduardo se puso el cinturón y guardó el móvil y las llaves antes de tomar la maleta.

Los agentes de la Policía Nacional ya controlaban al siguiente pasajero: una mujer con velo y documentos sirios.

Ese era su problema ahora.

Eduardo se alejó hacia las tiendas libres de impuestos sin prisa y sin mirar atrás, con un pie delante del otro.

Cuando giró la esquina hacia la zona de embarque, se permitió respirar.

Había pasado.

***

La zona de embarque era un limbo de luces, máquinas expendedoras y asientos incómodos.

Eduardo encontró un rincón junto a una ventana. Desde allí podía ver la pista, donde los aviones estaban alineados como pájaros metálicos dormidos. Más allá, el Palmeral se extendía verde y polvoriento bajo el sol de noviembre. La sierra de Crevillente se recortaba contra el cielo. El Mediterráneo brillaba como metal fundido.

Todo lo que dejaba atrás.

Sacó el móvil desechable. Sin llamadas. Sin mensajes. Rubén «El Socio» había cumplido su parte: silencio absoluto durante veinticuatro horas.

Miró el reloj. Ocho y cuarto. El embarque comenzaría en veinte minutos.

Compró un café en una máquina. Amargo, aguado, pero caliente. Se sentó y bebió despacio, observando a la gente.

Un grupo de jubilados británicos lucía camisetas del Benidorm Palace. Tres chicas universitarias dormían sobre sus mochilas. Un hombre de traje leía el Financial Times.

Vida ordinaria. Gente mundana.

Eduardo pensó en Marcos, en su hijo inmóvil en aquella cama de hospital, conectado a máquinas que respiraban por él. Recordó los años construyendo el negocio, a Mateo enseñándole a mover mercancía cuando tenía dieciséis años, las noches contando billetes en el almacén de Crevillente.

Pensó en Sofía Bernabeu y en cómo lo había jugado como a un novato.

Apretó el vaso de café hasta que el plástico crujió.

Luego lo soltó.

Bratislava era el futuro temporal. Empezar de cero a los cincuenta y dos años, con cuarenta mil euros y un nombre falso. Confiaba en que su gente se ocupara de Marcos y Antonia.

Había sobrevivido a cosas peores.

—Vuelo FR2849 con destino a Bratislava. Embarque inmediato por puerta B22.

La voz robótica del altavoz sacudió la terminal.

Eduardo se levantó, tiró el vaso de café en una papelera y se unió a la fila que se formaba frente a la puerta de embarque.

Turistas. Familias. Trabajadores. Nadie le prestaba atención.

La empleada de tierra escaneaba tarjetas de embarque con gesto mecánico. Bip. Bip. Bip.

Eduardo llegó a su altura. Entregó su tarjeta.

Bip.

—Asiento 17 A. Buen viaje.

Cruzó el túnel de embarque. El olor a queroseno y sal del Mediterráneo se mezclaban en el aire caliente. Dentro del avión, azafatas falsamente sonrientes señalaban hacia las filas.

Asiento 17 A. Ventanilla.

Eduardo guardó la maleta en el compartimento superior y se dejó caer en el asiento. El vinilo olía a limpiador industrial y sudor ajeno.

A su lado, una mujer de mediana edad leía una novela romántica. Al otro lado del pasillo, un niño lloraba mientras su madre intentaba calmarlo.

Ruido. Vida. Normalidad.

Eduardo abrochó el cinturón y apoyó la cabeza contra la ventanilla. Fuera, los operarios de tierra movían equipajes. Un avión despegaba a lo lejos, elevándose hacia el cielo despejado.

Pronto estaría el suyo en el aire, lejos de Elche, lejos de Sofía, lejos de todo.

El piloto anunció algo por megafonía: bienvenida, duración del vuelo, dos horas y veinte minutos. Temperatura en Bratislava: ocho grados.

Las azafatas recorrían el pasillo comprobando los cinturones. Una de ellas, rubia, con un moño perfecto y una sonrisa congelada, se detuvo junto a su fila.

—¿Todo bien, señor?

Eduardo asintió.

Ella siguió adelante.

Las puertas del avión se cerraron con un ruido seco, marcando el final. Los motores comenzaron a rugir y el avión se desplazó hacia atrás, alejándose del túnel de embarque.

Eduardo cerró los ojos por un momento y respiró hondo, dejando que el aire reciclado del avión llenara sus pulmones.

Cuarenta mil euros en el forro de la maleta. Dos pasaportes. Un teléfono sin estrenar. Una vida nueva aguardando en Bratislava.

Había dejado atrás el imperio, las propiedades, los negocios, a Marcos inmóvil en aquella cama de hospital. Todo.

Pero estaba vivo.

Y libre.

Tan solo deseaba despegar.

El avión avanzaba lentamente por la pista. Eduardo sintió cómo la vibración de los motores aumentaba. Pronto alzarían el vuelo y el Mediterráneo sería solo un destello azul abajo.

Abrió los ojos para mirar por la ventanilla una última vez.

Y entonces los vio.

Dos guardias civiles subían por las escaleras de acceso. Eran los mismos que había visto en el control. Detrás de ellos, venían otros dos más, con uniformes verdes y placas brillando.

El avión se detuvo.

Los motores disminuyeron su rugido.

Eduardo sintió que su estómago se contraía.

La azafata rubia caminó rápidamente hacia la cabina. Habló con el piloto, luego regresó a la puerta del avión y la abrió.

Los pasajeros murmuraban. Alguien preguntó qué estaba sucediendo. Una mujer se quejó del retraso.

Los cuatro guardias civiles entraron al avión.

El mayor, el mismo del control de seguridad, recorrió el pasillo con la mirada. Sus ojos se detuvieron en Eduardo.

Avanzaron hacia él, fila tras fila.

Eduardo permaneció inmóvil, con las manos descansando sobre los reposabrazos.

Tres filas hasta la salida de emergencia. Cinco metros hasta la puerta principal, bloqueada por los guardias.

No había salida.

Los cuatro guardias se detuvieron junto a su fila. El mayor habló primero.

—Eduardo Parres Jiménez.

No era una pregunta.

Eduardo mantuvo la voz firme.

—Es un error.

El guardia sonrió sin humor.

—Queda usted detenido.

Todos miraban.

Eduardo no se movió.

El joven sacó las esposas.

Se levantó despacio, con las manos visibles.

Las esposas hicieron clic y sintió el metal frío contra las muñecas.

Los pasajeros observaban sorprendidos. Algunos con curiosidad. Otros con miedo. Nadie dijo nada.

Eduardo caminó por el pasillo con la espalda recta. Cincuenta y dos años. Un imperio. Una vida. Todo concluía en el pasillo de un avión de Ryanair. Al salir, el túnel de embarque le recordó a un túnel funerario. Al fondo, más guardias civiles esperaban. Uno de ellos llevaba su maleta, cuyo forro estaba rasgado, y los billetes de quinientos estaban guardados en una bolsa de plástico transparente como prueba.

Cuarenta mil euros que ahora no valían nada.

Eduardo avanzó entre los uniformes sin mirar atrás.

El Mediterráneo brillaba al otro lado de las ventanas del aeropuerto. Las palmeras se mecían con el viento. Los aviones seguían despegando.

La vida continuaba.

Solo él se había detenido.

73

Serrano

El BMW derrapó en la entrada del puerto de Santa Pola, con las ruedas chirriando contra el asfalto húmedo. Serrano saltó antes de que el coche se detuviera completamente.

Seis y media de la mañana. El sol apenas asomaba por el horizonte, tiñendo el cielo de un gris rosado que lastimaba la vista. Los pescadores arrastraban redes, los turistas sostenían cámaras y las gaviotas se peleaban por las sobras.

A doscientos metros, un barco pesquero se alejaba del muelle. Oxidado y viejo, con las redes colgando de los costados, el motor aceleraba y dejaba una estela blanca en el agua. Era demasiado temprano para que un pesquero saliera, y no había nadie en cubierta. Cada instinto en el cuerpo de Serrano le gritaba que era ella.

—Ahí.

El coche de Rojo frenó bruscamente detrás.

—¿Seguro?

—Tiene que ser ese.

Serrano corrió por el muelle de madera, sintiendo cómo las tablas crujían bajo sus pies. A unos cincuenta metros, una lancha de la Guardia Civil permanecía con el motor al ralentí. Dos guardias estaban tomando café. Sin dudarlo, saltó directamente a la lancha.

—¡Policía Nacional! ¡Emergencia!

Rojo y Agulló tras él. La lancha se balanceó violentamente.

—¡Arranca! —gritó Rojo al piloto—. ¡Ya!

El guardia dudó solo un segundo. Luego vio la expresión en el rostro de Serrano.

El motor rugió. La lancha saltó, cortando el agua. Serrano se aferró a la barandilla, con los ojos fijos en el barco pesquero.

Ciento cincuenta metros.

Cien.

El barco intentó acelerar, pero era demasiado viejo. La lancha ganaba terreno con cada segundo.

Ochenta metros.

Sesenta.

Cuarenta.

Sofía apareció en la cubierta. No era la empresaria fría de los restaurantes elegantes, ni la heredera que movía millones con un simple gesto.

Solo una mujer huyendo.

Sus ojos se encontraron a través de treinta metros de agua. Era el reconocimiento de dos personas al final de un camino que nunca debieron comenzar. El sol naciente doraba el perfil de Sofía. El olor a sal y gasoil llenaba el aire. Las gaviotas gritaban en el cielo y el motor vibraba bajo sus pies.

—¡SOFÍA BERNABEU! ¡POLICÍA! ¡DETENTE!

Ella se acercó a la borda. Puso las manos sobre la barandilla oxidada. Lo miró sin miedo, sin rabia. Solo con una calma terrible.

—¡Hazlo, Javier! —su voz atravesó el aire matinal—. ¡Pero sabes que no voy a parar!

Javier.

No «Serrano». No «inspector».

El nombre sonó como una caricia y una puñalada, un recordatorio de la noche en su apartamento, de su piel contra la suya, del instante en que dejaron de ser policía y criminal. Rojo estaba a su lado.

—¡Serrano, dirige el motor y nosotros la detenemos!

Agulló también tenía el arma lista.

—¡Javier, sujeta el motor, joder!

Serrano desenfundó su pistola, la levantó despacio y apuntó. A través de la mira, vio a Sofía perfectamente enmarcada: su rostro, sus ojos y la línea de su mandíbula.

Su dedo se posó en el gatillo. Los recuerdos afloraron en fragmentos:

Su piel en la oscuridad de su apartamento.

Sola junto al ataúd de su padre.

La foto destrozada de Teresa.

La mujer que perdió todo en una noche.

Bajó el arma. El olor a esparto de las redes mojadas, el graznido de las gaviotas y el sabor a sal en los labios lo rodeaban. La pistola apuntó hacia el agua.

En el barco, un hombre apareció en cubierta, gritando órdenes en árabe. El motor rugió a máxima potencia y el barco aceleró, dejando tras de sí una estela blanca que parecía una herida en el mar. Sofía permanecía en la borda, mirándolo.

No sonrió. No triunfó. No hizo ningún gesto de victoria. Solo lo miró, como si memorizara su rostro, como si supiera que era la última vez, como si quisiera llevarse algo de él a donde fuera que iba.

La distancia creció.

Cuarenta metros.

Sesenta.

Cien.

La figura de Sofía se hizo más pequeña. El mar la tragaba poco a poco, consumiéndola hasta convertirla en un punto oscuro contra el horizonte dorado.

Y luego en nada.

El barco desapareció en la bruma matinal.

Agulló explotó a su lado.

—¿Qué coño has hecho? ¡La teníamos! ¡Estaba ahí!

Rojo apretó el puño, enfadado.

—Serrano... —en ese nombre había años de trabajo juntos, de confianza ganada—. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

Serrano no respondió; solo miraba el horizonte, donde el barco había desaparecido. El mar continuaba moviéndose, indiferente. Las

gaviotas seguían gritando y el sol seguía ascendiendo. Pero algo había cambiado. Algo irreversible.

La lancha flotaba inmóvil, con el motor en ralentí. Agulló caminaba de un lado a otro de la cubierta, con las manos en la cabeza. Rojo se acercó y se quedó a su lado, observando también el mar.

—Vas a tener que explicar esto. A mí. A Agulló. Al fiscal.

Serrano asintió.

—Lo sé.

—Probablemente te suspendan. Tal vez te expulsen.

—Lo sé.

Rojo esperó. La pregunta flotaba entre ellos sin necesidad de palabras.

El viento movía su cabello. La pistola colgaba inútilmente de su mano derecha. Sus ojos permanecían fijos en el horizonte, en el punto donde Sofía Bernabeu había desaparecido. Algunos fantasmas no se pueden arrestar; solo se pueden dejar ir. Mientras la lancha giraba para regresar al puerto, con Agulló maldiciendo y Rojo en silencio a su lado, Serrano supo con absoluta certeza que una parte de él se había ido en ese barco.

La parte que aún creía en líneas claras entre el bien y el mal.

La parte que pensaba que la justicia era simple.

La parte que no conocía a Sofía Bernabeu.

El mar se tragó todo eso. Y lo único que quedó fue un hombre de pie en una lancha, mirando el amanecer sobre aguas que no guardaban secretos, solo llevaban historias lejos, muy lejos de donde comenzaron.

La guerra había terminado.

Pero nadie había ganado.

74

Serrano

A las diez de la mañana, la sala de prensa de la comisaría provincial estaba abarrotada.

Los periodistas ocupaban cada rincón, cámaras alzadas como cañones apuntando a la mesa del estrado. Rojo, Agulló y el inspector jefe de la Brigada de Delitos Violentos de Alicante se sentaron detrás de los micrófonos. Detrás de ellos, el escudo de la Policía Nacional y una pancarta con el lema «Operación Justicia».

«Operación Justicia», pensó Serrano. El nombre era tan vacío como el resto de las promesas que la comisaría había hecho durante años. La justicia, como la verdad, era una palabra que los hombres poderosos pronunciaban en público, pero ignoraban en privado. Los periodistas no lo sabían, o quizá sí, pero necesitaban el titular. Y los políticos necesitaban la foto.

Serrano observaba desde el fondo de la sala, con un café amargo en la mano, apoyado contra la pared. No le gustaban las ruedas de prensa. No le gustaban las cámaras. Prefería el trabajo sucio, el que ocurría en la oscuridad y no salía en los titulares. Prefería la honestidad brutal de una confesión arrancada en un interrogatorio a la mentira pulida de una declaración oficial.

El inspector jefe tomó la palabra y su voz resonó gracias a los micrófonos.

—¡Buenos días! A las seis de esta mañana, la Policía Nacional ejecutó la mayor operación contra el crimen organizado, en la historia de Elche. Trece arrestos. Desmantelamiento de dos organizaciones criminales que operaban desde hace más de veinte años.

Trece arrestos. Serrano sabía que cada uno de esos nombres representaba un engranaje menor de la maquinaria. Algunos eran reemplazables. Otros, no tanto.

La lista apareció en la pantalla detrás del inspector jefe:

Laura «La Viuda» Pérez. Johnny Puertas. Jueza Isabel Domínguez. Rubén «El Socio» Giménez. Eduardo Parres. Otros ocho nombres menos conocidos, pero igualmente importantes.

Cada nombre era un pequeño triunfo. Laura Pérez ya no gestionaría «La Palmera». La jueza Domínguez ya no bloquearía órdenes de registro. Johnny Puertas ya no amenazaría testigos en los callejones de Carrús. Y Eduardo Parres...

Un hombre que había construido un imperio y terminó esposado en el pasillo de un avión de Ryanair.

Pero Serrano sabía que el verdadero poder nunca había estado en esos nombres. El poder estaba en el que faltaba.

Un periodista levantó la mano.

—¿Y Sofía Bernabeu?

Rojo tomó el micrófono.

—Se ha emitido una orden de búsqueda y captura nacional e internacional. Interpol ha sido notificado. Es cuestión de tiempo.

«Es cuestión de tiempo».

La frase sonaba bien para las cámaras, pero Serrano conocía la verdad: cuando alguien como Sofía Bernabeu desaparecía, no era cuestión de tiempo, sino de suerte. Y la suerte rara vez favorecía a los policías.

Otro periodista:

—¿Hay indicios de que huyera del país?

Agulló respondió con frialdad profesional.

—La investigación sigue abierta. No podemos dar más detalles en este momento.

Las preguntas continuaron durante veinte minutos más. Rojo, Agulló y el inspector jefe respondían con precisión calculada, sin revelar demasiado y sin prometer imposibles. Era el baile que todos conocían: los periodistas preguntaban lo que el público quería saber, y los policías decían lo suficiente para que la audiencia creyera que estaban en control.

Serrano observaba desde su rincón, bebiendo su café amargo. Cuando la rueda de prensa concluyó, salió al pasillo antes que los demás. Rojo y Agulló lo encontraron minutos después, en el mismo corredor donde habían mantenido tantas conversaciones a lo largo de los últimos días.

—Conseguimos a trece. Incluyendo a Parres.

—Parres no era el objetivo —corrigió Agulló, con amargura en la voz—. Sofía era el objetivo. La cabecilla. La intocable.

—La tendríamos si este zoquete hubiese hecho caso. ¿En qué carajo pensabas?

Serrano se apoyó contra la pared.

—Alguien le avisó. Tenía horas de ventaja.

—¿Quién? —preguntó Agulló—. ¿Quién le avisó?

Serrano pensó en Vélez, quien estaba sentado en su despacho con vistas al palmeral, y en Gutiérrez, que siempre parecía un paso por delante de la investigación. El primero era intocable, mientras que a su excompañero le debía un favor. Por desgracia, ciertas decisiones personales terminan afectando a los demás. La información se filtraba por todos los rincones de esa comisaría corrupta, como agua sucia a través de una tubería agrietada.

—No lo sé —mintió.

Todos lo sabían. La diferencia entre saber y poder demostrarlo era la línea que separaba a los policías honestos de los impotentes. Caminó hacia la salida, dejando atrás el circo mediático. Fuera, el sol mediterráneo ya estaba alto, calentando el asfalto y haciendo brillar los coches aparcados. Elche despertaba a un nuevo día.

Para el inspector, las guerras contra el crimen organizado no se ganaban, sino que solo se posponían. Los imperios criminales no sucumbían a las redadas policiales; caían porque alguien más

poderoso los devoraba desde dentro. Y cuando caían, dejaban un vacío que otro imperio llenaba de inmediato.

Sofía Bernabeu estaba libre. Y mientras siguiera viva, nada había terminado realmente.

La guerra continuaría.

Solo que ahora sería una cacería.

Y él no descansaría hasta encontrarla.

Aunque no estaba seguro de qué haría cuando la encontrara.

75

Serrano

Dos semanas habían pasado desde el puerto, pero para Serrano bien podrían haber sido dos años. No había dormido bien desde entonces. Cada noche, veía el barco alejándose, la figura de Sofía haciéndose más pequeña, su dedo flojo sobre el gatillo.

La larga mesa de madera oscura de la sala de reuniones se extendía ante él. Cinco superiores estaban sentados al otro lado, dispuestos como jueces en un tribunal medieval. Serrano se encontraba de pie frente a ellos, solo, con un traje arrugado que no se había molestado en planchar y una barba de tres días que le hacía parecer más un sospechoso que un inspector.

Al centro, el inspector jefe de Asuntos Internos: cincuenta y cinco años, gafas de montura metálica y expresión tallada en piedra. A su izquierda, dos comisarios de la provincial, que Serrano no conocía. A su derecha, la fiscal, una mujer de cuarenta años, con traje negro y una mirada que cortaba como una katana.

Y al final de la mesa, con los brazos cruzados, el comisario Vélez.

Las ventanas altas dejaban entrar una luz gris que hacía que todos parecieran cadáveres. Tal vez lo eran.

El inspector jefe de Asuntos Internos carraspeó y abrió una carpeta gruesa.

—Inspector Javier Serrano. Placa número 4728. Dieciséis años de servicio. Expediente... —Hizo una pausa deliberada— irregular.

Serrano no respondió. Solo miraba un punto en la pared detrás de ellos.

—Se le acusa de múltiples violaciones del protocolo. Primera acusación: interferencia en operativo de Narcóticos sin autorización. ¿Cómo se declara?

Serrano bajó la mirada hacia el inspector jefe.

—Culpable.

Un murmullo recorrió la sala. Uno de los comisarios dejó de escribir y levantó la vista. Vélez acortó la distancia, sin apartar la mirada.

—¿Disculpe? —preguntó el inspector jefe.

—He dicho culpable. Entré sin autorización. Interferí en interrogatorios. Comprometí la cadena de custodia. Todo cierto.

El inspector jefe intercambió una mirada con la fiscal. Esto no era lo que esperaban.

—Inspector Serrano, ¿entiende que al declararse culpable...?

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

El inspector jefe cerró la carpeta con un golpe seco.

—Muy bien. Traigan al testigo.

La puerta se abrió y entró el jefe de Narcóticos, un hombre de cincuenta años, con un uniforme impecable y una expresión de satisfacción apenas contenida. Había estado esperando este momento durante meses.

—Comisario Fuentes, describa los hechos del siete de octubre.

Fuentes se aclaró la garganta.

—El inspector Serrano se presentó en mi comisaría exigiendo acceso a un detenido. Le expliqué que no tenía jurisdicción. Se negó a marcharse.

—¿Y qué hizo usted?

—Le ordené salir. Él respondió que, si no le daba acceso, iría a la prensa con información sobre filtraciones en mi unidad.

—¿Una amenaza?

—Claramente.

Serrano no apartó la vista del techo. Estaba contando las manchas de humedad. Había siete.

—¿Algo que añadir, inspector Serrano? —preguntó la fiscal.

—No.

Fuentes fue despedido. Salió con una sonrisa torcida, mirando a Serrano de reojo. Venganza servida en frío.

El inspector jefe pasó a la siguiente página.

—Segunda acusación. La más grave. —Su voz se endureció—. El veintitrés de octubre, en el puerto de Santa Pola, usted tuvo la oportunidad de detener a la sospechosa Sofía Bernabeu. Había una orden de arresto vigente. Usted tenía el arma desenfundada. La sospechosa estaba a treinta metros. ¿Por qué no disparó?

Serrano bajó la mirada hacia la mesa.

—No lo hice.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

La fiscal avanzó ligeramente en su silla.

—Inspector Serrano, ¿es consciente de que Sofía Bernabeu era una fugitiva prioritaria? ¿Que su captura era el objetivo principal de una operación que costó millones?

—Sí.

—¿Y aun así no disparó?

—No.

—¿Por qué?

Una pausa forzada flotó en el aire, como un corte en la respiración.

—Inspector Serrano, responda la pregunta.

—Porque no era necesario.

La fiscal lo miró atentamente.

—¿No era necesario? Había una orden de arresto.

—El uso del arma solo es legítimo si hay una amenaza inmediata. Ella huía. Nadie estaba en peligro.

—Una criminal.

—Una persona.

El inspector jefe golpeó la mesa con la palma.

—Eso no es suficiente, inspector.

Serrano lo miró directamente por primera vez.

—Para mí, sí lo fue.

La puerta se abrió de nuevo. Rojo entró con un traje impecable y una corbata perfecta, algo insólito en él. Caminó erguido, pero al pasar junto a Vélez, su mirada destiló puro desprecio.

Se sentó sin apartar los ojos del panel.

—Inspector Rojo, usted estaba presente en el puerto de Santa Pola. Describa lo que vio.

—Vi al inspector Serrano actuar según su mejor criterio profesional, sin saltar el protocolo.

—¿Eso incluye no disparar a una fugitiva?

—Había civiles en el barco: el capitán y la tripulación. Un disparo desafortunado podría haber matado a inocentes.

—¿Los vio usted?

—No directamente.

—Entonces no puede confirmar su presencia.

Rojo apretó la mandíbula.

—No puedo confirmarla. Pero tampoco puedo descartarla. El barco era un pesquero comercial. Es razonable asumir que había tripulación.

—Razonable asumir —repitió el inspector jefe con sarcasmo—. Eso es especulación, inspector.

—Y ustedes están especulando sobre las intenciones del inspector Serrano.

El inspector jefe se quitó las gafas.

—Inspector Rojo, le sugiero que modere su tono.

—Solo digo la verdad.

Vélez intervino desde el final de la mesa.

—Inspector, esto no le ayuda.

Rojo giró la cabeza lentamente hacia Vélez.

—¿Desde cuándo le importa la verdad, comisario?

Vélez sostuvo la mirada de Rojo, pero no respondió.

—Puede retirarse, inspector.

Rojo se levantó, pasó junto a Serrano y le puso una mano en el hombro en un gesto breve. Luego salió sin mirar atrás.

Agulló entró después. Estaba más nerviosa que Rojo y tenía menos experiencia en este tipo de circos burocráticos. Se sentó en el borde de la silla.

—Inspectora Agulló, ¿qué puede decirnos sobre el inspector Serrano?

—Que ha sido fundamental para resolver el caso Ludmila Kowalska. Sin él, Laura Pérez seguiría libre. La jueza Domínguez seguiría firmando órdenes corruptas. Trece arrestos. Dos organizaciones desmanteladas.

—Eso no justifica sus acciones en el puerto.

—Pero demuestra su compromiso con la justicia.

—Compromiso que lo llevó a saltarse protocolos sistemáticamente.

Agulló avanzó ligeramente en su silla.

—A veces hay que saltarse protocolos para hacer lo correcto.

El inspector jefe dejó caer su bolígrafo sobre la mesa.

—No, inspectora. Nunca hay que saltarse protocolos. Por eso existen. Sin ellos, no somos policías. Somos vigilantes.

Agulló abrió la boca para responder, pero se contuvo. Miró a Serrano, buscando alguna señal.

Él le hizo un gesto casi imperceptible: «Está bien. Ya hiciste lo que pudiste».

Fue despedida.

El inspector jefe se giró hacia Serrano.

—Inspector Serrano, ha escuchado los testimonios. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

—No, señor.

—¿No va a defenderse?

—No hay defensa. Hice lo que hice. Con plena consciencia.

—¿Está admitiendo culpabilidad?

—Estoy admitiendo responsabilidad. No es lo mismo.

—Para este tribunal —dijo el inspector jefe con frialdad—, es exactamente lo mismo.

La fiscal se puso de pie.

—Una última pregunta, inspector Serrano. ¿Por qué no disparó?

Serrano la miró. Pensó en el puerto. En una mujer en la borda de un barco. En todo lo que no cabía en ningún protocolo.

—No hay artículo que autorice disparar a una espalda que se aleja.

—Había una orden de arresto.

—Una persona, no lo olvide.

La fiscal se sentó, negando con la cabeza.

El inspector jefe consultó con los otros miembros del panel en voz baja. Vélez observaba sin inmutarse.

Finalmente, el inspector jefe se puso de pie.

—Inspector Javier Serrano —anunció, mirándolo de frente—, después de revisar todo lo visto y oído, este tribunal ha concluido lo siguiente: primero, usted se inmiscuyó en operaciones ajenas sin autorización; segundo, manipuló pruebas comprometiendo la investigación; y tercero, permitió la fuga de una fugitiva prioritaria cuando tenía la capacidad de detenerla. —Dejó caer las manos sobre la mesa—. Por todo esto, se decide lo siguiente: queda suspendido de inmediato y sin sueldo, Asuntos Internos abrirá una investigación a fondo por las irregularidades detectadas, su continuidad en el Cuerpo está en el aire, y desde hoy queda degradado a agente raso de patrulla.

Serrano ni se inmutó.

—Entendido.

—Puede retirarse.

***

Rojo y Agulló lo esperaban en el pasillo, apoyados contra la pared.

—Lo siento —dijo Agulló.

—No lo sientas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rojo.

—Ya lo habéis oído. Patrulla nocturna.

Vélez salió de la sala momentos después.

—Serrano. A mi despacho. Ahora.

***

El despacho de Vélez era tal como Serrano lo recordaba: frío, funcional y sin alma. Vélez cerró la puerta y se quedó de pie junto a la ventana.

—Lo has jodido todo, Serrano.

—Acabemos con esto.

Vélez se giró.

—¿Por qué no disparaste?

Serrano lo miró fijamente.

—Porque no iba a hacerle ese favor, Vélez.

—¿Qué favor?

—Eliminar el único cabo suelto que puede hundirlo.

La habitación estaba cargada, sin un respiro.

—No sé de qué hablas, pero mide tus palabras.

—Claro que lo sabe. Sofía Bernabeu sabe cosas. Y mientras esté viva, usted no duerme tranquilo.

Vélez se acercó, bajando la voz.

—Estás jugando con fuego.

—Ya me he quemado. ¿Qué más da?

Vélez abrió un cajón y sacó un sobre.

—Entrega tu placa.

Serrano sacó la placa de inspector de su bolsillo. La miró un momento. Dieciséis años de servicio resumidos en un trozo de latón.

La dejó sobre el escritorio, con un golpe seco.

Vélez abrió otro cajón y sacó una placa nueva, más pequeña, más simple. La deslizó hacia Serrano.

—Agente raso. Patrulla nocturna y turno de diez a seis. Te ayudará a reflexionar.

Serrano tomó la placa sin mirarla y la guardó en su bolsillo.

—Alguien tenía que pagar el pato —dijo Vélez.

Serrano se giró hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo.

—Alguien iba a caer. Usted eligió quién.

***

En el mostrador de armería, entregó su Glock 19 reglamentaria. Le dieron una pistola más antigua y pesada, una reliquia que probablemente había estado en manos de otros agentes caídos en desgracia.

Rojo y Agulló lo esperaban en la salida.

No dijeron nada. Solo caminaron juntos hacia el aparcamiento.

El sol de mediodía era cegador. Serrano se puso las gafas de sol y encendió un cigarrillo.

—¿Cerveza? —ofreció Rojo.

—No. Hoy no.

—¿Seguro?

—Seguro.

Se despidieron con gestos breves. Serrano subió a su BMW y arrancó el motor.

Mientras salía del aparcamiento, pensó en todo lo que había perdido. Inspector. Respeto. Futuro.

Pero seguía siendo policía.

Y seguía vivo.

Que era más de lo que podía decir de su carrera.

***

Dieciséis años reducidos a una placa de agente raso. Pero había algo que el tribunal no comprendía: no había dejado escapar a Sofía por debilidad. La había dejado ir porque había comprendido algo fundamental sobre el poder. El verdadero poder no radica en disparar, sino en decidir no hacerlo.

Ahora era el agente Serrano, en patrulla nocturna, lidiando con borrachos y peleas en los bares.

Pero aún policía.

Y eso tendría que bastar.

Por ahora.

76

Seis meses después del operativo masivo, las salas del Tribunal Provincial de Alicante procesaron los restos de dos imperios criminales. Los juicios cayeron como fichas de dominó, uno tras otro, hasta que solo quedó el polvo de lo que alguna vez fueron los Bernabeu y los Parres.

Laura «La Viuda» Pérez fue la primera en caer.

En la Sala 3, escuchó impasible mientras la fiscal desgranaba los cargos: complicidad en el homicidio de Ludmila Kowalska, obstrucción a la justicia y pertenencia a una organización criminal. Vestía el mismo traje negro que usaba para dirigir «La Palmera». El tribunal no era diferente de cualquier otra reunión de negocios, solo que, en esta, el precio ya estaba pagado.

Cuando el juez dictó sentencia —doce años de prisión—, asintió una vez, casi con alivio.

Al salir esposada, buscó en la galería. Rojo y Agulló la observaban desde la última fila. Los labios de Laura formaron palabras que ambos inspectores leyeron con claridad: «Esto no termina aquí».

Dos días después, Isabel Domínguez.

La juzgaron en la Sala 1, una ironía que todos comprendieron. Sentada donde antes se encontraban sus acusados, escuchó a la fiscal presentar transferencias bancarias, reuniones documentadas y

órdenes judiciales bloqueadas sistemáticamente. Optó por no declarar.

Solo habló una vez, cuando el juez le preguntó si tenía algo que añadir:

—He servido a la ley durante veinte años… Que conste.

Ocho años de prisión más inhabilitación perpetua. Las cámaras la devoraron mientras salía esposada. Un juez caído siempre vende más periódicos que un criminal común.

Eduardo Parres llegó a la Sala 2 encadenado, escoltado por cuatro guardias. Parecía haber envejecido diez años en seis meses; su cabello era completamente gris y su rostro estaba surcado por profundas arrugas. Escuchó sin emoción mientras la fiscal leía las acusaciones: asesinato por encargo, de Tomás Bernabeu, narcotráfico, organización criminal y blanqueo de capitales.

Cuando el juez dijo «veinticinco años», cerró los ojos. Solo un segundo.

Al salir, buscó en la galería. Su esposa, Antonia, estaba ahí, con lágrimas que ya no podía contener. Su hijo seguía en coma. Eduardo asintió hacia ella una vez. María intentó sonreír, pero no lo logró.

Fernando «El Gordo» Díaz entró con capucha en la Sala 4, rodeado de agentes de protección. Debido a su colaboración, recibió una sentencia reducida, de ocho años. Fue condenado por el homicidio de Ignacio Bernabeu y por complicidad en el asesinato de Ludmila Kowalska. Se activó el programa de testigos e iba a ser recluido en la prisión de Alicante, en un módulo de aislamiento total.

En la galería no había familiares. Nadie se presenta a despedir a un traidor.

Los demás fueron condenados en juicios rápidos que duraron menos que una corrida de toros. Ramón «Moncho» Salazar: quince años. Cuatro hombres más de los Bernabeu: entre cinco y doce años cada uno. Rubén «El Socio» Giménez: veinte años.

Todos eligieron callar. Era el código de la calle: no decir nada. Sabían que si hablaban, como lo hizo Díaz, no durarían ni una semana en prisión.

77

Marcos

Casi tres años más tarde...

Una luz blanca, cegadora.

Escuchó sonidos apagados que se volvían más nítidos.

Beep... beep... beep...

Marcos Parres abrió los ojos lentamente. Lo primero que vio fue el techo blanco. Después, sintió un fuerte dolor en todo el cuerpo, como si lo hubieran aplastado y reconstruido de manera defectuosa.

A su lado, notó una figura borrosa.

—¿Mamá?

La figura se acercó y se enfocó. Era Antonia, su madre. Tenía el pelo más gris de lo que recordaba y ojeras profundas, pero sonreía y lloraba.

—Sí, hijo. Estás despierto.

Marcos intentó hablar. La garganta le ardía.

—¿Cuánto... tiempo?

—Dos años y medio.

Los números no tenían sentido: treinta meses, novecientos días perdidos.

De pronto, los recuerdos llegaron en fragmentos: la discusión con Ignacio Bernabeu, el golpe, la camioneta acelerando. Luego, oscuridad.

—El accidente... lo recuerdo...

—Sí. Lo recuerdas.

—¿Y papá? —preguntó, mirando alrededor—. ¿Dónde está papá?

El silencio que siguió fue una respuesta en sí mismo. Antonia no pudo sostener su mirada.

—¿Mamá?

—Tu padre... está en prisión.

Por un instante, los pulmones se le encogieron.

Antonia lo contó en voz baja, mirando por la ventana.

Marcos escuchaba con la mandíbula tensa, procesando información que su cerebro recién despierto apenas podía manejar.

—¿Veinticinco años?

Antonia asintió.

—Cuando salga... tendré cuarenta y siete años.

—Sí.

—¿Y los Bernabeu?

—Tomás está muerto. Ignacio también, y Sofía huyó del país.

Marcos cerró los ojos. Treinta meses… dormido. Su padre en prisión por un cuarto de siglo. Todo había cambiado.

—Quiero verlo.

—No creo que sea buena idea. Estás muy débil...

—Necesito verlo.

La mujer vio en sus ojos la misma determinación que en Eduardo. Esa mirada Parres que no aceptaba un no por respuesta.

—Hablaré con los médicos.

***

Una semana después, Marcos entró en la sala de visitas de la Prisión de Fontcalent en silla de ruedas. El calor de julio se infiltraba incluso en ese lugar, mezclándose con el olor a detergente industrial y sudor rancio. Sus músculos estaban atrofiados, su cuerpo era débil, pero su mente permanecía alerta.

Eduardo lo esperaba sentado, vistiendo el traje naranja de prisión y con grilletes en las muñecas. Al ver a su hijo, su rostro se quebró. Se levantaron y se abrazaron, mientras las cadenas tintineaban. Ambos lloraron.

—Pensé que no despertarías —susurró Eduardo.

—Aquí estoy.

Se sentaron. Eduardo lo miraba como si no pudiera creer que era real.

—Mamá me lo contó todo.

Eduardo asintió, esperando.

—Veinticinco años.

—Los Bernabeu pagaron más.

Marcos se acercó.

—¿Y ahora qué? ¿Dejamos que todo se pierda?

Eduardo lo miró fijo, con esa mirada que había enseñado a respetar a medio Elche.

—Ahora te toca a ti. Retoma lo que yo dejé a medias.

—No sé nada del negocio.

—Primero, perfil bajo. Nada de movimientos bruscos, ni de coches caros, ¿me entiendes? La policía sigue vigilando.

—¿Y la organización?

—Dispersa. Pero no muerta... Busca a Miroslav, el ucraniano. Sigue operando desde el polígono de Crevillente.

Marcos asintió, absorbiendo cada palabra.

—¿Qué le digo?

—Vas de mi parte. Quieres reabrir las rutas de transporte. Él puede conseguirte camiones, conductores y documentación falsa, además de que tiene contactos comerciales.

—¿Y si no quiere tratar conmigo?

Eduardo sonrió sin humor.

—Le recuerdas que le perdoné la vida una vez.

Marcos memorizaba cada detalle.

—¿Alguien más?

—Si Miroslav coopera, te pondrá en contacto con las personas que necesites: distribuidores pequeños, gasolineras, transportistas... La gente del Este tiene un buen negocio y busca nuevos socios en quienes confiar. Empieza por ahí. Recupera primero los puntos débiles.

—¿Y qué pasa con el costo?

La expresión de Eduardo se endureció.

—Eso lo controla Omar El Harraq, así que olvídate. Eres muy débil para negociar con él.

—¿Dónde está Omar?

—Te he dicho que te olvides.

—Está bien. Necesitaré algo de dinero.

—Hay cuentas en Andorra. Tu madre tiene los números. No son fortunas, pero alcanza para empezar. Úsalo con cabeza. Primero pagas lealtades, luego gastos.

—¿Y los territorios?

—Están perdidos. Acéptalo. Comienza con algo pequeño: un punto de distribución, una ruta de transporte... Siempre construye desde abajo. Esa es nuestra filosofía.

Marcos asintió lentamente.

—¡Gracias, padre!

—Pero ten cuidado, hijo. Los enemigos nunca mueren. Solo se esconden.

—¿Lo dices por...?

—Por ella y otros que vendrán.

El guardia golpeó la puerta.

—Se acabó el tiempo.

Se pusieron de pie y se dieron un abrazo final.

—Mantenme informado y hazme sentir orgulloso.

—Lo haré. Te lo prometo.

Marcos salió en silla de ruedas. Eduardo lo observó a través del cristal mientras se desvanecía por el pasillo. En su rostro se reflejaban el orgullo y el miedo, pues sabía lo que le esperaba a Marcos.

El mismo infierno que él había vivido.

78

Díaz

Tres años cumplidos y Fernando «El Gordo» Díaz aún no se había acostumbrado.

Prisión de Alicante, módulo de aislamiento. Celda de 3x2 metros, con cama, retrete y lavabo. La protección de testigos se asemejaba a un entierro en vida. Solo una hora de ejercicio al día en un patio privado, rodeado de muros grises. Sin contacto. Sin voz humana.

Díaz había aprendido a convivir con la tranquilidad, pero este nunca dejaba de presionarlo. Leía, hacía flexiones y contaba las grietas del techo —cuarenta y siete—, igual que conocía las líneas de su propia mano. Por las noches, reflexionaba sobre todo lo que había perdido. Treinta años con los Bernabeu, una lealtad de hierro, y al final, traición. Había optado por vivir y el precio que pagaba era este: soledad perpetua y paredes que se cerraban un poco más cada día.

La noche del 15 de marzo, Díaz se acostó a las diez, siguiendo su horario habitual. Leyó una novela policiaca barata de la biblioteca, que trataba sobre un detective corrupto y un asesinato sin resolver. La ironía ya no le hacía gracia. A las once, las luces se apagaron y cerró los ojos. A las dos de la madrugada, algo lo despertó.

No un ruido, sino la ausencia de ruido.

Alguien estaba dentro.

Díaz intentó hablar, pero el miedo le cerró la garganta. Una sombra se movió en la oscuridad y, antes de que pudiera gritar, algo le cubrió la cabeza. Era plástico. La bolsa se apretó contra su nariz y boca, sellándole el aire. Intentó quitársela, arañando el plástico en busca de un borde, pero unos dedos de acero le sujetaron las muñecas. Forcejeó, dio patadas, la cama crujió bajo su peso mientras se retorcía, pero el hombre detrás de él era una máquina.

—Sofía te manda saludos —le dijo con un acento extranjero, frío como el acero.

Díaz intentó gritar. El plástico se hundió en su boca. Sus pulmones ardían. Necesitaba aire. Aire. Empujó hacia atrás con todas sus fuerzas, golpeando algo sólido. El atacante ni se movió. Las rodillas sobre su espalda lo clavaron contra el colchón.

El mundo comenzó a volverse borroso. Sus brazos perdieron fuerza. El pánico dio paso a algo peor: la certeza.

«Esto es el final».

Pensó en Sofía, en Ignacio cayendo en aquel almacén, y en Teresa llorando mientras le suplicaba que matara a su propio hijo. Todos pagamos, pensó. Sus manos dejaron de arañar y los pulmones dejaron de luchar. Escuchó pasos alejarse, la puerta abrirse y cerrarse, seguido de un clic final.

Fernando Díaz comprendió en sus últimos segundos de consciencia lo que siempre había sabido: en este mundo, nadie escapa de sus decisiones.

Había traicionado para vivir. Ahora moría por haber vivido demasiado.

***

A las seis de la mañana, el funcionario de celdas Jiménez abrió la mirilla de la celda 12.

Fernando Díaz yacía inmóvil sobre el catre, en una postura natural y sin ninguna señal visible de lucha. Jiménez entró y buscó su pulso.

Nada.

Llamó por radio. Código azul.

El médico de la prisión llegó en cinco minutos y examinó el cuerpo.

—Paro cardiaco. Estrés crónico, probablemente —dijo, guardando el estetoscopio—. A veces pasa con testigos protegidos.

El informe oficial: «Muerte por causas naturales. Paro cardiaco. Sin signos de violencia externa».

Dos días después, Rojo y Agulló leyeron el documento en silencio. Ninguno de los dos habló durante un largo minuto. Finalmente, Agulló exhaló el aire que había estado conteniendo.

—Autopsia completa. Quiero toxicología exhaustiva.

El forense tardó una semana. Encontró petequias en los ojos —hemorragias diminutas— y marcas casi imperceptibles en el cuello. Eran signos de asfixia mecánica, no química. Cuando llegó el informe, Rojo lo leyó dos veces. Luego miró por la ventana hacia el sur, hacia un continente que no podían alcanzar.

—Atravesó un módulo de máxima seguridad...

Agulló no respondió. No había nada que decir. El mensaje era contundente: la mano de Sofía Bernabeu llegaba hasta las celdas más seguras de España.

Y ellos solo podían mirar.

79

Serrano

Serrano fumaba junto a la ventanilla del coche patrulla mientras Ortiz llenaba la incomodidad con palabras sobre un partido de fútbol. El joven hablaba para disimular lo evidente: que Serrano ya no pertenecía a su mundo.

El uniforme le quedaba mal, pero no era por el tamaño.

Un año patrullando calles que conocía de memoria. Un año hundiéndose despacio, como un barco con el casco agujereado que se niega a admitir que está condenado.

—¿Ha pensado en volver a Homicidios? —preguntó Ortiz.

Serrano no apartó la vista de la ventanilla. Palmeras, tráfico, gente caminando hacia ninguna parte.

—No.

—Pero usted era inspector...

—Ya no.

Ortiz carraspeó y se concentró en la carretera.

Giraron por la ronda sur. Por costumbre, Serrano miró hacia el local que antes se llamaba «Con Ruedas» y que ahora se llama «La Motocicleta». La fachada estaba renovada y el letrero era nuevo. Los lugares cambian de nombre, pero los fantasmas y los recuerdos permanecen.

Habían pasado tres años desde que Sofía Bernabeu subió al barco pesquero, Fernando Díaz entró en prisión y Antonio Vélez se jubiló

sin ceremonia.

Tres años desde que Javier Serrano había dejado de ser inspector.

***

A mediodía, Ortiz detuvo el coche patrulla frente a un bar del polígono industrial. Comida funcional y un ambiente gris como el cemento de las naves. Dentro, el aroma a aceite frito y comida casera impregnaba el aire. Serrano se dirigía a la barra cuando una voz lo detuvo.

—¿Qué coño hacéis aquí?

El inspector Vicente Rojo se encontraba al fondo, sentado a la mesa con Marta Agulló.

—Venimos a verte —dijo Rojo.

—Venís a tocarme los huevos.

Agulló señaló la silla vacía.

—Siéntate.

—¿Tres años sin una llamada y ahora esto?

—¡Que te sientes, *collons*!

Ortiz captó la mirada de Serrano y se apartó hacia la barra junto a la ventana. Serrano se dejó caer en la silla, con la pesadez de alguien que ha dejado de ir a contracorriente.

—Tenéis treinta segundos.

Rojo se recostó, cruzando los brazos.

—«El Gordo» Díaz está muerto.

Serrano se quedó pensativo unos segundos. Aquel nombre formaba parte del pasado.

—¿Cuándo?

—Hace una semana, en su celda —respondió Agulló—. Paro cardíaco, según el informe. Pero lo cierto es que alguien lo asfixió. Alguien dentro de la prisión tuvo acceso a él.

—¿Y qué coño me importa a mí? —Serrano los miró con recelo—. Yo patrullo calles. Multo coches mal aparcados. Ese es mi trabajo.

Rojo intercambió una mirada con Agulló. Ella deslizó un sobre sobre la mesa.

—Ábrelo.

—No.

—¡Ábrelo! —insistió Rojo.

Serrano lo miró fijamente antes de abrir el sobre. Dentro, encontró fotos de vigilancia: Sofía Bernabeu salía de una galería en Puerto Vallarta y se reunía con hombres vestidos de traje. En una terraza junto al mar, miraba directamente a la cámara, como si supiera que alguien la estaba observando.

—¿Y esto?

—Interpol.

—Bonitas vacaciones...

—Sigue operando desde México —aclaró la inspectora—. Tiene contactos activos aquí, dinero en movimiento… y ordenó el asesinato de Díaz para eliminar cabos sueltos.

Serrano dejó las fotos sobre la mesa.

—Pues que la busque otro.

—No hay otro —dijo Rojo.

—Entonces mala suerte.

Rojo acortó la distancia, obligándolo a enfrentarse a sus palabras.

—Vélez se jubiló. El nuevo comisario es de fuera, sin lealtades antiguas, ni deudas con los de aquí. Quiere formar un equipo especial: una brigada de Anti-Crimen Organizado. Su objetivo es cazar a Sofía Bernabeu, procesarla por el asesinato de Díaz y lograr su extradición.

—Que lo haga.

—Te quiere a ti en el equipo.

Serrano se echó a reír.

—¿A mí? ¿El tío que la cagó? ¿El que dejó escapar a la principal sospechosa?

—El que resolvió el caso Kowalska —dijo Agulló—. El único inspector que consiguió hacer justicia y poner a Bernabeu contra las cuerdas.

—Y la dejé escapar.

—Por eso mismo —dijo Rojo en un susurro—. Nadie más sabe cómo piensa. Nadie más ha estado tan cerca, ¿verdad?

Serrano frunció el ceño.

—Que te jodan, Rojo.

—Hablo en serio.

—No.

—Traslado a Alicante. Reincorporación como inspector. Equipo nuevo, casos nuevos... ¿Qué más quieres?

—He dicho que no.

Agulló dejó una tarjeta sobre la mesa.

—Mira, tienes una semana para decidirlo. Piénsatelo.

Serrano la miró sin tocarla.

—¿Y si no acepto?

Rojo se puso de pie.

—Entonces, Sofía Bernabeu seguirá libre. Y tú continúas aquí, patrullando las calles, consciente de que pudiste hacer algo y no lo hiciste.

—Ya me jodí una vez por ella.

—Exacto —Rojo se puso la chaqueta—. Tú decides.

Agulló se levantó también.

—Ojalá sea la decisión correcta, Serrano.

Se fueron. El bar quedó en calma, salvo por el murmullo de la televisión y el ruido de los platos en la cocina. Serrano se quedó mirando las fotos. En una de ellas, Sofía sonreía ligeramente fuera de cuadro. Reconoció esa sonrisa, la misma que le dedicó la noche en que se confesó bajo las sábanas. Era la sonrisa de alguien que ha ganado.

Guardó la foto en el bolsillo interior de su chaqueta y luego tomó la tarjeta de Agulló para guardarla también.

Ortiz regresó, limpiándose la boca con una servilleta.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Eran colegas?

—Algo así.

—¿Buenas noticias?

—No lo sé todavía.

***

El resto del turno transcurrió sin que hablaran. Ortiz conducía y Serrano miraba por la ventanilla, perdido.

Cuando el coche se detuvo en un semáforo en rojo, Serrano sacó la foto de Sofía. La miró largo rato, sopesando la alternativa que le habían dado. Sofía Bernabeu. La mujer que destruyó su propio mundo antes de dejarlo caer en manos enemigas. La mujer que escapó porque él no pudo apretar el gatillo.

El semáforo cambió a verde.

Ortiz aceleró.

Serrano guardó ambas cosas cerca del corazón.

El coche patrulla pasó nuevamente frente a «La Motocicleta». Los moteros y la gentuza de Johnny Puertas había desaparecido para siempre.

Todo cambia y se transforma, excepto aquello que dejamos sin resolver.

Eso permanece, esperando.

Por primera vez en tres años, Serrano no estaba seguro de qué dirección tomaría su vida.

Aunque sabía que quedarse quieto ya no era opción.

Si buscas un buen thriller ambientado en la Costa Blanca...



Un cadáver abandonado en un pantano. Dos familias poderosas, una operación millonaria y el control de una ciudad en juego. Honor, venganza y corrupción. Cuando la inspectora Agulló acepta su primer caso, encuentra una investigación llena de secretos.

Pero lo peor está por llegar: ¿tendrá precio su silencio?

«UNA OBRA QUE PUEDE SER DE NETFLIX».

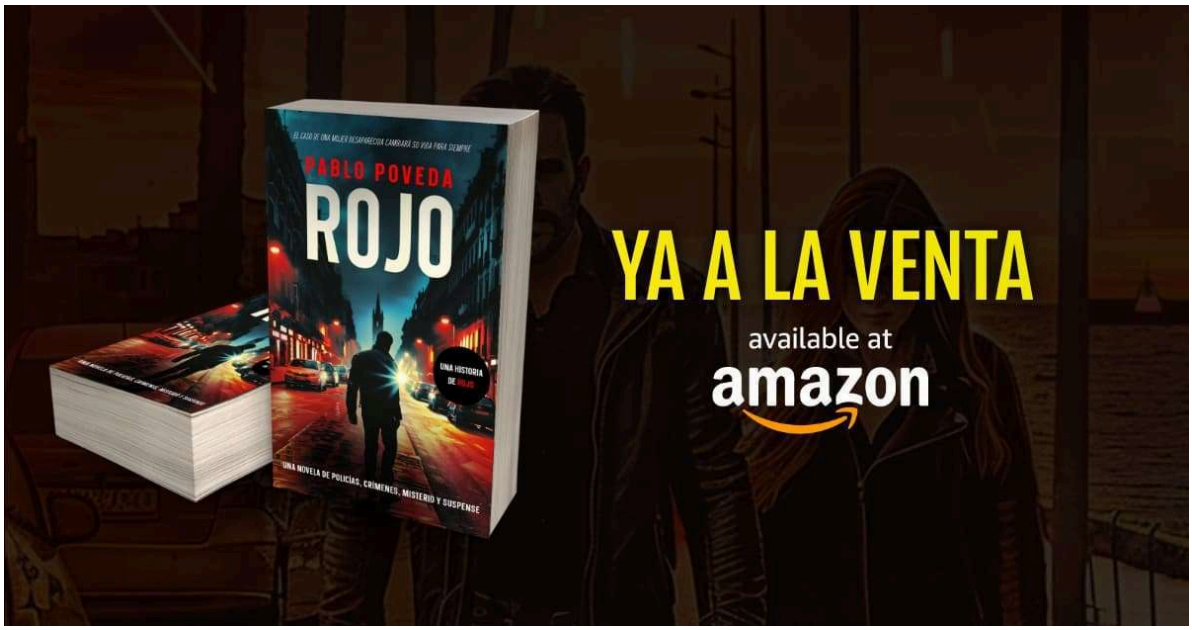
Ella era joven, exitosa y uno de los rostros más conocidos en la ciudad.

Laura tenía un secreto, pero no sabía que moriría antes de contarlo.

Ambientada en la ciudad de Elche durante la crisis económica del calzado, ¿Quién mató a Laura Coves? es una novela frenética y adictiva de suspense que ahonda en las pasiones más oscuras de la sociedad.

HAZTE CON TU COPIA AHORA

¿Conoces a Rojo? Descubre la historia detrás del inspector de policía...



Año 1992. Una llamada invernal arrastra al inspector Rojo a un caso que podría ser su perdición.
Jamás debió descolgar el teléfono...

En las sombras de Cartagena, el inspector se adentra en la investigación de una joven desaparecida, solo para descubrir que esta es la superficie de un abismo de corrupción, tráfico de

influencias, y trata de personas, todo envuelto en un tejido político descompuesto.

Con su carrera y principios en la balanza, Rojo se enfrenta a una disyuntiva mortal: salvar a una desconocida o salvarse a sí mismo.

Su tenacidad por defender las causas perdidas lo coloca en un peligro inminente...
...amenazando no solo su vida sino también la de su familia.

La desaparición de la joven será la entrada a una profunda madriguera...

¿Podrá Rojo resolver el caso antes de terminar atrapado en las redes del peligro?

Lo que Rojo aún no sabe es que su decisión lo sumergirá en un infierno del que tal vez no pueda escapar…

HAZTE CON TU COPIA AHORA

Descubre al detective privado más famoso de Madrid...

Si te gusta Rojo, no puedes dejar de conocer a Javier Maldonado, un expolicía de la brigada de Homicidios de Madrid que ahora trabaja como detective privado.

Dentro de la serie Maldonado, Rojo colabora con Maldonado en "El Caso del Tarot" y otros libros más.



Era el mejor inspector de Madrid encontrando a personas desaparecidas. Un trágico accidente acabó con su carrera. Ahora es detective privado.

Investigando una aparente infidelidad matrimonial, Maldonado se involucra en un siniestro crimen rodeado de mentiras que hará peligrar su reputación y la de uno de sus mejores amigos. Tendrá que sacrificar su vida para resolver el caso que acabará con sus problemas personales.

¿Logrará Maldonado resolver el asesinato antes de que este termine con su vida?

EMPIEZA UNA MENTIRA LETAL AHORA

Descubre esta serie de alta tensión...

¿Te has quedado con las ganas de conocer a Dana Laine?

Sigue leyendo.

Laine tiene mil caras... porque es una agente internacional del CNI español.



La única manera de demostrar su valor en el CNI es identificar y atrapar al francotirador más peligroso de Europa.

Dana Laine ha ingresado en el Centro Nacional de Inteligencia español. Su primera misión: localizar a Aleksandr Potosky, un

peligroso criminal que ha aterrizado en Madrid. Lo que parece ser una operación sencilla, pronto se convierte en un juego mortal cuando alguien amenaza su vida y la confianza de los servicios de inteligencia.

En un mundo dominado por hombres, su reputación pende de un hilo.

En una ciudad donde nadie es quien parece ser, Dana no tiene otra opción que atrapar al terrorista y salvar a cientos de personas. Pero mientras el tiempo se agota, descubre que no está preparada para enfrentarse a la verdadera magnitud de su misión.

¿Logrará detener a Potosky antes de que sus propias debilidades la conviertan en su próximo objetivo?

HAZTE CON TU COPIA AHORA

Si aún no lo has hecho, descubre esto...



LIBRO GRATIS

La envidia puede matar...

Esta apasionante novela negra está disponible GRATIS por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo. Las evidencias apuntan a un homicidio y a su mejor amigo. Tras negar lo que parece evidente, Caballero tendrá que averiguar la verdad para demostrar su inocencia: **su vida y carrera periodística dependen de ello.**

¿Logrará resolver el crimen antes de que sea tarde?

Suscríbete de manera gratuita a mi lista de lectores exclusiva y consigue esta novela hoy.

DESCARGA GRATIS CABALLERO

O si estás leyendo en Kindle o papel y lo prefieres… usa el código QR en tu teléfono para acceder el libro gratis.



Sobre el autor



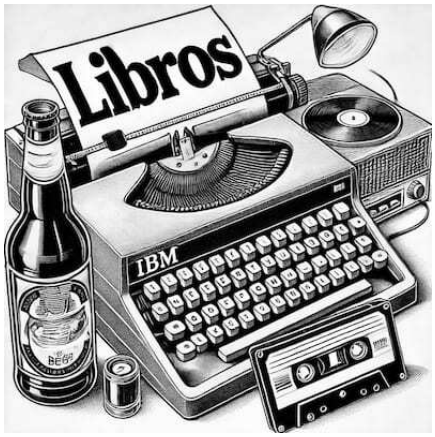
Pablo Poveda (Elche, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años, después seis en Madrid y actualmente reside en el Levante español, donde escribe todas las mañanas. Cree en el jazz, el rock, la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Facebook: facebook.com/elescritorfant
Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri
Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo
Los Cuatro Sellos
El Último Adiós
Muerte en el Mediterráneo
El arte del engaño
La playa de los muertos
El último baile
Un secreto bajo tierra
Crimen en Altea Hills

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)
Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)

Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)
Pack Trilogía 10-12 (Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo)

Serie Don
Odio
Don
Miedo
Furia
Silencio
Rescate
Invisible
Origen
Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)
Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)
Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine
Falsa Identidad
Asalto Internacional
Matar o Morir
Fuego Cruzado
Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo
Rojo
Traición
Venganza
Desparecido
Secuestrada
El trabajo del Diablo
El juego del Diablo
El laberinto del Diablo
Sombra en la costa
Al Rojo Vivo

Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)
Pack Rojo 6-8 (Desaparecido, Secuestrada, El trabajo del diablo)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)
Una Mentira Letal
Una Apuesta Mortal
Un Crimen Brillante
El Caso del Tarot
Una Amistad Peligrosa
El asesinato del casino
El crimen de Atocha
Muerte en Las Vegas
Asesinato en Cannes
Una Bala en Miami
Pack novelas 1-3
Pack novelas 4-6

Serie Bajo Sospecha (thriller policíaco)
Bajo Sospecha: Sangre y Raíces
Bajo Sospecha: El Precio del Poder

Trilogía El Profesor
El Profesor
El Aprendiz
El Maestro
Pack Trilogía Completa El Profesor (El Profesor, El Aprendiz, El Maestro)

Serie Lepoldo Bonavista
El misterio de la familia Fonseca
El misterio de la máscara de porcelana

Otros:
El secreto de la señora Avignon
¿Quién mató a Laura Coves?
Perseguido
Motel Malibu

Sangre de Pepperoni
La Chica de las canciones
El Círculo